JUAN SANCHEZ AZCONA

APUNTES PARA LA HISTORIA DE LA REVOLUCION MEXICANA



MEXICO · 1961

Esta publicación ha sido hecha con el concurso del Patronato del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, órgano consultivo de la Secretaría de Gobernación, cuyo titular es el Lic. D. Gustavo Díaz Ordaz.

APUNTES PARA LA HISTORIA DE LA REVOLUCION MEXICANA

JUAN SANCHEZ AZCONA

APUNTES PARA LA HISTORIA DE LA REVOLUCION MEXICANA



MEXICO-1961



IMPRESO EN LOS TALLERES GRAFICOS DE LA NACION.—MEXICO

INTRODUCCION

El honorable Patronato del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana en ocasión del cincuentenario de ese movimiento redentor, el que asociado a la Independencia y la Reforma, constituyen el triángulo emancipador de nuestros afanes libertarios, tuvo a bien acordar la publicación de un nítido breve libro de Juan Sánchez Azcona, intitulado "La Etapa Maderista de la Revolución Mexicana", el cual comenzó a circular en noviembre de 1960, en homenaje al apóstol Madero.

En forma compendiada, en el mencionado libro, el finado periodista realiza un análisis político y acaso sociológico de esta primera etapa que fue la cuna y el apostolado de nuestras inconclusas y perseverantes luchas cívicas que tienen por meta alcanzar la cumbre de una democracia auténtica y reivindicadora. Fue una fase sublime por su inmaculado patriotismo y por la honestidad de sus principios político-administrativos. Prologó la pequeña obra, con su devoción maderista, mi dilecto amigo el licenciado Salvador Azuela, vocal ejecutivo del Instituto, cuya misión histórica y de divulgación revolucionaria ha de llegar a ser no sólo meritoria, sino benemérita.

Al docto Instituto y a su ilustre vocal ejecutivo, por lo que significa su homenaje a Francisco I. Madero y por lo que atañe a la remembranza de mi finado padre, les ofrezco el modesto tributo de mi reconocimiento y honda gratitud.

Quizá en consecuencia de aquello, ahora aparece, cabe los mismos generosos y oficiales auspicios, una segunda obra de Juan Sánchez Azcona, o sea estos "Apuntes para la Historia de la Revolución Mexicana" cuyas características de elaboración me fueron encomendadas de explicar, lo cual trato de hacer en forma breve y muy a pesar de elementales escrúpulos consanguíneos.

Independientemente de los altos y diversos puestos oficiales que le correspondieron desempeñar a Sánchez Azcona, durante su agitada vida pública, su trayectoria e íntima vocación radicaron en su actuación de periodista revolucionario. Al fallecer el escritor y aún insepulto, acudieron a sus descendientes algunos editores en demanda de los originales de unas "memorias" políticas que en verdad nunca existieron, pues la visita sorpresiva de la muerte halló al autor en el apogeo de su madurez intelectual. Como en los mosqueteros de Alejandro Dumas —Sánchez Azcona fue eso: un mosquetero ideológico de la Revolución— el escritor se había propuesto hacer remembranzas "Veinte Años Después". Así fue como durante el decurso del año de gracia de 1930, Sánchez Azcona publicó en "El Universal Gráfico" de esta capital una añorante serie de "reportazgos retrospectivos" bajo el título genérico de "Los Ultimos Veinte Años". Se proponía, pues, reconstruir sus impresiones y recuerdos de sucesos revolucionarios, a la sazón ya históricos, de 1910 a 1930 de los cuales había sido coactor o bien testigo presencial. Incidentalmente incluía testimonios ajenos, en gracia de la veracidad, procedentes de precursores o de revolucionarios auténticos. En dicha serie, sólo le fue dado abarcar la etapa maderista, ya que con posterioridad le sobrevinieron exilios políticos y en general malos tiempos que lo apartaron de sus actividades profesionales y de la necesaria tranquilidad de su gabinete de trabajo. Juan Sánchez Azcona falleció el 18 de mayo de 1938.

Así los hechos, los lectores del presente volumen encontrarán en el conjunto de sus evocadoras páginas, una cierta deficiencia de cronología histórica y alguna inevitable repetición de conceptos. Ello es consecuencia de que su material no es el que correspondería a un libro de estructura orgánica y menos aún a un texto escolástico de historia. Se trata, únicamente, de una serie de artículos periodísticos aparecidos a los veinte años de los acontecimientos originales y que hoy se resucitan en forma de libro, a cincuenta años de distancia.

El Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana ha tenido a bien calificar a estos apuntes de Juan Sánchez Azcona, como un material de primera mano, como un legado y como una aportación efectiva para la definitiva historia de la Revolución Mexicana que habrá de consagrarse a su debido tiempo, esto es, una vez desaparecidas las pasiones políticas y los últimos vestigios de sectarismo revolucionario.

HÉCTOR SÁNCHEZ AZCONA.

PRIMERA PARTE

MADERO, EL HOMBRE.—IDEARIO E INICIACION DE LA LUCHA CIVICA

FRANCISCO I. MADERO

A él me ligó una amistad entrañable, desde nuestra adolescencia hasta su muerte. Conocí íntimamente su modo de sentir y de pensar. Pude asomarme hasta el fondo de su alma, como a una fuente de agua diáfana y cristalina. Confundiendo el efecto con las causas, muchos creyeron en México —y algunos lo creen todavía— que mi adhesión a Madero y mi estrecha amistad con él provinieron del hecho de haber sido su secretario. El error es manifiesto; escogióme para secretario porque me sentía su amigo y me tenía confianza. El cargo fue resultante de la amistad y de la confianza, y no éstas de aquél.

Terminada mi colegiatura en Alemania, mi padre exigíame que revalidara mis estudios en la Sorbona. Como él estaba entonces en Buenos Aires, al hacerme ir a París delegó su paterna autoridad en el ilustre maestro don Ignacio Manuel Altamirano, por entonces Cónsul General de México en la Ciudad Luz. Resultó que sobrándome materias estudiadas conforme al plan alemán, para revalidar el título me faltaba precisar algunos estudios conforme al plan francés. Eran necesarios unos pocos meses de preparación para satisfacer los deseos de mi padre. El maestro me recibió amablemente en su casa; pero, para darme cierta dosis de libertad que es necesaria a un estudiante en París, arregló que fuese a vivir después junto con unos buenos muchachos mexicanos, de muy distinguida familia, que tenían un piso en la Rue Pigalle y cuyos estudios sobrevigilaba el profesor Serrano, español de origen, pero nacido en Francia y de nacionalidad francesa. No hablaba español y él mismo pronunciaba su apellido a la francesa: Serranó, con la rr gutural, naturalmente.

Esos buenos muchachos eran los Madero: Ernesto, Manuel y José. Poco antes habían regresado a México otros dos Madero: Eva-

risto y Gustavo. A la sazón los visitaba mucho y aun solía permanecer breves temporadas en la casa un primo de ellos que había terminado sus estudios de ingeniero y que se perfeccionaba en trabajos de viticultura en la Gironda: Marcos Hernández, Marquitos como todos le decíamos. (El fatídico 10 de febrero de 1913 murió Marquitos, acribillado por las balas pretorianas y liberticidas en el salón del consejo, en el Palacio Nacional.) Tenían un sobrino que no vivía con ellos porque estudiaba como interno en la Escuela de Altos Estudios Comerciales y sólo salía los sábados para internarse nuevamente a primera hora de los lunes. Se llamaba Pancho, y durante la primera semana muy frecuentemente me hablaban de él sus tíos que le tenían gran cariño; por modo que con impaciencia esperé el sábado para conocer al famoso Pancho.

Poco mayores que yo eran Ernesto y Francisco I. Madero y Marcos Hernández; poco menores Manuel y José Madero. El primero, muy serio y enteramente consagrado al estudio, terminaba su carrera de ingeniero en la difícil Escuela Central de Artes y Manufacturas, célebre en el mundo entero, y en la que obtuvo su título poco después, obteniendo un hermosísimo número de salida. Manuel y José estudiaban aún en el Liceo Chaptal, preparándose para futuros estudios superiores. Yo opté por emprender mi requerido perfeccionamiento mediante explicaciones particulares por profesores de la Universidad y del Liceo Condorcet, repasando mis estudios matemáticos —los que más pena y menos amor me han proporcionado en mi vida— con el mismo profesor Serrano, que vivía en otro piso de la misma casa y cuya familia nos proporcionaba una buena asistencia.

Llegó el sábado y hube de conocer a Francisco I. Madero. Apareció menudo y sonriente. Apuntábale apenas el bigote y usaba el "clavo" muy alargado, pero aún no tenía barba. Iba pulcramente ataviado de chaquet y tocado con sombrero de seda de copa alta y de alas semiplanas y relativamente anchas, cual se usaban entonces entre catedráticos y estudiantes. Lo menudo de su cuerpo y lo grande del sombrero, hicieron que Manuel, riendo, lo comparara con una tachuela; y quedóle el cariñoso apodo de "El Tachuela". (Alguien ha circulado en México la versión de que, a causa de su perenne risa y de su constante bromear, sus condiscípulos franceses le apodaban "Chocolat", que era el nombre de pista de un favorito clown de entonces; pero, a la verdad, yo nunca oí tal cosa en el tiempo en que convivimos.)

Simpatizamos en seguida. Coetáneos entrambos, con algunos "luises" en el bolsillo entrambos, avidísimo yo de acabar de conocer París (en el que aún era novato, porque antes sólo había estado allí en mi inocente niñez), y ávido él por su parte, como todo estudiante interno, de aprovechar su salida semanaria, decidimos irnos de paseo; y de tal suerte lo hicimos, que si mal no recuerdo —porque puede haber sido en algunas de las semanas subsiguientes— seguimos juntos hasta que fui a acompañarlo, el lunes temprano, hasta la puerta de la Escuela de Altos Estudios Comerciales. Y esto, con buen divertimiento de todo género; pues en aquel entonces, Francisco I. Madero era afecto al solaz y a la expansión y estaba muy lejos de ser el austero apóstol que más tarde llegó a ser como se ha inmortalizado en la Historia al precio de su vida, pero después de haber regado mucho bien y de haber sembrado semillas de redención que, aunque mustias y postradas hoy, estoy seguro de que han de reverdecer algún día.

Desde entonces, cada semana, pasábamos juntos largas horas, y nuestra amistad se estrechó. Claro es que no sólo discurríamos de frivolidades, sino también de cosas serias, hasta donde por aquel entonces podíamos entenderlas. A Madero no le interesaban las cuestiones políticas para nada; a mí sí, como retoño de estirpe de políticos. Y me escuchaba con paciencia y bondad, para después hablarme de sus estudios, de sus proyectos financieros e industriales para la hora de su regreso a la patria y sobre problemas del "más allá" que mucho le preocupaban y que no sé bien a bien cómo ni de dónde habían penetrado en su espíritu...

Con mi juvenil salida de la patria y mi larga permanencia en Alemania, éranme poco menos que desconocidos los progresos que México iba obteniendo en el orden material, así como su extraordinaria potencialidad. Pero Francisco I. Madero, de familia agricultora, industrial y comercial, sí los conocía bien, y me hablaba de ellos con gran entusiasmo, expresándome sus propósitos de terminar pronto sus estudios, para regresar a México y consagrar todos sus esfuerzos al progreso de la patria, a la vez que a labrarse en lo personal una posición independiente. Porque en la patriarcal familia de los Madero, millonaria desde el tronco ancestral, había la costumbre de que los varones, una vez terminada su preparación escolar, se establecieran por cuenta propia y en negocios propios para atender a su subsistencia y para crearse fortuna personal. Ciertamente encontraban muy allanado el terreno para sus empresas, merced a la influencia política, financiera y social del abuelo don

Evaristo —"Papá Evaristo" le decían hijos y nietos—, pero éste les exigía que desplegasen actividad propia y definiesen prácticamente sus capacidades de vida y de medro. Por lo tanto, Francisco I. Madero, aunque rico de nacimiento, se aprestaba a una vida de lucha y de trabajo.

Sus intenciones eran de establecerse en su Estado natal, Coahuila, para emprender grandes trabajos agrícolas. Como buen lagunero —era hijo de San Pedro de las Colonias—, el cultivo del algodón le atraía. Y como este cultivo es inevitablemente subsidiario de un buen sistema de irrigación, el joven Madero, desde París, pensaba en la construcción de presas y en la distribución de aguas.

Con tales proyectos, seguía tranquilamente sus estudios en la Escuela de Altos Estudios Comerciales en la que, por su bondadoso y alegre natural, era muy popular entre sus compañeros. Era la época del pleno florecimiento de la novela en Francia; vivían los principales maestros modernos del "roman" y producían incesantemente. Todos los estudiantes latinoamericanos que estábamos en París establecíamos competencias para ver quién lograba leer primero el último libro publicado. Sólo Madero desdeñaba las novelas; no le interesaban para nada y en cierta ocasión me dijo que en materia de novela, le bastaba con Balzac, cuyas obras completas poseía. Su lectura favorita era la Historia, y como en su escuela el estudio de esta materia era muy secundario, Madero lo emprendió fuera de las aulas, valiéndose de los mejores autores. Aparte de la historia, le preocupaba la teosofía. Sufren un gran error los que por ligereza o por espíritu de crítica y de burla han considerado a Francisco I. Madero como un espiritista de tres al cuarto, de los que sólo se dedican a consultar el trípode. Madero exploraba los misterios del Karma y era muy erudito en filosofía hindú. Conmigo poco hablaba de estas cosas, desde que descubrió que no me atraían mayormente. Yo era entonces neófito en la filosofía comtista y, como neófito, casi fanático de ella. Por eso Madero me llamaba "materialista", pues formaba parte de esa legión de hombres cultos que no han querido o podido comprender la honda espiritualidad y la rígida moral del positivismo comtista. Mas a pesar de esta divergencia de sentir filosófico, nuestra amistad fue muy estrecha y sincera, cimentada en recíproco afecto y en estricto respeto de nuestras ideas respectivas.

Terminé mis estudios antes que él, y regresé a México. Como casualmente hube de ser compañero de travesía de su familia pa-

terna, desde El Havre hasta Nueva York, a bordo del trasatlántico "La Bourgogne", Panchito Madero, mi gran amigo, fue a despedirnos hasta el primero de dichos puertos; y recuerdo que cuando el lujoso barco (que años más tarde se perdió en trágico naufragio) zarpó del embarcadero de El Havre, mi joven amigo Madero, tripulando un bote con remeros, nos acompañó saludándonos mientras la velocidad del trasatlántico lo permitió.

No volví a verlo en algunos años, pues una vez que dio cima a sus estudios en Francia, vino a Coahuila y en seguida marchó a California, donde terminaban de educarse sus hermanos menores, con objeto de perfeccionar ciertos estudios especiales sobre cuestiones agrícolas y de irrigación, así como de acabar de dominar la lengua inglesa, que ya conocía. Fue en California donde Madero conoció a la que más tarde había de ser su esposa, la joven doña Sara Pérez, oriunda de San Juan del Río, "Santa Sarita" como le hemos llamado después todos los amigos íntimos que tuvimos oportunidad de conocer y de aquilatar su abnegación y sus virtudes.

Madero tornó a México y se estableció en Coahuila, trabajando empeñosamente en la agricultura. Construyó una gran presa que todavía rinde grandes beneficios a la región, y se hizo adorar de sus peones, por cuyo bienestar material y moral se preocupó sin cesar. Estableció escuelas, condonó viejas deudas que encontró entre los peones de sus fincas; procedió, en fin, como él soñaba que deberían proceder todos los grandes terratenientes de nuestro país, mucho antes que la ley les exigiera lo que Madero implantó espontáneamente. De modo que, cuando él predicó determinados procedimientos altruistas, no era un soñador utopista, como muchos lo creyeron, porque ya había experimentado prácticamente que lo que él venía proclamando era positivamente realizable, con sólo prescindir un poco del egoísmo que, por desgracia para la nación y por desventura, después, para ellos mismos, ha solido caracterizar a la mayor parte de nuestros latifundistas.

Consagrado a las labores de la tierra y sin ser entonces el austero varón que más tarde llegó a ser (pues es fama que le gustaba todavía divertirse), hubo de palpar los abusos del cacicazgo local; y entonces, por vez primera, se interesó en la política; pero no con aspiraciones personales, sino con miras de justicia y de mejoramiento colectivo. Comprendió y sintió el apremiante deber que tiene todo ciudadano consciente de cooperar con su grano de arena en el esfuerzo público por mejorar las condiciones de vida de los pueblos

de que forman parte, y en luchas municipales, primero, y estatales más tarde, hizo sus primeras armas para establecer en México la política orgánica. Habían transcurrido algunos años desde nuestro regreso de Europa, y yo por entonces estaba ya por completo dedicado al periodismo político. Madero púsose en contacto conmigo recordando nuestra vieja e íntima amistad. Pero yo encontraba sus propósitos demasiado audaces y radicales, pues nunca creí que fuera factible alejar del poder al general Porfirio Díaz mientras no muriese. De aquí que aunque conservando incólume nuestro afecto, Madero y yo tuviésemos entonces divergencias de criterio en puntos concretos de procedimiento inmediato, aunque no en finalidades democráticas. Eran los fines del año de 1908. Yo acababa de fundar, con otros amigos, el Club Central del Partido Democrático, y al propio tiempo, en muy modestas proporciones, mi después célebre diario *México Nuevo*. En las páginas de éste, por aquella época pueden leerse varias cartas que nos cambiamos Madero y yo acerca de nuestras respectivas apreciaciones sobre el momento político. Es muy triste que los que hoy estudian el movimiento de 1910 y su consecuente revolución económico-político-social desconozcan aquellos prolegómenos; porque ellos indican claramente, aunque a grandes lineamientos, que nos dábamos exacta cuenta de todo lo que pudiera sobrevenir.

Ya en 1909 y establecido el Partido Antirreeleccionista, estuve en completo acuerdo con Madero, y después de la Convención de 1910 me declaré abiertamente su partidario.

* * *

Los críticos de Madero, juzgándolo desde muy lejos, le han atribuido dos características principales: insuficiencia cultural y debilidad de carácter. De ellas tratan de derivar otras secundarias y que de aquéllas serían consecuentes, empirismo en la orientación, indecisión en la acción, veleidad en las actitudes, inconsciencia de las consecuencias, etc., etc.

Pues bien, yo afirmo que aquellas características no existieron en Madero.

Su instrucción y su cultura tuvieron un nivel muy superior al promedio que en la sociedad presenta un hombre que solemos llamar ilustrado y hasta erudito. Cultamente no fue su preparación áulica de aquellas que llevan al cultivo de las bellas letras, de las bellas artes y de las abstractas investigaciones en el devenir de las ciencias; ni tampoco de las que conducen a inventos y descubri-

mientos de la ciencia aplicada, aunque llegó a patentar algún invento industrial.

Hizo un curso brillante y completo en la más exigente de las altas escuelas comerciales que existen en el mundo, y sobre eso, leyó constantemente a los autores literarios, filósofos y científicos que fueron de su predilección de tal suerte que, por autodidáctica, y bien preparado para la vida material, económica, industrial y agrícola de su tiempo. Madero era un gran preparado para toda la Vida Misma.

(En estos últimos tiempos tengo misivas claudicante-disculpantes —¿se me entiende?— de individuos que por abolengo político deberían seguir siendo maderistas, quienes disculpan sus agresiones personales con el hecho de confesarse incultos e incapaces de comprender ciertas cosas, aunque se sienten íntegramente "revolucionarios" y patriotas. . . ¡Como si fuera posible ser de veras una y otra cosa sin cultura!)

La ilustración de Madero, sin ser técnicamente comparable a la de los principales colaboradores del general Díaz en sus ramos respectivos, fue muy superior a la de los que no eran colaboradores principales (ni remotamente puede ocurrirse compararla con la "ilustración" de los "directores" de hoy). Y como la cultura no es sino la armonía entre el saber, el sentir y el obrar, la personalidad cultural, ética y moral de Madero fue muy superior a la de todos los otros.

¿Que era débil, dicen sus críticos? . . . Yo pregunto, ¿qué debe entenderse por debilidad? . . . ¿Acaso el valor civil de rectificar equivocaciones? ¿O el horror al derramamiento de sangre y la inclinación al perdón? ¿O la facultad de *saber escuchar* a los bien intencionados y mejor preparados para recoger sus sugestiones y, en determinados casos, seguir sus consejos?

Pues ésas y sólo ésas fueron las "debilidades" de Madero, las cúales, en mi concepto, son fortalezas en un gobernante. Pecó quizá Madero de exceso de confianza en los hombres suponiéndolos en lo general de igual pureza moral y de igual alteza de miras que él mismo. Esa virtud le perjudicó a menudo y fue la causa eficiente de la traición de que fue víctima. Pero de ninguna manera fue débil en el sentido de carecer de voluntad propia y poder ser comparado a una veleta caprichosamente movida por los vientos, como algunos han pretendido. No, los que muy de cerca le vimos y pudimos seguir todas las voliciones de su espíritu, estamos persuadidos de que

Madero fue un gran carácter, un verdadero carácter, además de haber poseído el más grande de los corazones.

Cuando él, tras madura reflexión, tomaba una resolución en definitiva, nada ni nadie le hacía cambiar la ruta que se había trazado. Ni en la energía ni en la condescendencia. Era un acero rectilíneo, pero que nunca supo herir.

En su poder los fuertes enemigos que se habían rebelado contra él y a sabiendas de que con un acto inmediato de extremo rigor quedaba conjurado todo peligro para su régimen, no quiso matarlos. Cerró sus oídos a todas las numerosas y apremiantes insinuaciones que lo invitaban a dar castigo cruento. Prefirió exponerse a todos los peligros, que mancharse con sangre.

Esa benignidad, ese horror al homicidio, son señalados como debilidades en el gobernante; pero, si bien se considera, fueron fortalezas que grabaron una saludable ficción en la conciencia nacional, lección que algún día ha de dar sus frutos.

Sin embargo de haber sido así, el ilustre periodista don Nicolás Rivero, al dar cuenta de la aprehensión y caída de Madero, hacía este comentario: "Hay que convenir en que Madero es un hombre tenaz y fríamente cruel. Cayó como Robespierre, aunque con más fortuna que éste, porque al fin no será herido ni probablemente será guillotinado." (*Diario de la Marina*, febrero 19 de 1913.)

Entonces, ¿en qué quedamos?... ¿Fue Madero un débil o un "tenaz y fríamente cruel"?... Ni lo uno ni lo otro. Fue un fuerte con altísima conciencia moral.

Mi venerable amigo don Rafael de Zayas Enríquez lo tilda de "joven inexperto" que no podría curar los males de la patria. ¿E intentaron, siquiera curarla, los viejos expertos de entonces?

Empezaba a escribir sus *Memorias* cuando fue herido por la traición y la muerte alevosa. Sólo quedaron algunas cuartillas en poder de la egregia viuda. Pero antes, Madero había escrito un libro, un gran libro: *La Sucesión Presidencial*. Aunque referente a una situación concreta, este libro es un compendio de moral gubernamental y democrática, y debería reimprimirse para más amplio conocimiento y provecho de los mexicanos. Basta ese libro para crear una escuela, ya que las circunstancias de nuestra vida pública apenas se han modificado en esencia, y que ese libro es *esencial*. Gracias a él, el "maderismo" puede existir como doctrina y como norma de acción política, aun después de materialmente desaparecido el apóstol.

LA BENDICION PATERNAL PARA UNA MAGNA EMPRESA

Las cartas íntimas de familia, especialmente las que se cambian entre padre e hijo, son siempre de interés sumo para escudriñar y comprender la psicología de sus autores, porque hay que suponer que están escritas con íntegra sinceridad, con ilimitada confianza y sin el menor asomo de afeites destinados a disimular sentimientos ante miradas extrañas. Muchos epistolarios íntimos han acabado por definir, más que ninguna otra cosa, la verdadera personalidad psicológica de figuras eminentes en la historia de los pueblos y que han influido grandemente en el curso de los acontecimientos.

Esas cartas, destinadas desde sus orígenes a ser guardadas en la más estricta intimidad, son fieles reflejos del pensar y del sentir de sus autores; y sólo es lícito extraerlas del cofre en que piadosamente se guardan, para exponerlas al juicio público, cuando se trata de personalidades que de tal suerte han ejercido influjo en la vida pública, que todos sus actos, aun los más nimios, tienen que pertenecer a la historia.

Doy a la estampa dos cartas de interés sumo, cambiadas entre el Apóstol de la Democracia y su señor padre, cuando aquél acababa de terminar la redacción de su libro *La Sucesión Presidencial* y, consecuente con los filiales sentimientos que siempre lo caracterizaron, pidió al autor de sus días su paternal bendición, antes de lanzarse de lleno a la ardua lucha democrática que habría de hacerlo inmortal.

* * *

omnímodo con una moderación de propios y extraños para este hombre extraordinario.

Su conducta modelo en la vida privada y su acrisolada honradez en el *manejo de Limantour; así como tantas y tan grandes medidas* que ha implantado para el desarrollo material y moral de nuestro país lo colocan entre los más grandes hombres que ha producido la tierra. Por esto su fama ha volado hasta los más lejanos confines del mundo.

Nunca he temido por lo tanto que peligre tu libertad y menos tu vida con la publicación de tu libro. Este tiene pasajes verdaderamente elevados y hasta sublimes. Por eso papá (don Evaristo) se asombró de leerlos y te preguntó quién te ayudaba. Yo sé de dónde te ha venido esa inspiración. Hay una notable diferencia con lo que no te ha venido de arriba y que se conoce en el estilo y en la repetición de los vocablos o palabras. Estos párrafos se van a prestar a la crítica. Ahora siento más no haber tenido tiempo de leer en ésa lo que habías escrito, antes de imprimirlo, pues quizás te habría dado algunos consejos útiles. No obstante esto, el conjunto de tu obra es excelente y creo que va a causar sensación en la prensa y el público.

Es notable la analogía de tus ideas con las de otros publicistas de mérito. En *El Tiempo* han salido unos artículos de esa especie. Lee entre otros los que llevan fecha de hoy. En esta misma edición leerás unas preciosas observaciones sobre el nuevo Club Democrático de esta capital. Les falta en realidad jefe. Como crees tú muy bien, la mayor partes son reyistas. Al menos así me lo han asegurado algunos de los que forman parte del club.

Ayer hablé con el señor Limantour y me dijo que podías escribir lo que quisieras y no te molestarían; que lo que debes evitar es hacer otra tontera, como la de hace algunos años, de mandar fondos a los Flores Magón. Yo le dije, lo que es la verdad, que tú quisiste hacer una caridad y nada más. Le aseguré que ni directa ni indirectamente fomentarás tú ningún trastorno del orden público y que te limitarás tú a hacer una campaña enteramente pacífica y dentro de los límites que marca la ley. Como esto me lo ofreciste tú, no temí asegurarlo a mi vez, pues sé que eres hombre de palabra. Con esa conducta no sólo te evitarás molestias sino que obtendrás mayores efectos en tu empresa.

Se ve que entras tú en la lucha con la fe y la abnegación de un apóstol, resuelto a sacrificarlo todo por tu ideal. Tengo la seguridad que no te guían ninguna ambición personal, ni miras de lucro de

ninguna especie. Desgraciadamente la mayor parte de los que se dirán tus correligionarios no obrarán ni pensarán del mismo modo. Es mi deber prevenirte para que no te dejes sorprender y engañar, pues serán muchos los que tratarán de hacer esto y valerse tal vez de ti para satisfacer sus ambiciones personales. Ese es mi mayor temor. Pero el principal es que te vayan a comprometer en algún trastorno del orden. Eso sí sería desconsolador para mí, pues sabes cuán enemigo he sido siempre de eso.

Viendo por tu carta del 20 cuán impaciente estabas, te puse mi telegrama del 22 que me contestaste en tu carta fecha 23 y telegrama del mismo día. Te aseguro que nos causó profundísima emoción tu citada carta, habiendo hecho derramar lágrimas de ternura a tu mamá y aun a mí, pues de veras usas un lenguaje elevado, como debieron haber hablado los profetas o los apóstoles.

Te renuevo en nombre de tu mamá y mío nuestras bendiciones más sinceras, y hacemos votos al Creador por que siempre te conserve tan nobles sentimientos y te proteja y cuide siempre en la escabrosa senda que has querido tomar. El oirá nuestras oraciones, pues siempre escucha al que le habla con fervor. Y te guiará por el buen camino, pues El mejor que nadie conoce tu desinterés y abnegación por una idea noble y grande. No hay vez que me haya dirigido a Dios con el corazón, que no haya recibido consuelo y consejos saludables. Las invocaciones a mi adorada mamacita me han traído también un bálsamo de tranquilidad y bienestar indecibles. Hace muchos, muchísimos años que he tenido de esto las pruebas más evidentes.

A otro asunto. Tengo apalabrado y concertado, para cuando yo quiera, el negocio de la C. de P. Pero viendo que esto tomaría mucho tiempo para realizarlo o llevarlo a la práctica, me resolví a mover otros resortes. Tengo en mano dos negocios, casi seguros, que si los realizo harán tal vez innecesaria aquella operación, a la que me he resistido por muchas razones que les expondré cuando nos veamos. El lunes o el martes creo poder terminarlos. En el acto les telegrafiaré y aunque no detalles, pues no quiero se hagan públicos esos negocios sin necesidad; además no quiero se formen ilusiones. No tengo hoy tiempo, pues sale el tren de Monterrey dentro de media hora y apenas hay tiempo de llevar ésta al buzón de la estación. Tampoco quiero se formen ilusiones.

Arreglados estos asuntos el martes, saldré el miércoles. Quiero ir a arreglar allá las cuentas de los bancos. Ojalá y vinieras con

Sarita en marzo como dices a tu mamá en la de fecha 27 que hoy recibió. Recibe con ella y todos tus hermanos y familia besitos de tu mamá, hermanitos y de tu papá que te quiere mucho, mucho. *Fco. Madero.*—Rúbrica."

* * *

Esta noble y tierna misiva paternal, se cruzaba con otra del hijo, en la cual contesta el telegrama en el que se le había acordado la bendición solicitada.

En medio de su entusiasmo doctrinario, se advierte la honda preocupación del hijo, temeroso de que su actitud acarree perjuicios a los grandes negocios del padre, en una época en que la voluntad de la camarilla imperante hacía y deshacía todas las combinaciones financieras y mercantiles, por limpias y rectas que fuesen.

Y le sugiere los medios de evitar en lo posible tales peligros. He aquí la carta, que en muchos sentidos precisa la psicología íntima del ilustre Mártir:

De Francisco I. Madero a su padre don Francisco Madero, Sr.

"San Pedro, 20 de enero de 1909.

Señor Francisco Madero.—México.

Mi muy querido papacito:

Ayer llegué de Torreón y me encontré con tu telegrama en que me permites que obre libremente y me mandas tu bendición y la de mi mamá.

No puedes imaginarte cuán grandes han sido la satisfacción, el orgullo y la emoción que he sentido.

Abundantes lágrimas derramé ayer, pero fueron lágrimas llenas de ternura de dulce y grata emoción, de agradecimiento inmenso para ti y para mi adorada mamacita.

En la mañana de ayer, poco antes de levantarme soñé que te había visto con ese semblante cariñoso que tienes cuando te diriges a nosotros, y con una mirada llena de dulzura y de confianza en el porvenir me habías dado la autorización y la tan deseada bendición.

Esta circunstancia, que no puedo considerar casual, ha aumentado mi emoción y mi satisfacción, pues me confirma más en la idea que siempre he tenido de la nobleza de tus sentimientos, de la grandeza de tu alma.

Papacito querido: demasiado comprendo que al darme tu bendición has atendido a un arranque de generosidad, de grandeza de alma en que, elevándote a las altas regiones del espíritu, has hecho que sólo tengan eco en ti las más nobles aspiraciones, y dominado por tus bellísimos sentimientos, no vacilaste en cumplir con tu deber con una abnegación admirable, con una serenidad que sólo pueden abrigar los hombres superiores, con una fe en el porvenir que sólo anima a los creyentes cuando tienen la conciencia tranquila, pues en estas circunstancias descansan por completo en la Providencia Divina.

Debo de agregar que tengo la seguridad absoluta de que a pesar de lo que puedan creer las personas que juzgan todo superficialmente, no deben esperar que yo les dé ningún dolor de cabeza y más bien pueden estar seguros de que obraré de tal modo, que les causaré la más legítima satisfacción, el más noble orgullo; haré de modo que ustedes se sientan orgullosos de mí, como yo me siento orgulloso de tener unos padres tan nobles, tan grandes, tan buenos.

Ahora sí ya no tengo la menor duda de que la Providencia guía mis pasos y me protege visiblemente, pues en el hecho de haber recibido su bendición veo visiblemente su mano; en la circunstancia de haberlo permitido tan claramente distingo su influencia, percibo su modo de guiarme, de dirigirme y de alentarme; pues si el laconismo forzoso del telegrama sólo me trajo resolución definitiva, la visión que tuve antes, me reveló que esa resolución era sin violencia, obedeciendo a sus más nobles sentimientos y aunque tenía que hacer un sacrificio, se quedaban llenos de confianza en el porvenir, aceptando con noble serenidad las consecuencias de la nueva vida de actividad y de lucha que se inicia.

Pues bien, queridos padres, así como toda fuerza tiene que engendrar otra fuerza de retorno para cerrar el circuito, así como toda oración atrae hacia nosotros la ayuda celeste, asimismo las bendiciones que me habéis mandado y que me sostendrán y me darán fuerzas para cumplir con mi misión, retornarán sobre vuestra cabeza en forma de bendiciones celestes, y Dios, nuestro Santo Pa-

dre, premiará dignamente vuestra abnegación y vuestra grandeza de alma.

Yo por mi parte, con toda mi alma le pediré que os llene de bendiciones, y que me permita colaborar a vuestra felicidad en proporción al inmenso cariño que os tengo.

Pasando a otro punto, diré a mi querido papacito que en la junta que tuvimos en Torreón logré diferir por algunos días una junta en Saltillo, que se verificará el 15 del entrante en vez del 5 como se había acordado. Eso me permitirá lanzar mi libro algunos días más tarde y haré de modo que sólo llegue a esa capital y a otras partes, del 3 al 4 del entrante, así como que en estos días tienes tiempo de estudiar cualquier asunto que creas pueda perjudicarte con la publicación de mi libro. Además no es necesario que vengas para el asunto del rancho, como te escribí ayer de Torreón; y si no, te telegrafiaré hoy mismo.

Esos días puedes aprovecharlos muy bien.

Acuérdate que yo te animé mucho para que fueras por primera vez a ver a L. y que no te ha pesado ni un momento.

Pues bien, insisto en que lo veas de nuevo, pero en su casa particular y le digas, que yo me voy a lanzar a la política, que no lo has podido evitar, que voy a procurar la formación de un partido verdaderamente democrático, para neutralizar la influencia del reyismo, que nos invadió el Club de esa capital. Que en el libro que voy a publicar, ataco a Reyes, a Corral y sobre todo a la idea de poder absoluto, y refiero en mi apoyo las faltas del general Díaz. Que de él hablo muy poco, pues no quiero que se trasluzcan mis simpatías por él, porque después ya no podría trabajar por él con la misma facilidad. Que aunque no soy incondicional de nadie, sino de la democracia, siento por él grandísimas simpatías y con gusto trabajaré, cuando crea oportuno, por que él llegue a la Vicepresidencia; que ya sabe que toda nuestra familia es amiga de él, etcétera, etc., y después le puedes insinuar: ¿Y a mí? ¿Cree usted que me puedan molestar en el Banco Nacional? Se lo pregunto para prepararme, pues tengo la seguridad de que vendiendo cualquiera de mis propiedades a la mitad de lo que valen, hago frente a todos mis compromisos; pero prefiero no deshacerme de ellas para que vayan a manos de extranjeros, pero lo haré si no encuentro otra alternativa. Ya en este terreno pueden llegar a concertar una operación que la Caja de Préstamos o en cualquiera otra forma que se

arregle violentamente, como podría ser un crédito refaccionario en el de Comercio o Industria.

Debes de comprender que, cualquiera cosa que suceda, quedarás bien con Limantour al hacerle esta confidencia, pues verá la mejor prueba de tu adhesión y simpatía hacia él.

Si te dice que no publique mi libro, puedes decirle que ya no es tiempo de evitarlo, pues que ya está repartido en una gran parte de la República y calculando que llegue a su destino el mismo día en todas partes, y que ya no se puede evitar que vea la luz pública.

Tengo la seguridad de que no te arrepentirás de haberlo visto y habládole en ese sentido, pues si lo dejas para después que salga el libro, ya no lo verá él del mismo modo. Le puedes agregar que por tu gusto yo no me hubiera metido en política, pero viendo que me guía un fin altamente patriótico... etc.

Dale a mi mamacita ésta por suya; que mañana le escribo, y con besitos para mis hermanas y... recuerdos para... y parientes, reciban ustedes el inmenso cariño que les tiene su hijo.—*Francisco I. Madero.*—Rúbrica."

* * *

Claramente se advierte en esta epístola la sinceridad con que Madero iniciaba su campaña, así como la firmeza de sus intenciones. Revela el sentimiento religioso (no fanatismo de secta alguna) que lo animó toda su vida. Y también da a conocer que, en aquella época en que apenas era posible pensar en una libre elección de Vicepresidente de la República y cuando sólo se señalaba como presuntos candidatos al puesto al general Bernardo Reyes y a los señores Corral y Limantour, en la estrecha disyuntiva, la inclinación de Madero favorecía al último de los citados, pero únicamente en vista de las necesidades del momento político. ¡Ni remotamente pensaba entonces Madero que él mismo habría de ser exaltado a la Primera Magistratura de la Nación!

FASES DISTINTAS DE UN HOMBRE

Es muy frecuente oír juzgar a Madero como un hombre obcecado en una sola idea y viviendo, abstraído, al margen de las mil preocupaciones directas que agitan y mueven a los demás hombres. Mucha gente cree que la empresa a que se lanzó fue hija de una subconsciente fuerza reveladora y nada más, ya que nadie se atreve a suponerle ambiciones ni vanidades personales, porque su vida fue espejo de austeridad y de sencillez. Nada más erróneo que aquella creencia.

Para llegar a la perfección de su vida personal, diáfana e irreprochable, atravesó antes los senderos de todas las tendencias y de todas las materialidades que la vida ofrece a un hombre rico y libre, como era él. Lo dice él mismo en la parte de sus *Memorias* que dejó escritas de su puño y letra, las cuales, por poco conocidas, serían dignas de la reproducción. Tal vez con exceso de autocastigo, tilda su vida juvenil de disipada e inútil; pero en realidad no lo fue así, porque si bien es cierto que no vivió en una Tebaida, tampoco se encenagó jamás en los pantanos de la disipación propiamente dicha. Pero sí vivió como los demás y conoció todas las preocupaciones de los demás. Supo trabajar empeñosamente para hacer fortuna, y la hizo, aparte de los subsidios patrimoniales con que contaba. Aró la tierra, proyectó e inventó. En política, cuando se decidió, tras de muy madura reflexión a entrar en ella para provecho de los demás, supo ser previsor y paciente, dió a conocer sus aspiraciones colectivas muy prudentemente y poco a poco, preparó hábilmente determinados acontecimientos para poder servirse de ellos en pro de su causa. Era espiritualista e hizo frecuentes incursiones en los dominios de la teosofía, pero no vulgar y empíricamente, sino mediante hondos estudios a los que dedicó largas horas de su fecunda vida.

La amabilidad y la modestia de Madero ante todos los que lo abordaban, en muchos produjo la impresión de hallarse frente a una persona de poca significación intrínseca; y esa impresión, compartida aún por algunos de los que oficialmente figuraron como sus colaboradores y en realidad no lo fueron, explica el porqué de varios incidentes menudos o relativamente graves que se registraron durante los catorce meses del régimen maderista.

Para cerrar, por mi parte, la breve serie de epístolas inéditas que he venido publicando para ofrecer datos a la comprensión de la psicología del Apóstol, quiero agregar tres más, que lo presentan bajo tres facetas distintas: como hombre de empresa, como político previsor y como hombre de alto sentido espiritualista.

Madero, agricultor e industrial

"San Pedro, Coah., febrero 1º de 1908.

Señor general Porfirio Díaz.—Presidente de la República.

México, D. F.

Muy respetable señor:

Intimamente convencido de los grandísimos beneficios que acarrearía a la comarca Lagunera en particular y al país en general la construcción de la presa en el cañón de Fernández para almacenar las aguas del río Nazas y repartirlas en tiempo oportuno, he recopilado todos los datos que he podido adquirir sobre este asunto, y con ellos he escrito un pequeño folleto en el cual he procurado poner de bulto esos beneficios.

Como me es bien conocido el interés que Ud. tiene por el progreso de esta comarca y el desarrollo de la agricultura en general, tengo el gusto de remitirle, por correo de hoy, un ejemplar de dicho folleto, que espero merecerá la atención de usted.

Igualmente me es bien conocido lo que le ha preocupado la cuestión del Nazas y su deseo de darle una solución satisfactoria para todos los interesados, y creo que con motivo de la construcción de esta presa, podría presentársele a usted la oportunidad de encontrar la solución que desea.

Como verá por el folleto que tengo el gusto de remitirle, creo que el único modo de que se lleve adelante obra de tanta importan-

cia es que Ud. o su digno Secretario de Fomento, el Sr. Lic. Olegario Molina, tomen la iniciativa y se propongan llevar a la práctica con mano vigorosa dicho proyecto, a fin de allanar los obstáculos que puedan presentarse, los cuales deben desaparecer en bien de la comunidad.

Espero que mi proyecto merecerá la aprobación de Ud. y me es honroso ofrecerme a sus órdenes como su muy afectísimo y atento S. S. *Fco. I. Madero.*—Rúbrica."

La contestación fue ésta:

Al margen un monograma con las iniciales P. D.—México, febrero 7 de 1908.

"Sr. Francisco I. Madero. S. Pedro.

Estimado señor:

Con la atenta carta de Ud. de 1º del actual, recibí el interesante folleto que se sirvió enviarme. Lo leeré con toda atención y celebraré que el estudio de Ud. nos ayude a resolver equitativamente el asunto a que se refiere.

De Ud. afmo. servidor y amigo. *Porfirio Díaz.*—Rúbrica."

Ahí quedó todo. Todavía es en nuestros días un serio problema el del riego en la región algodonera de la Laguna, y en consecuencia el proyecto de Madero es aún de actualidad y digno de ser detenidamente considerado.

Madero, previendo la política

"San Pedro, Coah., 1909.

Señores licenciados A. de la Paz Guerra y Santiago Roel.

RR. de *Renacimiento*. Semanario. Escobedo 76.—Monterrey, N. L.

Muy señores míos y amigos:

Hace mucho tiempo quería escribir a ustedes para hablar sobre la conveniencia de que el valiente y simpático *Renacimiento* forma-

ra parte de la asociación de los periodistas del Estado, puesto que estos periodistas se han reclutado entre los independientes, en cuya fila deben ustedes siempre ocupar un lugar honroso, por la habilidad y energía con que se han sabido sostener.

El principal ideal que persigue dicha asociación, es la reivindicación de nuestros derechos, el cual no puede estar en mayor armonía con lo que ustedes han defendido siempre con constancia rara.

Si ustedes están conformes en formar parte en dicha asociación, pueden dirigirse al Lic. Francisco Martínez Ortiz, director del *Nuevo Mundo* de Torreón, para que les dé los informes necesarios.—Advierto a ustedes que de esa población, es el único periódico a quien se invitará, pues es el único también que consideramos independiente.

Paso ahora a tratar otro asunto de gran importancia: Como ustedes sabrán, se publicó en México un folleto sobre la conveniencia de que se formara un partido democrático, del cual tengo el gusto de mandarles un ejemplar por correo de hoy. Este proyecto ha sido muy bien acogido y ha causado cierta impresión en las altas esferas. Con este motivo, y juzgando la ocasión propicia, don Filomeno Mata, director del *Diario del Hogar*, uno de los campeones más constantes de la prensa independiente, ha ideado recoger la representación del mayor número de periódicos independientes, que sea posible, para que lo autoricen a nombrar una persona que en representación de la prensa, la faculten y tenga una entrevista con el señor general Díaz, para conocer su opinión sobre la sucesión presidencial, sobre su entrevista con Creelman y los diversos comentarios que de ella se han hecho, así como de multitud de rumores que sobre el asunto corren.

Aunque es fácil prever cuáles serán las contestaciones del caudillo, de todos modos el hecho de que se vea obligado a hacerlo con un representante de la prensa mexicana, causará una influencia enorme en la República, avivará el entusiasmo de los buenos patriotas, despertará del abatimiento en que se encuentran a los tímidos y hará que se acentúe la reacción que se nota en la República para reconquistar de nuevo nuestros derechos.

Sé que importantes periódicos de la capital han dado su aprobación, presurosos, a este proyecto, y espero que ustedes también lo harán mandando su representante en la forma indicada, o en la que juzguen más conveniente, al señor don Filomeno Mata, director del *Diario del Hogar*.

Es importante que no olviden facultarlo para que él nombre un representante, pues personalmente no podrá concurrir porque está en la cama, debido a varias fracturas que recibió en una pierna, por un tren eléctrico.

Demasiado comprenderán ustedes que cualquiera indiscreción sobre este asunto, puede ser perjudicial y me parece por demás encarecer a ustedes la más absoluta reserva.

En espera de sus gratas noticias y aprovechando esta oportunidad para reiterarme como siempre su amigo y correligionario, así como su affmo. atto. S. S. *Francisco I. Madero.*"

SUPUESTA DEBILIDAD QUE ES FORTALEZA

Por décadas y décadas iniciales de nuestra vida independiente, fue un falso axioma universalmente aceptado el de que México sólo podía ser gobernado por una gran fortaleza individual, por una "mano de hierro", pesada y dura. Se confundió la solidez gubernamental con el despotismo y se involucró la energía y la firmeza de acción de los gobernantes en la drasticidad de no pocos de sus actos.

En la época más dilatada de paz mecánica que hemos disfrutado, durante el porfirismo, nadie dudaba de que esa paz sepulcral había sido *impuesta* por la mano de hierro del general Porfirio Díaz, y esa figura de voluntad implacable y absoluta llegó a constituir, para muchos, el símbolo acabado del buen gobernante mexicano. El "mátalos en caliente" legendario, se citaba como una frase lapidaria en labios de estadista sobrehumano. Se llegó a creer que ese absolutismo personal era una virtud y era una garantía para el progreso de la patria, por manera que, más que ninguna otra, habría que buscar en el futuro esa "cualidad" en las personas que estuvieran al frente de los destinos nacionales.

Arraigada así la idea de mando y no la de mandato, el surgimiento de la política orgánica entre nosotros se hacía sumamente difícil, si no es que imposible. Sin embargo, se intentó el esfuerzo, y si bien es verdad que, después de incesantes luchas de todo género, todavía estamos algo lejos de llegar a la meta apetecida, nadie puede ya negar que algo hemos caminado, y, en la conciencia colectiva, el tipo deseado del buen gobernante nacional ha cobrado perfiles muy distintos a los diseñados como modelos sobre los muros de la escuela porfiriana, de aquella escuela que fuera precursora del mejor delineado "fascismo" contemporáneo, supuesto que consideraba a las leyes como servidoras del Estado, en vez de considerar al Estado como servidor y guardián de las leyes.

Hoy, los mexicanos empezamos ya a buscar la fortaleza de nuestros gobernantes en atributos distintos de la decantada "mano de hierro". Nuestro pueblo ha ido aprendiendo a tenerla él también, y día llegará en que sea él el único que pueda tenerla. Hoy pedimos a los gobernantes fortaleza en sus convicciones, fortaleza en el cumplimiento de sus deberes, fortaleza contra las tentaciones, contra las adulaciones, contra las claudicaciones por personal conveniencia; fortaleza contra el tentador continuismo, fortaleza contra las ruines acechanzas de la "dulce venganza" y del rencor enconado, fortaleza contra todos los viles consejos del odio; más fortaleza en sus almas, que en sus manos. Alma de hierro con calideces de amor y de altruismo; no mano de hierro con ademanes de estrangulación e índices hacia presidios y hacia destierros...

Queremos la fortaleza de Madero y no la de Porfirio Díaz.

* * *

Porque Madero fue un fuerte. Hasta hace poco tiempo, tanto sus panegiristas como sus detractores lo acusaban de debilidad. Efectos de la confusión de la fortaleza humana con la fortaleza bruta. Nunca ha sido signo de debilidad saber morir en su puesto.

En los principales discursos pronunciados con motivo de la última conmemoración maderista y que fueron dichos por oradores de diversos matices revolucionarios, parecería que todos se pusieron de acuerdo para delinear el fuerte carácter de Francisco I. Madero, verdaderamente fuerte dentro de lo que debe entenderse por fortaleza en política. Si señalo este hecho no es por terca insistencia en mi bien conocida adhesión maderista, sino porque él constituye una enseñanza que debemos recoger celosamente para normar nuestro criterio y nuestra acción políticas y que más que nosotros, los espectadores más o menos distantes del actual ruedo de actuación, deben recoger los actuales actuantes, si es que algo les interesa el augusto fallo de las posteridades.

En nuestros tiempos, el aniquilamiento de las conspicuas figuras históricas, el aquilatamiento definitivo, el que las deja con silueta imborrable y fija sobre las planchas de granito de la Historia, no puede hacerse inmediatamente después de su acción directa y sólo puede efectuarse transcurrido algún tiempo después de su muerte y a través de los resultados mediatos y consecuentes de aquella su actuación material.

De esta guisa vemos cómo, con el tiempo, mientras algunas de aquellas figuras históricas se agigantan, otras se empequeñecen, magüer las ensordecedoras aclamaciones de que pudieran haber estado rodeadas en vida. Nada más fatal e inevitable que el definitivo aquilatamiento histórico, al que ninguna de esas figuras, por cualquier concepto conspicuas, puede escapar. Cuando se empieza a contemplarlas con la serenidad de una perspectiva extensa, es cuando se empieza a precisar qué fueron y cómo fueron realmente; es cuando se las puede mirar sin los oropelescos atavíos con que las vistieran sus interesados turiferarios y también sin pringues del odio de sus enemigos, igualmente interesados. Nada ya pueden dar, ni nada pueden quitar; y entonces se las analiza sin apasionadas deformaciones ni sistemáticos prejuicios. Entonces y sólo entonces se destacan, exactas y con valimiento intrínseco, del cuadro, casi siempre agitado y heterogéneo, en que se movieran.

Virtualmente, Francisco I. Madero fue el sucesor inmediato del "hombre fuerte" Porfirio Díaz; porque si bien es cierto que el licenciado Francisco León de la Barra, por ministerio de la ley, fue durante cinco meses Presidente de la República a la caída del gran dictador tuxtepecano, también lo es que ese breve y torpe interinato no atrajo ni podía atraer la atención pública, que sabía muy bien que sólo se trataba de una rápida transición para entregar el poder a quien lo había conquistado por verdadero plebiscito nacional, que no otra cosa son los movimientos armados efectivamente populares. El señor De la Barra nunca hubiera sido Presidente de México sin la intervención de Madero triunfante sobre Díaz. Su interinato fue de mera *transición* y de ninguna manera de *transacción*, como los vencidos por la revolución hubieran querido que fuera. El presidente interino mereció bien el apodo de "Presidente Blanco", por incoloro pero no por puro y diáfano. Los intentos de acción propia que emprendió fueron desastrosos para el país, entre ellos la deliberada provocación del zapatismo en rebeldía, que acerbamente amargó el alma fuerte de las escisiones revolucionarias. Aquel interinato dejó depositada la ponzoña en el organismo del régimen que nacía. Pero una vez que Madero tomó posesión de la Presidencia, el 6 de noviembre de 1911, en veinticuatro horas el señor De la Barra quedó definitivamente olvidado. No así Porfirio Díaz que había reinado durante más de treinta años, y natural fue que la comparación de supuestas debilidades y fortalezas se hiciera entre Madero el nuevo y Porfirio Díaz el viejo.

Con el erróneo y engañoso concepto sobre la "mano de hierro" que, según he dicho antes, prevalecía en el predominante sentimiento de la burguesía nacional entre los anodinos y entre los aprovechados sin escrúpulo, la actitud de Madero durante el único año completo de su gobierno (1912) pareció débil comparada con la bien conocida actitud que Porfirio Díaz asumía en todos los casos, *por insignificantes que fueran*; y la *humana rectitud* y *ecuanimidad* del Apóstol fue confundida con la indecisión y con la falta de orientación, que ni por un momento existieron nunca en él.

¿Débil Madero, porque no repartió tierras desde luego, a troche y moche, y sin respetar derechos legítimamente adquiridos y por ende respetables?...¿Débil Madero, porque nunca quiso tratar a Zapata como a un enemigo de la Revolución y sólo lo consideró como un integérrimo defensor del paria de los campos, equivocado en materia de tiempo y de procedimientos, pero no falaz ni torcido en sus miras, aun cuando empuñase las armas en contra de su propio gobierno?... ¿Débil Madero, porque dentro de su ponderada y precisa orientación política desoyó las instancias de los radicales que estábamos a su vera y le pedíamos incesantemente un rígido quebrantamiento, si no es que el exterminio de los enemigos de la causa?... ¿Débil Madero, porque en Lampazos no mandó aplicar la "ley fuga" a Bernardo Reyes?... ¿Débil Madero, porque no pasó sobre el amparo concedido por la justicia, para fusilar en Veracruz a *Félix Díaz*?... *¿Débil* Madero, porque creyó en el honor y en el pundonor militar del viejo Ejército?... ¿Débil Madero, porque dejó plena libertad a la prensa, a pesar de que la prensa, en su contra llegó a confundir lamentablemente la libertad con el libertinaje?... ¿Débil Madero, porque acosado por la traición pretoriana supo sostenerse en el Palacio Nacional como Presidente Constitucional de la República, antes de irse a las sierras o de embarcarse en un trasatlántico?... ¿Débil Madero, porque se negó a conceder prebendas y granjerías a sus allegados políticos que le cobraban servicios?... ¿Débil Madero, porque traicionado, preso e inminentemente amenazado de un trucidio colectivo de sus mejores amigos, si se negaba, firmó una renuncia condicional ante la historia?...

No; todo eso no es debilidad, sino fortaleza, la fortaleza de alma y de espíritu que se requiere en los modernos hombres de Estado; no la real debilidad y falsa fortaleza de los déspotas, que se proclaman fuertes porque emplean la fuerza bruta de que disponen en aterrorizar a las muchedumbres y en crear una deleznable paz mecánica que "podrá existir en todas partes, menos en las conciencias".

RELACIONES PERSONALES ENTRE EL GENERAL DIAZ Y FRANCISCO I. MADERO

El abuelo del caudillo Madero, don Evaristo Madero, era persona prominente en Coahuila (desde los tiempos de Juárez y de Lerdo), donde había reunido un copioso caudal por su laboriosidad e inteligencia. Ya bajo el porfirismo, desempeñó una vez el cargo de gobernador del Estado, de manera que era bien conocido del general Porfirio Díaz, con quien cultivaba relaciones de amistad. Don Evaristo Madero no alcanzó a presenciar el triunfo de su nieto, pero sí vivía aún cuando éste inició la oposición, y don Evaristo expresó públicamente su inconformidad con ella. En cuanto a Francisco I. Madero, el general Díaz sólo lo conocía por referencias y le tenía en concepto de un ser sin significación intrínseca y sólo capaz de llevar a cabo algo serio en el caso de estar apoyado por todo el capital y por todos los miembros de su numerosa familia. Cuando don Porfirio se persuadió de que esto no sucedía, consideró a Madero como a uno de tantos utopistas de poco o ningún cuidado. Sin embargo, al acercarse la Convención, en el bufete del Lic. Rosendo Pineda se urdió un enjuague de carácter penal contra Madero, en el que sirvió de instrumento un señor Felipe de Jesús Ortega, acusando al presunto candidato de hurtos en el corte de guayule, con objeto de inhabilitarlo. Llegó a estar expedida la orden de detención, precisamente en los días en que la Convención se celebraba, pero no pudo realizarse porque el Lic. Federico González Garza ocultó a Madero en una casa muy cercana al Tívoli del Eliseo, y de la cual salió para prestar la protesta una vez que hubo sido designado candidato.

El antirreeleccionista Francisco de P. Sentíes era muy amigo de Madero y al propio tiempo cultivaba estrecha amistad familiar con don Teodoro A. Dehesa, gobernador de Veracruz y uno de los hom-

bres que más pesaban en el ánimo del general Díaz; y se sirvió de él para concertar una entrevista entre Madero y el Presidente, con la mira de serenar la contienda y mantenerla de común acuerdo dentro de los cauces legales. Accedió Madero, más por condescendencia que por interés positivo, y la entrevista se celebró en la calle de Cadena, en el domicilio del dictador. No tuvo trascendencia y Madero nunca le dio importancia. Sólo sé que en el transcurso de ella el general Díaz convino en que don Ramón Corral estaba muy desprestigiado, agregando que, en su concepto, ese desprestigio era injustificado. Y terminó con la declaración de que entrambos candidatos "se verían lealmente en las urnas electorales". El general Díaz debe haber sonreído largo rato después de la entrevista...

Cuando arreciaron en los Estados las persecuciones contra los partidarios de Madero que hacían sus preparativos para el cercano acto electoral, Madero dirigió al general Díaz una enérgica, pero respetuosa carta, recordándole lo pactado. El general Díaz le contestó que él no podía intervenir en esas cosas, pues su intervención lesionaría la constitucional soberanía de los Estados.

Al fin fue encarcelado Madero en la Penitenciaría de Monterrey, en las circunstancias que ya he narrado. Desde su cárcel, con fecha 14 de junio de 1910, lanzó un vibrante manifiesto al pueblo mexicano, en el que lo exhortaba a continuar los trabajos cívicos hasta llegar a las urnas electorales, sin arredrarse por la prisión ni por los otros peligros que podría correr su candidato. Apenas circuló ese manifiesto, pues fue recogido por las autoridades. Al día siguiente, Madero hizo imprimir la copia de una carta que en esa fecha dirigió al general Porfirio Díaz y que fue la última comunicación que tuvo con el "Héroe de la Paz" antes de los convenios de Ciudad Juárez. Ese documento circuló poco, pues también fue mandado recoger por el Gobierno. Tengo en mi poder un ejemplar de él y lo inserto a continuación por considerarlo de importancia para nuestra historia contemporánea.

"Penitenciaría del Estado, Monterrey, N. L., 15 de junio de 1910.

Señor general Porfirio Díaz.

México, D. F.

Muy señor mío:

En su carta del 27 de abril pmo. pdo., me decía usted: «en la

ley encontrarán tanto las autoridades como los ciudadanos, el camino seguro para ejercitar sus derechos» y que la Constitución no lo autorizaba a Ud. «para injerirse en los asuntos que pertenecen a la soberanía de las Entidades Federativas».

A pesar de ello, la ley, aunque observada por mis partidarios, ha sido frecuentemente violada por los de Ud., que ocupan puestos públicos, y aunque se desprendía de su carta que la Federación no podía intervenir en los Estados para que se respetaran las garantías individuales, en cambio sí ha intervenido para apoyar los atropellos cometidos por las autoridades locales, como pasó aquí en Monterrey, en donde, para disolver una pacífica y ordenada manifestación en mi honor, prestaron ayuda fuerzas federales del Regimiento de Rurales.

Esta intervención directa de las fuerzas federales, no ha venido sino a confirmar lo que dije a usted en mi anterior y es que, según la opinión pública, Ud. es el principal responsable de los actos de sus partidarios en toda la República a pesar de la soberanía de los Estados, que sólo existe de nombre.

Eso está en la conciencia de todos y Ud. mismo lo dio a entender en su entrevista con Creelman, así es que no puede negarse; pero aunque no fuera así, el hecho innegable es que en toda la República los partidarios de Ud. que ocupan puestos públicos, están cometiendo toda clase de atentados contra mis partidarios y hasta contra mí mismo, acusándome de injurias a Ud., basándose para ello en el testimonio del Sr. Lic. Juan R. Orcí, que confeccionó un discurso a su gusto y me lo atribuyó como pronunciado en San Luis Potosí. ¡Así es que una calumnia de uno de sus partidarios y la complacencia de los jueces y demás autoridades, me han privado de mi libertad!

Esto ya no tiene nombre y ha venido a demostrar que si conmigo, que hasta cierto punto merecía respeto, aunque no fuese sino por el decoro de Ud. se han cometido atentados tan escandalosos, ¿qué no será con mis numerosos partidarios?

Algunos de ellos, tratados con crueldad en Torreón, están acusados por sediciosos y el proceso tiene por base ¡anónimos que el Jefe Político pretende haber recibido! Otros, como en ésta, Saltillo, San Luis, Puebla, Cananea, Orizaba, etc., son reducidos a prisión porque se ocupan en preparar los trabajos electorales.

De lo expuesto se desprende claramente que usted y sus partidarios rehúyen la lucha en el campo democrático, porque compren-

den que perderían la partida y están empleando las fuerzas que la Nación ha puesto en sus manos para que garanticen el orden y las instituciones, no para ese fin, sino como arma de partido para imponer sus candidaturas en las próximas elecciones.

Pero no tienen ustedes en cuenta que la *nación está cansada del continuismo*, que desea un cambio de gobierno, pues desea estar gobernada constitucionalmente y no «paternalmente» como usted dice que pretende gobernarla. La Nación no quiere ya que usted la gobierne paternalmente, ni mucho menos que la gobierne el señor Corral.

Usted me dijo que «era cierto que estaba muy desprestigiado el señor Corral, pero que ese desprestigio era injustificado».

Pues bien, ese desprestigio no es injustificado, como lo demuestra la política de que se está valiendo para imponer su candidatura, cometiendo toda clase de atentados contra las garantías individuales; haciendo que sus amigos, como Orcí, calumnien a sus adversarios políticos como yo; recurriendo a medios reprobados para callar la prensa independiente, a pesar de su moderación que más resalta, si se compara con los órganos del partido de ustedes *(El Imparcial, El Debate,* etc.), los cuales emplean intemperancias tales de lenguaje, que han trabajado más eficazmente que nosotros mismos, para el desprestigio de la causa que defienden.

No obstante lo desigual de la lucha, puesto que nosotros no tenemos órganos de gran circulación, porque nunca faltan pretextos al gobierno de ustedes para deshacerse de ellos (—a la sazón se emprendía la segunda persecución de *México Nuevo*—), y a pesar de que en muchas partes son reducidos a prisión los que hacen la propaganda de nuestros impresos y los que organizan clubes, nosotros aceptamos y deseamos vivamente la lucha en los comicios, porque creemos que solamente serán el gobierno legítimo y la paz estable, teniendo por base la voluntad nacional y el respeto a la soberanía popular.

Por este motivo he publicado un manifiesto del cual adjunto a usted un ejemplar.

Verá usted que doy instrucciones a mis partidarios para que obren estrictamente dentro de la ley, y respeten los derechos de sus adversarios políticos, pero a la vez les indico que los obliguen también a trabajar dentro de la ley y a respetarles sus derechos.

Si los partidarios de usted cumplen con la ley; si las autoridades partidarias de usted, investidas de su carácter se erigen en severos

guardianes de la ley, el pueblo designará pacíficamente sus mandatarios y habremos entrado para siempre en la vía constitucional, única que podrá cimentar definitivamente la paz y asegurar el engrandecimiento de la patria.

Pero si usted y el señor Corral se empeñan en reelegirse a pesar de la voluntad nacional, y continuando los atropellos cometidos recurren a los medios puestos en práctica hasta ahora para hacer triunfar las candidaturas oficiales, y pretenden emplear una vez más el fraude para hacerlas triunfar en los próximos comicios, entonces, señor general Díaz, si *desgraciadamente por ese motivo se trastorna la paz*, usted será el único responsable ante la Nación, ante el mundo civilizado y ante la Historia.

Publique usted un manifiesto en que haga a sus partidarios la misma indicación que yo les hago a los míos y ponga de su parte todo lo posible para que las autoridades cumplan con su deber respetando la ley, y habrá hecho a su patria el mayor bien, consolidando para siempre la paz.

En cuanto a mí, desde este encierro en donde me tiene usted reducido, no puedo hacer más que publicar mi manifiesto aludido, y tranquilo espero sus consecuencias. Sé muy bien que con jueces obedientes a la consigna y superiores poco escrupulosos en darlas cuando se trata de beneficiar a su partido, mi suerte está en sus manos y se me podrá procesar y condenar por los mayores delitos. ¡Que así sea! Pero tengo la conciencia de servir a mi patria con lealtad y honradez y los mayores peligros personales no me han de arredrar para servirla.

Soy su atento servidor (firmado), *Francisco I. Madero*".

Como era de prever, el general Díaz no publicó manifiesto alguno y las autoridades siguieron persiguiendo a los antirreeleccionistas a más y mejor.

Pero, agotados infructuosamente los recursos legales, el pueblo supo hacerse escuchar; y llegó al triunfo con las armas en la mano...

INVOLUNTARIAMENTE DIO MADERO UN SUSTO AL GENERAL DIAZ

A decir verdad, yo mismo ignoro quiénes hayan podido ser testigos presenciales de la conferencia Díaz-Madero, pues no recuerdo si alguna vez supe quiénes habían estado presentes en ella; pero su celebración fue un hecho, del que pongo como testigos a dos personas que viven todavía: el ex gobernador de Veracruz, don Teodoro A. Dehesa, y el señor don Francisco de P. Sentíes, escritor que fue de los primeros en propagar desde 1908 ideas de democracia y de renovación política, y que hoy se ha retirado a la vida privada, dedicándose a la agricultura. Acompañó también al señor Madero a la casa de la calle de Cadena número 8, el coronel don Ignacio Muñoz, quien, según entiendo, era pariente del general Díaz, pero dicho señor ha muerto ya.

La entrevista fue fundamentalmente provocada por don Teodoro A. Dehesa, quien, sin ligas de compromiso político con los "científicos" y antes bien, su adversario, alcanzó a ver el grave peligro que para el régimen porfiriano entrañaban las ya evidentes exigencias del pueblo, y quiso salvar a don Porfirio, a quien profesaba honda y vieja adhesión. Yo tuve oportuna noticia de la planeada entrevista antes de que se celebrase, y recuerdo que manifesté a Madero mi franco parecer sobre su absoluta inutilidad, por extemporánea y por tardía, ya que se verificaba el 16 de abril de 1910, cuando los trabajos de la Convención estaban casi terminados y, por consecuencia, ya Madero no podía hacer concesiones personales que comprometiesen al Partido. Convino en ello y fue a la conferencia más por complacencia con Sentíes que por otra cosa. Después nos dijo que la reunión no había tenido importancia práctica, y que sólo se había convenido en "dejar hablar a las urnas electorales", habiendo

prometido el general Díaz dar a los antirreeleccionistas todas las garantías legales.

Por cierto que en mi anterior artículo sobre el particular, omití *un detalle chusco. Acostumbraba Madero llevar el pañuelo en la* bolsa posterior del pantalón, del lado derecho, allí donde otras personas acostumbran llevar el revólver. En el curso de la entrevista, Madero —que como es bien sabido ténía movimientos rápidos y nerviosos— llevó su brazo en busca del pañuelo y... el general Díaz hizo un brusco movimiento de retroceso en su sillón. Madero solía narrar el hecho con infantil regocijo. (Pongo a don Alfredo Alvarez como testigo).

Por lo que respecta a las cartas que he afirmado se cambiaron los señores Francisco I. Madero y el general Porfirio Díaz, en relación con la campaña electoral, he encontrado al fin su texto en mi *archivo y las reproduzco a continuación:*

"México, D. F., a 26 de mayo de 1910. Señor general Porfirio Díaz, Presidente de la República Mexicana. Presente. Muy respetable señor mío: *En la conferencia que celebramos el 16 de abril próximo pasado,* quedamos en que iríamos a la lucha, y usted me manifestó que entregaría el poder a quien el pueblo designase. Por este motivo supuse desde entonces, que usted como Primer Magistrado de la Nación, pondría de su parte todo lo posible por facilitar al pueblo que manifestase su voluntad. Esto sólo puede hacerse en los comicios electorales, pero es indispensable la organización previa de los trabajos. Esta clase de trabajos los han emprendido los partidarios de mi candidatura con toda actividad, pero a la vez, sujetándose rigurosamente a lo prescrito en nuestra Carta Fundamental y leyes que de ella derivan. Yo también he llevado a cabo algunas giras políticas con objeto de explorar la opinión pública y explicar a mis conciudadanos mi programa de gobierno. Por lo que a mí se refiere, en este sentido, estoy satisfecho, pues en todas partes se me han respetado mis derechos políticos. Pero no pasa lo mismo con los numerosos partidarios de mi candidatura, esparcidos en el territorio de la República. A diario recibo quejas de los atropellos cometidos por las autoridades locales.

En Coahuila se han impedido toda clase de manifestaciones en honor nuestro y también se les han puesto trabas ilegales para hacer propaganda de la candidatura mía y del doctor Vázquez Gómez. En Nuevo León, Aguascalientes y San Luis Potosí ha pasado otro tanto. Estos atropellos cometidos por las autoridades locales, los

considero, a pesar de todo, de poca importancia, y únicamente por ellos no hubiese molestado la atención de usted, pero en los Estados de Sonora y de Puebla, la situación es mucho más grave.

En el primer Estado un periodista independiente, el señor César del Vando, en Alamos, fue reducido a prisión, valiéndose de pretextos tan ilegales, que fue amparado por las autoridades de la Federación, a pesar de lo cual no se le dio libertad. En Cananea se han extremado las persecuciones contra los partidarios de mi candidatura, y según las últimas noticias que tengo, más de treinta ciudadanos están presos únicamente por sus ideas políticas. Entre ellos se cuenta la directiva en masa del Club Antirreeleccionista de aquel punto. Hasta contra la esposa de uno de ellos se ha querido proceder, intentando calumniarla. En Puebla, después de mi estancia en aquella ciudad, han sido reducidos a prisión la mayor parte de los directores de los clubes antirreeleccionistas de obreros, habiendo sido consignados al ejército tres de éstos. En Atlixco han sido reducidos a prisión, únicamente por sus ideas políticas, como ochenta ciudadanos.

En Puebla, Atlixco y Tlaxcala —en donde también se han cometido atropellos incalificables contra mis partidarios—, la excitación es intensa. Según las últimas noticias que tengo, es tan desesperada la situación de los obreros por aquellos rumbos, que de un momento a otro pueden recurrir a medios violentos para hacer que sus derechos les sean respetados. Hasta ahora he tenido que emplear todo mi ascendiente sobre ellos para disuadirlos de que recurran a tales medios, pero comprendo que de prolongarse tal estado de cosas, tan repetidos atentados los cieguen, y sin medir las consecuencias de sus actos, intenten hacerse justicia por su propia mano.

Usted comprendería cuán graves serían las consecuencias de un acontecimiento de tal naturaleza, por cuyo motivo espero interpondrá su valiosa influencia con las autoridades locales de los Estados de la Federación, a fin de que se restituya la libertad a los ciudadanos que la han perdido por sus ideas políticas, y que en lo sucesivo las autoridades otorguen toda clase de garantías.

Comprendo muy bien que la soberanía de los Estados pudiera serle un obstáculo para obrar en el sentido que me permito indicarle, pero en la conciencia de toda la Nación está la idea de que cualquiera indicación de usted sería respetada por los gobernadores y demás autoridades locales, especialmente por ser usted el Jefe del Partido Reeleccionista. Por estas circunstancias, la opinión pública a la vez

que a las autoridades locales, hace responsable a usted de esos atentados, pues se cree que tales medidas son dictadas con su acuerdo, y con el propósito de imponer en las próximas elecciones las candidaturas de usted y del señor Corral.

Muy respetuosamente me permito poner en su conocimiento los hechos que he enumerado, con el deseo de que ponga usted remedio tanto para el buen nombre de su gobierno, como para la tranquilidad de la República, pues si los gobernadores y Jefes Políticos siguen cometiendo atentados de tal naturaleza, desde ahora le manifiesto *que no seré responsable* si mis partidarios, desoyendo mis exhortaciones, se hacen justicia por su propia mano y por este motivo se trastorna la paz pública.

Yo he exigido de mis partidarios que laboren dentro de la ley; así lo han hecho. También he exigido de ellos que se limiten a *protestar por las vías legales de los atropellos de que son víctimas*, hasta ahora también lo han hecho. Pero convencidos de la ineficacia de tales medidas para defenderse, y a pesar de mis exhortaciones, temo llegue un momento en que estalle la indignación popular. En ese caso, los únicos responsables, ante la Nación y ante la Historia, serán las autoridades que con sus repetidos atentados hayan provocado la indignación del pueblo mexicano.

Deseo vivamente, para bien de la Patria, desligue usted su personalidad como gobernante y como candidato, a fin de que el primero sea el imperturbable guardián de la ley y no se deje influenciar por el segundo. Esta conducta redundará en gloria para usted, en bien de la Patria y en prestigio para las prácticas republicanas, y con esa conducta quedará para siempre consolidada la paz, puesto que tendrá por base la *Constitución* y la Ley.

Suplico a usted no le extrañe dé publicidad a la presente, pero desde el momento en que un grupo numeroso de mis conciudadanos me ha honrado con su confianza, juzgo obligación mía hacerles conocer todos mis actos.

Atentamente me repito una vez más, su respetuoso conciudadano y seguro servidor, firmado, *Francisco I. Madero*".

No se hizo esperar la contestación del general Díaz, pues vino al siguiente día y dice así:

"México, mayo 27 de 1910. Señor Francisco I. Madero. Presente. Muy señor mío: Me refiero a la carta de usted, fecha de ayer

y quedo impuesto de que en el Distrito Federal y en los Estados ha encontrado usted de parte de las autoridades las garantías a que tiene derecho todo ciudadano, pero al mismo tiempo se queja usted de que en ciertas localidades algunos de sus simpatizadores están descontentos y me suplica usted que intervenga cerca de los gobernadores. A este respecto debo manifestar a usted que la Constitución no me autoriza para inmiscuirme en los asuntos que pertenecen a la soberanía de las Entidades Federativas y que en la observación de la ley encontrarán, tanto las autoridades como los ciudadanos, el camino seguro para ejercitar sus derechos.

Me anuncia usted que pudiera haber algún desorden. No es de esperarse que así sea, pues los ciudadanos gozan de todas las garantías que las leyes les otorgan; y además, muchas pruebas han dado de su cordura y de su patriotismo, pero, si contra lo que es de esperarse, algún grupo mal aconsejado llega a perturbar el orden público, puede usted estar seguro de que se procederá con toda la energía que el caso demande y de que los culpables serán castigados de conformidad con la ley.

De usted, afectísimo servidor, firmado, *Porfirio Díaz*".

Meses más tarde, a mediados de 1911, durante el interinato de De la Barra, don Teodoro A. Dehesa visitó al señor Madero en su Secretaría Particular (Paseo de la Reforma), de que era yo jefe. Mientras el ex gobernador de Veracruz era recibido por el Jefe de la Revolución, conversó conmigo e hizo alusiones a la conferencia Díaz-Madero, del 16 de abril del año anterior.

Pude percatarme de que si tal conferencia se hubiera verificado algunas semanas antes, *tal vez* el curso de la política nacional hubiera sido otro, mediante la substitución de la candidatura vicepresidencial del señor Corral por la del señor Dehesa, el consecuente quebrantamiento de la fuerza absorbente de los "científicos", y la garantía del general Díaz de retirarse del poder con licencia en los comienzos del nuevo período presidencial. . .

QUE IMPRESION LE PRODUJO A MADERO EL GENERAL DIAZ

Hoy tengo a la vista dos cartas íntimas e interesantes de Madero, gracias a la benevolencia de mi viejo amigo el licenciado Adrián Aguirre Benavides, que fue defensor de Madero en el incidente que, para inhabilitarlo, le promovieron los "científicos", por un supuesto robo de cortes de guayule, sirviéndose como instrumento de la negociación agrícola "Los Filipinos", ubicada en la vecindad de propiedades de la familia Madero. Esas cartas son interesantísimas para quienes quieran penetrar en la psicología del Apóstol de la Democracia. Pero antes de reproducirlas, tengo que referirme a la acusación de marras, y para ello me sirvo de la síntesis que sobre el asunto expone el ingeniero Pascual Ortiz Rubio, en la página 76 de su libro *La Revolución de 1910,* y que dice así:

"Entonces ya empezó el general Díaz a preocuparse de aquellos enemigos que al principio vio pequeños y casi de ninguna importancia, y comenzaron las persecuciones, primero solapadamente, y después con todo descaro, pues se valían de cuantos medios estaban a su alcance para encontrar una manera legal de sujetar a prisión al candidato Francisco I. Madero, y un amigo o empleado de Limantour, llamado Felipe de Jesús Ortega, fue comisionado para acusar al señor Madero de robo de guayul, pues no se tenía ya el valor suficiente para encarcelarlo por el hecho de ser competidor político del general Díaz, y entonces Ortega, por más esfuerzos que hizo para encontrar las pruebas de ese supuesto robo, no consiguió sino comprobar más el desprestigio del grupo que lo mandaba".

Las gestiones judiciales de esa intriga partieron del bufete del licenciado Rosendo Pineda, y se desarrollaban precisamente durante los días en que se celebraba la Convención del Tívoli del Eliseo.

Tan enconados se mostraban los enemigos y disponían de tanta influencia sobre las autoridades, que temimos fundadamente que lograran la aprehensión injusta de nuestro candidato, dañando con ello a la Convención, aun cuando después se aclararan las cosas. En consecuencia, el entusiasta antirreeleccionista licenciado Federico González Garza ocultó al candidato en su residencia, sita en las cercanías del Tívoli donde se celebraba la magna asamblea. Desde ese su precautorio retiro, Madero escribió lo que sigue, a su defensor y pariente el licenciado Aguirre Benavides:

"México, abril 15 de 1910. Señor licenciado Adrián Aguirre Benavides. Torreón. Muy querido Adrián: Ayer recibí tus dos mensajes, el segundo en clave. Tuve confirmación de su contenido, y por precaución me oculté hasta conocer el resultado de la Convención, que será de hoy a mañana. Esta noche celebraré una conferencia con el general Díaz, que puede ser de trascendencia. De todas maneras, si acaso llegan a prenderme con el pretexto que conoces, es bueno no se te olvide publicar la defensa que me ofreciste, en la inteligencia que si por esa publicación corres algún peligro, trasládate a Monterrey o a San Antonio Texas. En cualquier caso yo te indemnizaré de los perjuicios que te acarree tal cambio de residencia. Por supuesto que considero imposible que te hagan nada por esa defensa, pero ya sabes mi parecer en caso contrario. Será importante que esa defensa la hagas lacónica, y le des la mayor publicidad posible. En mis imprentas de San Pedro que tiren veinte mil ejemplares y mándala también a los periódicos para que la reproduzcan. Yo creo que será muy difícil se atrevan a encarcelarme después de la Convención, pero como es bueno estar preparado para toda eventualidad, te escribo la presente. No dejes de comunicarme a Berlín 21 cualquiera noticia que sepas, y quedo como siempre tu amigo que te quiere. (Firmado). *Francisco I. Madero*".

Efectivamente estaba fijada la entrevista con el general Díaz para las cinco de la tarde del 15 de abril; pero un involuntario retardo de Francisco de P. Sentíes, que fungía de introductor de Madero y que tuvo que concurrir a los funerales de un amigo, hizo que llegaran tarde a la calle de Cadena, donde encontraron un atento recado del general Díaz, en el sentido de que los había esperado, pero que, teniendo que concurrir a una recepción a la casa de un diplomático, les indicaba que la conferencia o entrevista se verificaría al siguiente día a la misma hora. Así sucedió: la entrevista se verificó el 16 de abril, mismo día y a las mismas horas, casi, en

que la Convención proclamaba las candidaturas de Madero y del doctor Vázquez Gómez.

Cuatro días después, Madero escribía a Aguirre Benavides una carta mucho más interesante que la anterior, porque en ella, con la franqueza y espontaneidad con que se escribe a un pariente, le comunicaba la impresión personal que el general Díaz había dejado en él. Es intensamente interesante conocerla, desde el punto de vista psicológico. He aquí la carta íntegra:

"Berlín 21.—México, D. F., 20 de abril de 1910.—Señor licenciado Adrián Aguirre Benavides.—Torreón, Coah.—Muy querido Adrián: Recibí ayer tu grata del 16 del actual, así como copia de la que le escribiste a papá en igual fecha. Mucho gusto me da ver la actividad y celo que has desplegado en el asunto con «Los Filipinos», a lo cual es debido en gran parte que parásemos el golpe que estos hombres nos preparaban. No puedo menos que considerar providencial la oportunidad con que falló el Juez de Parras, lo cual viene completamente a desarmar a nuestros enemigos. Parece que Valle —(el entonces gobernador de Coahuila)— te estaba engañando, pues nunca te dijo que habían librado orden de aprehensión contra mí, lo cual hicieron. Lo que pasó fue que dieron tan precipitadamente la orden, que se la mandaron directamente a Félix Díaz, que es el Inspector General de Policía, y él dijo que no obedecía órdenes del gobernador de Saltillo sino del gobernador del Distrito. Además de eso, tropezaron ahora con el fallo del Juez de Parras, y no se atrevieron a cometer ya el atentado contra mí. Creo que con el fallo del Juez de Parras estoy completamente a salvo ya de cualquier atentado en ese sentido y creo que tampoco podrán hacer nada contra papá, en la reclamación que por daños y perjuicios entablaron «Los Filipinos». Debemos, pues, estar de plácemes.

Yo por acá no he hecho nada sobre el asunto, y tuve una entrevista con el general Díaz, *provocada por Dehesa*, tratando la cuestión política en general. También tratamos de la orden de aprehensión contra mí y me dijo que tuviera confianza en la Suprema Corte; a lo cual le contesté, con una carcajada de muy buen humor, diciéndole que no tendría absolutamente ninguna confianza en ella, pues comprendía muy bien que si me aprehendían era porque había resultado candidato a la Presidencia de la República, y que a mí me preocupaba muy poco, puesto que la opinión sabría a qué atenerse y sería a él a quien acusarían de ese atentado contra mí, porque mi honradez no está a discusión en ninguna parte.

Te aseguro que el general Díaz me causó el efecto de estar completamente decrépito, no le encontré ninguna de las cualidades que le encuentran todos los que lo han entrevistado, pues ni me pareció imponente, ni hábil, ni nada. Por el contrario, tuve oportunidad de «*semblantearlo*» por completo.

Conocí todos sus proyectos, hasta los que tiene para dentro de unos dos o tres años, mientras que él no supo nada de los nuestros. Algunas veces quiso hablarme con la seriedad con la cual probablemente causa tanto terror a los que lo rodean, pero la verdad que esa seriedad la tomé con muy buen humor, considerándola una bromita. En cuanto a sus frecuentes contradicciones, que todo mundo pasa desapercibidas, porque todos lo adulan de una manera servil, yo sí se las recalcaba.

Puedo decirte que no me impresionó absolutamente la entrevista que tuve con él, y que más bien él ha de haber estado convencido que no logró imponérseme y que no le tengo absolutamente miedo.

Esta entrevista la creo de *algún interés para nosotros*, pues el general Díaz ha comprendido, por fin, que sí hay ciudadanos bastante viriles para ponérsele frente a frente y que no le temen absolutamente.

Sin otro particular por ahora, y esperando me escribirás comunicándome el desarrollo de esos asuntos, quedo como siempre tu amigo y pariente que te aprecia.—(Firmado). Fco. I. Madero."

Reconstruyendo la escena que pinta la carta que antecede, el general Díaz, severo, solemne, majestuoso, y Francisco I. Madero, risueño, jovial, lleno de juvenil valentía, tenemos un símbolo acabado de lo que se va frente a lo que llega, del pasado caduco ante el porvenir pletórico de fe y de bríos. . .

LO QUE PENSABA MADERO DE ALGUNOS PERSONAJES

En las idas y venidas de mi agitada vida, más de una vez se han desmembrado tanto mis archivos como mi biblioteca. Por mis viajes voluntarios unos y otros no, he debido, en varias ocasiones, dejar a guardar libros y papeles y no me ha sido dado recuperarlos todos. Casos ha habido en que, por peripecias de la vida de los depositarios, también éstos se hayan visto obligados a pasar tales depósitos a terceras, cuartas y hasta quintas manos, y de esta manera me falta mucho por recuperar y aún dudo poder lograrlo con alguna parte de mis papeles, muchos de los cuales sólo pueden tener importancia mediante las aclaraciones e interpretaciones que yo personalmente proporcione.

Entre lo perdido, está la mayor parte de mi extensa correspondencia personal con mi inolvidable amigo Madero; pero podré reconstruir mucho de ella, valiéndome de los copiadores suyos, que existen casi íntegros. El Apóstol era extremadamente ordenado en todas sus cosas, y procuraba llevar su correspondencia y conservarla con gran exactitud. Frecuentemente agobiaba con estos trabajos de clasificación y ordenamiento de papeles y documentos a su fiel e inseparable secretario-taquígrafo Elías de los Ríos.

Ultimamente he podido recuperar algunos legajos que creí por siempre perdidos. Al recorrerlos, han vuelto a mi memoria muchas cosas, cuyo recuerdo empezaba a esfumarse por la fuerza del tiempo y de los acontecimientos. La mayor parte de esos papeles recordatorios y fehacientes de acontecimientos de importancia para la redacción de nuestra historia contemporánea, serán publicados en el apéndice de mis *Memorias*, que tengo en preparación, y que son cosa distinta de estos incidentales reportazgos.

Quiero, sin embargo, dar a mis casi cotidianos lectores de hoy

algunas primicias de esos documentos, a medida que vayan teniendo conexión con las épocas que voy narrando, ya que mi afán es el de que los mexicanos conozcan a fondo y exactamente hombres y sucesos de los últimos veinte años de nuestra vida nacional.

A principios del año histórico de 1910, mi labor en la prensa fue muy intensa, y mi diario disfrutaba de mucha popularidad y poseía la ilimitada confianza de los independientes. Era para ellos un verdadero oráculo y, en consecuencia, mi responsabilidad era enorme.

Abrí en las columnas de *México Nuevo* una encuesta —por primera vez en México— para consultar la opinión nacional acerca de las personalidades presidenciables. A granel llegaban los cupones de votación, que eran contados notarialmente. Desde un principio figuraron en primer término Madero y Félix Díaz. Este militar, por su abolengo, su puesto oficial y sus simpatías personales, contaba con bastantes partidarios.

Poco antes de cerrarse la encuesta, procedí a reunir los datos y retratos correspondientes a los candidatos que ofrecían más probabilidades de triunfar, y al pedir a Madero los a él correspondientes, me envió la siguiente carta, cuyo interés es grande:

"San Pedro, Coah., 23 de febrero de 1910.

Señor don Juan Sánchez Azcona. 2ª de López 26. México, D. F.

Muy estimado amigo:

Ayer llegué de San Antonio y me encontré con tu grata 12 del actual que paso a contestar.

Veo con placer que efectivamente has seguido en la brecha y como el éxito práctico es lo que mejor demuestra la habilidad de cada persona, los acontecimientos han venido a demostrar el tuyo al dirigir *México Nuevo,* puesto que has logrado seguir viviendo mientras que los demás periódicos de oposición han sido desbaratados. Por eso te felicito cordialmente.

He estado pendiente del resultado del concurso que has abierto y veo que efectivamente he sido uno de los favorecidos por el voto de tus lectores. Respecto a los datos míos que deseas, te mando un ejemplar del *Antirreeleccionista* en el cual está publicada mi biografía. Tú conoces muy bien por qué me metí en política, pues recordarás las extensas pláticas que tuve contigo, desde mucho antes,

pues no lo hice de un modo precipitado, sino que ya lo tenía resuelto desde la cuestión electoral de Coahuila, porque entonces comprendí que era imposible obtener ningún cambio en los Estados ni en los Municipios, y que necesitamos un cambio radical.

Siempre he creído que este cambio lo podemos obtener, pero no he estado revelando mis esperanzas sino a medida que ha sido necesario y conveniente, pues si las hubiese revelado al principio, tal como las tengo ahora, nadie me hubiese seguido. Sin embargo, en la *Sucesión Presidencial* se trasluce mi modo de pensar y el que la lea con detenimiento verá que desde que la escribí confiaba yo en el triunfo.

Te adjunto igualmente la fotografía que deseas. Probablemente te mande también un cliché que mandé hacer en San Antonio, pues quizás salga mejor que el que mandes hacer en ésa. Dime qué más datos deseas además de los que contiene esa biografía del *Antirreeleccionista.* Hoy escribo a San Antonio que te manden el cliché.

Yo creo que esos datos biográficos son bastantes, pues más bien lo que se necesita es un estudio de la personalidad y tú me conoces bastante para poderlo hacer concienzudamente.

Mucho te agradezco que se hayan ocupado en el trabajo que yo deseo y que ya lo esté haciendo Ballesteros. Como ofreciste publicar datos de las personalidades que resulten con más votos y, según parece, el doctor Vázquez Gómez no será de ellos, puedes decir que publicas esa biografía o esos datos a petición de muchos de tus lectores y correligionarios que te la han pedido.

Tengo mucho interés en dar a conocer la personalidad del doctor Vázquez Gómez, pues quiero que sea uno de los candidatos que figuren en la Convención, pues es una de las personas a quienes encuentro más méritos para ello.

Aunque creo que el desenlace de nuestra campaña va a ser una tremenda lucha entre el gobierno y el Partido Antirreeleccionista, cuando éste haya encarnado sus principios en sus candidatos, a pesar de esto, nosotros debemos siempre pensar en la posibilidad de un candidato de transacción, y para ello me he fijado en que nos convendría mucho la del general José María Mier, actual gobernador de Nuevo León.

Te aseguro que este general es uno de los hombres más dignos de la actual administración, de una honradez acrisolada, de una gran energía y sobre todo es un gran demócrata, pues en Nuevo León dejó libertad para las elecciones municipales al grado que

las perdió en uno de los principales municipios, que fue el de Lampazos, y ha respetado al nuevo Ayuntamiento.

Te digo esto porque conviene ir preparando de alguna manera la opinión pública en este sentido o por lo menos conviene que no vayan a ir ataques contra este general en tu periódico, a fin de no predisponer el ánimo de los independientes.

Muy seguido tu corresponsal de Monterrey te manda notas censurando los actos de la nueva administración y entiendo que en la mayor parte de los casos es apasionado, pues debo manifestarte que en todo Nuevo León están contentísimos con el cambio de régimen, encantados con el general Mier, y en Monterrey con el alcalde, que es una de las personas más honorables de aquella ciudad.

A propósito de este asunto te diré también que mucho temo que el general Díaz quiera imponer como candidato de transacción a su sobrino Félix, el cual *no nos convendrá de ninguna manera*, pues según informes que tengo es déspota, arbitrario y poco escrupuloso.

Es bueno no dejarnos llevar por la pasión, y por el deseo de atacar a Corral no prevenir males que podrían ser funestos.

Así juzgo a Félix Díaz, pues aunque no tenga el mismo nivel de aquel otro personaje, en cambio subiría con más prestigio al gobierno y sería más fácil que nos impusiera otra dictadura vitalicia, mucho más larga por ser él más joven y sobre todo, porque sería más fácil para él sostenerse en el poder, que a Corral.

Te digo esto, especialmente porque vas a verte obligado a analizar su personalidad, puesto que será el primero o segundo de los agraciados por los votos y tú que en el carácter de periodista independiente, en el cual tiene gran confianza todo el público, tienes una gran responsabilidad; necesitas no ir a torcer el criterio de tus lectores haciendo una apología de dicho general, pues éste podría acarrear graves consecuencias para la Patria.

Comprendo que en la posición en que te encuentras no podrás atacarlo, pero por lo menos procura no ser muy pródigo en las alabanzas y si es posible da a entender que es algo déspota y arbitrario, aunque lo atribuyas a la profesión o a lo que quieras; pero lo esencial es poner en guardia al público sobre esa persona, a fin de que no se vaya a dejar llevar por un entusiasmo irreflexivo que, te repito, podría ser funesto para nuestra causa.

Cuando salga la carta que me dices vas a publicar en tu periódico con gusto te la contestaré por el mismo conducto.

En espera de tus nuevas y gratas noticias, quedo como siempre, tu amigo que mucho te quiere.

Fco. I. Madero."

* * *

Esta carta comprueba claramente dos puntos principales: que en el año mismo en que se produjo la tremenda oscilación de la Dictadura, Madero estaba seguro del triunfo de sus ideas y campañas democráticas, pero no pensaba en ser él el sucesor del general Díaz; y que hubiera preferido que la transformación nacional se efectuara por serena evolución, y no por la violencia de las armas. A este último extremo fueron arrastrados Madero y los suyos por la ciega y egoísta intransigencia y por la arrogancia del grupo que se había apoderado *Ad Aeternum* de los destinos nacionales.

Pero, aparte de eso, la carta revela también la serenidad de juicio que caracterizaba al Apóstol para juzgar a los hombres del día. Es una novedad para muchos que en un momento dado Madero hubiera pensado en el general José María Mier, entonces gobernador de Nuevo León, como un posible candidato de transacción y de transición entre el régimen que debía irse y el que debía advenir. El general Mier fue un hombre honrado y de gran disciplina moral. Enemigo de la Revolución, por su calidad de soldado del viejo régimen, respetó, sin embargo, a sus enemigos, y nunca se manchó con atropellos o asesinatos. Era un liberal de la época de la Reforma. Murió valientemente peleando en Orendáin contra las fuerzas del general Alvaro Obregón.

Interesante es, asimismo, conocer la alta opinión que a Madero merecía el señor doctor don Francisco Vázquez Gómez y cómo el Apóstol se había fijado en esa personalidad para que figurase en primer término en la Convención del Partido, que en esos días se organizaba. Las causas de las posteriores disensiones entre Madero y los señores Vázquez Gómez merecen capítulo aparte, y capítulo relativamente extenso; y en próxima ocasión he de exponer, con claros razonamientos, mis puntos de vista sobre el particular.

CUANDO SE HIZO EL PRIMER ENSAYO DE DEMOCRATIZACION NACIONAL

No soy osado al afirmar que, en la lucha contra el porfirismo ya corrupto, no hayan servido de nada los esfuerzos desplegados por los precursores de la Revolución, antes del movimiento maderista de 1910; pero reafirmo algo que entonces he asegurado: que la Revolución sí tuvo preparación ideológica, y que a ella debió su rápido y seguro triunfo, pues merced a aquella preparación se logró el despertar de la acción cívica del pueblo mexicano, que hasta entonces vivía intoxicado por la droga heroica de la paz mecánica. Esa preparación empezó a raíz de conocida la famosa "Conferencia Creelman", cuya precisa finalidad por parte de su autor está envuelta todavía en obscuridades de enigma.

Profundamente impresionó dicha conferencia a la juventud mexicana independiente, capaz de comprender sus alcances y de aprovecharlos "en caliente". Y tras de haber cambiado opiniones unos cuantos bienintencionados, decidimos hacer un vibrante llamamiento a la juventud intelectual y debidamente preparada de México, para la formación de un partido de principios que estudiara valientemente los palpitantes problemas nacionales y se aprestara para influir efectivamente en los acontecimientos. Sin elementos materiales para emprender con holgura nuestra ardua tarea, hubimos de aceptar, los organizadores, la benévola ayuda de algunos particulares que, si simpatizaban en el fondo con nuestras ideas, estaban convencidos de que nuestra acción sería absolutamente nula ante la fuerza del régimen imperante y ante los procedimientos de represión y de defensa de que solía hacer uso. Así fue como aceptamos la oferta de la Asociación Cristiana de Jóvenes para usar de sus locales en la celebración de nuestra primera reunión; pero sin que

esto deba significar, ni remotamente, ni que nosotros estuviéramos de algún modo vinculados con aquella asociación ni que ésta participara en nuestras miras. Enviamos más de cien citatorios a hombres que juzgábamos capaces de comprendernos y de tener el valor civil de ir a escuchar nuestras insinuaciones. Pero sólo concurrieron a la primera junta quince ciudadanos, al tenor del acta oficial de ella, que empieza así:

"En la ciudad de México, el 13 de diciembre de 1908, a invitación de los ciudadanos Juan Sánchez Azcona, Francisco de P. Sentíes y Heriberto Barrón, en el edificio de la A. C. de J., sito en la calle del Puente de Alvarado número 23, se reunieron los siguientes ciudadanos, además de los tres mencionados: licenciado Faustino Estrada, ingeniero José de la Paz Rendón, Adolfo Arzamendi, licenciado José Peón del Valle, licenciado Gustavo Suzarte Campos, Manuel M. Alegre, licenciado Toribio Esquivel Obregón, licenciado Manuel Calero, Benito Juárez, licenciado José Gracia Medrano, licenciado Jesús Urueta y licenciado Joaquín Baranda Mac Gregor..."

Varios de los presentes hicieron uso de la palabra, y unánimemente se fijó la conveniencia de "formar una organización política de principios, que sin sacudimientos, de una manera serena, metódica, ordenada, *sin discutir personalidades* y dentro de la órbita de lo posible, haga esfuerzos para organizar prácticamente la democracia en México, empezando por discutir los medios prácticos, como antes se ha dicho, para lograr la libre y *efectiva* emisión del voto público y el cumplimiento de las obligaciones político-electorales que la ley impone a los ciudadanos de la República." Como consecuencia de esta declaración, se constituyó el Comité Organizador del Partido Democrático, designándose una mesa directiva provisional, que quedó constituida por el ciudadano Benito Juárez como Presidente y por los ciudadanos Heriberto Barrón y Juan Sánchez Azcona como Secretarios, y se citó a nueva junta. Esta segunda junta se efectuó el 18 del mismo mes, en el salón de sesiones de la Sociedad Mutualista Siglo XX, presidida por don Urbano Balmaceda, sito en la calle Cerrada de la Misericordia número 17. A esta segunda junta, con los quince ciudadanos que habían asistido a la primera, concurrieron veintitrés más. Aunque lentamente, crecía el número de los dispuestos a obrar cívicamente...

A esta segunda junta asistieron personas ya más maduras en la política militante, o, cuando menos, más vinculadas a ella. En la junta se cambió el nombre de "Comité O. del P. D." por el de "Club

O. del P. D." Pero lo más importante de ella consistió en el señalamiento que hizo Manuel Calero de la necesidad de reformar radicalmente nuestra legislación electoral, en el sentido de restringir el voto, para que el sufragio fuera efectivo, pero no universal; y las declaraciones de principios hechas por los ciudadanos Carlos Trejo y Lerdo de Tejada y Diódoro Batalla, el viejo paladín de las luchas del 1884 contra la Deuda Inglesa y la moneda de níquel. Carlos Trejo y Lerdo de Tejada. "En vista de la honradez de sus principios e ideas" pidió saber con toda claridad cuáles eran las tendencias y fines del partido que se trataba de organizar, para saber si podían prestarles o no su concurso. Batalla propuso que se convocase a una gran Convención Nacional compuesta de delegados de todas las municipalidades del país, encargada de formular las bases del partido, y presentó por escrito siete proposiciones, la última de las cuales dice textualmente: "La Convención no podrá elegir ni discutir los candidatos a la Presidencia y Vicepresidencia de la República, sino después de haber discutido y aprobado el programa político." Es decir, se proclamaba la necesidad de los partidos impersonales.

Aunque no llegó a celebrarse la Convención, que Batalla proponía se reuniese el 5 de mayo próximo, el Club Organizador del Partido Democrático desarrolló una labor muy eficaz, no obstante que desertaron muchos de sus componentes, entre ellos yo, al advertir que en su seno iba predominando una tendencia muy marcada en favor de la candidatura vicepresidencial, personalista, del general Bernardo Reyes. Pero desertamos sólo para integrar otras agrupaciones políticas de mayor amplitud de miras. De todos modos, aquel embrión de Partido Democrático fue el comienzo de la lucha cívica organizada en nuestro país, después de tantos lustros de lamentable vasallaje al poder; y en ese intento culminó grandemente el licenciado Diódoro Batalla, hoy casi olvidado, y quien no pudo presenciar el triunfo de la causa del pueblo, pues falleció antes del triunfo maderista que vino a consumarlo.

El Partido Antirreeleccionista no se fundó sino hasta el mes de mayo de 1909, y he de tener sobrada ocasión para ocuparme de su interesante actuación, que fue la que, en definitiva, despertó al pueblo de su postración e inició el movimiento evolutivo que *con sangre y con ideas* está a punto de regenerar y de vigorizar positivamente a México.

Simultáneamente a aquellos primeros trabajos de ideología democrática, que eran enérgicamente secundados por algunos órganos

de la prensa libre, Madero escribía su diáfano libro *La Sucesión Presidencial*, preñado de verdades y de esperanzas. Pero de esto trataré en otro reportazgo retrospectivo. Hoy sólo he querido, lo confieso, recordar que el Partido Democrático, aunque fracasado en sus intentos inmediatos, fue germen de nuestra política orgánica contemporánea, y recordar también a nuestro gran correligionario Diódoro Batalla, a quien no fue dado oír las jubilosas fanfarrias de la victoria.

EL MADERISMO FUE COSA DISTINTA DEL MAGONISMO

Es innegable que el valiente batallar, sostenido a prueba de persecuciones y de sufrimientos, de los hermanos Flores Magón y de sus amigos, para mantener vibrante el sentimiento de protesta contra de la dictadura en los sectores proletarios de la nación y despertarlo en otros, constituyó positivamente una eficaz preparación de la revolución de 1910. Nadie lo ha negado, ni osaría negarlo. Pero de esto, a que el movimiento maderista, al estallar, se haya "encontrado ya la mesa puesta", como ha afirmado don Enrique, hay mucha diferencia.

El maderismo no fue una *continuación* del magonismo, ni por su organización ni por sus tendencias. Fue una cosa nueva en nuestra historia política, según lo han reconocido los mismos señores Flores Magón en repetidas declaraciones escritas, tanto de don Ricardo como de don Enrique; y por lo que respecta a don Jesús, que formó parte de la administración maderista al frente de la Secretaría de Gobernación, siempre lo reconoció así, oficial y extraoficialmente, y me lo repetía de palabra todavía hace muy poco tiempo, dos semanas antes de su inesperada muerte.

Al advertir el empuje con que estallara el movimiento armado de los maderistas, con asombrosa repercusión por todos los ámbitos de la nación y con arrolladora potencia, en documentos oficiales de su Partido, don Ricardo Flores Magón lo declaró "burgués" y recomendó a sus partidarios "que se aprovecharan de aquel movimiento para desvirtuar sus tendencias con habilidad y ganar terreno en favor de sus propios predicados", sin haberlo logrado al fin. Precisados así los hechos, ¿quién estuvo en real capacidad de presentar provecho a quién?... Por lo demás, es un hecho comprobado que los más connotados elementos del Partido Liberal, en la acción y

en la *orientación, se fundieron en el maderismo, sirviéndole sin* reservas y en muchos casos con singular relieve, pero totalmente desligados ya de los señores Flores Magón, cuya actitud ulterior francamente reprobaron.

La supuesta "burguesía" del maderismo

En su prensa y en sus escritos privados, lo mismo que en sus predicaciones, los señores Flores Magón usaron siempre la caótica y anfibológica terminología corriente entre las entonces incipientes agitaciones de los socialistas europeos de acción, que a la sazón aún no estaban organizados y definidos como hoy lo están, ni prometían capacidad para constituirse en partidos de gobierno, capacidad que hoy empiezan a tener alumbrados por los horizontes que ha abierto la moderna socialdemocracia. Las teorías positivas de Carlos Marx eran sólo patrimonio del conocimiento, del análisis y de la comprensión de unos cuantos. No se podía hablar a los pueblos *con la voz de Marx. Los líderes directos que agitaban impulsados* por un anhelo instintivo de renovación social, se titulaban a sí mismos "socialistas revolucionarios", lo cual no precisa nada en política positiva y sólo sugiere una tendencia exclusivamente destructiva. Se guiaban, en su mayoría, por las confusas doctrinas acrático-comunistas de Miguel Bakunin, las cuales, por su propia naturaleza, eran interpretadas diversamente en cada latitud y en cada momento.

Para los hombres de ese estado mental en materia política, eran "burgueses" todos aquellos que, sin pertenecer a las clases privilegiadas de las hegemonías sociales (Sangre Azul, Clero, Capital, Militarismo, Burocracia, etc.), sin embargo se negaban a seguirlos *ciegamente; y, por ampliación de sentimiento combativo, llegaban* a englobar en su concepto de "burguesía" también a esas clases privilegiadas. En resumen, para los hombres de ese estado mental en materia política, eran "burgueses" todos aquellos que no estaban incondicionalmente con ellos; de la misma manera que entre nosotros hay quienes tiendan a llamar "reaccionario" a todo aquel que no apruebe y aplauda incondicionalmente todos los actos y procedimientos del grupo gobernante.

La historia positiva se ha encargado, empero, de demostrar que entre tales supuestos "burgueses" ha habido hombres de mayor eficiencia "revolucionaria" en provecho de las masas proletarias, que entre los mismos agitadores titulados.

Si porque el jefe de la revolución de 1910, Madero, era millonario y descendiente de millonarios, se pretende afirmar que su movimiento tuvo por mira favorecer a las clases pudientes en detrimento de las desheredadas y oprimidas, se incurre en yerro y se proclama una mentira. Para de ello convencerse, basta leer los escritos y proclamas de Madero durante su actuación cívica que precedió al movimiento revolucionario por él encabezado, y basta leer el Plan de San Luis Potosí, que fue su bandera revolucionaria. En esos documentos está específicamente señalada la acción maderista en favor del proletariado.

¿Quiénes siguieron a Madero con las armas en la mano?... Rancheros, campesinos, obreros, peones, ferrocarrileros subalternos, maestros de escuela y algunos soñadores del proletariado intelectual. Tan es así, que los oligarcas y aristócratas llamaron al maderismo "el Partido de la Tilma y el Huarache".

¿Que Madero desconocía las necesidades del campesino y del obrero y no podía, por ende, comprenderlas ni tratar de remediarlas?... Inexacto, de toda inexactitud. Precisamente, como *patrón* agrícola e industrial, Madero conocía las necesidades de los proletarios del taller y del campo, e incontables veces, como patrón también, dio ejemplos preclaros de su amor a esos humildes, elevando sus salarios, cancelando sus deudas y mejorando sus condiciones de vida tanto materiales como morales. En sus fincas de campo sostenía escuelas para los hijos de los labradores y proporcionaba de su peculio eficaz auxilio, médico y pecuniario, a todos, en casos de enfermedad. Madero, aun siendo patrón, fue siempre un defensor y un protector de los asalariados.

La revolución maderista perjudicaba a las clases pudientes por cuanto a que ponía un hasta aquí a los injustos e ilegales privilegios de que venía disfrutando y, marcaba coto a los incalificables abusos que solían ejercer. Daba fuerza a los oprimidos, a los de abajo, para defenderse y para dignificarse y, en consecuencia, mermaba el poder de la clase rica, a la que él mismo y los suyos pertenecían. Al iniciar su vida política y revolucionaria, Madero poseía un capital personal de cerca de dos millones de pesos; al terminar la campaña, ese su capital quedó reducido a la centésima parte. Esto me consta.

En realidad, la causa de que los directores del Partido Liberal magonista repudiaran a la revolución maderista y se rehusaran a incorporarse y a sumarse a ella, fue la de que con ello perdían

una jefatura, siquiera fuera nominal e ilusoria, que se imaginaban venir ejerciendo de tiempos atrás y que ellos mismos se habían *otorgado por sí y ante sí.*

El porqué de la jefatura de Madero

Tildan los señores Flores Magón de ambición personal y de imposición arbitraria el hecho de que, al desconocer Madero, en el Plan de San Luis Potosí, la legitimidad del gobierno del general Díaz, asumiera él mismo la Presidencia Provisional de la República para dirigir con tal carácter el movimiento armado y pretenda que la dirección de éste debió haber quedado confiada a una Junta Revolucionaria, la cual iría disponiendo lo conducente a medida que el territorio nacional fuese siendo dominado por las fuerzas insurgentes, y dejando en libertad al pueblo para escoger después a su "amo", si es que quería seguir teniéndolo todavía.

Un superficial examen de los hechos basta para destruir aquellos cargos y para desechar el procedimiento propuesto.

Madero había apelado al supremo y doloroso recurso de las armas, después de haber agotado hasta el extremo todos los medios institucionales para satisfacer la genuina voluntad popular. Su candidatura para la Presidencia de la República, en frente de la oficial del general Porfirio Díaz, había surgido de una Convención democrática, *en la que todas las agrupaciones independientes de la República*, por libre votación de sus legítimos delegados, expresamente confiaron a Madero la jefatura del esfuerzo renovador que se emprendía. A pesar de atropellos y de persecuciones, todos los partidarios de esa candidatura popular fuimos a las urnas electorales, y quedamos convencidos de nuestro triunfo en ellas, triunfo que se trató de arrebatarnos por un escandaloso y evidente fraude electoral aderezado por los sicarios de la dictadura. Sin embargo de esto, todavía no perdimos la calma e intentamos el último recurso, aun a sabiendas de que íbamos a fracasar en él: pedimos al Congreso la nulidad de las elecciones, apoyándonos en hechos y circunstancias de estricta comprobación. Nada logramos. Desde ese momento, no quedaba más que esperar la opción del pueblo, o por la resignación o por la revolución. Muy pronto nos persuadimos, sin temor de equivocación de que el pueblo optaba por la última y que confería lógicamente su jefatura a Francisco I. Madero, a quien consideraba como Presidente efectivamente electo y fraudulenta y brutalmente burlado.

Así, pues, desde el momento en que Madero supo *responder* a ese *llamamiento*, le correspondía la jefatura del movimiento armado; y le correspondía también el carácter de Presidente, supuesto que la mayoría de la nación lo reconocía como tal y sólo él estaba en aptitud de armonizar y de consolidar el movimiento para llevarlo al triunfo en el menor tiempo y con la menor efusión de sangre que fueran posibles, como en efecto lo logró.

Por otra parte, equivocados estaban los señores Flores Magón si creyeron que Madero dirigía la revolución autocrática y caprichosamente. Existió en normal y eficaz funcionamiento una "Junta Consultiva de la Insurrección Nacional", de la que formamos parte correligionarios bien conocidos en toda la República, cuyas sugestiones eran siempre escuchadas y justipreciadas por el Presidente Provisional. Entiendo que a los señores Flores Magón se les invitó también a conferenciar, pero que no aceptaron la invitación. En cambio, muchos de sus antiguos partidarios sí se unieron a nosotros desde el primer momento.

Nunca fue Madero un *autocaudillo*.

¿Fue meramente político el movimiento maderista?

Un cargo muy socorrido en la circulación y que los señores Flores Magón también incluyen entre los suyos, es el de que el movimiento maderista fue de carácter mera y exclusivamente político. El lema de la Insurrección de 1910 —*Sufragio Efectivo. No Reelección*— se prestaría ciertamente a creerlo así (pues los dos postulados son de índole netamente política), si no fuera porque es bien sabido que la necesaria brevedad de los lemas de esa clase no permite consignar en ellos sino postulados genéricos e *inmediatos*.

Tratándose de un movimiento revolucionario enderezado a obtener una transformación social, el lema no podía contener sino los *desiderata* cuya realización se consideraba como básica y generadora de la posibilidad de obtener... todo lo demás, todo lo demás substantivamente señalado en el Plan-programa, una vez removidos los obstáculos *inmediatos* que a esa posibilidad se oponían. En nuestro caso, los obstáculos inmediatos eran de carácter político, había que removerlos y, en consecuencia, el primer aspecto del movimiento tenía que ser esencialmente político. Dominado el obstáculo político inmediato, quedaba propicio el campo para la cultura de los postulados sociales, económicos y morales

contenidos en el Plan-programa, como finalidades subsiguientes y sólo realizables después de la remoción de aquel primer obstáculo. Pero de hecho, según se ha palpado en sus consecuencias, el movimiento maderista fue politicoeconómico moral, dentro de la tendencia socialdemocrática, que tiene mucho de socialismo bien entendido, pero nada de comunismo ni de anarquía.

Don Ricardo Flores Magón escribía así a sus partidarios, en 16 de noviembre de 1910:

"Madero está precipitando un movimiento personalista (sic!), que tendrá principio el día 20 de este mes... El partido antirreeleccionista sólo quiere libertad política, dejando que los acaparadores de tierras conserven sus vastas propiedades, que los trabajadores *sigan siendo las mismas bestias de carga* y que los frailes continúen embruteciendo a las masas. El partido antirreeleccionista, que es el de Madero, es el partido conservador (sic!) Madero ha dicho *que no pondrá en vigor las leyes de Reforma.*" *(¿Dónde, cuándo, cómo?*—J.S.A.)

Esta muestra de la dialéctica usada por don Ricardo Flores Magón comprueba la ligereza con que solía juzgar las cosas y la osadía de su apasionamiento, aun cuando sus intenciones fuesen las mejores del mundo. Nunca pensó Madero en retrotraer al país al estado *en que se encontraba antes de la Reforma.* Era un entusiasta admirador de Juárez y de sus colaboradores reformistas, y veneraba su obra. Sí, es verdad que, como todo hombre de completa emancipación espiritual respetaba todas las creencias religiosas y quería que fuesen respetadas por todos, pero sin admitir en la ley, preponderancias sectarias, ni la intervención sectaria en la gobernación del Estado, *ni el acaparamiento de la riqueza temporal* por las sectas, persuadido de que todo eso es nocivo al procomún. Recuérdese su discurso en honor de Juárez, pronunciado en Puebla en *junio de 1911, antes de ser Presidente*, en el que dijo que "no podía concebir la virtud en un sacerdote rico". Madero era masón activo, con el grado 33. Si en el Plan San Luis, al prometer el fomento de la pequeña propiedad agrícola, ofreció también garantías para la propiedad grande, no debe interpretarse ello como inclinación al latifundismo, sino simplemente como reconocimiento del hecho innegable de que existe determinada producción agrícola sólo explotable mediante la inversión de fuertes capitales y que éstos no serían invertidos si no disfrutaban de completas garantías. ¿Habrá alguien que se atreva a negar esta verdad universal?...

¿Que ofrecía prebendas y canonjías para que le siguiesen?... ¿A quién lo hizo nunca?... Deben saber los que en tal punto detractan al Apóstol que tanto él como los principales de sus amigos poseían mayor fortuna antes de la Revolución y de la presidencia maderista, que después de ellas. Se podría hacer una interminable lista nominal. Ningún verdadero maderista lucró, ninguno se enriqueció, ni siquiera pretendió hacerlo, pudiendo haberlo hecho con facilidad. ¿Que alguno de los "de aluvión" haya pecado?... ¡Bah, esas son cosas individuales, pero no del grupo! A tanto valdría declarar ladrones a todos los antiguos revolucionarios magonistas porque en 1911 uno de sus jefes consentía en ayudar a los maderistas en su primer intento de tomar Ciudad Juárez, con tal que se le garantizara a su grupo "el 75 por ciento del consiguiente saqueo"...

[illegible] particulares y campesinos para que la [illegible]
[illegible] Aunque [illegible] como los primeros de [illegible]
[illegible] de ellos se [illegible]
[illegible] su [illegible]
[illegible] algunos de [illegible]
[illegible] pero no del grupo [illegible] todos los [illegible] revolucionarios [illegible] 1941 uno de sus [illegible] en ayudar a [illegible] en su primer [illegible] Ciudad Juárez, con el que [illegible] a su [illegible] el 75 por ciento del [illegible]

[illegible]

[illegible]

DE COMO LLEGAMOS A TANTO

Es preciso reconocer que la propaganda antiporfirista que de años atrás venían desplegando desde los Estados Unidos los hermanos Flores Magón y algunos otros descontentos o independientes, así como los intentos de incursión rebelde armada que por el Norte emprendieran algunos precursores, no habían hecho mella considerable en el ánimo del pueblo mexicano, aunque sí fijaban la atención de no pocos ciudadanos emancipados que de ello pudieron tener noticias exactas. También al gobierno porfirista preocuparon aquellos brotes, supuesto que procedió a combatirlos enérgicamente, por cuantos medios pudo. Pero, repito, en el pueblo no hicieron impresión mayor, tanto porque en aquel entonces reinaba una mayor confusión de la que reina ahora, acerca de lo que son el anarquismo, el comunismo, el socialismo y la democracia, como porque el gobierno presentaba aquellas incursiones como bandidajes y abigeatos vulgares. Pero sí empezó a despertar el pueblo desde las postrimerías del año 1908, por virtud de la propaganda ideológica escrita que desparramamos los que comprendimos que un próximo choque se presentaba inevitable y tratamos de darle, con tiempo, un cauce democrático, para que no se desbordara inesperadamente en la anarquía.

Después de la Conferencia Creelman prendió la mecha laborante, de modo vigoroso e incontenible. Francisco de P. Sentíes publicó un folleto de doctrinas democráticas, que fue muy leído. El famoso "¿Hacia dónde vamos?..." de Querido Moheno, también abrió brecha en la conciencia pública, depositando en ella rayos de luz. Cierto que eran esas unas voces tímidas e indecisas en cuanto a acción concreta, pero claramente anunciaban el advenimiento de una fuerte conciencia renovadora. Tímidas, aunque cada día menos,

eran las voces de la prensa independiente, porque las represiones de la libre expresión del pensamiento eran muy rígidas y arbitrarias. *El Tercer Imperio*, de don Inocencio Arriola, hacía una campaña muy valiente y a menudo ponía el dedo con gran precisión en las llagas más visibles de la corrupción política y administrativa. *El Diario del Hogar*, de don Filomeno Mata, a fuego lento pero pertinaz, luchaba por la ley y por el derecho, y daba cabida en sus columnas a innúmeros escritos de buenas y capacitadas plumas, que unas veces firmaban sus trabajos y otras no, dejando la responsabilidad sobre el director del periódico. *El Hijo del Ahuizote*, de don Daniel Cabrera, y continuado por otros después de la muerte de ese periodista, festivamente mantenía el fuego de una hilaridad agresiva en contra del régimen. Y así, otros periódicos independientes, que paulatinamente iban elevando su tono combativo y ahondaban cada vez más en los problemas nacionales, dando a la incipiente lucha un carácter francamente doctrinario e ideológico, y llegando al fin a la discusión precisa de procedimientos y de personas.

Al crearse el Partido Democrático, de que he hablado ya, decidí fundar, en unión de un grupo de correligionarios, un diario moderno de ideología renovadora, para "entrar en la conciencia de las masas", y con escasísimos recursos fundamos *México Nuevo*, en octubre de 1908. El buen éxito superó a todas nuestras esperanzas, y en un semestre de labor, ya era nuestro diario una bandera de renovación y de libertad, gallardamente desplegada a los vientos. Entre otras cosas, en su sucinta y excelente obra *La Revolución de 1910*, publicada en 1919, el ingeniero don Pascual Ortiz Rubio dice lo siguiente acerca de mi *México Nuevo:*

"Se leía con entusiasmo el *México Nuevo*, en donde se había hecho un estudio de muchas de las gangrenas del porfirismo, de las aptitudes democráticas del pueblo para elegir sus mandatarios, de los posibles candidatos a la Presidencia y Vicepresidencia de la República y, en fin, de numerosos asuntos sociales y políticos de sumo interés para el futuro nacional". (¿No es esto ideología, me pregunto yo?... Consúltense, si se tiene la suerte de encontrarlas, las colecciones de *México Nuevo*).

El ingeniero Ortiz Rubio, con exactitud, da esta pequeña lista de los redactores fundadores de *México Nuevo:* Juan Sánchez Azcona, el licenciado Jesús Urueta, Manuel M. Alegre, Francisco Cosío Robelo, Vicente F. Escobedo, Matías Oviedo, Alfredo Rodríguez, Luis Frías Fernández, Octavio Campero, licenciado Rogelio

Rendueles, Medardo Fernández, Antonio Rivera de la Torre, José Barros, licenciado Antonio Médiz Bolio y Francisco de P. Sentíes. A esta lista del señor Ortiz Rubio, en la que figuran nueve compañeros arrebatados ya por la Parca, deseo agregar el nombre de Arturo Lazo de la Vega, también desaparecido, y cuya empeñosa colaboración periodística me fue de tanta utilidad y eficacia.

Los "chicos" de *México Nuevo* supieron cumplir hasta el final, cuando de la pluma se pasó a las armas. Pocos fueron los que se retiraron a la hora de la lucha armada.

Una vez fundado el Partido Antirreeleccionista, surgieron a la brega otros periódicos independientes y de combate renovador; pero puedo decir sin jactancia que *México Nuevo* fue el paladín de la efervescencia prerrevolucionaria, y que no se limitó a demoler o procurar demoler, sino que sembró claras doctrinas de libertad, de orden y de progreso. Cuando el movimiento armado se desarrolló, *México Nuevo* siguió publicándose en San Antonio Texas y el que había sido diario democrático, se transformó en el órgano de la Insurrección Nacional. En esta etapa estuvo virtualmente a cargo de Lazo de la Vega, pues yo tenía que desplegar mis actividades en Wáshington, primero, y en el frente armado, más tarde. Naturalmente, en esta etapa había en el diario, más que doctrina, noticias de la guerra, noticias oficiales del Gobierno Provisional de Madero, y ardientes llamamientos al patriotismo y a la perseverancia del pueblo en la lucha.

Pero donde hay que buscar las bases ideológicas del enorme anhelo de renovación político-social, que cristalizó en la revolución maderista, es en el libro que Francisco I. Madero escribiera, allá en la quietud de su finca lagunera, y que publicó con el título de *La Sucesión Presidencial*. En él no solamente se señalan y estudian los principales problemas nacionales, sino también se señalan los medios prácticos para *empezar* a resolverlos. El libro está escrito con valentía, modestia, claridad y sencillez supremas. Se agotó rapidísimamente la primera edición, y el autor publicó sin tardanza una segunda, con aumentos y correcciones. Una y otra son hay muy raras, y el libro debería ser reimpreso, pues específicamente sigue siendo de actualidad y debe ser conocido por todos los que quieran formarse un juicio de la Revolución, y principalmente por aquellos que se atreven a negar que ésta haya tenido comienzos ideológicos. El libro de Madero está dedicado a los héroes de nuestra patria; a los periodistas independientes, y a los buenos mexica-

nos. No me resisto a transcribir aquí algunos fragmentos de la dedicatoria, reveladores de toda la grandeza de alma del Apóstol, y cuyo conocimiento, estoy seguro, será del agrado de mis lectores, ya que el libro es hoy, repito, sumamente raro.

"He dedicado en primer lugar mi libro a esos héroes, porque se me ha enseñado a venerarlos desde mi más tierna infancia; porque para escribirlo me he inspirado en su acendrado patriotismo, y porque en su glorioso ejemplo he encontrado la fuerza suficiente para emprender la difícil tarea que entraña este trabajo. Sólo en el estudio de su historia he podido fortificar mi alma, porque encuentro que ella nos hace respirar otro ambiente que el que hoy se respira en la República de uno a otro confín: el ambiente de la libertad, saturado de los perfumes que exhalan las plantas que sólo se desarrollan en ese medio".

. . . .

"...; pero nuestra patria posee gran vitalidad, debido a las hazañas de nuestros antepasados, y esa vitalidad reanimó las fuerzas de sus abnegados servidores y les dio nuevo vigor para seguir luchando, al grado que ahora presenciamos una vigorosa reacción de la Prensa Independiente. Por eso quiero presentar un homenaje de respeto a esos modestos luchadores, a quienes no han arredrado las persecuciones, la prisión, los sarcasmos, los insultos y las privaciones de todas clases; a quienes no ha podido seducir el ofrecimiento de brillantes posiciones oficiales, pues han preferido vivir pobres, pero con la frente muy alta; perseguidos, pero con la noble satisfacción de que servían a su patria; oprimidos, pero alentando siempre en su corazón el ideal de libertad. A esos valientes paladines la patria sabrá premiar sus servicios..."

. . . .

"Por último, dedico este libro a todos los mexicanos en quienes no haya muerto la noción de Patria y que noblemente enlazan esta idea con la de libertad, y de abnegación; a esa pléyade de valientes defensores que nunca han faltado a la Nación en sus días de peligro y que ahora permanecen ocultos por su modestia, esperando el momento de la lucha en que asombrarán al mundo con su vigorosa y enérgica actitud; esos valientes paladines de la libertad que ansiosos aguardan el momento de la lucha; a esos estoicos ciudadanos que muy pronto se revelarán al mundo por su entereza y energía; a todos aquellos que sientan vibrar alguna de las fibras de su alma al leer este libro, en el cual me esforzaré en hablar el lenguaje de la Patria".

¡Y lo habló en efecto, y cuán elocuentemente! Su libro fue un Evangelio que, popularizado por quienes directamente lo comprendieron, encendió la voluntad de las masas para la acción, no sólo por el sentimiento, sino también por el pensamiento y por la doctrina.

¡Vaya si no tuvo preparación ideológica y predicada, la Revolución de 1910!

LA CONVENCION ANTIRREELECCIONISTA DE 1910

El Centro Antirreeleccionista de México había convocado a todos los independientes a una gran convención, que debería celebrarse en la ciudad de México, integrada por delegados de los clubes independientes y antirreeleccionistas organizados en la República toda, con los siguientes fines: Primero, elegir la Mesa Directiva de la Convención del Partido Antirreeleccionista, que funcionará durante sus sesiones, y el comité que dirigirá la campaña política hasta las elecciones presidenciales. Segundo, discutir los lineamientos generales de la política que deberán seguir los candidatos del Partido. Tercero, elegir por mayoría candidatos para la Presidencia, Vicepresidencia de la República, y magistrados de la Suprema Corte de Justicia de la Nación. Cuarto, los demás asuntos de interés general para los fines del Partido.

La convocatoria a la Convención llevaba fecha de 15 de diciembre de 1909 e iba firmada por la Directiva del Centro Antirreeleccionista, esto es: Presidente, Emilio Vázquez Gómez; vicepresidente, Francisco I. Madero; secretarios, Filomeno Mata, Roque Estrada; vocales, Octavio Bertrand, Fernando R. Galván, Jesús Munguía Santoyo.

Terminaba la convocatoria con este considerando, de positiva importancia nacional: "Hasta ahora, en las elecciones que se han verificado en los Estados de la Federación, el pueblo ha sido burlado en sus aspiraciones. La causa de estas derrotas parciales, es que ningún Estado ha podido luchar aisladamente en contra de la actual administración, que tiene centralizado todo él poder y que en más de 30 años de ejercicio ha echado raíces tan profundas que sólo podrán ser arrancadas por el esfuerzo unánime y vigoroso de todas las entidades federativas. La Convención a que convocamos a nues-

tros conciudadanos, tendrá por resultado unir las fuerzas de todo elemento independiente diseminado por la República y preparar en poderoso esfuerzo que traerá a nuestro país, con un cambio en el personal del gobierno, el imperio definitivo de la ley, el respeto a los derechos del ciudadano y el triunfo de la libertad".

La convocatoria causó gran impresión entre los ciudadanos independientes de toda la República, en la que circuló profusamente. Ante tan amplia invitación, el Partido Nacionalista Democrático gestionó su alianza con los antirreeleccionistas, para participar en la Convención, y la obtuvo, conviniéndose en que el Centro del Partido Nacionalista, que funcionaba en la capital, al igual que el Centro Antirreeleccionista, enviase quince delegados a la Convención, mientras sus clubes de los Estados quedaban equiparados a los del Antirreeleccionista en el envío de delegados, conforme a las condiciones de la convocatoria. Se trató de hacer igual alianza con el antiguo Partido Democrático, que todavía funcionaba aunque muy mermado, pero no pudo lograrse, en vista que la mayoría de sus miembros, por real adhesión o por timidez política, pretendían que la Convención sólo designase candidatos a la Vicepresidencia de la República y a la Suprema Corte, admitiendo la reelección del general Porfirio Díaz.

El 15 de abril de 1910 los jardines del Tívoli del Eliseo se veían pletóricos de delegados, que ansiosos esperaban que se abriera el salón en que iban a celebrar las sesiones. Dicho salón, situado sobre la izquierda de la entrada al Tívoli, había sido provisto de una mesa para la Directiva y de sillería para los delegados. Las galerías de que dispone quedaron abiertas al público, reservándose un palco para el cuerpo diplomático, algunos de cuyos miembros concurrieron, por curiosidad o por estudio. Se abrió la sesión, después de minucioso cotejo de las credenciales, y se procedió a la designación de la Directiva, resultando Presidente el licenciado José María Pino Suárez, y Secretarios el licenciado Roque Estrada, el ingeniero Alfredo Robles Domínguez y yo. Se discutió y aprobó el programa a que, en caso de triunfo electoral, deberían sujetarse los candidatos de los Partidos Unidos N. A. y N. D., programa sobrio y claro que constaba de estas ocho declaraciones: 1ª Restablecer el imperio de la Constitución, para que el pueblo disfrute en toda su latitud los derechos que ella le concede. 2ª Reforma a la Constitución, estableciendo el principio general de "No Reelección". 3ª Presentación de iniciativas que tiendan a mejorar *la condición material, intelectual y moral de los obreros*, combatiendo los monopo-

lios, el alcoholismo y el juego. 4ª Que se fomente y mejore de un modo especial, la Instrucción Pública. 5ª Que se fomenten las obras de irrigación y la creación de Bancos Refaccionarios e Hipotecarios, en beneficio de la Agricultura, de la Industria y del Comercio. 6ª Reformas a la Ley Electoral, a fin de alcanzar la legitimidad del voto. 7ª Mayor ensanche del Poder Municipal, aboliendo las Prefecturas Políticas. 8ª Fomentar las buenas relaciones con los países extranjeros, especialmente con los países Latino-Americanos.

Aprobado este programa, se procedió a elegir los candidatos a la Presidencia y a la Vicepresidencia de la República. Debo advertir que mientras los miembros del Partido Antirreeleccionista llevaban plena libertad de votar, a los del Nacionalista Democrático, en junta previa del Partido, se les impuso la obligación de presentar la candidatura presidencial del licenciado Toribio Esquivel Obregón y de votar por ella, en la inteligencia de que si salía derrotada, los nacionalistas demócratas habrían de sostener en la lucha electoral la que resultase designada por la mayoría de la asamblea. De esta suerte, yo tuve que votar por el licenciado Esquivel Obregón.

"Fue solemne e impresionante el acto de la votación (para candidato a la Presidencia), que fue secreta y que dio este resultado de escrutinio: Fernando Iglesias Calderón, tres votos; Toribio Esquivel Obregón, veintitrés votos; Francisco I. Madero, ciento cincuenta y nueve votos.

En seguida se eligió candidato a la Vicepresidencia, con este resultado: Fernando Iglesias Calderón, cuatro votos; licenciado José María Pino Suárez, catorce votos; licenciado Toribio Esquivel Obregón, ochenta y dos votos; doctor Francisco Vázquez Gómez, ciento trece votos".

Al día siguiente, 16 de abril, se procedió a la designación de los candidatos a Magistrados de la Suprema Corte, con este resultado: licenciado Toribio Esquivel Obregón, licenciado Jesús L. González, licenciado Cledonio Padilla, licenciado José María Pino Suárez y licenciado José Ferrel.

El domingo 17 de abril fue destinado a recibir la protesta de los candidatos presidencial y vicepresidencial, de cuyas aceptaciones de la candidatura ya se había tenido noticia, y a elegir el Comité Ejecutivo Electoral que habría de dirigir la campaña. Este quedó así formado: Presidente Honorario, Emilio Vázquez; Presidente Efectivo, doctor Francisco Martínez Baca; Vicepresidente, Juan Sánchez Azcona; Vocales: licenciado Roque Estrada, licencia-

do Federico González Garza (a quien, por circunstancias especiales que ya he relatado, correspondió más tarde pedir la nulidad de las elecciones ante las Cámaras), Octavio Bertrand, licenciado Jesús Munguía Santoyo, ingeniero Manuel Urquidi, ingeniero J. G. Higareda Reed, José de la Luz Soto, Rafael Martínez, Pedro Galicia Rodríguez, Fortino B. Serrano Ortiz, Rafael D. Beltrán y Vicente Ferrer Aldana.

Una comisión que yo presidí, fue encargada de introducir al salón a los señores Madero y Vázquez Gómez para que prestaran la protesta, lo cual hicieron en medio de un entusiasmo delirante. La muchedumbre acompañó a los candidatos hasta la residencia del señor Madero, en la calle de Londres (que durante la Decena Trágica fue villanamente incendiada por algunos "fifíes" metropolitanos), obligándolos a salir a la terraza en unión de los miembros del Comité y ovacionándolos con delirio durante largo tiempo.

A la salida de la Convención, el teniente coronel Celso E. Acosta, Secretario de la Inspección General de Policía, que había comandado el servicio de vigilancia, se me acercó y me dijo:

—Han dado ustedes una lección de civismo, y así lo voy a informar a la Superioridad...

EL DESPERTAR DEL PUEBLO PROCLAMADO POR LA PRENSA

Una vez que fueron conocidos los resultados de las tareas de la Convención del Tívoli del Eliseo y de la sincera alianza entre los Partidos Antirreeleccionista y Nacionalista Democrático para el próximo acto electoral, por toda la República cundió una ola de entusiasmo y en todas partes, hasta en apartados villorrios, se organizaron agrupaciones de ciudadanos independientes que esperaban las instrucciones concretas que el Comité Ejecutivo Electoral les diese, para principiar los trabajos activos conducentes a asegurar una elección eficaz y limpia.

El entusiasmo era indescriptible. El candidato Madero anunció que preparaba su gira electoral por todo el país, a fin de conocer personalmente las necesidades locales y a fin, también, de que él fuera personalmente conocido del pueblo cuyos sufragios solicitaba. Por vez primera, iba a haber en México una democrática gira electoral, pues, antes, los "candidatos" habían permanecido sin salir de la capital de la República.

Los periodistas independientes Rafael Martínez (Rip-Rip) y Severino Herrero Moreno tuvieron la idea de que la prensa independiente, uniéndose, organizara en la ciudad de México una manifestación popular, para demostrar la fuerza del antirreeleccionismo y para rendir homenaje a los candidatos designados en la Convención. Entusiasta acogida tuvo la idea, y se fijó el domingo 29 de mayo de 1910 para realizarla.

Según el programa, previamente fijado y publicado, el punto de reunión abarcaría el área de la plaza de Santo Domingo y de las calles Héroe de Nacozari y Concordia. Desde muy temprano empezaron a congregarse los manifestantes. La policía montada y de

a pie vigilaba el orden, pero tenía instrucciones de ser prudente y de no obstruir la manifestación, en vista de la impresión que había causado la seriedad de la Convención recién celebrada.

De los periódicos independientes que concurrieron, con sus estandartes y con todo su personal, recuerdo a los siguientes, deplorando de antemano el que pueda omitir a alguno: *México Nuevo, Diario del Hogar, Anáhuac, El Paladín, Evolución, Lealtad, El Constitucional, México Obrero, Reconquista, El Precursor, El Grito del Pueblo, Padre Padilla, La Libertad, El Monitor Democrático, Civismo y Democracia, El Crepuscular, El Ciudadano, Labor, La Sombra de Morelos, El Veterano* y *El Hijo del Fantasma*. Por esta lista pueden darse idea los lectores de ahora de la fuerza periodística que habían logrado adquirir los antirreeleccionistas.

Aparte de los comités de los partidos independientes, concurrieron, llevando banderas y estandartes, las agrupaciones femeniles Josefa Ortiz de Domínguez, Leona Vicario, Amor y Progreso, Obreras de la Linera, Obreras de la Sombrerería Montes de Oca, Hijas de Anáhuac; los clubes antirreeleccionistas Benito Juárez, José María Morelos, Regeneración, Ignacio Ramírez, Ignacio Zaragoza, Libertad, Lerdo de Tejada, Melchor Ocampo, Progreso, Mártires de Río Blanco, Mártires de Padierna, Héroes de Chapultepec, Nicolás Bravo, Guillermo Prieto, Miguel Hidalgo, Joaquín Fernández de Lizardi, y otros que escapan a mi memoria, así como numerosas agrupaciones mutualistas, de vieja existencia, que con toda espontaneidad quisieron unirse a la manifestación. Bien pronto fue insuficiente el área previamente fijada para la reunión; y las calles adyacentes se llenaron de agrupaciones y particulares que esperaban su turno para formar en el desfile, que al desarrollarse, ininterrumpidamente ocupó todo el trayecto desde Santo Domingo hasta la calle de Balderas, pasando por frente a Palacio, Portales de las Flores y de Mercaderes, calles de Plateros y de San Francisco y Avenida Juárez. Calculo en dieciocho a veinte mil el número de personas que desfilaron. Un anciano amigo me decía después, que él no había presenciado cosa semejante desde el entierro del benemérito presidente don Benito Juárez, en 1872.

Se editó ese día un minúsculo periódico colectivo con el título de "La Prensa Independiente", preciosamente impreso en un tiraje de cincuenta mil ejemplares, que se agotaron totalmente antes de que terminara la manifestación y que en la actualidad constituye una verdadera rareza para los bibliófilos del periodismo mexicano.

Traía artículos de periodistas independientes, en ejercicio, en este orden: Juan Sánchez Azcona, Manuel M. Alegre, Rafael Martínez (Rip-Rip), Enrique Bordes Mangel, Roque Estrada, Severiano Herrera Moreno, Francisco Cosío Robelo, Luis G. Mata, Antonio Rivera de la Torre, Arturo Lazo de la Vega, Carlos M. Samper, Luis Frías Fernández, R. Quintero y Vicente F. Escobedo, el delicado humorista que con el seudónimo de "Ego" firmaba los hondamente intencionados artículos humorísticos de *México Nuevo*, en la sección intitulada "De Pasada" y que años después murió de resultado de sus fatigas en la campaña militar revolucionaria, en la que se había conquistado el grado de coronel.

Fue Vicente F. Escobedo (Ego) quien con su palabra inyectó más entusiasmo al pueblo antes de que diera comienzo el desfile. A las diez de la mañana dio lectura a una poesía de circunstancias, que fue acogida con frenético entusiasmo. Entre los aplausos a "Ego" empezó a desfilar la enorme columna de los independientes...

Detrás de una banda de música que abría el cortejo, marchaban los directores de los periódicos manifestantes. Tras de ellos, en perfecto orden, iban las agrupaciones ya citadas y los particulares que a cada calle engrosaban la magna manifestación popular, que por varias horas interrumpió el tráfico en las principales arterias de la metrópoli. Refresco mi memoria en reportazgos de la época:

Detrás de los directores de la Prensa Independiente, rodaba un automóvil adornado, en el que iba la señorita Sara Torres, simbolizando a la Prensa Independiente. El adorno del automóvil era sencillo, sin dejar de ser elegante. Haces de laureles y de periódicos independientes; flores naturales y una gran ráfaga que representaba el esplendor de la Idea. El paso del automóvil arrancaba aplausos y exclamaciones de la muchedumbre arremolinada en las calles.

Después seguía otro automóvil a bordo del cual iban las señoritas representantes de la "Liga Josefa Ortiz de Domínguez". En la calle del Seminario tomó la palabra la señorita María de la Luz Peláez y fue delirantemente aplaudida. Siguió el desfile por el derrotero que ya he indicado, esto es: Calles del Reloj, frente a Palacio, Plateros, San Francisco y Avenida Juárez, para llegar a la calle de Balderas, donde estaba el edificio ocupado por "El Progreso Latino", del valiente demócrata licenciado José Ferrel.

José Ferrel, candidato independiente al Gobierno de Sinaloa y de la Convención a una Magistratura en la Suprema Corte de Jus-

ticia, bondadosamente había facilitado los balcones del edificio de "El Progreso Latino", para que desde ellos recibieran los candidatos el *homenaje de la Prensa Independiente.*

Al pasar los manifestantes por el Hotel Iturbide, se hallaba en sus aledaños el senador don Venustiano Carranza, en calidad de espectador. Reconocido por los directores de la manifestación, que sabían de sus luchas locales por la libertad, fue aclamado por vítores, a los que el señor Carranza contestaba agitando su sombrero. La señora Carmen Romero Rubio de Díaz se encontraba en la residencia del Ministro de Hacienda, licenciado José Ives Limantour, en la Avenida Juárez (casa que hoy ocupa la Suprema Corte de Justicia) y desde las ventanas del piso bajo, tras de los visillos, presenció el paso de la manifestación independiente. Es fama que le impresionó hondamente y que al regresar a su hogar dijo a su esposo, el Dictador, que consideraba muy serio el movimiento que se iniciaba y que era de parecer que debería ser contrarrestado enérgicamente. Sea de ello lo que fuere, los hechos sobreyinientes demostraron que, a partir de la manifestación periodística del 29 de mayo de 1910, los antirreeleccionistas empezaron a ser tratados con mucha dureza, que llegó hasta la persecución implacable.

Llegaron los manifestantes hasta el edificio de "El Progreso Latino". En los balcones, en los cuales se encontraban muchas damas, acompañaban a los candidatos Madero y Vázquez Gómez, además del licenciado Ferrel, el patriota yucateco Delio Moreno Cantón, el licenciado Roque Estrada, el valiente demócrata y laureado novelista Heriberto Frías, y Juan Sánchez Azcona.

Ya frente a los candidatos y cuando no fue ya posible que cupieran más manifestantes en la amplia calle de Balderas, hizo uso de la palabra Rafael Martínez, el iniciador de la manifestación, expresando con elocuencia altas ideas y convencidos propósitos de lucha cívica, que arrancaron grandes y prolongados aplausos. Habló de la intensa significación de la voz que lanzaba la Prensa Independiente, diciendo entre otras cosas: "Esa voz no es de bajeza, no es de adulación; que la Prensa Independiente no sabe adular; sus frases no se deshacen en incienso para los poderosos; sus conceptos no son reptiles, sino aves que se remontan hasta el azul de las grandezas; la Prensa Independiente no es personalista, no puede serlo, es la amiga del Pueblo y así, en estos tiempos, lucha y trabaja con los que luchan y trabajan por que las aspiraciones patrióticas sean hechos realizados, no mostrándose incondicional con personalidad alguna, sino a la altura de los anhelos nacionales".

A renglón seguido ascendió al automóvil que servía de tribuna Enrique Bordes Mangel, ya muy popular entonces por su fogosa elocuencia libertaria. La sola presencia de Bordes Mangel provocó una ovación entusiasta, nutrida, delirante. Conmovió y convenció. Terminó diciendo, entre repetidas interrupciones de aplausos: "Si mañana algunos han de caer, nosotros, los representantes de la prensa honrada, exigiremos que sean los candidatos los primeros que sucumban, para fortalecernos con el ejemplo. Después, caeremos nosotros".

Por lo que toca al Apóstol Madero, Bordes Mangel fue profeta.

Hablaron en seguida, entre aplausos, Severiano Herrera Moreno y Carlos M. Samper. Contestaron a continuación los candidatos, primero Madero, después Vázquez Gómez, haciendo ver que el pueblo demostraba estar apto para la Democracia, en vista de la grandiosa manifestación que se verificaba. Por último, y a petición de la muchedumbre, hablamos el licenciado Roque Estrada y yo. No recuerdo lo que dije: pero sí sé que lo dije poniendo en mis labios todo el corazón.

Lo repito: aquella imponente manifestación debió haber abierto los ojos a quienes dudaban del arraigo popular del antirreeleccionismo. El diario gobiernista *El Imparcial* informaba con ironía al día siguiente que la manifestación había costado ocho mil pesos. Rafael Martínez pudo demostrar que sólo costó quinientos cincuenta pesos, y eso porque tuvimos que pagar el concurso de músicas y la adquisición de flores y de telas para estandartes de las agrupaciones de recursos modestos.

Pero... ¿quién alcanza a comprar con monedas la adhesión de todo un pueblo que despierta y se pone en marcha?... ¿Verdad que sí hubo alguna consciente ideología prerrevolucionaria?...

A renglón seguido ascendió al automóvil que servía de tribuna Enrique Bordes Mangel, ya muy popular entonces por su fogosa elocuencia ilustrativa. La sola presencia de Bordes Mangel provocó una ovación estruendosa, cerrada, delirante. Conmovió y convenció. Terminó diciendo, entre repetidas interrupciones de aplausos: "Si mañana alguno ha de caer, nosotros, los representantes de la prensa honrada, exigiremos que sean los candidatos los primeros que sucumban, para fortalecernos con el ejemplo. Después, caeremos nosotros."

Por lo que toca al Apóstol Madero, Bordes Mangel fue profeta.

Hablaron en seguida, entre aplausos, Porfirio y Herrera Moreno y Carlos M. Samper. Contestaron a continuación los candidatos, primero Madero, después Vázquez Gómez, haciendo ver éste el peligro [illegible] para la Democracia, en vista de la [illegible] manifestación que se avecinaba. Por último, a petición de la muchedumbre, habló el ya agotado Roque Estrada, y no. No recuerdo lo que dijo pero sé que lo dijo poniendo en sus labios todo el corazón.

De regreso aquella imponente manifestación debió haber abierto los ojos de quienes dudaban del arraigo popular del antirreeleccionismo. El diario gobiernista El Imparcial informaba esa tarde al día siguiente que la manifestación había estado [illegible] pero, Rafael Martínez pudo demostrar que [illegible] mil, y eso porque hubo que pagar el acarreo de indios y la aportación de fuerzas de línea para estudiantes de [illegible] de recursos económicos.

Pero lo que nadie alcanzaba a comprender era [illegible] la adhesión de todo el pueblo que desplegaba gran presencia [illegible] ¿Verdad que hubo alguna conmoción ideológica [illegible] de [illegible] y vil

COMO FUERON LAS "ELECCIONES" DE 1910

El mecanismo electoral que por tanto tiempo había manejado el régimen porfirista, con excelentes resultados para él, amenazaba fracasar en las elecciones de 1910, por virtud de la agitación popular que los antirreeleccionistas habían producido. Los grupos independientes se habían impuesto la tarea, no sólo de despertar a los ciudadanos, sino también de aleccionarlos detalladamente de cómo habían de conducirse, tanto en la preparación como en la ejecución del acto electoral. El Círculo Nacional Porfirista, único que hasta aquellos tiempos había puesto en escena la farsa electoral, comprendió muy bien que en esta vez el tablado había sufrido alteraciones y que el patinaje electoral sobre él no habría de ser tan suavemente terso como en ocasiones anteriores. Paralelamente a ese grupo político, si así podía llamársele, en relativa connivencia de finalidad con él, aunque negándose a presentarse con franqueza como un partido político, estaba el poderoso núcleo de los llamados "científicos", quienes, menos éticamente escrupulosos y más temerosos de las contingencias por venir que los porfiristas *netos*, tomaron sobre sus hombros lo que era la "acción directa" electoral de entonces, e intrigaron, a más no poder, según he dejado demostrado en otros reportazgos, para desacreditar e inhabilitar a todos los candidatos independientes, fuera cual fuera la función electiva para la que solicitaban el sufragio de sus conciudadanos. Comprendían muy bien esos engreídos "sucesores" de la omnipotencia porfiriana que en esta ocasión la maquinita electoral que hasta entonces había venido funcionando como un relojito de precisión, podría estallar como una caldera sobrecaldeada. Y, en consecuencia, procedieron a poner en práctica la doctrina que aconseja que es más cuerdo prevenir, que curar. ¿Cómo? Quebrantando o tratando de

quebrantar los ímpetus cívicos de los independientes, unas veces con el pan y otras con el palo.

Pocos sucumbieron ante el argumento harinoso y alimenticio, y los palos empezaron a menudear. Hay que hacer constar, en honor de la verdad, que entonces no se habían inventado todavía los "garrotes electorales". De modo que la acción directa, a serlo, se ejercía en forma figurada, aunque no menos efectiva y a menudo eficaz.

Por otra parte, el sistema electoral de entonces, que no era directo, abría más fácilmente el campo a los chanchullos electorales, sin que no siempre fuera indispensable el contundente argumento "ad hominem". Era fácil suplantar a los electores designados por el sufragio popular, y quienes en un segundo acto cívico deberían consagrar con el triunfo a los candidatos. Mas, a pesar de esas facilidades de chanchullo, los dueños de la situación juzgaron conveniente precaverse de antemano, por medio del terror y de las arbitrariedades, holgadamente desplegados en contra de los ciudadanos que francamente se habían afiliado en la oposición.

Como a pesar de tales "precauciones" seguía en pie el espíritu oposicionista, en el momento electoral se ejercieron abusos de toda índole, según puede verse por los siguientes avisos informativos que al azar extraigo de mis archivos:

"Escuinapa, junio 18 de 1910.

La opresión material y moral fue terrible en este lugar. Se recomendó con violencia que se nombraran electores de la fórmula Díaz-Corral, porque la independiente, esto es, la candidatura Madero-Vázquez Gómez era antipatriótica. Descaradamente se advirtió que aquí los trabajos electorales no se sujetarían a la ley.—*Varios vecinos.*"

"San Luis Potosí, 27 de junio de 1910.

Aquí no hubo elecciones. El jefe supremo de los antirreeleccionistas, lo mismo que los principales «leaders», fueron reducidos a prisión. Los reeleccionistas hicieron lo que quisieron.—*E. de R.*"

"Huamantla, Tlax., junio 27 de 1910.

Las primeras autoridades de esta llamada ciudad, llamaron con anterioridad a las personas que deberían salir electas en la mañana

de ayer, en las casillas electorales. Desde luego se entiende que se hicieron nulos los votos de los independientes. Entre las personas que salieron electas figuran, entre otras, el diputado a la Legislatura local, Luis Bretón Mora; Juan J. Corona, tesorero municipal, y Alberto Soler, juez primero local. El empadronamiento fue, como en todas partes, completamente defectuoso, y se negaron los que presidían mesas a hacer constar las protestas de los ciudadanos independientes.—*F. J. Ll.*"

"Bermejillo, junio 27 de 1910.

Desde el día 23 fue conducido a la cárcel de Mapimí nuestro único director antirreeleccionista, C. Francisco Navarro. Sólo una tercera parte de los habitantes de este lugar recibieron boletas y se dieron órdenes de parte del jefe de policía, encaminadas a lograr que se nombrara elector al mismo empadronador.—*R.M.F.*"

"Tepatitlán, Jal., junio 27 de 1910.

Hasta el día 24 no se había hecho empadronamiento. Como siempre, las elecciones fueron una farsa. Director político recibió carta del gobernador ordenándole obrara «con toda energía». Detalles por correo.—*A.M.*"

"C. Camargo, Chih., junio 27 de 1910.

Lo que pasó en esta ciudad es insoportable y para que todo hombre honrado pierda la paciencia. Se nombró un agente que anduvo exigiendo que los ciudadanos firmaran las boletas respectivas nombrando para elector de la sexta demarcación al C. Rafael Ronquillo, actual Secretario de esta Jefatura Política. A los que se rehusaban a firmar la boleta, se les amenazaba con estas palabras: "Si no la firmas, te apunto".—*B. Z.*"

"Parral, junio 26 de 1910.

Los abusos de autoridad han sido innumerables. Semana pasada llegó a ésta grupo de rurales. Ayer a las tres de la tarde llegó el

tercer regimiento de caballería. Por orden superior, todo el comercio está cerrado.—*M.E.Ch.*"

"Jonacatepec, Mor., junio 26 de 1910.

Desde el día 20 del presente llegó a esta ciudal el Inspector General de las Fuerzas del Estado acompañado de catorce rurales, dispuesto a hacer triunfar la candidatura Díaz-Corral. Las elecciones puede decirse que se hicieron desde ayer 25, entre el Jefe Político de la localidad, el Presidente Municipal Aurelio Aragón y algunos colegas de don Ramón Corral. Todo lo que he observado lo comunico ya al Comité Ejecutivo Electoral.—*U. O.*"

"Tehuitzingo, 28 de junio de 1910.

Aquí no hubo elecciones *por precaución*, nacida por recuerdos de actos de Popoca. Presidente Municipal y Jefatura Política respectiva, arreglaron el asunto a entera satisfacción.—*Muchos Tehuitzingueños.*"

"Paso del Macho, Ver., junio 27 de 1910.

Las elecciones resultaron un fiasco completo debido a la presión que se ejerció sobre los ciudadanos independientes. Fueron tan irregulares los procedimientos, que dos clubes elevaron enérgicas protestas ante los funcionarios respectivos. Hubo tropa armada en las casillas electorales y ningunas libertades para los antirreeleccionistas.—*C. A.*"

¡Y serían innumerables los informes de esta naturaleza que pudiera reproducir!

Conforme a los acuerdos del Comité Electoral Antirreeleccionista y de conformidad con el candidato del Partido, el licenciado Federico González Garza, con acopio de datos, en concienzudo alegato pidió ante la XXV Legislatura la nulidad de las elecciones; pero naturalmente no la obtuvo, supuesto que los diputados provenían del mismo fraude electoral.

Se hizo la declaratoria presidencial y vicepresidencial respectivamente en favor del general Díaz y de don Ramón Corral. A pesar

de todas las triquiñuelas, un distrito del Estado de Zacatecas logró sacar diputado al antirreeleccionista ciudadano J. Guadalupe González; pero el Colegio Electoral nulificó su credencial, dando pruebas de improvisación política, pues dicho ciudadano pudo haber servido más tarde de "trait d'union" entre el Congreso y el gobierno maderista que *toleró* la subsistencia de aquella Legislatura.

Las elecciones de 1912 sí fueron libres y entusiastas, y buena prueba de ello fue la integración de la XXVI Legislatura, que sigue siendo una ufanía legítima del parlamento mexicano.

Después, en menguante, siempre el sufragio efectivo, por el que tanto se ha luchado, ha seguido sufriendo serios quebrantos y descalabros.

¿Quosque tandem...?

de todas las triquiñuelas, un distrito del Estado de Zacatecas logró sacar diputado al antirreeleccionista ciudadano J. Guadalupe González; pero el Colegio Electoral nulificó su credencial, dando pruebas de improvisación política, pues dicho ciudadano pudo haber servido más tarde de "trait d'union" entre el Congreso y el gobierno maderista que sobre la subsistencia de aquella Legislatura.

Las elecciones de 1912 sí fueron libres y entusiastas, y buena prueba de ello fue la integración de la XXVI Legislatura, que sigue siendo una ufanía legítima del parlamento mexicano.

Después, en lo adelante, siempre el sufragio efectivo, por el que tanto se ha luchado, ha seguido sufriendo serios quebrantos y descalabros.

¿Quousque tandem...?

"Tolimán, 23 de junio de 1910.

Aquí no hubo elecciones por primarios, mucho por recientes desmanes de Popoca, Presidencia Municipal y Jefatura Política respectiva, arreglaron el asunto a entera satisfacción.—Muchos Tolimangueños."

"Paso del Macho, Ver., junio 27 de 1910.

Las elecciones continuaron sin Cónsul completo debido a la presión que se ejerció sobre los ciudadanos independientes. Fueron tan irregulares los procedimientos, que los ciudadanos elevaron enérgicas protestas ante los funcionarios respectivos. Hubo tropa armada en las casillas electorales y [illegible] libertados para los antirreeleccionistas.—C. A."

¡Y serían innumerables los informes de esa naturaleza que podría reproducir!

Conforme a los acuerdos del Comité Electoral Antirreeleccionista y de conformidad con el candidato del Partido, el licenciado Federico González Garza, con acopio de datos, en cumplimiento de esto pidió ante la XXV Legislatura, la nulidad de las elecciones; pero naturalmente no la obtuvo, supuesto que los diputados provenían del mismo fraude electoral.

Se hizo la declaratoria presidencial y vicepresidencial respectivamente en favor del general Díaz y de don Ramón Corral. A pesar

EL ANTIRREELECCIONISMO DE 1910 EN ACCION

Estando ya en funcionamiento el Partido Democrático y el Partido Nacionalista Democrático, cuarenta y cuatro ciudadanos, "que perseguían para nuestro país el reinado de la Democracia" y que opinaban que esto no podría lograrse si no se establecía categóricamente la no reelección de los jefes ejecutivos, cosa que aún no habían enunciado aquellos otros dos grupos políticos, se congregaron la noche del 19 de mayo de 1909 para definir un programa de acción cívica en favor de sus ideales. No asistí yo a esa junta, pues era miembro activo del Nacionalista Democrático y estimaba entonces que era difícil, si no imposible, lograr una transformación de nuestra vida política si se pretendía actuar desde luego de una manera radical, rechazando la presencia del general Porfirio Díaz en el poder; y confiaba en una paulatina evolución de nuestro medio político ofreciendo al dictador la oportunidad de retirarse con honor cuando hubiera permitido al pueblo la elección libre y limpia de un Vicepresidente y de algunos gobernadores de Estados. Los nombres de los asistentes a aquella reunión constan en acta. Los presentes fundaron entonces el "Centro Antirreeleccionista de México", formularon un sucinto programa político y, para encauzar la propaganda en toda la República, designaron una mesa directiva provisional que se encargara de promover la fundación de clubes adictos al programa señalado, para que, en momento oportuno y previa la celebración de una Convención Nacional, adunados en partido político tomasen activa y eficaz participación en las elecciones federales que se acercaban y siguiesen funcionando después en todo el país cada vez que su actividad cívica estuviese indicada. Aquella directiva provisional quedó así constituida: Presidente, licenciado Emilio Vázquez Gómez; secretarios, Francisco I. Madero

y Filomeno Mata. Dicho núcleo fue el origen directo del Partido Antirreeleccionista propiamente dicho.

La iniciativa tuvo gran acogida en toda la República. Madero hizo una segunda edición, más copiosa esta vez, de su libro *La Sucesión Presidencial*, que, con su estilo claro y sencillo, sembró la fe en todas partes y sacudió el marasmo en que yacía nuestro pueblo después de treinta y tres años de gobierno dictatorial. El anhelo de redención, por el antirreeleccionismo, desde las ciudades penetró en los talleres y se esparció por los campos. Madero empezó a ser considerado como un vidente libertador, y su efigie se encontraba hasta en los jacales de las rancherías. El grueso de las huestes del Partido Nacionalista Democrático se componía de obreros, quienes ejercieron apremiante presión sobre los directores del grupo político, para que éste se uniera al antirreeleccionismo. Aunque la ideología y la orientación de aquel despertar cívico arrancaron de las clases medias, económica e intelectual, la robustez del antirreeleccionismo se debió a los obreros y a los campesinos, que entonces *obraron por cuenta* y *con conciencia propias*, sin falsos líderes que los sugestionaran y explotaran con exotismos de prematura viabilidad. Obrero y campesino nació el antirreeleccionismo, pero sin complicaciones ni utopías; y obrero y campesino ha de perdurar hasta ver lograda la total cristalización de sus complejos, pero no imposibles, anhelos de coordinación social-democrática, ganando terreno mediante la persuasión con hechos reales y con evidentes provechos colectivos, pero rechazando siempre la fuerza despótica y la imposición inquisitorial.

Esos progresos que en pocos meses alcanzara el antirreeleccionismo, le permitieron citar a Convención para febrero de 1910, la cual muy ordenadamente se celebró en el Tívoli del Eliseo de esta capital, con el fecundo concurso del Partido Nacionalista Democrático que a aquél se alió primero y con el que se fusionó después, quedando establecido el Partido Nacional Antirreeleccionista, con programa político de principios, estatutos de funcionamiento y candidatos propios en las elecciones federales de aquel año. Ciertamente predominaron en el programa dos finalidades inmediatas de índole netamente política —la efectividad del sufragio y la implantación de la no reelección—, pero también contenía precisas orientaciones con respecto a todos los problemas económicos y sociales que preocupaban a México, aunque en forma substantiva y genérica; de tal modo que es muy fácil demostrar que todas las reformas que posteriormente ha llevado a cabo la Revolución, estaban

ya señaladas en el programa primitivo del Partido Nacional Antirreeleccionista, con la circunstancia de que aquél resguardaba los intereses morales y culturales del pueblo y el respeto al legítimo derecho de todos, desde un plano más alto y más vasto, más liberal y más generoso, que el que ha venido adoptándose en la realidad ulterior.

Desde el mes de marzo de 1910, el Partido Nacional Antirreeleccionista entró, pues, en plena acción cívica, tratando de practicar abierta y ampliamente la ciudadanía, dentro de los derechos y cumpliendo con los deberes que, respectivamente, le otorgaba y le imponía la Ley escrita de la República.

Pero, olvidando las solemnes declaraciones que su Jefe Supremo había hecho al periodista Mr. Creelman para conocimiento del mundo civilizado, el porfirismo dióse a coercer con atropellos, arbitrariedades y persecuciones, el incipiente y pacífico movimiento de renovación, asustado sin duda ante el evidente vigor que éste ostentaba. Ello no obstante, los antirreeleccionistas prosiguieron en su tarea cívica sin arredrarse por la brutal represión de que eran objeto y reiterando su fe en el resultado comicial. Su prensa fue tan vigorosa cuanto las difíciles circunstancias lo permitieron —(¡siento noble ufanía de haber sido uno de sus paladines!)—, pero procurando siempre mantenerse dentro de la ley, de la corrección y de la decencia; y si algunas veces se excedió en diatribas apasionadas, fue en virtud de deliberadas provocaciones, irritantes e irresistibles, que le hicieran los papeles expensados por el gobierno. Antes de la celebración del acto electoral, el porfirismo tramó un proceso contra el candidato independiente, clausuró los periódicos antirreeleccionistas, empujó a la expatriación a muchos de los directores de aquella saludable acción cívica y así pudo defraudar, con impunidad inmediata, la expresión poco menos que unánime de la voluntad popular, claramente manifestada en los preparativos electorales, y en el acto comicial mismo, declarando reelectos a los funcionarios que estaban en el poder y remachando la perduración del continuismo.

Siempre dentro de la ley —aunque ya sin esperanza alguna de justicia y sólo con el propósito de agotar, hasta el último, todos los recursos legales— el Partido Antirreeleccionista pidió la nulidad de las elecciones en razonado alegato que al Congreso presentó el entonces mandatario local del Partido, licenciado Federico González Garza. Pero la petición fue denegada, sin estudio alguno,

por aquel Congreso en el que, naturalmente, predominaban los arrebañados, muchos de los cuales, la mayor parte, acababan de ser "reelectos".

Estaba echada la saeta. Agotados hasta el extremo todos los recursos legales, no quedaban al pueblo antirreeleccionista más que dos caminos por seguir: el de la sumisa resignación o el de la gallarda rebeldía. *Madero, consciente de la responsabilidad que había* contraído ante la nación que depositara en él su esperanza y su confianza, optó por el segundo de esos dos caminos, y el *candidato cívico* del Partido Nacional Antirreeleccionista se convirtió en *caudillo y jefe* de una insurrección nacional armada. El porqué de esa transformación está ampliamente explicado en el Plan de San Luis Potosí, que fue la bandera del movimiento y que ante la nación, ante el mundo civilizado y ante la Historia, constituye el documento justificativo de la tercera etapa de la gran Revolución Mexicana. (Las anteriores fueron la Independencia y la Reforma; ésta era la de la *socialdemocracia*).

Automáticamente dejó de actuar como organización política cívica, el Partido Antirreeleccionista. Algunos de sus componentes condenaron públicamente la rebelión armada, declarando que no tenían ni querían tener ninguna conexión con ella, unos por convicción quizá sincera, otros por conveniencia inmediata y defensa directa de sus intereses personales, los más por falta de valor civil y por miedo físico a una acción decisiva; pero la gran mayoría de ellos aprobaron el movimiento y fueron a la guerra civil, dolorosa pero necesaria, sólo que no lo hicieron ya como miembros de una organización política de acción cívica, sino como ciudadanos armados, en revolución reivindicadora y violenta. Se dio entonces el caso de que muchos ciudadanos mexicanos que no se habían afiliado al Partido Antirreeleccionista porque desesperaban ya de toda acción cívica y ordenada para alcanzar una renovación politicosocial, empuñaran las armas y se adhirieran llenos de entusiasmo a las huestes del maderismo revolucionario.

Por lo que atañe a los antirreeleccionistas que por los motivos antes expuestos repudiaron el movimiento revolucionario y entonaron un *mea culpa* con mayor o menor solemnidad, se dispersaron de hecho, entregándose aisladamente a la resignación; pero cuando vislumbraron el triunfo del movimiento armado, se concentraron teóricamente en un "Centro Antirreeleccionista", que más tarde fue epifoco del "vazquismo", del que he de ocuparme a su debido tiempo.

Entretanto, impelido por el vigoroso embate de la revolución popular, el porfirismo creyó defenderse enarbolando la bandera del antirreeleccionismo y poniendo en la Constitución la restricción de la no reelección. Pero era demasiado tarde. Para el pueblo, esa tardía concesión no era sino una muestra de debilitamiento y una tácita confesión de impotencia, precursora de la derrota. De modo que lejos de ceder o de amainar, la revolución intensificó sus esfuerzos y acrecentó su potencia con el contingente de aquellos que en un principio habían creído que el porfirismo era inexpugnable. La ola revolucionaria que en esa vez partiera del Norte, invadió el Sur, e hizo crujir la imponente mole del imperialismo porfirista, hasta arrancarla de sus cimientos y hacerla caer estrepitosamente, y para asombro de la gente de poca fe, el 25 de mayo de 1911, *el obstáculo inmediato para la realización de los ideales de la renovación politicosocial estaba removido.*

Todos estos hechos nos revelan que si no fue el Partido Antireeleccionista, en masa y como organización política, el que inició y puso en marcha la Revolución de 1910, sí surgieron de su seno los principales paladines del movimiento; que si no todos los antireeleccionistas fueron entonces revolucionarios (aunque hoy en día todos pretenden haberlo sido siempre), sí fueron antirreeleccionistas todos los revolucionarios de 1910; que Madero fue caudillo revolucionario por virtud de su ideal antirreeleccionista; que en un momento dado todos los verdaderos revolucionarios de acción fueron maderistas y acataron la jefatura del Apóstol; y que, por consecuencia lógica, *Madero* y el *Antirreeleccionismo* constituyen la soldadura única entre todos los verdaderos revolucionarios, cualquiera que haya sido la facción revolucionaria en que hayan venido militando por virtud de las escisiones ulteriores, de las que también voy a ocuparme para definir su origen puramente circunstancial. *Madero* y el *Antirreeleccionismo* son los genuinos lazos de unión entre *todos* los revolucionarios mexicanos y los llamados a unirlos en haz apretado y cordial para bien y provecho de la patria y del pueblo.

Mientras la no reelección fue un precepto de nuestra Constitución, el Partido Antirreeleccionista sufrió transformaciones en sus denominaciones sucesivas, aunque no en sus demás postulados básicos, según observaré en próximos artículos. Por lo que dicho partido nunca ha desaparecido de nuestra liza política y ha sido y sigue siendo el eje veterano de nuestra Revolución Socialdemocrática.

Entretanto, impedido por el rigoroso combate de la revolución popular, el porfirismo creyó defenderse contribuyendo la bandera del antirreeleccionismo y poniendo en la Constitución la restricción de la no reelección. Pero era demasiado tarde. Para el pueblo, esa tardía concesión no era sino otra muestra de debilitamiento y una tácita confesión de impotencia, precursora de la derrota. De modo que lejos de ordenar o amainar la revolución la intensificó, más debilitado y acrecentó su potencial en el campo de aquellos que, en un principio habían creído que el porfirismo era inexpugnable. La sola revolucionaria que en esa vez partiera del Norte, invadió el Sur, e hizo caer de la débil plataforma todo el imperialismo porfirista hasta arrancarlo de su pedestal y hacerlo caer estrepitosamente y para alumbrar de la fuente de poder, el 25 de mayo de 1911, el obstinado usurpador, que era la resistencia de los Ideales de la Revolución político-electoral, renunciara.

Todos estos hechos nos revelan que si no fue el Partido Antirreeleccionista, en masa y como organización política, el que inició y puso en marcha la Revolución de 1910, al surgir de su seno los principales paladines del movimiento, que como todos los antirreeleccionistas fueron entonces revolucionarios (aunque hoy en día varios pretenden haberlo sido siempre), sí fue en cierto modo consecuencia de ello. Reconozcamos de buena fe que Madero fue caudillo revolucionario por virtud de su credo antirreeleccionista, que en un momento dado todos los verdaderos revolucionarios de acción fueron maderistas y acataron la jefatura del Apóstol, y que, por consecuencia lógica, Madero y el Antirreeleccionismo constituyen la solidaridad única entre todos los verdaderos revolucionarios, cualquiera que haya sido la facción revolucionaria en que hayan tenido militando por virtud de las reacciones ulteriores, de las que también voy a ocuparme para definir su origen puramente circunstancial. Madero y el Antirreeleccionismo son los genuinos lazos de unión entre todos los revolucionarios mexicanos y los llamados a unirlos en haz apretado y cordial para bien y provecho de la patria y del pueblo.

Mientras la no reelección fue un precepto de nuestra Constitución, el Partido Antirreeleccionista sufrió transformaciones en sus denominaciones sucesivas, aunque no en sus demás postulados básicos, según observaremos en próximos artículos. Por lo que dicho partido nunca ha desaparecido de nuestra vida política, y ha sido y sigue siendo el eje esencial de nuestra Revolución Socialdemocrática.

INICIACION DE LAS REIVINDICACIONES DEL OBRERO EN 1910

Hay quienes afirman que el movimiento de 1910 tuvo una finalidad exclusivamente política, sin que se tomara en cuenta la necesidad de la renovación social, que trajo consigo el mejoramiento de las condiciones de vida del proletariado de los talleres y de los campos; y que las reivindicaciones obreristas y campesinas sólo se proclamaron posteriormente, en el curso del movimiento constitucionalista. Basta, para destruir semejante error, comparar el Plan de San Luis (Madero) con el Plan de Guadalupe (Carranza). En el primero se habla de los obreros y de los campesinos, y en el segundo no. Ya llegaré a decir por qué. Es un hecho innegable que hubo más tendencia socialista en todo el maderismo, que en los comienzos del carrancismo. Las reivindicaciones obreras y campesinas, sembradas en 1910, se impusieron al carrancismo en el curso de la lucha, pero no fueron ofrecidas por aquél de manera original y espontánea. Este aserto mío es de facilísima comprobación.

Desde antes de injerirse en la política, el Apóstol Madero, que era propietario agrícola y que tenía participación en algunas empresas industriales, se puso del lado del proletariado, no solamente proclamaba con su palabra y con su pluma la necesidad de mejorar las condiciones de vida de los proletarios en el orden material y de elevarlas en el orden moral, sino que adunó su ejemplo práctico a su propaganda teórica, logrando el alza de los salarios y la disminución de las horas de trabajo en negociaciones industriales en las que ejercía alguna influencia, condonando las deudas de sus peones de campo, estableciendo por su cuenta excelentes escuelas para los hijos de éstos, algunos de los cuales, educados hasta su madurez por el mismo apóstol, no sólo se convirtieron en hombres de gran

provecho, sino también en ciudadanos cabales de apreciable significación.

Los grupos independientes y antirreeleccionistas que precedieron a la existencia del maderismo propiamente dicho, reclutaron su principal fuerza cuantitativa entre obreros y campesinos. Campesinos fueron los primeros rebeldes de Chihuahua, de Coahuila, de Durango, de San Luis Potosí, de Sinaloa, de Guerrero y de Morelos, en 1910; de obreros se compusieron los primeros contingentes revolucionarios de Sonora, de Veracruz, de Puebla y del Distrito Federal, *en 1910. ¿Por qué? Porque campesinos y obreros se sintieron* protegidos por los principios que proclamara el Plan de San Luis y porque se percataron del sincero interés que por ellos alentaban los ideólogos civiles del movimiento.

Al triunfo de éste, el germen de las reivindicaciones proletarias había arraigado tan hondamente en el alma nacional, que no era ya posible extirparlo. Vivió, creció y floreció en organización y desarrollo ascendentes. Surgió la cooperación societaria. Las antiguas agrupaciones de noble pero muy limitado mutualismo se fueron convirtiendo en sindicatos de defensa gremial y adquirieron la fuerza de que antes carecieron. Pero todo *esto*, era consecuencia de *aquello*. Sin *aquello*, no hubiera acontecido tan pronto *esto*. En todas las actuales agrupaciones de obreros y de campesinos, Madero debiera tener un altar.

En sus postrimerías, el gobierno porfirista se dio perfecta cuenta de la influencia que las predicaciones antirreeleccionistas tenían ya en el sentimiento y en el pensamiento de las clases proletarias de las ciudades y de los campos, y se empeñó en desarrollar alguna acción que le permitiera reconquistarlas. Pero esa acción más tuvo de conmiseración y de caridad, que de reconocimiento de legítimos e inalienables derechos. Por eso fracasó, y los proletarios siguieron *siendo antirreeleccionistas entonces, y maderistas más tarde.*

Entre los funcionarios del Gobierno porfirista que más se preocuparon en favor de los proletarios, es justo recordar al aristocrático gobernador del Distrito Federal, don Guillermo de Landa y Escandón, quien siempre dio elocuentes muestras de sus sentimientos humanitarios, y nunca participó en las bajas intrigas de la política. Pero, repito, sus esfuerzos fracasaron en la práctica, ya que estaban más inspirados en la caridad que en la justicia y en el derecho.

Figura principalísima de la reivindicación proletaria en el seno de la Directiva de los Antirreeleccionistas, fue el obrero Marcos González, de gran valor civil y personal, de clara inteligencia y de bien orientadas aspiraciones democraticosocialistas. Muy útil nos fue en todos nuestros trabajos, y debemos considerarlo como un benemérito del Partido. Fue perseguido y encarcelado. Ignoro aún los detalles de su muerte, pero estoy a punto de conocerlos. Tengo entendido de que aquélla no fue natural; en todo caso me consta que Marcos González no llegó a ver el triunfo de la causa.

Entre los intelectuales del Partido Antirreeleccionista el que más se destacó por su contacto constante con los obreros y más sembró en éstos nuestras ideas y nuestros principios, fue Enrique Bordes Mangel, que desde entonces empezó a significarse como un bien preparado político y como un orador pujante y comprensivo ante las grandes masas populares Organizó mítines sin cuenta y fundó muchos clubes de obreros, entre quienes era sumamente popular. Jesús Urueta gustaba mucho de la oratoria de Bordes Mangel y más de una vez me expresó que, en su concepto, aquel compañero llegaría a ser una de las glorias de la tribuna nacional. A pesar de todo lo acontecido de entonces a acá, Bordes Mangel ha conservado su personal popularidad entre los obreros que de aquella generación aún existen. Su actuación en las diversas etapas de la Revolución no se limitó a la tribuna y al periódico; también tomó las armas y en sus andanzas de ciudadano armado incidentalmente tuvo jerarquía de general. Durante el Gobierno de Madero, fue diputado y secretario del Gobierno del Distrito. En los días de la usurpación tuvo que ocultarse, porque tenía los odios de los usurpadores, quienes mandaron asesinar "por equivocación" a un ciudadano desconocido, confundiéndolo con Bordes Mangel. Más tarde, volvió a la Cámara de Diputados y después fue designado Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de México ante el gobierno de El Salvador. En 1927, siendo nuevamente diputado, Bordes Mangel, en unión de pocos compañeros de Cámara, galvanizó el adormecido Partido Nacional Antirreeleccionista, y por ello fue expulsado (¡!) de la Cámara en unión de sus compañeros. Como todos los hombres de acción multifacética de estos últimos años, Bordes Mangel ha sufrido repetidas persecuciones, prisiones y destierros...

Hay que señalar también como eficaces factores del movimiento obrerista en 1910, a los hermanos Serrano Ortiz y a los hermanos Lailson Banuet.

Es muy cierto que a partir de 1915 es cuando se ha consolidado en México el obrerismo organizado, a medida que fueron surgiendo nuevos líderes que se especializaron en ese sector de la vida social y que implantaron los sistemas sindicales, haciendo adaptaciones, más o menos bien logradas, de las experiencias recogidas en otros países; pero es preciso reconocer que la última renovación social en nuestro país, así como la rehabilitación del proletariado de las ciudades y de los campos, provienen del movimiento de 1910, que no fue exclusivamente político, aunque política fue su finalidad inmediata y directa, ya que ella abría las puertas y permitía la viabilidad de las otras finalidades ya señaladas en los programas del *Partido Antirreeleccionista* y consignadas en el *Plan de San Luis Potosí*.

¿DONDE ESTUVO LA CUNA DE LA REVOLUCION DE 1910?

Muchas regiones del país han proclamado y proclaman la prioridad de la iniciación del movimiento revolucionario de 1910. Desde luego prueba esto que en la conciencia popular la Revolución se ha convertido en gloria, a pesar de sus errores y de sus crueldades, inevitables unos y otras.

Si fuésemos a escudriñar minuciosamente el orto del movimiento de 1910, tendríamos que remontarnos hasta los intentos de emancipación nacional que apuntaron en las postrimerías del siglo XVIII, aun antes de que el cura Hidalgo prorrumpiese en su redentor grito en la plaza principal de su parroquia de Dolores Hidalgo. Porque, en el fondo, la Revolución estructural de nuestro México, hasta hoy no ha sido más que una, aunque dividida en tres etapas: Independencia, Reforma y Democracia. Esta última, no ha terminado todavía...

Pero lo que hoy se llama "la Revolución" abarca directamente al abatimiento del régimen porfiriano, que durante treinta y cinco años modeló nuestra vida nacional. También desde este punto de vista, de la protesta de acción contra los procedimientos y contra el hombre, podríamos remontarnos hasta tiempos y sucesos relativamente remotos, como la fracasada conspiración veracruzana que dio margen al discutido mensaje: "Mátalos en caliente". Puede interpretarse que aquello no fue sino el principio de esto. Pero pecaríamos de excesivo rigorismo crítico, cuando sólo se trata de hacer reportazgos retrospectivos.

Todavía es aceptable el punto de vista de que el movimiento de 1910 tuvo su origen en los precursores que combatieron el régimen porfirista desde los Estados Unidos, a veces con la pluma y a veces con incursiones armadas que fracasaron. Los hermanos Flores Ma-

gón, Catarino Garza, Alanís, Paulino Martínez, Gutiérrez de Lara, Antonio I. Villarreal, etc. Pero fueron precursores y sólo precursores. Traían una ideología imprecisa e híbrida, aunque su finalidad fuera la de una renovación nacional. Sí debemos reconocer que ellos dispararon los primeros tiros; pero su conexión con la Revolución en marcha resulta floja y presenta marcadas soluciones de continuidad.

En un libro de interesante apreciación histórica, mi gran amigo, el benemérito periodista yucateco don Carlos R. Menéndez, pone la cuna de la Revolución en la peninsular Valladolid (Yucatán), con motivo de la rebelión que estalló allí a principios de junio de 1910. Pero esa rebelión era específicamente de carácter local, aunque sus causas tenían raigambre en la situación general del país. Hay que advertir que Yucatán es una de las pocas regiones de la República que tienen historia propia, independientemente de la colectiva de nuestra patria. Desgraciadamente esa historia de Yucatán es poco conocida de los mexicanos no peninsulares, quienes, si la conocieran, se explicarían muchas cosas que hasta ahora les parecen raras y aun condenables...

Del mismo modo que en Yucatán, hubo actos de rebeldía por causas locales, en varias regiones de la República, antes de que estallara el movimiento maderista que se basaba en el Plan de San Luis. Así en Colima, con motivo de los asesinatos de los hermanos Bartolo y Marciano Suárez por el Jefe Político Darío Pizano (marzo de 1909); así en Tehuitzingo, Acatlán (Puebla), en razón de los fraudes en las elecciones municipales y de los desmanes del Jefe Político Vicente Popoca (marzo de 1909); así en Velardeña (Durango), donde hubo un saldo trágico de treinta ciudadanos muertos; en Coahuila, con la enérgica actitud de don Sebastián Carranza (hermano de don Venustiano), por causas de política regional; en las elecciones locales de Morelos (Escandón contra Leyva) y en las de Sinaloa (Redo contra Ferrel); *et sic de coeteris*...

Con motivo de un reciente artículo mío en el que me referí a la proeza de Aquiles Serdán, he recibido una extensa misiva de mi excelente amigo el ex senador don Elías Arias, cuya parte conducente no me resisto a transcribir a continuación, tanta es su sinceridad y tan puro su entusiasmo. Me dice:

"Oriundo de Colima, me radiqué definitivamente en Sinaloa desde julio de 1907. Allí me encontraba cuando la aparición del precursor de la Revolución, el Partido Democrático, en el que milita-

ban los Sánchez Azcona, José Ferrel, José Peón del Valle, Diódoro Batalla, Benito Juárez y otros que se me escapan. Allá me encontraba cuando llegó a incendiar las almas el *México Nuevo* de Sánchez Azcona. Allá me encontraba cuando las elecciones para Gobernador del Estado de Sinaloa, en las cuales militó, como opositor, el licenciado José Ferrel, del cual fui y fue partidario todo el pueblo, cuya elección ganamos. Por contra, tuvimos a Diego Redo, candidato limantourista y porfirista, se entiende. No obstante haber triunfado, se impuso a Redo. El Estado quedó regado con pólvora, listo para incendiarse con la primera chispa que alguien arrojara sobre su territorio. Es justo decir a usted, para que si gusta lo diga en sus *Memorias*, que *México Nuevo* contribuyó muchísimo a nuestro triunfo democrático. Los paladines de aquella lucha fueron: Andrés Avendaño, propietario de *El Correo;* Heriberto Frías, viejo periodista de combate; J. Felipe Valle, originario de Colima. Estos en Mazatlán, Sinaloa, que era la cuna de campaña. En Mocorito figuraron Felipe Riveros, Cándido Avilés y otros; mientras que en la ciudad de Sinaloa encendimos la tea democrática el licenciado Enrique Moreno, Juan D. Salcedo, Valentín Lugo, ingeniero Emiliano Z. López, Felipe B. Valdés, Gabriel Leyva, Maximiliano y Narciso Gámez, y este su amigo, Elías Arias, quien más tarde tendría la satisfacción de estrechar la mano del paladín revolucionario Juan Sánchez Azcona en la vieja capilla de la Emperatriz Carlota, cuando llenos de patriotismo, con las ideas por antorcha, discutíamos los asuntos que llevarían a la República al pináculo de su grandeza . . .

No es verdad que haya sido Aquiles Serdán la primera víctima de la Revolución. Tampoco es verdad que haya sido Puebla en donde se quemaron los primeros tiros. No. La gloria no es de Puebla. La gloria es de Sinaloa y la gloria principal corresponde a Gabriel Leyva. Mientras Serdán quemó los primeros tiros el 18 de noviembre de 1910, Gabriel Leyva, como Jefe, y los Gámez, Maximiliano y Narciso, los quemaron en junio de 1910 (cinco meses antes), y el 13 de ese mismo mes de junio, caía acribillado a balazos la primera víctima de la Revolución, que francamente, en abierta rebeldía armada, se había levantado contra el régimen porfirista. Tengo en mi poder las pruebas oficiales. Tengo en mi poder la publicación que hizo *El Demócrata*, que regenteaba Benigno Valenzuela. Tengo en mi poder el relato que hace la Secretaría de Guerra en un folleto especial. Estoy preparando una publicación que quiero que

se haga en *El Universal,* pero antes he querido dar a usted estos datos, a fin de que, ya que está usted publicando la medula revolucionaria, no se olvide de decir algo para la cuna democrática y de franca rebeldía armada, de la Revolución, Sinaloa, y poner los nombres de los ciudadanos que desempeñaron papel importante. Digo la cuna, porque, si mal no recuerdo, fue la primera burla al sufragio después de la entrevista, ya famosa, Díaz-Creelman. Sé de sobra que la cuna, la primera cuna, fue construida y mecida por usted y demás personas ya mencionadas, pero los primeros frutos de esa construcción de cuna y la mecida de ella por ustedes, florecieron en el Estado de Sinaloa. Si quiere usted datos, con gusto se los ministraré, pero desde ahora digo que todo lo que le digo es verdad y nadie podrá atreverse a decir lo contrario. Así es que usted puede decir algo de esto bajo mi responsabilidad, tal y como si usted hubiera sido actor en aquellos acontecimientos, tal como si usted hubiera estado presente en la ciudad de Sinaloa."

Con satisfacción he transcrito lo anterior para conocimiento de mis lectores, porque me consta completamente la veracidad de lo narrado.

Pero creo que, ante el estricto criterio histórico, al tratar del movimiento maderista de 1910, que significó el reventar de la actual Revolución Mexicana, los sucesos de Sinaloa que narra el señor Arias deben considerarse como chispas precursoras, muy dignas de recordación, cual las hubo en algunas otras regiones del país, y que demuestran claramente el malestar general que existía en la República, y el anhelo nacional de renovación.

Mas, de todas maneras, me parece que históricamente debemos seguir considerando que el primer tiro de la Revolución fue disparado en Puebla por Aquiles Serdán, aunque él no haya sido, materialmente hablando, la primera víctima ni el primer mártir. Porque el acto de Serdán obedecía ya a una acción combinada, coordinada y consciente, dentro de disciplina y finalidad previamente definidas.

Francisco Madero, Sr., a su hijo Francisco I. Madero

"Francisco Madero. Domicilio: Berlín 21. Oficina: Cadena 21. Teléfono 1471. Apartado 1611. México.

México, 18 de enero de 1909.

Señor don Francisco I. Madero.—San Pedro.

Queridísimo hijito:

Deseaba disponer de unas horas de reposo para contestar detenidamente tus largas e interesantes cartas relativas a la publicación de tu libro y darte mi parecer sobre él, pues ya acabé de leerlo desde hace varios días. Desgraciadamente no tengo ese tiempo y solamente puedo disponer de minutos. Así es que someramente me ocuparé de esos asuntos que tratas.

Antes de leer tu libro me figuraba, como muchos otros, que sería escrito en estilo vehemente y duro, pero al terminar su lectura he visto con gusto que, salvo algunos pasajes, usas un estilo moderado y reposado, que es el único que puede influir en el ánimo de las personas sensatas. Estoy seguro que si el mismo señor general Díaz se tomara la molestia de leerlo formaría de él un concepto favorable, pues me consta que muchas de las ideas que desarrollas son las que él profesa. Su entrevista con Creelman me parece sincera y así la juzgan muchas de las personas con quienes he hablado. El solo cargo que podría hacérsele es que no renuncie a una nueva reelección, lo que no está demostrado; pues hay personas, que se dicen bien informadas, que aseguran que aún no está resuelto a aceptarla. Su contestación a Mata nada significa, pues este señor no tiene importancia ninguna y bastante honor le hace el general Díaz en contestarle, lo que siempre tiene la deferencia de hacer con todo mundo, grandes y pequeños. Esta es una de sus grandes virtudes.

El que haya usado el régimen militar, excesivamente enérgico a veces, ha sido una necesidad para acabar con la hidra revolucionaria, que tantas raíces había echado en el país. Muchas veces te he dicho eso y que «los pueblos tienen los gobiernos que se merecen», y que son necesarios en determinadas circunstancias. Pero tú lo dices en tu libro, con muy buen criterio, que ha usado el poder

Segunda Parte

LA CAMPAÑA ELECTORAL DE MADERO.—SU APREHENSION EN MONTERREY Y SU PRISION EN SAN LUIS.—EL ARTIFICIOSO PROCESO DEL CANDIDATO.—EL PLAN DE SAN LUIS

se haga en *El Universal*, pero antes he querido dar a usted estos datos, a fin de que, ya que está usted publicando la médula revolucionaria, no se olvide de decir algo sobre la cuna democrática y de franca rebeldía armada, de la Revolución, Sinaloa, y poner los nombres de los ciudadanos que desempeñaron papel importante. Digo la cuna, porque, si mal no recuerdo, fue la primera burla al sufragio después de la entrevista, ya famosa, Díaz-Creelman. Sé de sobra que la cuna, la primera cuna, fue construida y mecida por usted y demás personas ya mencionadas, pero los primeros frutos de esa construcción de cuna y la mecida de ella por ustedes, lloró enérgica el Estado de Sinaloa. Si quiere usted datos, con gusto se los ministraré, pero desde ahora digo que todo lo que le digo es verdad y nadie podrá atreverse a decir lo contrario. Así es que usted puede decir algo de esto bajo mi responsabilidad, tal y como si me [illegible]

Con satisfacción [illegible] esos lectores, porque comprueba cumplidamente la veracidad de lo narrado.

Paréceme que, ante el estricto criterio histórico, al tratar del movimiento maderista de 1910, que significó el preludiar de la actual Revolución Mexicana, los sucesos de Sinaloa que narra el señor Arias deben considerarse como chispas precursoras, muy dignas de recordación, cual las hubo en algunas otras regiones del país, y que demuestran claramente el malestar general que existía en la República, y el anhelo nacional de renovación.

Mas, de todas maneras, me parece que históricamente debemos seguir considerando que el primer tiro de la Revolución fue disparado en Puebla por Aquiles Serdán, aunque él no haya sido, materialmente hablando, la primera víctima ni el primer mártir. Porque el acto de Serdán obedecía ya a una acción combinada, ordenada y consciente, dentro de disciplina y finalidad previamente definidas.

HUBO ORDEN PARA ASESINAR A MADERO

Es un error muy difundido el de creer que el gobierno porfirista por desprecio o magnanimidad, haya descuidado la persecución de los iniciadores de la Revolución. Es cierto que, en un principio, la dictadura no dio mayor importancia a los trabajos de Madero y de sus amigos y partidarios; pero bien pronto, ante el evidente despertar popular, se dio cuenta del peligro, tratando de dominarlo con medidas drásticas. Pero era demasiado tarde, y cada gota de sangre que se derramaba, fuera un tónico para la decidida voluntad del Pueblo...

Cuando Madero, candidato, salió para el Norte a continuar sus giras de propaganda, el gobierno porfirista estaba ya resuelto a entorpecer y nulificar sus trabajos de una manera absoluta. Salió Madero de México, en el tren ordinario, acompañado de su esposa y de los señores licenciado Roque Estrada, Ernesto Fernández Arteaga y Elías de los Ríos, su taquígrafo particular este último. No había sido un secreto la fecha de su partida, y "casualmente" salió en el mismo tren el licenciado Juan R. Orcí, sonorense, uno de los jóvenes amigos, más empeñados y entusiastas, de don Ramón Corral. En San Luis Potosí los antirreeleccionistas, congregados en el andén de la estación, hicieron que Madero les dirigiera la palabra. Hízolo así, con expresiones enérgicas, pero respetuosas de la ley; y el licenciado Orcí desnaturalizó el discurso y lo denunció como injurioso para el Presidente Díaz. *Existe en poder* de un connotado maderista una carta autógrafa del licenciado Orcí, en la cual da cuenta de sus hazañas.

En Saltillo, Madero pernoctó. Pero al descender del convoy, había desaparecido la petaquilla de Ernesto Fernández Arteaga, que iba colocada debajo del asiento que ocupaba el líder anti-

reeleccionista. Nunca se volvió a saber de ella, a pesar de las pesquisas emprendidas; lo cual da lugar a suponer fundadamente que fue robada por algún espía, en la creencia de que contenía documentos de Madero. ¡Buen chasco, pues sólo encerraba ropa de Ernesto!

Preso en Monterrey Madero, fui a verlo, como ya he informado a mis lectores, y cuando regresaba para México, poco antes de llegar a San Luis Potosí, un funcionario del Ferrocarril, el hoy general Casarín, me hizo llegar la noticia de que muy probablemente sería yo aprehendido en la próxima estación, por lo que debería cuidarme y guardar todo género de precauciones. He de narrar en otra ocasión cómo me libré del percance y fui a dar a Dolores Hidalgo, desde donde pude comunicarme con mis correligionarios. En la estación de San Luis me esperaban el doctor Rafael Cepeda y el pasante Pedro Antonio Santos, con un automóvil listo, para salvarme; y toda la policía de la localidad para aprehenderme. Pero ni unos ni otros dieron conmigo... Más de una semana estuve en Dolores, de riguroso incógnito; y después, disfrazado de obispo en gira pastoral y llevando como aparente "familiar" a Luis Frías Fernández, pude ganar la frontera por Ciudad Juárez, para librarme de la persecución porfiriana. He de narrar en otra ocasión este viaje, delicado en el momento y regocijado en el recuerdo.

Aun entre mis más allegados amigos no han faltado quienes me tilden de haber sido demasiado exagerado al disfrazarme. Yo no lo creí así entonces, y menos lo creo hoy, después de haberme enterado de las sensacionales revelaciones que me hace mi correligionario don José R. Portillo, en carta del 27 de mayo de 1930, que inserto a continuación:

"Por muchos años he guardado en el cofre de mis recuerdos revolucionarios, diversas anécdotas inéditas e interesantes, relacionadas con hechos históricos; pero, circunstancias varias me habían *decidido a conservarlas indefinidamente en el misterio.* Leyendo con sumo placer el anecdotario que escribe usted actualmente en *El Gráfico*, no he podido resistir a la tentación de dirigirle la presente para explicarle algunos hechos en que mi buena suerte me colocó como actor y que en parte se refieren a usted, y a fin de que si los juzga de algún interés los anote en sus apuntes históricos, ya que a la vez que explican algunos puntos nebulosos de nuestra historia maderista, coadyuvan a delinear muy interesantes secretos de todo género y de los cuales relataré solamente los que contribuyan

a esclarecer puntos históricos de nuestras luchas revolucionarias, en las que siempre estuve afiliado desde sus albores.

Tuve oportunidad de conocer a usted en aquellas casi remotas épocas, por mediación de otro telegrafista y escritor festivo: el inquieto Humberto Galindo, y habiendo hecho del conocimiento de usted mis tendencias y comunicándole la propaganda maderista que desarrollaba entre mis compañeros, quienes tanto se han distinguido desde entonces por su revolucionarismo, tuve el gusto de oír sus frases laudatorias y estímulos que transmití a los del gremio del que era Presidente de su «Unión de Telegrafistas Federales», sociedad que también hizo su revolución en el ramo. Entre los compañeros afiliados y los cuales nos reconocíamos por la contraseña «V. M.» (Viva Madero), después de cada mensaje, se encontraba mi querido compañero el señor Rubén Durán, de San Luis Potosí, con quien trabajaba casi todas las noches por el «Duplex».

Una noche de mediados de junio de 1910, entre la indiferente transmisión de mensajes comerciales, vi con todo interés uno en el que, con carácter de muy urgente, el general Díaz ordenaba al jefe militar de San Luis procediera a la captura de usted y le insertaba su filiación; avisé a Durán de lo que se trataba y éste corrió a preparar lo necesario para darle a usted aviso —(el que yo recibí por conducto del hoy general Casarín)— y se pusiera en salvo; pues al final del mensaje *venían algunos renglones en clave, que me intranquilizaron sobremanera.* El señor Durán me dijo que todo estaba arreglado, y entonces le di el mensaje, que por fortuna ya no surtió ningún efecto.

Pocos meses después y en una larga velada de trabajo tedioso, llegó al viejo edificio de Telégrafos, entonces ubicado en la calle del 5 de Mayo, el general Samuel García Cuéllar con algunos ayudantes del Estado Mayor Presidencial, siendo recibidos por el entonces Jefe de la Oficina Central, don Fernando Marcín. Cambiaron algunas impresiones ambos personajes e interrogándome este último si yo manejaba el «Duplex» de Potosí, y a respuesta afirmativa de mi parte, me entregó un largo mensaje escrito parte en lenguaje común y parte en clave numérica, ordenándome lo transmitiera con toda rapidez y conminara al Jefe de Oficina de San Luis o al empleado encargado del servicio que recabara constancia del Jefe Militar de haberlo recibido y la hora en que tal sucediera.

Inicié la transmisión y de una ojeada pude darme cuenta de que era una orden para aprehender en el acto al señor Madero, quien

tenía la ciudad por cárcel, a Pedro Antonio Santos y a algunas otras personas más que no recuerdo. Mientras tanto y en el ángulo de mi mesa departían el citado general García Cuéllar y el señor Marcín, quien muy ladinamente trataba de investigar todo el contenido del mensaje, oyendo el que esto relata que en voz muy baja explicaba el militar que se trataba de un asunto muy grave y era prueba de ello que a la medianoche y personalmente fue comisionado por el general Díaz para llevar el mensaje y, cerciorado de su envío, lo recogiera con la anotación indicada; y, extremando las confidencias y sabiendo que Marcín era amigo del general Díaz, le insinuó *que se trataba de suprimir, simulando un alboroto, a «esos agitadores a quienes ya juzgaba muy peligrosos el señor Presidente»*, y en la misma clave se daban las intrucciones y se disponía *se destruyera el mensaje.*

Mi angustia fue indecible, calculando lo que pasaría esa noche fatal y las consecuencias que traería al despertar libertario del Pueblo, apenas iluminado por las prédicas de nuestro Jefe!... Hice lenta la transmisión mientras ideaba algo, y recordando lo ya referido en el caso de usted y aprovechando que los señores García Cuéllar y Marcín, animados por la charla o evitando ser oídos, se paseaban a lo largo del salón de aparatos, y a riesgo de ser escuchado, puse al tanto a Rubén de lo que se tramaba. Contestó diciéndome: «Están muy cerca y voy corriendo. Sigue dando al aire». Pocos minutos después me cortó e indicó que todo estaba arreglado, pidiéndome repetición desde la frase tomada, terminando el envío y recabando el recibo del Jefe Militar en San Luis. (Nótese un rasgo de psicología innata del caudillaje militar: V. Huerta, sin conocer este hecho, hizo, tres años después, la misma simulación criminal).

El señor Madero y acompañantes salieron violentamente de la ciudad, pudiendo ganar la frontera en circunstancias ya conocidas; salvándose la Revolución. Durán se unió al señor Madero, quien lo honró con el delicado cargo de telegrafista de su confianza, y al entrar triunfante a la Capital el memorable 7 de junio de 1911 y habiendo sido el que habla comisionado por el señor Robles Domínguez, Jefe de la Junta Revolucionaria a la que pertenecí, para formar la valla de honor con todos los telegrafistas, fui presentado al Apóstol por Rubén Durán, quien tenía especial recomendación de hacerlo, y tuve la satisfacción de recibir un fuerte abrazo de Panchito y de ver que sus ojos ingenuos se humedecieron de agra-

decimiento en un instamte de honda emoción. Tuve después el honor de ser muy estimado del señor Madero y de ser uno de sus telegrafistas de confianza, en su casa de la calle de Berlín, junto con Durán, Melchor Vela y Verdín (asesinado por Huerta en Veracruz posteriormente), y donde tuve oportunidad de prestarle otro pequeño servicio *cuando pretendieron asesinarlo en Cuautla,* junto con los Zapata y otros jefes, entre Huerta y De la Barra.

Posteriormente, en el desempeño de mi carrera telegráfica, viví otros muchos hechos históricos, curiosos e inéditos, que relataré algún día; y mientras, me limito a repasar los recuerdos de aquellos tiempos, orgulloso de contarme entre los «*Ingenuos de 1910*», como nos llaman muchos falsos revolucionarios del presente".

No requiere comentarios la anterior constancia histórica que el señor Portillo da a conocer por mi conducto y cuya comunicación mucho le agradezco.

UNA ESCAPATORIA SENSACIONAL

(1910). Acababa de hablar con Madero, muy recientemente recluido en la Penitenciaría de Monterrey. También hablé allí con el Lic. Roque Estrada. Y fuera de la Penitenciaría, con Gustavo y con Gabriel Madero, de quienes me despedí para tomar el tren nocturno que me condujera de regreso a México, trayendo las instrucciones verbales que el Apóstol me confiara para sus partidarios, y convencido ya de que no teníamos más camino que el de ir a la revolución armada, según de ello me había convencido con razones inapelables el mismo Gustavo Madero. Pero esto debería hacerse con tino, con cautela y con inteligencia, pues de otra suerte nuestros esfuerzos serían infructuosos, dado el omnímodo poder del porfirismo y, dígase lo que se quiera, su carencia de escrúpulos para perseguir a sus adversarios por cuantos medios estuvieron a su alcance, que eran muchos. Quedé con Gustavo en comunicarme con él, en clave y por conductos comerciales, tan luego como tuviera algo que comunicar como resultado de las instrucciones recibidas y de las gestiones por mí desarrolladas.

A la mañana siguiente, el convoy del ferrocarril debería llegar a San Luis Potosí. Nuestros partidarios de Saltillo no sabían de mi paso, que si no me hubieran hablado en el andén aunque fuera a horas poco propicias. Poco antes de que el tren llegara a San Luis, y cuando ya no había ninguna estación de parada, de por medio, recibí un aviso, por medio de uno de los ferrocarrileros del convoy, en el que se transmitía un mensaje enviado la víspera por Cosío Robelo y Gustavo Madero, advirtiendo que desde San Luis hasta México había órdenes de detenerme, al mismo tiempo que en la capital había quedado clausurado mi periódico *México Nuevo*. El mismo empleado que me entregó el aviso, previo reconocimiento maderista, me insinuó que saliera del "pullman" y que descendiese

en San Luis desde otro carro que no fuera ese, guardando la mayor sangre fría. Desde ese instante el mismo empleado me ofreció encargarse de mi equipaje, que sólo estaba constituido por una pequeña maleta de mano. Me sugirió que, momentos antes de que el convoy reanudara su marcha desde San Luis, volviese a él, de la manera más tranquila posible, y que entretanto pensara en cuál estación del trayecto me convenía detenerme, pues por ningún motivo debería llegar hasta la capital, ya que sería aprehendido en la estación misma.

Así lo hice. Al llegar a San Luis me bajé del tren desde uno de los carros de menor categoría y tranquilamente me encaminé al restaurante, situándome en un ángulo oscuro y pidiendo un desayuno de chocolate con bizcochos. Recorrí en la memoria los nombres de las estaciones intermedias y me detuve al acordarme que en Dolores Hidalgo vivía la hermana de Luis Frías Fernández, María, casada con un español comerciante de la localidad. Y decidí detenerme allí. Hubo mucho ir y venir en la estación de San Luis, y después he llegado a saber que estaba allí toda la policía del lugar para detenerme, al mismo tiempo que me buscaron el doctor Rafael Cepeda, Pedro Antonio de los Santos y otros correligionarios, que tenían listo un automóvil para llevarme a un rancho cercano, en donde podría tener seguridad relativa. Pero ni unos ni otros dieron conmigo. Al volver al tren, el mismo empleado, cuando supo que yo había escogido Dolores Hidalgo como lugar de mi descenso, me indicó que al llegar me bajara por el lado izquierdo del convoy, hasta colocarme detrás de un jacal que allí había, y que él se encargaría de mi maleta, así como de avisar reservadamente mi paradero a los correligionarios a su llegada a la capital.

Acaté en un todo sus indicaciones, y esperé detrás del consabido jacal, hasta que el tren reanudó su marcha. Pocos minutos después se presentó un indito que traía mi maleta y que únicamente me dijo: "Aquí estaba yo, jefecito".

Es sabido que la estación del Ferrocarril está a cierta distancia de Dolores Hidalgo, adonde se llega por un minúsculo tranvía. Ya pasajero en éste, recapacité que debía de cambiar de nombre al entrar en la histórica villa, y opté por conservar el de pila, apellidándolo con el patronímico de mi madre: Díaz. Y así fue como en una tarde del mes de junio de 1910 se inscribió en un hotel de la plaza principal el señor Juan Díaz, procedente del Norte y agente viajero de profesión.

Mi primer cuidado fue informarme acerca del establecimiento

de don Saturnino Bueno, el esposo de María Frías. Me informaron que era frontero al hotel y que llevaba por nombre "La India". Hacia "La India" me fui y saludé a don Saturnino, quien jamás antes me había visto. Lleno el local de gente que comerciaba, no creí prudente revelar mi nombre, y me limité a decir a don Saturnino que su cuñado Luis enviaba por mi conducto un saludo a su hermana María, quien sin duda me reconocería por las señas de que era yo don Juan el periodiquero. Así fue, y María, de gran inteligencia y de gran corazón, enterada, además, de los asuntos corrientes de la política, comprendió quién era yo y que algo grave me acontecía, y a los pocos minutos se presentó en el hotel don Saturnino, pidiéndome que le acompañase en seguida con todo y maleta. Aquel matrimonio amigo me tomó desde luego bajo su protección, alojándome en la casa del doctor Magaña, una de las principales de la villa, que ellos acababan de venderle. Allí esperé hasta que, por caminos despistadores llegaron a verme Pancho Cosío Robelo y "el gallo" Frías, trayéndome instrucciones y dinero.

Obedeciendo a aquéllas, Luis Frías y yo nos aprestamos a emprender el viaje a los Estados Unidos. Pero era éste un empeño delicado, que habría que realizar con toda clase de precauciones. Entretanto, el agente viajero Juan Díaz había visitado la casa de Hidalgo, y allí, mentalmente, hizo un juramento de civismo que no cree haber quebrantado hasta ahora, y con su firma consagró el juramento, en forma adecuada, en el libro que se acostumbraba presentar a los visitantes. Allí debe estar, y Juan Díaz no ha vuelto a releerlo desde entonces.

Afeitéme los mostachos juveniles. Merqué unas gafas obscurísimas en una mercería. Don Saturnino me proporcionó un cubrepolvo de dril y un fieltro negro de alas relativamente extensas. Así indumentado y llevando en la mano un "Breviario" que el buen cura del lugar me había prestado, ante mi interés de conocer tal libro ritual, y llevando como sumiso acompañante al "gallo" Frías, tuve el aspecto de un obispo en viaje de pastoreo, suficiente para despistar a los que durante el camino intentaran reconocerme. (Claro es que no iba yo con mitra, báculo y capa pluvial; esto sólo puede ocurrírsele a un idiota consubstancial).

Pregunté a Luis si estaba bastante desconocido después de haberme cortado el bigote e indumentándome de aquella guisa, y él sólo me contestó con confiada sonrisa: "Sí... pero es lástima que no hayas podido cortarte también las narices".

Fuimos hasta la estación Mariscala para entroncar con el tren

de El Paso, ya que por Laredo no podríamos salir, porque esa vía estaba muy vigilada a mi respecto. Todo iba bien; pero cuando llegamos a Torreón, donde el convoy hace una larga parada, creí que todo había concluido. Hallábase en la estación, husmeando con interés por todas las ventanillas del tren, el jefe político de la localidad, el coronel Ismael Zúñiga, el cojo, quien por dos períodos consecutivos había sido mi vecino de curul en el ex teatro Iturbide. Cuando le vi y recordando que llevaba en las manos un "Breviario", dije al "gallo" Frías: "Consummatum est..." Y me engolfé en la lectura de los latines bicoloridos. Pero, cuál no sería mi sorpresa al ver que Zúñiga, al llegar a mi ventanilla se pasó de frente, después de haberse quitado el sombrero respetuosamente. Yo contesté haciendo en el aire la señal de la cruz y musitando algo incomprensible. (Años después, pregunté al compañero si me había reconocido y me había dejado pasar conscientemente; pero me dijo que, efectivamente, había ido a buscarme, pero que no me encontró, y que en tal sentido había informado a México).

Ya más adelante, en las llanuras del Norte, me quité las gafas y el sombrero y puse a un lado el "Breviario". El peligro disminuía. Pero al llegar a la frontera, de nuevo comprendí que allí estaba mi suerte perdida, y saliendo de la Iglesia para entrar en la Masonería, me dirigí al conductor del tren, un buen norteamericano, a quien Frías Fernández había "reconocido" previamente, y le confié mis cuitas. El hombre me indicó que esperara un momento, y después volvió a verme, diciéndome que le siguiera. Había retirado los travesaños que en los armarios del "pullman" sirven para guardar servilletas y toallas, y cautelosamente me introdujo en el armario, cerrándolo con llave. Al llegar y hacer parada en Ciudad Juárez, noté inusitado movimiento y voces muchas en el tren; pero, pasado un tiempo, éste volvió a caminar. Percibí la vibración de las paralelas de hierro, comprendiendo que estábamos sobre el puente internacional. Trataba de confirmar esto encaramándome hasta la pequeña ventanilla, cuando la puerta se abrió bruscamente y el conductor me dijo con laconismo: "That's all right". Estamos en territorio norteamericano.

Al descender, topé con el jefe político de Ciudad Juárez, señor Portillo, quien me preguntó asombrado: "¿Usted por aquí?..." Y yo repuse: "¿Y usted?..."

Media hora después el "gallo" Frías y yo, en sendas bañaderas del Hotel Sheldon, nos quitábamos el polvo del camino. ¡El más sabroso baño de mi vida!

LA AUTENTICA DENUNCIA DE ORCI CONTRA MADERO

No es cierto que don Francisco I. Madero no haya tropezado con grandes obstáculos en su propaganda presidencial, ni que haya podido salir de San Luis Potosí "por medios preternaturales e hipersencillos". He dejado apuntados ya en estos reportazgos algunos datos que nadie ha podido objetar; pero, con el fin de comprobar mejor la mentira de los apasionados, voy a fundar mis dichos en documentos irrefutables que, para los efectos de la depuración de la verdad histórica, son de primerísima mano y absolutamente inéditos hasta hoy.

Un dilecto amigo y correligionario mío, que es guarda de esos papeles ORIGINALES, los ha puesto a mi vista y a mi disposición para el efecto indicado; y si alguien fuera osado a ponerlos en tela de juicio, dispuestos estamos a comprobar la autenticidad de tales documentos ante notario. ¡Es muy grato arrojar la saeta en defensa de una verdad, cuando ésta se encuentra en nuestras manos!

Pero debo advertir a mis lectores que mis narraciones ocuparán algunos capítulos. ¡Son tantos los documentos de que dispongo! En esta ocasión no se trata de apreciaciones o interpretaciones, sino de hechos. Asimismo he de advertir que nadie debe llamarse a ofendido por las verdades que de aquí broten y que le atañan. Se trata de hechos pretéritos que han pasado o deben pasar a la historia; y la verdad histórica es una e indivisible.

*

Empezaré por una carta que, después de interesante conversación sostenida con él, escribió el licenciado Juan R. Orcí, desde Potosí, al Secretario de Gobernación. Se desprende con luz meridiana que el viaje del licenciado Orcí a San Luis no fue sino una

consecuencia de la conversación sustentada con aquel alto funcionario. El original está manuscrito, y de las erratas de omisión y hasta de ortografía que contiene, se desprende que su autor estaba azas nervioso al escribirlo. Cuidadosamente conservo esas erratas en esta transcripción, en la que únicamente me permito intercalar tal o cual subrayado de asombro y algunas llamadas de rectificación. La referida carta dice así:

"Al margen un membrete del HOTEL SANZ, de San Luis Potosí. Junio 4 de 1910.

Muy respetado y estimado amigo:

Escribo a usted estas líneas para decirle mi impresión sobre el aspecto que va tomando la gira política maderista, *pues por una casualidad* el candidato de los antirreeleccionistas salió anoche en el mismo tren que yo.

Debo manifestar a usted que el señor Madero viaja con unas tres o cuatro personas, de las cuales conozco a dos, procesados por el delito de abuso de confianza uno y otro por lesiones. Siendo yo abogado del Mercantil Banking Co., los acusé. Anoche estaban perfectamente ébrios, pues como Madero viaja en un carro especial, bien abastecido de bebidas, es de suponerse que éstos acesores se diviertan. (1)

A la estación de San Luis llegaron como unas cien personas bien contadas, y allí se cambiaron discursos que *procuré oír bien, porque consideré que debía aprovechar la oportunidad* de cerciorarme de las formas de convencimiento que Madero y los suyos emplean para triunfar o esparcir sus ideales políticos. Habló primero el Presidente o Director de un club antirreeleccionista en San Luis, y la forma que usó fue MORADA (sic!) y casi discreta. (2). En seguida contestó Madero, con un lenguaje difuso y vulgar, pero de período en período, repujaba su literatura, con frases candentes, y más que eso insultantes para el Gobierno y especialmente para el señor Presidente de la República. Le oí clara y distintamente pronunciar estas palabras: "Ya me han ofrecido mis correligionarios de México derramar hasta las últimas gotas de su sangre por el triunfo de esta campaña, y yo he empeñado el mismo ofrecimiento. ¿Vosotros tendréis el patriotismo de vuestros hermanos?" Las cien gentes contestaban que sí, que irían a darle *fuese necesario* (?).

En otro período dijo: «Los 30 años de dictadura han servido para *acumular el odio al Dictador actual*, y *este hombre está lleno*

de pavura, y nuestros contrarios tiemblan cada vez que se pronuncia la palabra sangre». (3)

Aparte de estas otras muchas partes del discurso, que no pude retener, invitando a cada momento a los que escuchaban a un movimiento de sedición. Acto continuo, el licenciado Roque Estrada, que viaja con él, pero también y aunque es orador menos malo que Madero, muy a menudo, tal vez por arrancar el aplauso, tenía frases como esta: «Vamos a reivindicar nuestros derechos, de acuerdo con la doctrina chilena: por la razón o por la fuerza».

Después habló alguien, y en el calor del discurso le dijo a Madero, que si era tan demócrata, que se hiciera inmortal, que se hiciera héroe, distribuyendo todo su patrimonio entre los pobres. Madero contestó que el pueblo no era menguado ni pordiosero para pedir pan, que pedía justicia. (4)

Como nota chusca le diré a usted, que al llegar al hotel, supimos que Madero no había quedado muy satisfecho de la recepción, y que a una increpación hecha al encargado de organizarla, contestó éste: que era una recepción de «a mil pesos» solamente. (5)

Estas son las cosas que vi y oi, y le ratifico MI CONVERSACION CON USTED, sobre los medios poco lícitos de Madero y sus correligionarios para hacer su propaganda política.

Como esta impresión mía se supone traducida con toda sinceridad, siquiera porque aún soy joven y tengo sanos ideales (*sic!*), quise enviar a usted estas líneas, y *mi gran deseo se habría cumplido* si hubiese podido platicar o decir por escrito estas impresiones al señor Presidente. (*El licenciado Orcí "salió electo" Diputado al mes siguiente*).

Sin otro particular y SIEMPRE LISTO a atender sus indicaciones, soy su respetuoso amigo y S. S. (Firmado). *Juan R. Orcí*".

*

Estas son las llamadas rectificativas que yo hago a la histórica carta que precede:

(1) En efecto, el señor Madero salió acompañado solamente de cuatro personas. Estas personas eran: su esposa, doña Sara; su taquígrafo don Elías de los Ríos; su viejo amigo don Ernesto Fernández Arteaga, más tarde Ministro de México en Honduras; y don Luis F. Correa, corresponsal de la "United Press". Yo me pregunto: ¿cuáles dos de estas cuatro personas habían sido acusadas por el

licenciado Orcí, como abogado del "Mercantil Banking Co."? El señor Madero NO viajaba en carro especial, sino en el pullman ordinario, en donde más tarde le fue robada su maleta de viaje a Fernández Arteaga, en la creencia de que era de Madero y contenía documentos importantes. La mentira del comunicante puede comprobarse en los registros del Ferrocarril. ¿Quién, que haya conocido a Madero, puede atreverse a afirmar que pudiera, no ya viajar con ébrios, sino tolerarlos en su presencia, y quiénes de los tres aCesores —(así, con C)— eran los ébrios? ¿Los tres?

(2) El Presidente del Antirreeleccionismo en San Luis era el doctor Rafael Cepeda, quien comisionó al pasante de derecho Pedro Antonio de los Santos para que pronunciara el discurso de bienvenida al señor Madero. ¿CIEN ERAN LOS QUE RECIBIERON A MADERO EN SAN LUIS?... Viven todavía muchos potosinos que pueden atestiguar lo contrario, así como que las puertas de la estación fueron mandadas cerrar por el Gobierno local; así como que se mandó interrumpir el servicio de tranvías a la estación para que los simpatizadores del antirreeleccionismo no pudieran concurrir con facilidad a la recepción del candidato.

(3) ¿Es posible creer, conociendo el tono de los discursos y de los escritos anteriores de Madero, que éste fuera tan torpe para decir tales palabras en una estación de ferrocarril, a sabiendas de que apenas las hubiese pronunciado sería aprehendido?... Y si las pronunció, ¿cómo la policía presente allí, bien aleccionada y ducha para el caso, no llevó a cabo la aprehensión, cuando en aquel entonces se aprehendía a cualquiera por cosas mínimas?...

(4) Según me han referido testigos presenciales y más imparcialmente "auditivos" que el licenciado Orcí, es muy cierto que el licenciado Roque Estrada citó en su discurso el lema chileno POR LA RAZON O POR LA FUERZA; y hasta me dan el detalle de que, no lo llamó chileno, sino peruano, aunque él sabía muy bien que era chileno el lema. Encuentro extraño que el licenciado Orcí, que tan interesado se ostentaba por conocer todos los detalles de la gira, no haya consignado el nombre de ese "alguien" que pidió a Madero que para hacerse inmortal y hacerse héroe, repartiera su peculio entre los desheredados de la suerte. Pero tal vez logre yo investigar quién fue y por qué lo hizo. Tengo interés en saberlo, porque desde cierto punto de vista fue profeta, ya que Madero, al consumir su peculio en la causa de los proletarios, como es bien sabido, sin vanidad alguna fue héroe y alcanzó la inmortalidad. Y lo que el

comunicante dice que dijo Madero, es una verdad incontrovertible en nuestros tiempos: LOS PUEBLOS NO PIDEN CARIDAD, SINO JUSTICIA.

(5) La propaganda antirreeleccionista se hizo a base de entusiasmo popular y sin dispendios oficiosos. Las "farolerías" del Círculo de Amigos costaban muchos tostones, pero las manifestaciones antirreeleccionistas solamente costaban lo que valían las telas de los estandartes y la impresión de los citatorios. Y a veces, ni eso.

Parece que el Ministro no contestó en seguida a la carta del licenciado Orcí; pero éste siguió "desinteresadamente" su viaje a Monterrey, y el 7 de junio, horas antes de la aprehensión de Madero, dirigía a su patrono el siguiente mensaje:

"Permítome decirle que por coincidir mi viaje de negocios con el del candidato antirreeleccionista, que hoy aquí —(Monterrey)— y ayer en Saltillo fracasó, si de algo puedo servirle, espero sus órdenes. *Juan R. Orcí*".

Ya narraré el "fracaso" en Saltillo y el otro "fracaso" en Monterrey. Desconozco la contestación del entonces Secretario de Gobernación al anterior telegrama, pero sé que llamó a México al licenciado Orcí, para darle instrucciones verbales, al mismo tiempo que enviaba a San Luis a su Secretario Particular, el licenciado Agustín Garza Galindo, según reportaré en mi próximo.

EL PROCESO DE FRANCISCO I. MADERO

Quiero anticipar una impresión histórica individual mía: no creo que deba atribuirse la urdimbre del proceso de Madero, PERSONALMENTE, ni al general Porfirio Díaz, ni a don Ramón Corral. El primero, en la altura en que se encontraba o creía encontrarse, perdía de vista al inesperado contrincante; y del segundo, hay más que indicios para suponer, y quizá hasta para comprobar, que no elaboró el plan para la inhabilitación de Madero, y que lo único que hizo, cuando los acontecimientos le sorprendieron, fue sostener en lo posible la difícil situación en que se halló colocado, la cual fue, más que la de un opresor, la de una víctima. Pero don Porfirio tuvo sus ciegos aduladores, como los han tenido todos los Presidentes de México; y don Ramón tuvo sus atolondrados "muchachos", como también los tuvo más tarde don Venustiano.

Ya hemos visto algo de la impaciente actividad del licenciado Orcí, uno de los gascones cadetes de aquel entonces. Su carta del 4 de junio de 1910, no fue, empero, una denuncia aislada. En la misma fecha, el corresponsal de *El Imparcial* en Torreón, cuyo nombre ignoro, pero que de fijo ha de haber sido empleado de la administración pública como lo eran casi todos los corresponsales de aquel diario, dirigía al Gobierno el siguiente mensaje:

"Confidencial. Torreón, junio 4 de 1910.

"Don Francisco I. Madero es esperado pronto aquí y parece que se tomarán enérgicas medidas contra sus manifestaciones, por saberse que en la "guayulera" que los Maderos tienen en Parras hay bastantes armas y se pretende armar alborotos en un momento dado.

"La propaganda de Madero se está extendiendo hasta en las haciendas y la gente está un poco alarmada.

"Apareció *El Republicano* en Monterrey, dirigido por el licenciado Francisco Martínez Ortiz, quien de Saltillo fue llamado por don Ernesto Madero para fundar ese diario antirreeleccionista, según cartas que se tuvieron a la vista. Corresponsal de *El Imparcial*.

Creo que, cuando menos, hay un error en tal mensaje, pues si Madero llamó a Monterrey a mi inolvidable y brioso amigo Pancho Martínez Ortiz para fundar *El Republicano*, no ha de haber sido don Ernesto Madero, quien siempre desaprobó las actividades políticas de su sobrino y aun llegó a expresar públicamente su desaprobación; me inclino a creer que, de ser cierto el hecho, el organizador del nuevo periódico antirreeleccionista haya sido alguno de los hermanos del candidato: don Gustavo, don Alfonso, don Emilio o don Gabriel; más probablemente, el primero de los citados.

La denuncia de la existencia de armas ocultas, parece que conmovió al gobierno, pues en la misma fecha de recibida, el Secretario de Gobernación decía al Gobernador de Coahuila lo siguiente:

"Señor Gobernador don Jesús Valle. Saltillo, Coah.

"Hay noticias de que en la «guayulera» de Parras hay un depósito de armas y municiones, y dispone el Presidente que mande usted practicar un cateo y recoger todo el armamento y cartuchos que allí existan. *Ramón Corral*".

No parece que se haya alarmado sobremanera el señor Gobernador don Jesús Valle, pues serenamente contestó esto:

"Señor Ministro don Ramón Corral. México.

"Recibido su mensaje cifrado. Lunes próximo cumplimentaré órdenes señor Presidente, por no haber mañana tren para Parras. *J. Valle*".

Pero el día 6 de junio informaba:

"Saltillo, junio 6 de 1910. Señor Vicepresidente don Ramón Corral. México.

"Inspector General de Policía que fue a cumplimentar órdenes, dice: Cateo minucioso, encontré trece carabinas en un banco. Señor Madero Salvador niégase entregarlas, pide orden judicial en forma. Dícese lastimado siendo amigo Gobierno. ¿Qué hago? Aunque entiendo que son para defensa fábrica, suplícole atentamente decirme si las recojo o no. *Jesús de Valle*".

Bien entendía el señor Gobernador Valle, hombre que veía de cerca las cosas de su Estado y que ignoraba seguramente las intrigas

de la "alta política", que las trece carabinas "descubiertas" en la fábrica del señor Salvador Madero estaban allí con todo derecho, por legal permiso que se concedía y se concede hoy todavía a los establecimientos industriales de alguna consideración, con el fin de precaverse de algún peligro fortuito. Por lo demás, ni don Salvador ni ninguno de los señores Madero, tíos del candidato, eran partidarios del movimiento iniciado por su sobrino, pues nunca tuvieron de "maderistas" más que el patronímico familiar. El Gobierno tuvo el buen tino de comprender que con trece carabinas no se prepara una revolución, ni siquiera regional, y parece que dejó el asunto en paz.

Dos días después, 4 de junio, había pasado Madero por la capital de Coahuila, y el Gobernador informó a la Secretaría de Gobernación, sobre el particular, en la siguiente forma concisa:

"Saltillo, junio 5 de 1910.—Vicepresidente de la República don Ramón Corral.—México.

"Anoche llegó Madero, siendo recibido por seis particulares y un grupo de muchachos y populacho pagado. Como al hablar en hotel profiriera frases inconvenientes que ocasionaron escándalo, se suspendió manifestación por policía, quedando todo en paz. Hoy salió solo para Monterrey.—El Gobernador, J. Valle."

Pero al mismo señor Valle debe haber parecido demasiado conciso tal informe, supuesto que el mismo día lo amplió por correo en esta guisa:

"Correspondencia particular del Gobernador de Coahuila.—Saltillo, 5 de junio de 1910.—Señor Vicepresidente de la República don Ramón Corral, Secretario de Gobernación.—México, D. F.

Muy estimado señor y fino amigo: Confirmo mi telegrama de hoy, diciéndole que ayer en la tarde, con motivo de que estaba por llegar don Francisco I. Madero por el tren de México, se me acercó una comisión compuesta de los únicos partidarios que tiene aquí y que son Serapio Aguirre, Pedro Múzquiz, Adolfo Huerta (*no confundir con Adolfo de la Huerta.-J. S. A.*) y Francisco Martínez Ortiz, pidiéndome permiso para llevar una música a la estación y al hotel, en cuyo último lugar hablaría en público el señor Madero. Como momentos antes de esto, el Club Central Porfirista, por conducto de su Mesa Directiva se había acercado a mí, pidiéndome permiso para llevar una música e ir en grupo a hacer una manifestación en contra de Madero, y se los había negado, les dije a los antirreeleccionistas que si insistían en el permiso, se los con-

cedería, TENIENDO NECESIDAD de hacer igual concesión al Club Reeleccionista, a quien para evitar dificultades, le había negado el permiso. *(Note el lector lo peregrino de la NECESIDAD, teniendo en cuenta que a los independientes los amparaba la ley para hacer una recepción de bienvenida a su candidato, y a los reeleccionistas NO los amparaba para hacer una manifestación agresiva contra sus adversarios.—J. S. A.)*

Entonces los mismos antireeleccionistas me propusieron que a ninguno de los dos se les concediera autorización para manifestaciones en público, ni música, y que a ellos sólo se les permitiera recibir al señor Madero, llevarlo al hotel y que no hablaría en público. Se los concedí, pero habiendo llegado al hotel, Madero en su manía de hablar salió a los balcones y se dirigió a unos cuarenta o cincuenta muchachos entre los que había algunos colegiales y el resto era populacho pagado ex profeso por ellos mismos, dirigiéndoles la palabra; y como comenzara a dirigir o proferir frases inconvenientes y ofensivas contra altos funcionarios, LA POLICIA LO SUSPENDIO EN EL USO DE LA PALABRA, disolviéndose el pequeño grupo de populacho de una manera pacífica. Así concluyó esta farsa *(¡sic!)*, no atreviéndose ya Madero a causar más MOLESTIAS y saliendo esta mañana para Monterrey.

"En el tren se me informa que subieron a acompañarlo los mismos cuatro antirreeleccionistas de que hablé al principio de esta carta, siendo verdaderamente notable que *ni una sola persona* de representación o comerciante o industrial formara parte del grupo de muchachos y pueblo pagado, de donde deduzco que en Coahuila el antirreeleccionismo es una planta exótica que morirá por inanición. (¡Qué mal dedujo en este caso el señor Gobernador!—J.S.A.)

"Debo advertir a usted que un señor Correa, que venía ejerciendo el papel de representante de la Prensa Asociada Unida de Norteamérica y que o no estaba en su juicio o es un maderista consumado, explotó maquiavélicamente la circunstancia *de haber hecho saber por medio de la policía al señor Madero* que por no tener autorización para hablar en público (¡¡!!) y menos para proferir frases inconvenientes se suspendía su manifestación, para dirigir telegramas calumniosos, diciendo cuanto plugo a sus deseos y a los del señor Madero, y aunque al explicársele por alguna persona sensata que los mismos partidarios del señor Madero habían convenido en que éste no hablaría en público y que la policía había cumplido con su deber al decir al señor Madero que no podía hablar sin la

autorización previa de la autoridad política (¡¡!!), manifestó estar satisfecho, no retiró los telegramas inexactos que se dice remitió a la prensa.

"Inmediatamente después de la suspensión de la manifestación pública, todo quedó en perfecto orden, paseando las familias por la calle y sin ocuparse nadie ni para nada de ese pequeño incidente.

"Madero no irá a la frontera donde la opinión reeleccionista es tan uniforme que él sabe bien que sería recibido con rechiflas, y sí estará aunque poco tiempo en San Pedro y Torreón, siendo probable nos cause alguna molestia por tener allí preparados a todos sus dependientes y empleados para hacer el mayor ruido posible; pero he tomado las disposiciones convenientes para evitar cualquier desorden. Sin otro particular y deseándole todo bien, quedo de usted, como siempre, su más atento servidor y adicto amigo.—(Firmado). J. Valle."

* * *

Muchos testigos presenciales que viven todavía, me han informado que la recepción del candidato Madero en Saltillo, la capital de su Estado natal, fue verdaderamente entusiasta. Acudieron centenares de ciudadanos a recibir al nuncio de la buena nueva, y no sólo de "tilma y huarache" eran esos ciudadanos, sino todos los estudiantes, muchos profesionistas y casi todo el magisterio local, varones y damas.

El jefe de la policía, don Juan Arizpe, cuñado del señor Gobernador, se excedió en el ejercicio de sus funciones, y sus subordinados procedieron a garrotazo limpio. Hubo hasta señoritas lesionadas. Madero dijo algunas palabras, haciendo uso de un derecho constitucional, porque el pueblo exigió que hablara. Con brutalidad lo interrumpió el señor Arizpe, empujándolo violentamente. Entonces don Luis F. Correa, corresponsal de la United Press, dijo, indignado, al jefe policíaco:

—¡Es usted un cafre!

Y el jefe preguntó a Ernesto Fernández, a quien de antemano conocía:

—¿Qué cosa es cafre?...

Y Ernesto Fernández, deseando contener el incidente, contestó con la mayor serenidad:

—¿Cafre?... Pues... es un pájaro de Guatemala.

Y terminó el incidente, como le llama el señor Gobernador.

autorización previa de la autoridad política (...), manifiesta este suscrito, no pasaron los telegramas, inmediato que se dice permite a la prensa.

"Inmediatamente después de la suspensión de la manifestación pública, todo quedó en perfecto orden, paseando las familias por la calle y sin ocuparse nadie ni para nada de ese pequeño incidente.

"Madero no irá a la frontera donde la opinión reeleccionista es tan uniforme que el señor sería recibido con rechiflas, y se estará aunque poco tiempo en San Pedro y Torreón, siendo probable nos cause alguna molestia por tener allí preparados a todos sus dependientes y empleados para hacer el mayor ruido posible; pero he tomado las disposiciones convenientes para evitar cualquier desorden. Sin otro particular y deseándole todo bien, quedo de usted, como siempre, su más atento servidor y adicto amigo.—(Firmado). J. Valle."

—o—

Muchos testigos presenciales que viven todavía, me han informado que la recepción del candidato Madero en Saltillo, la capital de su Estado natal, fue verdaderamente entusiasta. Acudieron centenares de ciudadanos a recibir al apóstol de la buena nueva, y lo [illegible] con todo orden [illegible]

El jefe de la policía, don Juan Campos, [illegible] Madero [illegible] al jefe político: [illegible]

[illegible] preguntó a Ernesto Fernández, a quien [illegible]

—¿Qué cosa es [illegible]?

Ernesto Fernández, deseando [illegible] el incidente, contestó con la mayor serenidad:

—¡Calle!... Pues... es un paisano de [illegible].

Y terminó el incidente, como le llamó el señor Gobernador.

LA URDIMBRE DEL PROCESO CONTRA MADERO

Durante largo tiempo, el general Porfirio Díaz había logrado sustentar su régimen mediante la hábil contraposición de fuerzas antagónicas en el propio seno de su Gabinete, del que paulatinamente iba eliminando a aquellas potencias que en un momento y a su juicio podían ser obstáculo serio a sus propósitos personales. Ya comprobaré esta afirmación en otra ocasión, con hechos y con documentos. El procedimiento era maquiavélico de buena cepa, no artimaña de las que, no conociéndolas en verdad, se atribuyen a las doctrinas del autor de *El Príncipe*. Pero ese procedimiento sólo podía ser efímeramente eficaz, entretanto no se presentara al frente de su régimen un enemigo común de todos los paniaguados, enemigo que fue el antirreeleccionismo en abstracto y el maderismo en concreto. Entonces, cuando este caso se dio, los dos platos de la balanza, pero cada uno por su lado, trataron de arrojarse a la faz de aquel enemigo común y, como era de prever, la balanza se derrumbó por sí sola. Es de notarse una cosa que yo sostendré siempre por íntima convicción: que en esa lucha, que se presentó de súbito, las dos personalidades que guardaron mayor serenidad fueron precisamente las dos que en la lucha se hallaban más interesadas: don Porfirio Díaz y don Ramón Corral. El primero, porque estaba engreído en el poder y en el éxito, y de tal suerte ungido por la adulación de sus circunstantes, que sinceramente llegó a considerarse indispensable a la par que infalible y, por ende, omnipotente en la tierra de Anáhuac; el segundo, porque aunque de antemano *había previsto* el caso que habría de presentarse inevitablemente, no podía ya librarse del engranaje en que lo habían metido y del que era consciente aunque involuntaria víctima. La Historia, al fin, ha de analizar y de aquilatar a esos dos varones... El uno

era sereno por optimismo ciego y desbordante; el otro, por clarividente sumisión a la fatalidad en momentos en que no podía ya modificar su propio destino...

Y los viejos, *infantilizados por los gajes y la "dolce vita"*, que rodeaban a don Porfirio, así como los jóvenes prematuramente envejecidos por las avideces, que rodeaban a don Ramón, la emprendieron apasionadamente contra el amenazante labrador de San Pedro, que se había convertido en apóstol. Mientras, entre bastidores, el pálido señor Limantour sonreía financieramente, y, bajo las umbrías del Bois de Boulogne, el general Bernardo Reyes afilaba una hipotética espada resplandeciente...

* * *

He aquí cómo aquellos viejos y aquellos jóvenes urdieron el artificial proceso contra don Francisco I. Madero, para inhabilitarlo en la inminente contienda electoral:

Ya el 2 de junio de 1910 el coronel Ismael G. Zúñiga, diputado al Congreso de la Unión, Jefe Político de Ciudad Lerdo, Dgo., y cliente protegido del político bufete "científico" de don Rosendo Pineda, se dirigía al señor Ministro don Ramón Corral en los siguientes términos:

"Señor: Hoy en la mañana, un amigo nuestro me trajo la adjunta carta para que me informara de ella, y como quiera que contiene datos que creo debe conocer usted, me apresuro a remitírsela. *Tal vez lo del armamento no sea verdad,* pero la carta denota lo que por distintos conductos sabemos a diario aquí y es: que la familia de Madero hace la propaganda que puede en favor del candidato antirreeleccionistas; *mucho me temo que los trabajos del señor Gobernador de Coahuila* no sean todo lo eficaces que se necesita, y ojalá y podamos asegurar siquiera los electores de San Pedro que tienen que ir a Parras. Estos temores míos me hacen desear que la cabecera del distrito electoral no fuera Parras, sino San Pedro, adonde seguramente habríamos trabajado con más éxito.—Soy señor, con el afecto de siempre, su adicto.—I. G. Zúñiga."

La carta a que se refiere el señor coronel Zúñiga fue escrita desde Parras, Coah., el 29 de mayo por el señor Francisco Nava a su tío el señor Jesús Moreno, residente en Sacramento. Se refiere la misiva a asuntos de familia que carecen de interés público; pero tiene un "aumento" que reza así: "A última hora he sabido por un amigo mío y que habla muy cerca con el Gobernador, que trae la

misión secreta de informar quiénes son los antirreeleccionistas y sostener la candidatura de don Porfirio y don Ramón Corral. Aquí el pueblo es, como usted comprenderá, antirreeleccionista y se prepara para la lucha; pues de una manera muy reservada parece que se descargó armamento en "La Guayulera" (negocio de los Madero). Digo que Parras es antirreeleccionista porque don Pancho Madero es nativo de aquí. *(Error: la familia Madero poseía y posee cuantiosos intereses en la jurisdicción de Parras; pero el candidato era nativo de San Pedro de las Colonias.—J. S. A.)*—Conque prepárese para la lucha, con un buen caballo y un maüsser."

En anterior reportazgo he narrado ya el cateo negativo efectuado en "La Guayalera" para descubrir el supuesto "armamento". Pero estas cartas ingenuas alarmaban a más no poder a los hombres de la situación, quienes indujeron a sus patrones a proceder con dura energía.

Dije en anterior reportazgo que la Secretaría de Gobernación ordenó el regreso a México del licenciado Orcí para darle instrucciones verbales, pero al mismo tiempo se le daban indicaciones acerca de su proceder inmediato, y se enviaba a San Luis Potosí al secretario particular del Ministro con instrucciones más o menos categóricas, según se desprende de la correspondencia telegráfica y epistolar que tengo a la vista.

El señor Lic. Agustín Garza Galindo avisa su llegada a San Luis Potosí en este mensaje:

"San Luis Potosí, junio 9 de 1910.—Vicepresidente don Ramón Corral.—México.

A sus órdenes en Hotel Sanz.—A. Garza Galindo."

Y habiéndose apersonado, según las instrucciones que llevaba, con el señor don José María Espinosa y Cuevas, Gobernador del Estado, este funcionario informó en la misma fecha:

"San Luis Potosí, junio 9 de 1910.—Señor Ministro don Ramón Corral.—México.

Hablé con el licenciado Garza, Juzgado, Promotor Fiscal; creo no habrá dificultad. Garza informará a usted llevando copias.—J. M. Espinosa y Cuevas."

El mismo día, el licenciado Garza Galindo informa al señor Vicepresidente del resultado de las instrucciones que llevaba, en estos términos:

"Señor Gobernador enteramente dispuesto a que procedimientos sean según indicaciones de usted. Lo acordado es que la Jefatura Política rinda parte de lo ocurrido en la estación con la fecha del día que Madero estuvo aquí. *(Luego hasta el día 9 no se había rendido el parte, ¡y, sin embargo, ya Madero había sido aprehendido en Monterrey!... ¡Cuánta moralidad, cuánta justicia!*—J. S. A.) El Gobierno le pedirá oficialmente informe qué personas conocidas oyeron las palabras subversivas, y la Jefatura Política lo hará. En vista de estos partes el Gobierno consignará los hechos a la autoridad federal para que en virtud de las declaraciones que rindan los individuos designados por la Jefatura, ordenen la aprehensión y pidan a Nuevo León la detención del preso.—*(Tres días después de estar indebida e ilegalmente detenido.—J. S. A.)—Así quedará satisfactoriamente explicado que hayan transcurrido varios días para que el Juez de Distrito ordenara aprehensión.* Si usted lo cree conveniente, puedo irme mañana, quizá llevando copia de las diligencias que sirvan de base para la consignación al Juez de Distrito. Hoy en la tarde conferenciamos Gobernador, Juez y yo, después de preparada la forma de la consignación. Sírvase usted decirme por esta vía si puedo salir mañana en caso de que Gobernador no me necesite.—A. Garza Galindo."

¡Cuánta donosura para hablar "a posteriori" en tiempo futuro de conjugación!

La Jefatura informó así con fecha atrasada de cuatro días, es decir, a cinco de junio de 1910, antevíspera de la aprehensión de Madero:

"C. Secretario de Gobierno.—Presente.—Tengo la honra de informar a usted que, según el parte que con fecha de ayer me rinde el Comandante de Policía, no hubo más novedad en la manifestación que algunos adeptos hicieron en la estación del Ferrocarril Nacional de México a don Francisco I. Madero, a su paso por esta ciudad, que el discurso violento de este señor contra las autoridades del orden federal, en frases que al Comandante de Policía le parecieron subversivas, no habiéndose registrado desórdenes de ninguna clase, debido seguramente a la buena índole de este pueblo y a la vigilancia de la policía.—Protesto a usted mi atenta consideración.—San Luis Potosí, *cinco* de junio de 1910.—(Firma el Jefe Político).—Al calce: Informe el Jefe Político qué personas conocidas pudieron escuchar el discurso violento a que se refiere.—Lo acordó el C. Gobernador."

Y el Jefe Político informa:

"Cumpliendo con la superior disposición en que se me ordena informe qué personas *pudieron haber escuchado* el discurso de don Francisco I. Madero, tengo la honra de comunicar a usted, para conocimiento del señor Gobernador, que, según los datos que suministra la policía, entre los concurrentes conocidos estaban los señores José María Zamora, Jesús R. Galván, Filiberto Castillo, Lic. Juan R. Orcí (de la ciudad de México), Pedro Nava, J. Refugio Castañeda y seguramente muchos otros que no se anotaron.—San Luis Potosí, junio 8 de 1910.—Al margen: Junio 9 de 1910. Pase este expediente al señor Juez de Distrito para los efectos a que hubiere lugar.—Lo acordó el señor Gobernador. Al C. Secretario de Gobierno.—Presente."

Y el oficio de remisión:

"Gobierno.—Sección de Gobernación.—Núm. 1872.—Al C. Juez de Distrito.—Presente.

En tres fojas útiles, tengo el honor de remitir a usted el expediente formado en la Secretaría de este Gobierno, con motivo del parte rendido por el C. Jefe Político de esta capital, en que manifiesta que el señor Francisco Madero a su paso por esta ciudad pronunció un discurso violento contra las autoridades del orden federal.—Lo digo a usted para su conocimiento y efectos a que hubiere lugar, protestándole las seguridades de mi atenta consideración.—San Luis Potosí, 9 de junio de 1910.—El Gobernador, J. M. Espinosa y Cuevas."

Como se ve, la consignación se hizo el 9 de junio y Madero fue aprehendido dos días antes. Las autoridades judiciales fueron descaradamente manejadas por las autoridades políticas. ¿Por qué y cómo?... Lo veremos en mi próximo.

al Jefe Político informe.

"Cumpliendo con lo superior dispuesto en que se me ordena informe qué personas pudieron haber oído el discurso de don Francisco I. Madero, tengo la honra de comunicar a usted, para conocimiento del señor Gobernador, que, según los datos que suministra la policía, entre los concurrentes estaban los señores José María Zamora, Jesús D. Cabrera, Filiberto Castillo, Lic. Juan R. Ortiz (de la ciudad de México), Pedro Nava, J. Refugio Campos y seguramente muchos otros que no he [illegible] el día 9 de junio de 1910. [illegible] lugar. Lo que [illegible] al C. Secretario de Gobierno.—Reservado."

y el oficio de referencia:

"Gobierno.—Sección de Gobernación.—Núm. 1272.—Al C. Juez de Distrito.—Presente.

"En esta fecha tengo el honor de remitir a usted el expediente formado en la Secretaría de este Gobierno, con motivo del parte rendido por el C. Jefe Político de esta capital, en que manifiesta que el señor Francisco Madero a su paso por esta ciudad pronunció un discurso violento contra las autoridades del orden federal. Lo que transcribo a usted para su conocimiento y demás efectos a que hubiere lugar, protestándole las seguridades de mi atenta consideración.—San Luis Potosí, 9 de junio de 1910.—El Gobernador, J. M. Espinosa y Cuevas."

Como se ve, la consignación se hizo el 9 de junio y Madero fué aprehendido dos días antes. La aprehensión fué, pues, arbitraria, descaradamente maquinada por las autoridades políticas. ¿Por qué y cómo? Lo veremos en mi proceso.

LO ARTIFICIOSO DEL FAMOSO PROCESO

El Estado de Coahuila fue una de las primeras entidades federales que suprimieron la existencia de las Jefaturas o Prefecturas Políticas, y ya antes de la Revolución de 1910 sus regiones eran directamente gobernadas por los Presidentes Municipales. Pero, excepcionalmente, Torreón tenía un Jefe Político. Esto se debía a las condiciones especiales de la Laguna, región importantísima y muy poblada, centro de la producción algodonera, de la cual es Torreón la población principal y que cuenta con mayor número de habitantes. Aún los algodoneros del Estado de Durango consideran a Torreón como el centro de sus operaciones, no obstante que cuentan con las poblaciones durangueñas de Ciudad Lerdo y de Gómez Palacio, muy cercanas entre sí y a Torreón. Por otra parte, es Torreón conjunción ferrocarrilera, puerta, puede decirse, para la mayor parte de las comunicaciones herradas con la frontera del Norte, por lo que no sólo desde el punto de vista comercial, sino también del estratégico, reviste la mayor importancia, según ha quedado plenamente comprobado en nuestras guerras civiles.

El entonces Gobernador de Coahuila, don José DE Valle (no DEL Valle), caballero de muy buena cuna y de sensato temperamento, era sumiso a la autoridad suprema del general Díaz, pero sin dejarse manejar fácilmente por los "científicos" ni estar a la disposición de éstos en sus acometidas. Ya hemos visto en algunos documentos anteriores, rasgos de ecuanimidad y prudencia del señor De Valle. Naturalmente, su subalterno directo en Torreón, el Jefe Político don Luis G. de Letona, era de temperamento y procederes análogos a los del señor Gobernador. Por tal motivo, los "científicos" procuraban tener como Jefe Político de Ciudad Lerdo, Dgo., a un hombre de toda su confianza, que cuidara de sus intereses mer-

cantiles y políticos en la región lagunera, ya que para ello no podían servirse a discreción de las autoridades coahuilenses.

En 1910 era Jefe Político de Ciudad Lerdo el coronel Ismael G. Zúñiga, diputado el Congreso de la Unión, hombre de todas las confianzas del licenciado don Rosendo Pineda, decidido y sin mayores escrúpulos para actuar, y arrendatario de un productivo rancho algodonero de la región durangueña. Tocaba a este señor la supervisión "científica" en la Laguna, y la desempeñaba con celo y eficacia, inmiscuyéndose a menudo en cosas que estaban fuera de su jurisdicción legal. Ya hemos visto que, en el caso de Madero, el señor Zúñiga desconfiaba de la "energía" del señor Gobernador de Coahuila y de la de sus subalternos, lo cual había comunicado por telégrafo al señor Vicepresidente de la República, el día 2 de junio.

El 6 de junio, el coronel Zúñiga telegrafió así al Ministro de Gobernación:

"Luis G. de Letona amenazado por jefes antirreeleccionistas y le diejeron que si estorbaba manifestación favor de Madero estalla revolución. ACONSEJE aprehensión y poner disposición Juez. Ya se hizo. CREO QUE ASI OBLIGAREMOS SUCESO y como será prematuro, abortará. Estoy pronto para ayudar a conservar orden en Torreón al llegar Madero, que será el miércoles o jueves."

El Gobernador de Coahuila da cuenta de la aprehensión de los antirreeleccionistas de Torreón, en la siguiente forma, cuando ya la Secretaría de Gobernación estaba bien enterada del suceso:

"Saltillo, 7 de junio de 1910.—Ministro Gobernación.—México.—Jefe Político de Torreón telegrafíame ayer que autoridad judicial decretó aprehensión miembros Club Antirreeleccionista de allí, por considerarlos *responsables de pretender* trastornar orden público.—Hónrome avisárselo.—El Gobernador, J. Valle."

Naturalmente, al cundir por toda la República la noticia de esas aprehensiones arbitrarias de clubs políticos organizados, en masa, en vísperas de elecciones, indignaban al pueblo antirreeleccionistas e intensificaban sus entusiasmos por la lucha, ya que les hacían prever, justificadamente, un probable atropello próximo en la persona del candidato mismo. Pero esto era lo que se quería para "OBLIGAR SUCESO", según expresión del coronel Zúñiga.

El 6 de junio había llegado Madero a Monterrey, donde contaba con numerosos partidarios, tanto en el pueblo humilde como en las clases más distinguidas y pudientes de la sociedad. Ante la efervescencia reinante, el Centro dispuso dar el golpe definitivo,

ordenando el encarcelamiento del candidato. No conozco el telegrama en que se ordenó la aprehensión; pero su existencia queda comprobada por esta contestación del general José M. Mier, Gobernador de Nuevo León, que tengo a la vista:

"Monterrey, 6 junio de 1910.—Señor Ministro de Gobernación. México.—Enterado de su mensaje cifrado de hoy. Se cumplirán sus superiores instrucciones.

Con motivo de la conducta observada por Madero y Roque Estrada se han dictado órdenes para reducirlos a prisión. *He tenido que detener el tren de esta noche para Torreón, para evitar evasión.* Seguiré informando.—José M. Mier."

Con efecto, informado el señor Madero de las maquinaciones que se desarrollaban en su contra y deseoso de evitar complicaciones peligrosas a su Partido, apenas llegó a Monterrey, decidió salir de nuevo con destino a su casa de San Pedro de las Colonias, para esperar allí el curso de los acontecimientos y la ocasión propicia para reanudar sus trabajos electorales. Pero ya en San Pedro, Coah., su aprehensión hubiera ofrecido mayores obstáculos al Gobierno, tanto porque, como era bien sabido, las autoridades coahuilenses no eran incondicionales de los "científicos", como porque la popularidad de Madero en San Pedro, en donde había nacido y radicado largo tiempo consagrado al trabajo, haciendo mucho bien a la población, era muy grande y hubiera causado indescriptible revuelo el hecho de que las autoridades fueran a aprehenderlo hasta allí. Por eso fue que el general Mier mandó detener el tren que salía esa noche para Torreón, y en el que se propusieren haber salido tanto Madero como Roque Estrada, contra quien se sabía ya que iba a instaurarse un juicio con motivo de haber citado el lema chileno en la estación de San Luis Potosí. Los dos fueron a la estación y parece que entonces se intentó detener a Estrada; pero habiéndose dado cuenta de la detención del tren, Madero logró salvar a Estrada conduciéndolo a la casa habitación de sus padres, donde le brindó hospitalidad. Ya tenían o creían tener pie los enemigos para proceder contra Madero, acusándolo de "encubridor en el delito de ultrajes a funcionarios públicos", del que habían acusado directamente a Roque Estrada. Con esas bases legales (?), el candidato y su inteligente partidario fueron aprehendidos en la noche del 6 de junio, en el domicilio de los padres de Madero, y conducidos a la Penitenciaría del Estado. Fue público y notorio que los aprehensores se condujeron con rudeza y grosería aun hacia las damas de la familia, y de esto poseo interesantes detalles.

Al día siguiente, el Gobernador Mier daba cuenta de la aprehensión:

"Monterrey, junio 7 de 1910.—Señor Vicepresidente de la República.—México.—Anoche fue aprehendido Francisco I. Madero por orden del juez segundo de letras, por encubrimiento en el delito de ultrajes a funcionarios públicos de que se halla acusado Roque Estrada. Seguiré informando.—José María Mier."

De manera que el 7 de junio de 1910, el candidato del Partido Antirreeleccionista amanecía encarcelado en una mazmorra de establecimiento penal. Hay que fijarse en las coincidencias de esa fecha, 7 de junio, en tres sucesos trascendentales del movimiento popular de 1910: 7 de junio de 1904, es proclamado don Ramón Corral candidato a la Vicepresidencia de la República: 7 de junio de 1910, amanece encarcelado el candidato antirreeleccionista, en Monterrey; 7 de junio de 1911, el Jefe de la Revolución, Francisco I. Madero, entra triunfante a la ciudad de México, en medio de aclamaciones sin precedente en los anales de nuestra historia y apenas comparables a las que arrancara la entrada triunfal del Ejército de las Tres Garantías en 1821.

El joven abogado don Juan R. Orcí, que entonces debe haberse sentido ufano del prominente papel que desempeñaba en aquellos líos políticos, se comunicó diciendo:

"Monterrey, 7 de junio de 1910.—Señor Vicepresidente de la República.—México.—Hablé con señor Gobernador y ACORDAMOS denunciar *por conducto de un particular* los hechos acaecidos en San Luis y aquí ante Ministerio Público Federal en el Estado. Este *recabará* instrucciones del Procurador General y el proceso pasará al Juez de Distrito que escoja el Procurador, pudiendo ser, de acuerdo con el artículo noveno del Código Federal de Procedimientos Penales, el de México, San Luis o Monterrey, *teniendo Madero en su favor, si se opta por Monterrey, los elementos de su* familia residentes. Suplícole contestación.—Juan R. Orcí.

El Ministro de Gobernación optó por San Luis Potosí, y dio instrucciones a Mier y a Orcí, al mismo tiempo que se entendía sobre el particular con el Procurador de la República, licenciado don Rafael Rebollar. Después de haber hablado con este alto funcionario, el señor Vicepresidente instruyó así al Gobernador Mier:

"Señor Gobernador general José María Mier.—Monterrey, N. L.—*No me parece bastante seria* la causa de encubridor para aprehender a Madero, y *seria necesario* justificarle el delito de in-

citar a la rebelión o sedición, en cuyo caso debería consignarse al Juez de Distrito. El licenciado Juan R. Orcí, que está en esa ciudad, puede testificar las palabras subversivas que dijo Madero al público en San Luis Potosí, además de otras cosas *que pudieran comprobarse.* Para evitar la mala impresión que de otro modo causara la aprehensión de Madero, es *indispensable* fundarla bien en una causa de alto interés público.

El día 8, el Gobernador contestaba:

"Señor Vicepresidente.—México.—Recibí su mensaje cifrado; tiene usted razón. Pero combinación consiste en que de esa averiguación aparezca lo necesario para que venga la competencia del Juez de Distrito. Sin embargo, ya hablé con el licenciado Orcí y obraré de acuerdo con él.—José María Mier."

Y el propio licenciado Orcí seguía informando:

"Monterrey, junio 8 de 1910.—Hoy rendí mi declaración; asunto pasará competencia federal. Salgo San Luis, *preparar pruebas* necesarias.—Juan R. Orcí.

citar a la rebelión o sedición, en cuyo caso debería consignarse al Juez de Distrito. El licenciado Juan R. Orci, que está en esa ciudad, puede testificar las palabras subversivas que dijo Madero al público en San Luis Potosí, además de otras notas que pudieran comprobarlo. Para evitar la mala impresión que de otro modo causaría la aprehensión de Madero, es más prudente [illegible] en una causa de [illegible] público."

El día 8, el Gobernador contestaba:

"Señor Vicepresidente.—México.—Recibí su mensaje cifrado; tiene usted razón. Otra consideración consiste en que de esa averiguación aparezca lo necesario para que venga la competencia del Juez de Distrito. Sin embargo, ya hablé con el licenciado Orci y obraré de acuerdo con él.—José María Mier."

Y el propio licenciado Orci seguía informando:

"Monterrey, junio 8 de 1910.—Hoy [illegible] declaración, asunto pasará competencia federal. Si es San Luis, procurar [illegible] de procedencia.—Juan R. Orci."

SIGUE LA URDIMBRE DEL "PROCESO MADERO"

(1910).—El 8 de junio salió de Monterrey el licenciado Juan R. Orcí para San Luis Potosí, con el fin de *preparar las pruebas* en el proceso contra el candidato de los antirreeleccionistas, después de haber rendido una declaración previa en Monterrey, de tenor que el asunto pudiera pasar al orden federal. Pero sea que únicamente se haya detenido muy breve tiempo en la urbe potosina, o que haya estimado que antes de preparar aquellas pruebas era conveniente conferenciar con el señor Vicepresidente de la República, o que fue llamado por este funcionario, es el caso que el licenciado Orcí estaba el día 10 en la capital de la República, según relataré más adelante, y hasta el día 11 por la noche regresó a San Luis a continuar las gestiones acusadoras que tenía encomendadas.

Pero entretanto, para reforzar y aclarar su telegrama del 7, el señor Secretario de Gobernación escribió una interesante carta al Gobernador de Nuevo León, general José María Mier, carta que por vez primera ve hoy la luz pública. Héla aquí:

"México, junio 7 de 1910.—Señor Gobernador general don José María Mier.—Monterrey, N. L.

"Muy estimado y fino amigo: Me refiero a los mensajes que nos hemos cambiado hoy, con motivo del *incidente que me comunicó uted* (¡¡!!) de la aprehensión del señor Madero y de su compañero el licenciado Roque Estrada.

"Confirmo lo que le he dicho en mis mensajes, a saber, que para evitar que la aprehensión de Madero sea comentada desfavorablemente para el Gobierno, en el sentido de que se ha procedido en su contra porque se le tiene miedo y porque es el UNICO medio de vencerlo en la cuestión electoral, es necesario que su aprehen-

sión se base y se justifique en una causa de elevado interés público como es la conservación del orden público y de la paz.

(Este párrafo es toda una confesión, paladina y sin reservas. Exactamente eso era lo que estaba pasando. El público lo interpretó así, y así lo seguirá interpretando la Historia, por siempre. La paz estaba amenazada por la Dictadura que provocaba al pueblo; mas no por Madero, que cívicamente obedecía el mandato del pueblo, clamorosamente expresado. Pero el señor Ministro ya no podía obrar de otra manera.—J. S. A.)

"Y como el señor Madero en sus discursos, en conversaciones privadas, en folletos y de cuantas maneras ha podido y puede, anda propagando la revolución diciendo que si no vence en las elecciones, él y sus partidarios se lanzarán a la guerra (¿?), creo que fácilmente puede usted allegar los elementos necesarios para que el procedimiento judicial que se ha iniciado en su contra, tenga como base esa actitud del señor Madero, invitando a la rebelión.

"Este señor publicó no hace mucho tiempo, un pequeño folleto impreso en San Pedro de las Colonias, en el cual en muchos párrafos hace ese mismo amago de lanzarse a la revolución si no gana las elecciones, y como creo que ese folleto haya circulado en esa ciudad, considero que fácilmente lo podrá usted adquirir para agregarlo al proceso y que forme parte de la base del procedimiento.

(El "pequeño folleto" a que se refiere, es La Sucesión Presidencial, *ese libro evangélico y de ética cívica, que seguramente no conocía el señor Secretario de Gobernación, pues de haberlo conocido, ni remotamente se le hubiera ocurrido basar un procedimiento penal en ese libro, que todavía hoy puede ser considerado como una cartilla ciudadana. Fue seguramente algún adulador paniaguado, incapaz de entender ese libro, quien llamó sobre él la atención del Ministro, y éste obró con ligereza suma al escribir lo que escribió. Cuando se publicó* La Sucesión Presidencial, *Madero estaba todavía lejos de ser candidato; mal podía, entonces, amagar con una revolución en caso de no triunfar. Por lo demás, una vez analizado el libro, los abogados acusadores no se atrevieron a agregarlo al proceso.—J. S. A.)*

"Espero, por otra parte, que el señor licenciado don Juan R. Orcí que oyó el discurso de Madero en San Luis Potosí, lleno de conceptos subversivos, habrá PODIDO DAR una declaración que sirva en el mismo sentido que dejo expresado, es decir, para que el procedimiento contra Madero sea fundado en el delito de invita-

ción a la rebelión, que es el que procede según el Código Penal. En este caso repito lo que ya dije a usted por telégrafo, que debe consignarse el asunto al Juez de Distrito, *que supongo será una persona de la confianza del Gobierno.*

La causa de encubrimiento del delito de ultraje a funcionarios públicos, cometido por el licenciado Estrada, *no me parece suficiente* para justificar la aprehensión de Madero; pero tengo la *esperanza* de que *logrará usted encontrar* méritos para que se continúe el procedimiento con los fundamentos que le he indicado, porque, *ya que se le aprehendió,* sería de muy mal efecto que la autoridad no encontrara méritos para el proceso y se le tuviera que poner en libertad."

Todavía el Gobernador Mier avisa telegráficamente, el 8 de junio, al señor Secretario de Gobernación, que para los efectos conducentes, tiene a la vista el "folleto" de Madero, es decir, *La Sucesión Presidencial;* pero ya dije que los abogados acusadores resolvieron no agregarlo al proceso, pues de haberlo hecho, les hubiera resultado precisamente contraproducente.

* * *

A oídos del veterano general don Jerónimo Treviño, que residía en Nuevo León, llegó el rumor de que una gavilla sospechosa merodeaba por Matamoros y por Viesca, y telegrafió la noticia a los Gobernadores respectivos y al Presidente de la República, general Porfirio Díaz. El 9 de junio, el Gobernador Valle lo comunica en este mensaje al Secretario de Gobernación, siendo de notar que en el mensaje se mencionan trabajos antirreeleccionistas de don Venustiano Carranza:

"Telegrafíame general Treviño que una gavilla merodea Matamoros y Viesca, noticia dada por Sardaneta. Ordené autoridades Torreón, Matamoros y Viesca obren en combinación con coronel Peña y a sus órdenes para persecución gavilla. Infórmole que CARRANZA TRABAJA ANTIRREELECCIONISMO EN CUATRO CIENEGAS y licenciado Cárdenas llega hoy a Ciénegas, supongo conferenciar con Carranza. He mandado vigilarlos. El Gobernador, *J. Valle*".

El licenciado don Miguel Cárdenas hacía poco tiempo que había tenido que abandonar el Gobierno de Coahuila, hostilizado por los "científicos", a quienes no había querido someterse. De ahí que el señor de Valle sospechara que, por despecho, el ex Gobernador

Cárdenas tratara de sumarse a los trabajos antirreeleccionistas de don Venustiano Carranza. Pero resultó falso lo de la gavilla, según se ve en seguida:

"Saltillo, 10 de junio de 1910.—Ministro de Gobernación. México.—*Acaba telegrafiarme presidente municipal Viesca lo siguiente:* «Enterado superior mensaje. Hasta ahorita no tiénese noticias haya gavilla que merodea estos rumbos, salvo dos individuos que le he indicado andan en el cerro (?); pero no obstante estaré listo. Mandé desde luego exploradores». Hónrome transcribirlo a usted para su conocimiento y el del señor Presidente, habiéndolo transcrito al señor general Treviño.—El Gobernador, *J. Valle*".

Relacionados con los rumores de la existencia de la merodeante gavilla, cuyo origen ignoro, pero que sirvieron de pábulo para toda suerte de exageraciones de parte de la prensa oficiosa, recorrieron los alambres del telégrafo estos otros mensajes:

"Torreón, 10 de junio de 1910.—Señor Vicepresidente de la República, México.—A un telegrama del señor Gobernador en que me dice viene coronel Peña con un destacamento a este distrito, he contestado lo siguiente: «Refiérome a telegrama de usted fecha de ayer, manifestándole que no merodea gavilla alguna en esta comarca, informándome presidente municipal de Matamoros que él dijo a coronel Sardaneta que tenía motivos para creer que podía organizarse una gavilla. Por datos recogidos resulta que había trabajos encaminados a trastornar el orden y creo que están ya destruidos con la aprehensión que he hecho de los cabecillas, seis de aquí y tres de Matamoros, y con la vigilancia que está ejerciendo la policía en todo el Distrito, pudiendo asegurar a usted que sabré conservar el orden con los elementos que tengo. Aprovecho oportunidad para manifestar a usted que si antes no habíale comunicado algo fue debido a evitar los perjuicios que el crédito del país y las operaciones en general sufrieran con noticias exageradas». Lo que tengo el honor de transcribir a usted para su superior conocimiento.—El jefe político, Luis García de Letona".

"Saltillo, 10 de junio de 1910.—Señor Vicepresidente de la República.—México.—Por informes recogidos autoridades y particulares, resulta que no existe gavilla de que se avisó al señor Presidente, habiendo antes de la noticia aprehendido el presidente de Matamoros a tres sospechosos, remitiéndolos a Torreón. Hasta ahora no hay ninguna novedad en Estado. Estoy muy vigilante. El Gobernador, *J. Valle*".

El licenciado Orcí había venido a México y recibía instrucciones verbales. El Gobernador de Nuevo León, general Mier, se comunicaba con los jueces de Monterrey y les hacía sugestiones, según las indicaciones que le diera el Secretario de Gobernación y que ya conocemos. Pero no era tan fácil encontrar el medio legal de "taparle el ojo al macho", y las inteligencias jurídicas del reeleccionismo se apuraban por encontrarlo. No por escrúpulo ético, sino porque en aquellos momentos la mirada de los pueblos civilizados estaba fija sobre los sucesos electorales de México. Seguiré relatando lo que hicieron los acusadores.

[illegible]

conocimiento y al del señor Presidente, habiendo [illegible] señor general Treviño.—El Gobernador, *J. Valle*".

Relacionados con los rumores de la existencia de la merodeante gavilla, cuyo origen ignoro, pero que sirvieron de pábulo para toda suerte de exageraciones de parte de la prensa oficiosa, recorrieron los alambres del telégrafo estos otros mensajes:

"Torreón, 10 de junio de 1910.—Señor Vicepresidente de la República, México.—A mi telegrama del señor Gobernador en que me dice viene coronel Peña con un destacamento a este Distrito, he contestado lo siguiente: «Refiérome a telegrama de usted fecha de ayer, manifestándole que no existe gavilla alguna en esta comarca, informándome presidente municipal de Matamoros que él dijo a coronel Sardaneta que tenía motivos para creer que podía organizarse una gavilla. Por datos recogidos resulta que había trabajos encaminados a trastornar el orden y creo que están ya destruidos con la aprehensión que he hecho de los cabecillas, seis de aquí y tres de Matamoros, y con la vigilancia que está ejerciendo la policía en todo el Distrito, pudiendo asegurar a usted que sabré conservar el orden con los elementos que tengo. Aprovecho la oportunidad para manifestar a usted que [illegible] debido a evitar los perjuicios que el crédito del país y las transacciones en general sufrieran con noticias exageradas». Lo que tengo el honor de transcribir a usted para su superior conocimiento.—El jefe político, Luis García de Letona".

"Saltillo, 10 de junio de 1910.—Señor Vicepresidente de la República.—México.—Por informes recogidos autoridades y particulares, resulta que no existe gavilla de que se avisó al señor Presidente, habiendo antes de la noticia aprehendido el presidente de Matamoros a tres sospechosos, remitiéndolos a Torreón. Hasta ahora no hay ninguna novedad en Estado. Estoy muy vigilante. El Gobernador, *J. Valle*".

MAS INCIDENTES DEL PROCESO CONTRA MADERO

Según consta en su mensaje del 9 de junio, el Gobernador de San Luis Potosí, señor J. M. Espinosa y Cuevas, desde esa fecha se había apersonado con el Juzgado y con el Promotor Fiscal, a efecto de arreglar la iniciación del proceso en la capital potosina, y creía que no habría dificultad para llevarlo al término que el Gobierno deseaba. El Lic. Garza Galindo, que había sido enviado a San Luis con instrucciones, regresó a México trayendo la información de que todo quedaba preparado.

El 10 de junio, el Gobernador Espinosa y Cuevas vuelve a comunicarse por telégrafo con el señor Vicepresidente de la República:

"San Luis Potosí, junio 10 de 1910.—Señor Vicepresidente. México.—Juez de Distrito ha tomado ya algunas declaraciones y cita licenciado Orcí. Sería conveniente salga esta noche.—El Gobernador, *José María Espinosa y Cuevas.*—Al margen un acuerdo que dice: Esta noche sale el Sr. Orcí".

Sin embargo, algún contratiempo debe haber tenido el joven licenciado Orcí, pues no pudo salir aquella noche, sino hasta la siguiente, habiéndose dado la coincidencia de que en el mismo tren saliera yo para Monterrey, con el fin de tratar de hablar con Madero, según he relatado ya en otra ocasión.

Al abordar el tren en la estación, no me percaté de la presencia en él del Lic. Orcí; pero ya en momentos en que el tren partía, Cosío Robelo, que me había acompañado y ya se había despedido, volvió a la ventanilla del Pullman para decirme rápidamente: ¡Cuidado, que allí va Orcí!

A decir verdad, en aquel momento el licenciado Juan Orcí no era, para mi criterio, sino uno de los muchos núbiles cadetes, que nos tenían a los antirreeleccionistas absolutamente sin cuidado. Yo

ignoraba el "distinguido" papel que a mi joven tocayo sonorense estaba tocando desempeñar en aquel momento. De modo que cuando, más tarde, ya corriendo el tren sobre las decantadas paralelas de hierro, topé con él en uno de los pasillos del Pullman, contesté correctamente su atento saludo, sin que para nada llamara mi atención su presencia en el convoy, ya que yo sabía bien que, aparte de los "pininos" políticos que había emprendido en el seno del grupo "pinedista-científico", tenía que cuidar de algunos negocillos profesionales de pan llevar.

En cambio, parece que a él sí le preocupó sobremanera mi presencia en el tren, desde el momento en que, apenas llegado a San Luis Potosí, donde se detuvo, expidió el mensaje que sigue:

"Potosí, junio 12 de 1910.—México.—Anoche salió conmigo Sánchez Azcona para Monterrey. Por un amigo a quien mandé conversar con él, supe va a trabajar por sacar Madero, preparando en último caso manifestación. Telegrafiaré Gobernador Mier llegada Azcona. Hablé ya Gobernador y voy en este momento a rendir mi declaración. Acaba de llegar de Monterrey licenciado Morales, secretario de Gobernador, y con él y con Gobernador de ésta *acordaré* lo necesario. *Morales trájome copia de mi declaración.*—Juan R. Orcí".

Parece que el joven licenciado Orcí, que a sí propio se calificaba de sincero y de poseedor de sanos ideales, tenía la monomanía, futurista sin duda, de *acordar* cuando todavía no era nadie. Pero en aquella atmósfera de bochornoso servilismo, Gobernadores, Jueces y otros funcionarios acataban de buen grado los acuerdos de un cadete, con tal de que tras de él se irguiesen, siquiera sea aparentemente, los hombres del poder supremo.

En todo el trayecto de México a Monterrey, no tuve conversación sino con el señor don Gonzalo García Travesí, persona a quien de antaño conocía como laborioso estudiante de la política profesional, y cuyos servicios técnicos aproveché más tarde cuando estuve al frente de la Secretaría Particular de la Presidencia, y quien posteriormente acabó de acreditarse como fundador y director de la Escuela Técnica de Policía, hoy clausurada. En tales condiciones, es absurdo suponer que yo le hubiese comunicado mis intenciones de *sacar* a Madero, las cuales nunca tuve ni lógicamente podía haber tenido, ya que yo no era sino un periodista independiente, sólo con cierto poder espiritual para influir en los acontecimientos, pero sin fuerza ni pretensiones de poder derrumbar la Catedral de un cabe-

zazo... ¿Sería, en efecto, el señor García Travesí el amigo a quien el licenciado Orcí "mandó a conversar" conmigo? Vive vigoroso el señor García Travesí, para dicha propia y de los suyos, y puede aclarar el punto. Yo no hablé, durante todo el viaje, con ninguna otra persona. El único objeto que yo llevaba en aquel viaje era el de poner en conocimiento de Madero que los correligionarios, en vista del atropello de que él era víctima, estaban decididos a levantarse en armas el 14 de julio, pero no se me ocurrió decirlo al señor Travesí; y Madero me instruyó de que los disuadiera de sus propósitos.

Las poco benévolas intenciones del licenciado Orcí respecto de mi persona, al haberse apresurado a telegrafiar al Gobernador de Nuevo León, general Mier, la noche de mi arribo a Monterrey, resultaron fallidas, pues para nada fui molestado. En México fue donde se trató de urdirme, en esas mismas fechas, un proceso del orden común para encarcelarme, maquinación que si a sus autores pareció en un principio "super sencilla", los exhibió en sus resultados como "super idiotas". En cualquier momento puedo comprobar estas aserciones con documentos.

Habló el joven Orcí con el Gobernador Espinosa y Cuevas, con el Juez de Distrito, con el Promotor Fiscal, etc., etc., exponiéndoles las instrucciones que de México llevaba, y como consecuencia de su conferencia, en incorrectos términos vernáculos, telegrafió así:

"San Luis Potosí, junio 12 de 1910.—Ministro de Gobernación. México.—Urge Procurador ordene Agente San Luis promueva *luego* inhibitoria para Juez Monterrey, indicando Agente Monterrey se conforme y renuncie términos. Salgo mañana y daréle amplias explicaciones.—*Juan R. Orcí*".

¡Y de verdad se necesitaban muy amplias explicaciones para entender el enjuague!

Don Rafael Rebollar, entonces Procurador de la República, era hombre de tradiciones de justicia y de honradez, y no podía ser manejado al capricho del bufete de don Rosendo Pineda. Era necesario tratarlo con pinzas. En consecuencia, pasaron días antes de que pudiera realizarse el *acuerdo* del juvenil licenciado Orcí, y la tardanza enardecía la indignación de los antirreeleccionistas, quienes a duras penas se contenían en espera del desarrollo del atropello.

En Monterrey, el Gobernador y los jueces no sabían qué hacer. Estaban inminentemente constreñidos a poner en libertad al ilustre preso, pero no se atrevían a hacerlo, en vista de las instrucciones recibidas. Seguramente el Agente del Ministerio Público Federal,

Lic. don Jesús de la Garza, estaba bien enterado de la sugestiva carta del señor Ministro; pero su conciencia de jurisperito se rehusaba a seguir las insinuaciones que se le hacían, porque no encontraba pie legal para poder hacerlo.

Pero ante las incesantes presiones, hubo de encontrar una tangente por donde verter los remordimientos de su conciencia, lavándose las manos, nuevo Pilatos, de esta manera:

"Monterrey, junio 10 de 1910.—Señor Procurador Lic. don Rafael Rebollar.—México.—Juez no encuentra causa legal para desligar Francisco Madero de proceso ultrajes cuando no le promueven competencia ni acumulación, ni le piden a Roque Estrada. *(Para el Gobierno porfiriano, significaban poco los ultrajes de Roque Estrada; su interés estribaba en llevar a Madero a San Luis Potosí y lograr que el proceso se siguiese en esa ciudad.—J. S. A.)* Aunque *no cree que haya causa legal,* dada la naturaleza *diversa* de procesos, ha pensado, al diligenciar el exhorto, declararse incompetente y remitir a Madero y a Roque Estrada con proceso ultrajes, salvo opinión contraria de usted que esperará por mi conducto hasta lunes a las diez de la mañana. Hoy le escribiré detalles.—El Agente, Lic. Jesús de la Garza".

Tuve la satisfacción de conocer al Lic. don Rafael Rebollar, aunque no de manera íntima; pero sí suficiente para imaginarme hoy su contrariedad ante la triquiñuela político-judicial de que se le hacía cómplice, y así me explico muy bien la desabrida sequedad con que contestó:

"Enterado telegrama de hoy. *Dadas las circunstancias,* no opino en contrario.—*Raf. Rebollar*".

Días después, esas mismas circunstancias lo obligaron a exprimir su caletre jurídico y a dar instrucciones "malgré tout", según veremos en mi próximo.

LAS INSTRUCCIONES DEL PROCURADOR DE LA REPUBLICA

Dóciles e impersonales, jueces, agentes y curiales hicieron cuanto se les mandó hacer, y así quedó arreglada la "mise en scene" del artificioso proceso que se urdía, con el exclusivo objeto de inhabilitarlo, contra el popular candidato de los independientes.

Por fin, el Gobernador Espinosa y Cuevas pudo enviar este telegrama:

"Potosí, 22 de junio de 1910.—Señor Secretario de Gobernación. México.

A las nueve de esta mañana llegó Madero sin novedad. J. M. Espinosa y Cuevas".

Como siempre, Madero llegó a San Luis acompañado de su inseparable esposa, doña Sara, y las principales familias de la localidad recibieron al candidato encarcelado con marcadas muestras de consideración y aprecio. Acompañábale también su taquígrafo, don Elías de los Ríos, joven a quien él había educado desde niño y que lo amaba con filial cariño. Posteriormente, durante toda la campaña armada, en la Presidencia de la República y durante la angustiosa Decena Trágica, Elías no se separó del señor Madero ni un solo momento.

En San Luis Potosí el antirreeleccionismo tenía muchos adeptos, a cuyo frente estaba el doctor don Rafael Cepeda, originario de Coahuila, pero residente en la ciudad potosina y altamente apreciado por su culta sociedad. El doctor Cepeda había tenido que tropezar con grandes dificultades en la organización de los núcleos antirreeleccionistas en el Estado y en las regiones adyacentes, porque las autoridades le ponían todo género de obstáculos. Mas a pe-

sar de ello, el antirreeleccionismo en San Luis era fuerte y decidido, pues en él estaban afiliados casi todos los hombres de trabajo de las poblaciones y de los campos. Madero pasó a la Penitenciaría junto con Roque Estrada, mientras que la señora de Madero fue huésped de la familia del acaudalado don Pedro Barrenechea.

Contra lo que hubiera sido de esperarse, dado el gran temor que se tenía al Gobierno, fueron varios los abogados que espontáneamente se ofrecieron para encargarse de la defensa de Madero, algunos de ellos de renombre y prosapia profesional; pero juzgando que toda defensa sería inútil en el terreno puramente legal, por una parte, y considerando, por otra, que la prestación de tales servicios podría acarrear a quienes los desempeñaran molestos choques con las autoridades, Madero agradeció aquellos servicios y no los aceptó, aprestándose a organizar él mismo su propia defensa y asesorándose para el efecto de uno de sus más ardientes partidarios de San Luis, el entonces estudiante de derecho don Pedro Antonio de los Santos, que habría de ser, al correr de los tiempos, distinguido Diputado al Congreso de la Unión y que al fin fue impíamente victimado por la usurpación huertista.

Transcurrían los días en repeticiones de declaraciones y en desenfrenada acumulación de "pruebas" por parte de los acusadores; pero no se hallaba un fundamento legal, firme y evidente. Llegó el mes de julio y las "elecciones" presidenciales se verificaron. Por fin, el Procurador de la República, licenciado don Rafael Rebollar dio estas instrucciones privadas al Agente del Ministerio Público Federal adscrito al Juzgado de Distrito en San Luis Potosí:

"A fin de que se sirva usted agregarla al proceso que se sigue en el Juzgado contra el C. Francisco I. Madero, le acompaño una hoja que, con el título de «Alcance al número 15 del MONITOR DEMOCRATICO». Documentos para la Historia. Al Pueblo Mexicano», suscribe el mismo C. Madero y que del mismo modo que ha circulado aquí, puede haberse hecho circular en otros Estados.

El objeto es que, unidos tanto el manifiesto como la carta al señor Presidente de la República, a los demás elementos que figuran en el proceso, puedan servirle a usted para formar su criterio y, en su oportunidad, formular el pedimento que proceda, con todos los elementos combinados.

Me abstengo de llamar su atención especialmente sobre varias de las ideas contenidas en el impreso, porque no teniendo a la vista el conjunto, considero que a usted le será más fácil hacer la agru-

pación de los elementos que suministra la hoja de referencia y de los que figuran en la causa. Sí digo a usted, de una manera general, que, dada la unidad de acción, de propósito y de fin que ha informado toda la propaganda del señor Madero, se impone el enlace que hay que hacer de los datos que aparecen dispersos y sucesivos.

Así, por ejemplo, si los fragmentos del discurso publicado por *El País*, el tres del actual, son los mismos que obran en las diligencias que ahí se han practicado, tendría usted ahí frases como la siguiente: «POR ESTE MOTIVO, CUANDO ALGUNOS MEXICANOS SIENTEN RECELOS A LUCHAR, CUANDO SE RESUELVEN A HACER USO DE SUS DERECHOS CIVICOS, DEBEN ESTAR RESUELTOS A SACRIFICAR SU PATRIMONIO, SU LIBERTAD Y SU VIDA, PUESTO QUE HASTA SU VIDA PELIGRA...» «LOS PUEBLOS, PARA CONQUISTAR SUS LIBERTADES SIEMPRE HAN NECESITADO MARTIRES, Y AHORA, SEÑORES, TODOS LOS MEXICANOS ESTAN DISPUESTOS A SER MARTIRES, CON TAL DE CONQUISTAR LAS LIBERTADES PATRIAS...»

Tan es manifiesta la inteligencia e intención que envuelven las palabras copiadas, que el mismo autor del discurso tiene que agregar que cuando se excita al pueblo mexicano hasta a morir, NO ES QUE PIENSE INCENDIAR EL TERRITORIO PATRIO CON UNA REVOLUCION; esto es, sencillamente, decir que no se dijo lo que se dijo. Si dada la unidad de acción, de pensamiento y de propósito, de que he hablado, se enlazan varios de los párrafos contenidos en la Carta y Manifiesto que ahora le acompaño, se advierte la persistencia en el objeto que se persigue, sin pararse en que los medios constituyen provocaciones e invitación a la rebelión. Cito, entre otros que usted considerará con más atención, el siguiente: «*Pero si usted y el señor Corral se empeñan en reelegirse a pesar de la voluntad nacional, y continuando los atropellos cometidos recurren a los medios puestos en práctica hasta ahora para hacer triunfar las candidaturas oficiales y pretenden emplear una vez más el fraude para hacerlas triunfar en los próximos comicios, entonces, señor General Díaz, si desgraciadamente POR ESE MOTIVO SE TRASTORNA LA PAZ, será usted el UNICO RESPONSABLE ANTE LA NACION, ANTE EL MUNDO CIVILIZADO Y ANTE LA HISTORIA*».

¿Cómo puede sostenerse que sólo se aconsejan medios pacíficos para ejercitar derechos en los comicios, y se habla al mismo tiempo

de perder la vida, de ser mártires, cuando en los comicios ni hay mártires (¡sic!) ni efusión de sangre, (¿no?), ni pérdidas de vida (¿de veras?) a menos que, traspasando los límites de la ley (¿quiénes?), se entregaran a violencias de hecho, a título de ir a depositar votos en las urnas electorales?

Esto, aparte de lo que en la hoja que acompaño haya de ultrajante para el señor Presidente y los demás funcionarios públicos a que se refiere.

Vuelvo a repetir a usted que sólo a título de ejemplo le indico el criterio que puede aplicarse, pero teniendo en cuenta todo el conjunto y disciplinando con justificación todas las ideas que han servido para cuando llegue el caso de formular los cargos en el pedimento respectivo, que es cuando, propiamente, se ejercita la acción penal.

Si tuviera usted dificultades, puede consultarlas, suministrándome los datos para resolverlas, y es claro que también puede usted hacer las observaciones que, con mejor conocimiento de la causa, crea usted que son procedentes.

México, 4 de julio de 1910, firmado, *Raf. Rebollar*.

Al Agente del Ministerio Público Federal, adscrito al Juzgado de Distrito en San Luis Potosí, S.L.P."

Como se ve, según el modo de razonar del señor Procurador Rebollar, hasta la estrofa coral de nuestro himno nacional, "Mexicanos, al grito de guerra, etc.", puede ser considerada bajo el Código Penal, desde el momento en que contiene una franca invitación a la guerra; y aunque después diga el canto, "Ciña, oh Patria, tus sienes de oliva, etc.", debe entenderse que esto "es sencillamente decir que no se dijo lo que se dijo".

Pasada la "elección" presidencial, el Gobierno porfirista tuvo el rasgo de "magnanimidad" de conceder a Madero la libertad condicional, dejándolo salir de la Penitenciaría y dándole por cárcel la ciudad de San Luis Potosí. Madero aceptó la hospitalidad de su personal amigo el señor Barrenechea. Se dijo que el gesto de "clemencia" se debía a múltiples gestiones hechas ante el general Díaz y su esposa por las familias más distinguidas e influyentes de las regiones septentrionales de la República. No niego la probabilidad de que tales gestiones hayan sido hechas; pero sí sé que la causa real que inclinó al Gobierno a dar tal paso, fue la desbordante efervescencia que, en toda la República, se advirtió en los grupos

antirreeleccionistas y que, desde entonces, comenzó a ser francamente amenazadora.

En épocas posteriores y de labios de muy prominentes personajes de la era porfirista, he recibido la confidencia de que los propósitos del Gobierno eran de tener procesado a Madero por espacio de un año, y luego, ya en curso el nuevo período presidencial, servirse de los miembros porfiristas de la familia Madero para obtener que el candidato humillado se decidiese a vivir algún tiempo en extranjeros países. ¡Un año de proceso artificioso! Erraron en sus propósitos, pues Madero aprehendido el 7 de junio de 1910, entraba triunfante a la capital de la República en el mismo día del año siguiente, el 7 de junio de 1911.

Pero, dados los procedimientos que seguían en el procesamiento, Madero no podía considerarse a salvo de perder la vida. Ya hemos visto, en otro de mis reportazgos, que se intentó arrebatársela a mansalva, por lo cual decidió y pudo fugarse de San Luis. Con pormenores relataré cómo pudo lograrlo.

Pero antes, en mi próximo reportazgo, relataré la impresión personal que tuvo Madero de su aprehensión, y que hasta hoy ha permanecido inédita; porque aunque destinada a la publicidad, fue delictuosamente interceptada por las autoridades porfiristas.

antirreeleccionistas, y que, desde entonces, comenzó a ser francamente ensangrentadora.

Yo supe posteriormente (de labios de un muy prominente personaje de la era porfirista), he recibido la confidencia de que los propósitos del Gobierno eran de tener guardado a Madero por espacio de un año, y luego, ya en curso el nuevo período presidencial, exigirse de los miembros prudentes de la familia Madero para obtener que el candidato humillado se decidiese a vivir algún tiempo en extranjeros países. ¡Un año de proceso artificioso! Erraron en sus pronósticos, pues Madero aprehendido el 7 de junio de 1910, entraba triunfante a la capital de la República en el mismo día del año siguiente, el 7 de junio de 1911.

Pero, durante los procedimientos que se seguían en el procesamiento, Madero no podía considerarse a salvo de perder la vida. Ya he revelado, en otro de mis reportazgos, que se intentó arrebatársela a mansalva, por lo cual decidió y pudo fugarse de San Luis, con justificada alarma, como puede suponerse.

Pero antes, en mi próximo reportazgo, relataré la impresión personal que tuvo Madero de su aprehensión, y que hasta hoy ha permanecido inédita, porque aunque destinada a la publicidad, fue deliberadamente interceptada por las "autoridades" potosinas.

DECLARACIONES DE MADERO ACERCA DE SU PRISION

La información que el señor don Luis F. Correa enviaba a la United Press y que le fue robada por Donn, decía así:

"Prensa Unida.—St. Louis Missouri.—Monterrey, junio 22.

"Antes de salir de Monterrey, anoche, para San Luis Potosí, a donde el señor Francisco I. Madero fue enviado por el Juzgado de Distrito de Monterrey para ser juzgado por el delito de atentado de rebelión, hizo la siguiente declaración al representante de la Prensa Unida:

"Es evidente que los procedimientos judiciales en mi contra han sido entablados deliberadamente por los candidatos oficiales, para impedir mis progresos en aumentar la lista de hijos del pueblo de México ansiosos de realizar un gran acto, que antes era imposible; esto es: verificar realmente una elección de Presidente y Vicepresidente, Diputados, Senadores y Magistrados de la Suprema Corte de Justicia.

"No es necesario insultar al Presidente de la República para obtener ese resultado, porque el mismo Díaz ha expresado su deseo de que el pueblo vote libremente y no sea aherrojado ya, como antes.

"Yo fui arrestado en Monterrey con el pretexto de la acusación que se me hizo, de haber protegido a un hombre que dijo públicamente al pueblo y a la policía —esta última había sido enviada expresamente para impedir mis movimientos— que debería terminar la tiranía, no solamente como cuestión de principios sino también porque el mismo Presidente ha invitado directamente al pueblo a que despierte y ejerza sus derechos políticos.

"Aquel cargo no me fue sostenido.

"Fui puesto después a disposición del Juez de Distrito, y enton-

ces descubrí el hecho de que estaba yo siendo juzgado por insultos al Presidente de la República. Este nuevo cargo tampoco me fue sostenido; y ahora voy a ser trasladado a San Luis Potosí, para ser juzgado allí, por tercera vez, por el delito de sedición o conato de rebelión.

"Posible es que sea yo remitido a otras ciudades con iguales propósitos; pero he llegado ya a la conclusión de que las autoridades que están hoy en el poder y que tratan de elegirse a sí mismas, empleando la fuerza bruta, han acudido a medios más que deshonrosos para ponerse temporalmente fuera del camino recto, bajo el pretexto falaz de que estoy alterando la paz.

"Nadie podrá creer que ellos siguen el principio de tratar con justicia a todos; porque ellos están en el poder y nadie ignora su influencia ilimitada sobre empleados inferiores para apoyar sus propósitos.

"La interposición de un espía en mis asuntos, y el hecho de que los cargos acumulados en mi contra, estén basados en un solo testimonio (acción que reflejaría descrédito y deshonra en cualquier país civilizado), son suficientes para probar de la manera más concluyente, *que el Gobierno ha tomado la resolución de inutilizarme temporalmente y reducirme a la inacción.*

"El testimonio de Juan R. Orcí, no dado espontáneamente, sino después de persuadido para ello, es la causa de mi prisión y de las vejaciones y ultrajes, que mis partidarios, mi familia y yo, estamos sufriendo.

"Las afirmaciones que yo hice en San Luis Potosí, a donde fui seguido por Orcí, no están de conformidad con las afirmaciones del mismo individuo, contenidas en su declaración ante el Juez de Distrito de Monterrey; pues aquéllas fueron tomadas taquigráficamente e impresas en tiempo debido.

¡Que el pueblo de los Estados Unidos sepa cuál es la actual condición de los negocios en México hoy.—(Firmado).—*Correa*".

El señor Madero llegó a Monterrey en la mañana del día cinco de junio (domingo) en un viaje que hizo a las ciudades inmediatas a la frontera Norte de México, acompañado de algunos amigos.

Respecto a su llegada a Monterrey el Candidato Presidencial dijo: "A mi llegada a la estación de las Líneas Férreas Nacionales, cualquiera hubiera creído que la ciudad de Monterrey se hallaba en estado de sitio; trescientos cincuenta rurales, montados en los me-

jores caballos de que esa fuerza dispone, armados hasta los dientes con rifles, pistolas y sables, se hallaban formados a la entrada de la Estación, a donde nadie podía pasar sino los miembros de mi familia, y aun ellos tuvieron dificultades para entrar al andén, donde me saludaron al bajar yo del tren. Como doscientos hombres, entre gendarmes de la ciudad y fuerzas del Estado, también cuidaban la Estación y más allá de donde éstos se hallaban situados, privaban de verme, a su candidato para la Presidencia a la segunda República del Nuevo Mundo, a más de quince mil votantes, sus familias y amigos, todos presentes para darme la bienvenida.

"A la vuelta de la estación el automóvil que estaba allí para encontrarme, había sido prácticamente embargado por la policía y con dos oficiales caminando al frente, dos detrás y un piquete de rurales a mi alrededor. Benignamente se me permitió, según las órdenes de Díaz, que caminase a paso de tortuga por calles y callejones apartados, hasta mi domicilio en la Plaza de Degollado. Nunca, ni por un instante, se rebajó la vigilancia de espionaje de la Gendarmería y de los rurales, y aun cuando me bajé del automóvil a la puerta de mi casa, hallé allí un gendarme y un soldado, un rural o espía en traje de paisano, por cada uno de los votantes a quienes permitieron reunirse en la calle para escucharme en la contestación que di a su bienvenida".

Se hallaba conmigo mi amigo el licenciado Roque Estrada, de la ciudad de México, un pensador en asuntos políticos, un hombre de instrucción y orador de gran vuelo.

Después de que se había terminado el discurso al pueblo, intentó hablarme, pero inmediatamente se le previno por el Jefe de la policía que desistiese de ello, pues éste procuraba arrojar al pueblo de la calle de frente de mi casa.

"El señor Estrada objetó la actitud de la policía al negarle el derecho de hablar al pueblo, que estaba clamando ¡Estrada! ¡Estrada! ¡Que hable! ¡Que hable!

"En fin, al negar la policía en lo absoluto el derecho de hablar al señor Estrada, pasó éste para el interior de mi casa, después de pedirle al pueblo se disolviese, deseando evitar disturbios. Aun ni con esto quedó conforme la policía, quien a viva fuerza dispersó a la multitud apropellándola con sus caballos, y aprehendiendo a los que protestaban contra este tratamiento brutal e inmotivado. Cuatro de ellos tuvieron que pagar multas, de $ 25.00 cada uno, porque

protestaron cuando fueron atropellados por los caballos de los rurales y de la policía.

"Se intentó la aprehensión del señor Estrada el lunes siguiente en la noche, cuando íbamos en automóvil en camino para la estación a tomar el tren para San Pedro, Coahuila. En el momento en que se intentó el arresto, sin orden de autoridad competente fuera de la palabra del Jefe de la policía, el señor Estrada volvió a entrar a mi casa. La policía no se atrevió a penetrar a ella. Yo continué para la estación y fui arrestado por encubridor y «por auxiliar la fuga de un hombre buscado por la policía», es decir, el señor Estrada.

"No conformes con el arresto de un hombre a quien muchísimos ciudadanos mexicanos creyeron merecedor de figurar como candidato a la Presidencia, Díaz, este Presidente burlador, quien se enmascara como amigo de México, me puso incomunicado en una cárcel de Monterrey. No me fue permitido ver a nadie, ni siquiera a mi amada esposa, quien insistió en que se le permitiese permanecer en la celda conmigo, temerosa de que pudiera yo desaparecer, como se ha hecho desaparecer a otros opositores de Díaz en diversas cárceles.

"Entonces el señor Estrada, pensando aligerar mis sufrimientos, se entregó personalmente y fue inmediatamente arrojado a la prisión incomunicado; pero aun así continuó mi prisión. Cuando comparecí en el Juzgado ante el Juez Treviño, quien es un simple maniquí, los agentes serviles comprendieron que el cargo que se me hizo de auxiliar la intentada fuga de persona buscada por las autoridades, tenía que fracasar si se insistía en él. Entonces lo cambiaron en el sentido de que yo había insultado al Gobierno, haciendo consistir el insulto en el contenido de mi discurso, pronunciado en Monterrey a mi llegada.

"En la cárcel se me proporcionó un cuarto escueto, habiendo tenido que traer una cama de tijera para mí; muy mal alumbrado, peor ventilado. Las cárceles de México son una de las maldiciones, solamente una, de las que se ha impuesto al por tanto tiempo sufrido pueblo. El mayor número de las cárceles no son propias ni para asesinos y criminales de la peor calaña y mucho menos para introducir en ellas hombres, y mujeres también, quienes no han cometido crimen alguno, pero simplemente están detenidos, como lo hemos sido el señor Estrada y yo, por el simple capricho del Gobernante que ahora aflige a México".

Me ha sido posible obtener el discurso que pronunció Madero a su llegada a Monterrey y que tomó taquigráficamente su insepa-

rable secretario Elías de los Ríos, y del que quisieron valerse para encontrar un delito. Aunque franco y un tanto vehemente, nada contiene de sedicioso dentro de un criterio limpiamente jurídico. Lo daré a conocer en mi próximo, cerrando así esta serie de reportazgos retrospectivos acerca de la urdimbre del artificioso proceso contra el candidato don Francisco I. Madero.

[illegible]

se llevó el arresto, sin orden [illegible] de la palabra del Jefe de la policía, el señor Estrada [illegible] a mi casa. La policía no se atrevía a penetrar a ella. Yo [illegible] para la entrada y fui arrestado por [illegible] y "por auxiliar la fuga de un hombre buscado por la policía", es decir, el señor Estrada.

"No conformes con el arresto de un hombre a quien muchísimos ciudadanos mexicanos [illegible] como candidato a la Presidencia, Díaz, este Presidente [illegible], quien se enmascara como amigo de México, me tuvo incomunicado en una cárcel de Monterrey. No me fue permitido ver a nadie, ni siquiera a mi amada esposa, quien insistió en que se le permitiese permanecer en la celda conmigo, temerosa de que pudiera yo desaparecer, como se ha hecho desaparecer a otros opositores de Díaz en [illegible].

"Entonces el señor Estrada, [illegible] observar mis sufrimientos, se entregó personalmente y fue inmediatamente arrojado a la prisión (incomunicado); pero aun así [illegible] de prisión. Cuando comparecí [illegible] ante el Juez Treviño, quien es un simple monigote, [illegible] con el cargo que se nos [illegible] buscado por las autoridades, [illegible] se hallaba en él. Entonces lo cambiaron en el sentido de que yo había insultado al Gobierno, haciendo constar el hecho en el [illegible] de mi discurso, pronunciado en Monterrey a mi llegada.

"En la cárcel [illegible], habiendo tenido que [illegible] para ventilación. Las cárceles de México son unas de las peores, solamente [illegible] de las que [illegible] pueblo. El mayor número de [illegible] y criminales de la peor calaña [illegible] hombres, y [illegible] crimen alguno, pero [illegible] como lo hemos sido el señor Estrada y yo, por el [illegible] del Gobierno que ahora aflige a México".

Me ha sido posible obtener el discurso que pronunció Madero a su llegada a Monterrey y que [illegible]

LA ULTIMA PROCLAMA DE MADERO, COMO CANDIDATO

Tengo que rectificarme. En mi anterior artículo asenté que el discurso que pronunciara Madero a su llegada a Monterrey, fue el que sirvió de base principal para la acusación ante el Juez de San Luis Potosí, una vez que no fue posible hacer prevalecer las declaraciones del señor licenciado Orcí para encontrar fundamento de acusación en el hipotético discurso pronunciado por Madero en la estación de la capital potosina, ya que su transcripción taquigráfica fue oportunamente publicada y no coincidía con la versión que el señor Orcí se había atrevido a dar de memoria. Se recurrió, entonces, a cualquiera otro subterfugio, ya que tampoco podía comprobarse como delito la supuesta protección de la fuga del licenciado Roque Estrada. Al llegar a Monterrey, Madero apenas pudo decir algunas palabras para agradecer la bienvenida de que había sido objeto, pues, según él mismo lo narra, la policía le impidió que hablara a su sabor. El documento que ha llegado a mis manos, y que sirvió o, mejor dicho, estaba destinado a servir, como fundamento de la acusación ante el Juez de San Luis, fue una proclama que dirigió a los mexicanos, estando ya preso en la Penitenciaría de Monterrey, con fecha 14 de junio de 1910, y que es la que hemos encontrado en los apuntes taquigráficos de Elías de los Ríos.

Esta proclama fue dada a las imprentas; pero prontamente la recogió el gobierno porfirista. Es ésta:

"Conciudadanos:

Un numeroso grupo de mis conciudadanos me ha designado como candidato a la Presidencia de la República en el próximo sexenio constitucional.

Publiqué desde luego mi programa y el entusiasmo con que me ha aclamado el pueblo en los diversos lugares que he visitado, aca-

ban de convencerme que mi programa representa sus ardientes aspiraciones y que en mi personalidad ha cifrado grandes esperanzas.

Por esta circunstancia, mi misión es sumamente delicada y mi responsabilidad inmensa.

Sé que el pueblo mexicano está ansioso de libertad y resuelto a restablecer el gobierno constitucional, porque el peso de la dictadura es cada vez mayor y cada vez mayores sus desmanes y desaciertos; pues las garantías individuales son violadas descaradamente y los fondos públicos despilfarrados de un modo lastimoso en obras de ornato que sirven principalmente para enriquecer a los contratistas, concesionarios, etc., mientras en algunas partes de la República el pueblo sufre cruelmente por el hambre, y la instrucción pública es desatendida.

Por tales circunstancias y otras que sería largo enumerar, el malestar en toda la República es inmenso y ha provocado en ciertos casos motines, como el de Valladolid (Yuc.), en que el pueblo desesperado se hace justicia por su mano contra caciques crueles y arbitrarios.

En la conciencia de todos los mexicanos ha echado profundas raíces la idea de que, con la reelección de nuestros actuales mandatarios, la situación no haría sino empeorar como lo demuestran los atentados cometidos a diario contra los miembros de los partidos independientes; y yo mismo que encarno las aspiraciones, por lo menos de una gran mayoría de los mexicanos, que con toda lealtad he luchado en la actual campaña electoral, he sido víctima de atentados sin nombre en Saltillo, en donde un inspector de policía quiso impedirme por la fuerza que dirigiese la palabra al pueblo, a la vez que mandaba disolverlo a caballazos; y aquí, en donde las autoridades disolvieron a caballazos y cuartazos al pueblo que me acompañaba desde la estación, redujeron a prisión a mi compañero de viaje, el licenciado Roque Estrada, por supuestas injurias a la policía, y a mí porque a unas personas sin uniforme ni distintivo que lo querían detener, les pregunté si traían orden de la autoridad competente, orden que no presentaron. Este acto mío, que no fue para favorecer la fuga del licenciado, sino para evitar que se cometiesen atentados contra él por personas que no aparecían como representantes de la autoridad, pero que de ninguna manera hubiese constituido un delito, sirvió de pretexto para que me redujeran a prisión y después para detenerme en ella. Se me acusa de ultrajes al Primer Magistrado de la Nación, ultrajes que se encuentran en un

discurso confeccionado por el Sr. Lic. Juan R. Orcí, y que según él pronuncié en San Luis Potosí. Este señor me acompañó desde México comisionado indudablemente para tal objeto y . . .

Si he narrado lo anterior, es porque me creo con el deber de dar cuenta a mis conciudadanos de todos mis actos. No es cierto que haya ultrajado al Primer Magistrado de la Nación en mi discurso de San Luis, en el cual ni siquiera me referí a él, como lo podrán comprobar todos los que lo lean, pues fue publicado desde antes que se me privase de mi libertad.

El atentado de que he sido víctima, a la vez que se cometen atentados semejantes contra mis partidarios en diversas partes de la República, es con la intención de amedrentar a los independientes para alejarlos de las urnas el 26 del actual y lograr por medio del fraude el triunfo de las candidaturas reeleccionistas.

Y si digo el *fraude*, es porque desde ahora se prepara, cometiéndose por las autoridades innumerables irregularidades.

Pero una elección fraudulenta ni puede tener ningún título de legalidad, ni puede ser aceptada por el pueblo.

Por tal motivo, recuerdo a todos los mexicanos que todo poder dimana del pueblo, y que éste ejerce su soberanía el día de las elecciones.

Deseo, pues, que el 26 del actual, el Pueblo Mexicano, en ejercicio de los derechos que le reconoce la Constitución y haciendo uso de su soberanía, designe los electores que verdaderamente lo representen y conozcan sus aspiraciones; además de esto, recomiendo a mis partidarios que para hacer este nombramiento ajusten sus actos a la ley, especialmente a la electoral; que respeten escrupulosamente los derechos de sus adversarios políticos; que no vayan a suplantar ni una firma, ni a cometer ninguna irregularidad; pues si deseo llegar al poder, es por el voto de la mayoría de mis conciudadanos, emitido conforme a la ley, en verdad, ¡me avergonzaría de llegar a él por medio del fraude!

Pero así como pretendo que mis partidarios ajusten todos sus actos a la ley, deseo también que exijan igual comportamiento a nuestros adversarios políticos, aunque en su número esté comprendida la mayoría de las autoridades; pues, lo repito, el día designado por la Constitución para elecciones, es el día en que el pueblo, investido de su soberanía, ejerce la suprema autoridad. El Pueblo está legítimamente representado frente a cada casilla electoral por la mayoría de los votantes allí reunidos, así es que ninguna autori-

dad puede impedirle en ese día el libre ejercicio de sus derechos, siempre que ciña sus actos a la ley electoral.

En resumen, deseo que mis partidarios ciñan todos sus actos a la ley y respeten escrupulosamente los derechos de sus adversarios; pero que también exijan de estos últimos el cumplimiento de la ley y los obliguen a respetarles sus derechos.

Sólo por medio de la acción uniforme, viril y resuelta de todo el pueblo, podrá éste reconquistar su soberanía y designar sus mandatarios en los próximos comicios.

Espero que en vista de la trascendencia de este acto, el pueblo comprendiendo que ha llegado la hora de reivindicar sus derechos, hará un esfuerzo supremo con tal objeto.

La circunstancia de que me encuentre preso, no os priva del derecho de votar por mí, pues es el pueblo quien debe fallar sobre la culpabilidad de mis actos en la actual contienda política y no mis adversarios, que no tienen ningún escrúpulo en confundir su papel de autoridades con el de entidades de un partido político militante.

Mexicanos: Recordad que el momento supremo se acerca; que yo, en quien habéis cifrado grandes esperanzas y que a pesar de mi papel de candidato, que me haría inviolable en cualquier nación civilizada, me encuentro reducido a prisión por no haber vacilado en defender vuestros derechos, no saldré de esta prisión si no obtenéis el triunfo de mi candidatura, pues si triunfan nuestros comunes adversarios siempre me considerarán peligroso estando en libertad. Por tales motivos, si realmente consideráis vinculadas vuestras aspiraciones y vuestras esperanzas en mi personalidad, conquistad en las urnas vuestra libertad y la soberanía del pueblo, a fin de que después me libertéis y todos unidos podamos dedicar nuestros esfuerzos para lograr la felicidad y engrandecimiento de la Patria.

SUFRAGIO EFECTIVO. NO REELECCION. Penitenciaría de Monterrey, N. L., junio 14 de 1910. *FRANCISCO I. MADERO*".

Cierro con éste la serie de mis reportazgos sobre el proceso abierto en 1910 al candidato de los independientes, con el único objeto de inhabilitarlo para acudir a los comicios, y que sólo tuvo por resultado encender la indignación popular; y es, ante el mundo civilizado, pieza de justificación del movimiento armado que sobrevino.

COMO SE FUGO MADERO DE SAN LUIS POTOSI

Ante el incontenible impulso de los antirreeleccionistas, quienes en vista de los atropellos sufridos anhelaban levantarse en armas, y dada la manera como venía fraguado su proceso, el candidato Madero no hubiera podido permanecer preso en la ciudad de San Luis Potosí sin que su vida corriera inminente peligro a la menor agitación de sus correligionarios. Virtualmente estaba en rehenes y su prisión detenía el movimiento libertario. Ya hemos visto en otros reportazgos cómo se pensaba en hacerlo desaparecer. Lo supo a tiempo y decidió fugarse. No era fácil el intento y se requería, para realizarlo, una gran dosis de valor, de previsión y de sangre fría.

Personas que el público tiene por sesudas se han atrevido a asegurar que el Gobierno facilitó la fuga de Madero. Nada es más inexacto. Este reportero retrospectivo ha debido recurrir a su viejo y muy querido correligionario el general y doctor don Rafael Cepeda, principal organizador de la fuga de Madero, para reconstruir el importante suceso al que no le fue dado asistir; y tuvo tan buena suerte en su empeño, que a continuación transcribe el relato fiel y detallado que el general y doctor Cepeda se ha prestado a hacer sobre el particular:

El señor Madero en esa época tenía la ciudad por cárcel y era vigilado muy de cerca por la policía local; acostumbraba, intencionalmente, hacer un paseo diario por las mañanas y por las tardes, acompañado de algunos de sus amigos, por distintos rumbos de la ciudad. Ya en esos días se estaba desarrollando con gran actividad la propaganda y la organización revolucionaria en toda la República, aunque sin haberse fijado aún la fecha en que debería estallar el movimiento, que ya dos veces se había intentado y se había suspen-

dido oportunamente, como sucedió el 14 de julio y el 15 de septiembre de 1910.

El señor Madero tenía el propósito de verificar la fuga por tierra, a caballo, cuando estuviera próximo a estallar el movimiento simultáneamente en toda la Nación, para ponerse en un lugar seguro, ya fuera dentro del país o en el extranjero, y me comisionó para su organización. Salí, para el objeto, de la ciudad rumbo a los pueblos del norte del Estado y del sur del Estado de Nuevo León, a fines de septiembre de 1910, a la vez que salían en propaganda y organización revolucionaria rumbo al norte de la República los compañeros Felipe Camarena y Silvino García, los que fueron sorprendidos en su propaganda en un cuartel de la ciudad de Monterrey y aprehendidos el 1º de octubre. Esto originó que redoblaran la vigilancia contra el señor Madero y dieran orden para su reaprehensión y orden de aprehensión para mí, que era presidente del Centro Antirreeleccionista Potosino, y me encontraba en esos momentos en Dr. Arroyo, N. León, poniendo de acuerdo y en comunicación al compañero José Ignacio Azcárate con los compañeros Antonino Nieto Macías, del Rancho de Tenorio, S.L.P.; Martín Flores, de la Villa de Guadalupe, S.L.P., y Antonio Torres, de Matehuala, S.L.P., para los efectos de la fuga.

Al comunicarme el presidente municipal, quien era partidario nuestro, la orden de aprehensión que acababa de recibir, me facilitó la salida secretamente rumbo a la ciudad de San Luis Potosí, adonde llegué directamente a la casa del señor Madero, a las 10 de la mañana del día 4 de octubre. Allí lo encontré conferenciando con el compañero Francisco Cosío Robelo, quien recibía las últimas instrucciones para la organización del movimiento en el centro y sur de la República. Le puse en conocimiento de los trabajos que había hecho y de lo que pasaba, y como él ya tenía conocimiento en esos momentos de las órdenes de aprehensión, acordamos que, con urgencia, se verificara la fuga esa misma noche, en la forma que se pudiera, y antes de despedirnos convinimos en que esa tarde, al salir a su paseo de costumbre por la Calzada de Guadalupe, se quedara, sin ser visto, en la casa del compañero Julio Peña, adonde le comunicaría la forma en que se arreglara la salida de la ciudad esa misma noche.

Al salir de la casa la policía trató de prenderme, pero pude escapármele hasa entrar a mi casa, que estaba cerca. En el trayecto encontré a Cosío Robelo, que trató de unirse conmigo, pero al ver

a la policía que me perseguía cambió de dirección; la policía se apostó en la puerta de mi casa y sitió la manzana, pero yo sin perder tiempo salté las tapias y salí a la calle por la carrocería del señor Juan V. Torres y tomé un coche cerrado que me condujo al Barrio de Montecillo, a la casa de la señora Juana Sandoval viuda de Rodríguez. La policía no se dio cuenta y prolongó el sitio de mi casa por diecisiete días más, creyendo que estaba yo enfermo en el interior.

Inmediatamente que me vi libre mandé llamar al señor Paulino Murillo, que era agente del Express del F. C. Nacional, y, de acuerdo, localizó al agente de Express que debería salir el día 5 en la mañana para Laredo, y lo puso de acuerdo en que, al detenerse el tren en la estación de bandera El Peñasco, tuviera cerrada la puerta del carro que da frente a la estación y abierta la del lado opuesto que da al campo; y convinimos en que el compañero Víctor Nava pasaría a las dos de la mañana del día 5 por el señor Madero a la casa de Julio Peña, y a esta hora los conduciría a pie hasta la estación El Peñasco para que allí subiera al Express el señor Madero y al carro de segunda Julio Peña. El mismo Nava se lo comunicó al señor Madero para que estuviera prevenido. Así se hizo, y el señor Madero, sin ir disfrazado, subió al Express a las 7 a. m. del día 5 de octubre de 1910; pero tuvo la sorpresa, que por fortuna fue pasajera, de que ese día agregaron otro carro Express al tren, y sin estar de acuerdo el ayudante que lo conducía, también llevaba cerrada la puerta que da a la estación y abierta la que da al campo, y el señor Madero subió a este carro en lugar del otro, dándole buen susto al ayudante, que le preguntó qué deseaba. Le contestó el señor Madero diciéndole quién era y que había subido al carro porque le habían dicho que todo estaba arreglado para conducirlo hasta Laredo. Entonces el ayudante se repuso de la sorpresa y le manifestó su conformidad.

A la estación siguiente ya iban comunicados el agente señor F. Maldonado y el ayudante, un joven Espinosa, de Saltillo, y le prepararon su escondite tras de las petacas del Express. Al llegar a Laredo se detuvo el tren antes de llegar a la estación, para que bajara, y junto con Peña tomaron un coche que para el efecto tenían preparado los mismos ferrocarrileros, porque todos eran simpatizadores, para que antes de que entrara el tren a la estación ya el señor Madero fuera pasando el puente sin dar a sospechar que fuera pasajero, puesto que apenas en ese momento iba llegando el tren a la estación.

Al llegar al lado americano, el señor Madero no pudo reprimir su entusiasmo, y se dio a reconocer, cuya noticia cundió en el acto por todas partes.

Ya arreglada la salida como queda dicho, procedí de acuerdo con la familia de la señora viuda de Rodríguez y con la familia del ferrocarrilero Jerónimo Mazcorro, a organizar un día de campo para que las familias salieran en el mismo tren del día 5 a la estación El Peñasco, con objeto de que se detuviera el tren lo suficiente para que lo abordara el señor Madero, mientras las familias bajaban muy despacio de todos los carros por el frente de la estación, para llamar la atención de los pasajeros, tal como sucedió.

Ya organizado todo esto y del conocimiento del fugitivo, a las 7 p. m. me cambié a la casa del señor Jerónimo Mazcorro, donde cité al Lic. Roque Estrada para el día 5 en la noche, a fin de salir a Laredo en el tren del día 6, en la misma forma que el señor Madero, y así lo hicimos, interviniendo los mismos organizadores del propio día de campo, que se repitió, más el agente de Express Juan Pepí. Hicimos el viaje no muy tranquilos, porque en el camino nos comunicaron los ferrocarrileros que ya era pública en todas partes la noticia de la fuga del señor Madero.

Los partidarios que tuvieron conocimiento de la salida del señor Madero de la ciudad, se encargaron de correr la versión de que ese mismo día había amanecido muy enfermo de los riñones, y el Lic. Roque Estrada, que dirigía esta maniobra, se hacía presente en todas partes y a todas horas para no dar a maliciar nada a la policía, hasta que se reunió conmigo en la noche, en la casita en que estaba oculto. Para el día 7 en la mañana ya era pública en la ciudad la noticia, pero las autoridades no la sabían hasta que de México le telegrafiaron al Gobernador, ingeniero José María Espinosa y Cuevas, que informara qué pasaba con lo que se decía en Estados Unidos del señor Madero, y contestó que Madero estaba enfermo, en su casa, y bien vigilado, porque los periodistas y un enviado del Gobernador había ido a ver a Sarita, quien les informó que su esposo estaba en cama muy enfermo y que en esos momentos dormía profundamente; y buen chasco llevó el Gobernador cuando en seguida le confirmaron la noticia desde México, según se dijo, con una buena reprimenda.

Esta relación demuestra la simpatía general que había para la bandera del antirreeleccionismo, y que las autoridades policíacas no eran muy hábiles para la vigilancia y persecución de los enemigos políticos del Gobierno."

EL PLAN DE SAN LUIS

El Plan de San Luis Potosí, bandera prístina del último movimiento renovador de México, está fechado el 5 de octubre de 1910. Pero esta fecha es históricamente ficticia, porque así lo exigieron los acontecimientos y las circunstancias de entonces.

No podría yo precisar de una manera exacta la fecha en que Francisco I. Madero firmó el Plan de San Luis Potosí, pero sí puedo asegurar que este acto, que de tanta trascendencia ha sido para nuestra patria, se realizó en San Antonio, Texas, entre el 8 y el 10 de octubre de 1910. El 6 de octubre de aquel año, el Apóstol Madero quebrantando la libertad caucional de que disfrutaba en San Luis Potosí y que estaba afianzada por el señor Barrenechea, pudo escapar hacia la frontera del Norte, protegido, principalmente, por sus correligionarios el doctor don Rafael Cepeda y don Julio Peña. Al llegar a San Antonio, Texas, en donde nos encontrábamos algunos de los principales conjurados, lo recibimos con desbordante entusiasmo, y oímos de sus labios la declaración definitiva de llevarnos muy en breve a la acción revolucionaria efectiva. Pero fue preciso esperar el arribo de otros compañeros, especialmente del licenciado don Roque Estrada, cuya realización estaba ya peligrando a causa de la publicidad que se había dado a la fuga del candidato antirreeleccionista. El licenciado Estrada estaba, hasta entonces, preso y disfrutando de libertad caucional, lo mismo que el señor Madero, en la ciudad de San Luis Potosí, pero la fuga de uno y de otro se había preparado separadamente. Una vez que llegó a San Antonio el licenciado Estrada, con quien el señor Madero había tenido largas conversaciones previas sobre el particular, resolvió reunir a algunos de los correligionarios que, por razones de nuestra anterior actividad política, nos encontrábamos expatriados

en la ciudad del Alamo, a efecto de dar forma definitiva al llamamiento a las armas que habría de ser lanzado a los mexicanos libres, para derrocar la arraigada y fuerte dictadura del general Porfirio Díaz.

Fuimos escogidos para tal efecto los licenciados Roque Estrada y Federico González Garza, Enrique Bordes Magel y yo. El primero había sido un esforzado acompañante del señor Madero en sus jiras por la República en propaganda de nuestros ideales, y su talendo y erudición habían sido de gran utilidad para la causa, porque su convencida y sesuda elocuencia impresionaba hondamente a las masas; González Garza, al frente del Comité Ejecutivo del Partido Antirreeleccionista, había resistido heroicamente en México los embates del poderoso enemigo del movimiento, que no era otro más que el gobierno porfirista, hasta agotar vanamente todos los recursos legales para obtener la declaración legislativa de la nulidad de elecciones; Bordes Mangel, con el influjo arrebatador de su inteligencia y de su fe, también había arrastrado con su elocuencia a las multitudes en la reciente campaña electoral: y yo, aunque de competencia intelectual muy inferior a la de mis citados amigos y compañeros, tenía para Madero el antecedente de una vieja amistad escolar y de mis esfuerzos periodísticos en el, para nosotros, glorioso MEXICO NUEVO.

Madero se hospedaba transitoriamente en el domicilio de otro amigo nuestro de las aulas, Ernesto Fernández Arteaga, que en unión de su esposa y de su hijita residía entonces en San Antonio, Texas, y que estaba ubicado en el número 520 de la West Macon Street. La vigilancia del Consulado Mexicano sobre los expatriados antirreeleccionistas era asidua, especialmente desde el día de la llegada de Madero, y no perdía ocasión de denunciarnos ante las autoridades norteamericanas como violadores de las leyes de neutralidad, aunque en realidad no teníamos la menor culpa en este particular, hasta aquellos momentos. Por lo tanto, había que guardar las mayores precauciones, y por eso decidimos reunirnos en un domicilio particular que, en aquel país ha sido y es estrictamente inviolable. Esto no obstante, se dispuso que durante nuestra conferencia vigilasen el exterior de la mansión los correligionarios Fernández Arteaga y Aquiles Serdán, para evitar cualquier sorpresa peligrosa.

La evasión del señor Madero no se debía al deseo, explicable, pero siempre egoista, de librarse de las garras de sus enemigos, que

bien pudieran causarle mayores daños en momento próximo; se debía a su resolución de iniciar la insurrección armada contra la dictadura, ya que se habían agotado todos los recursos legales para que la nación fuese reintegrada al régimen institucional, y el pueblo, en todos los ámbitos de la República, exigía acción violenta, pues no quería seguir siendo gobernado como hasta entonces. Sabía Madero que sus partidarios eran numerosos ya y sabía también que su número se duplicaría en el instante mismo en que fueran llamados a empuñar las armas en defensa de sus derechos ultrajados, pero que si procedían sin organización, como otras veces lo habían intentado sin éxito, volverían a ser aniquilados por los poderosos elementos de fuerza de que disponía la dictadura. Así, pues, al huir de San Luis Potosí para ganar la frontera y pasar a un país en el que, a cubierto de la persecución inmediata de la dictadura, pudiese dar forma y organización definitivas a su empresa, llevaba ya bien trazados en su mente los puntos esenciales de la proclama insurgente que habría de servir de bandera a la acción del pueblo.

Fijados, discutidos, ampliados y precisados dichos puntos, el Apóstol distribuyó la tarea de la redacción de los mismos, entre los correligionarios a quienes me he referido, según la inclinación y la relativa preparación de cada uno de ellos. Digo "relativa" preparación, porque todos éramos jóvenes y, aunque habíamos pasado por las aulas, no teníamos aún lo capital de todas las preparaciones, que es la experiencia, la cual hubimos de ir adquiriendo ulteriormente merced a un vivir muy accidentado y doloroso... Entiendo que el licenciado don Federico González Garza, uno de los más prominentes y respetables veteranos civiles de la Revolución, logró conservar en sus archivos personales los respectivos borradores originales de cada uno de los corredactores del Plan de San Luis Potosí.

Sin pretender que tal documento sea perfecto, sí puede afirmarse que es profundamente sincero en toda su médula y que alcanzó a ser comprendido por el pueblo a quien iba dirigido, según lo demostró la entusiasta actitud inmediatamente asumida por las masas populares de toda la República. El Plan de San Luis Potosí no puede ser considerado como un "cuerpo de leyes", según han pretendido hacerlo algunos de sus críticos, pues únicamente quiso ser un LLAMAMIENTO A LAS ARMAS, con exposición de los motivos que lo originaban y con señalamiento de los anhelos básicos cuya realización se perseguiría en la lucha a la que se convocaba.

En consecuencia, sólo contiene principios SUBSTANTIVOS y deja la reglamentación y legislación ADJETIVA a la voluntad ciudadana, ajustada a las necesidades de la realidad, para después del *triunfo principal del movimiento armado. Esta labor adjetiva ha* venido y sigue realizándose, a través de las mil vicisitudes de los acontecimientos sucesivos. Pero el Plan de San Luis Potosí (que, por razones obvias, desde San Antonio, Texas, se fechó retroactivamente el 5 de octubre de 1910 en San Luis Potosí) sigue siendo la prístina y substancial bandera de la Revolución Mexicana.

Han transcurrido 20 años desde que flameó esa bandera a los vientos de la patria mexicana. De los cinco coautores directos del Plan de San Luis Potosí han muerto dos y vivimos tres. Los muertos son: el Presidente Madero, vilmente asesinado por los pretorianos y los reaccionarios en 1913, y Enrique Bordes Mangel, quien *sucumbió hace pocos meses en la Baja California, en triste miseria* y envuelto en las negras alas del desaliento moral y de la decepción política. Los tres supervivientes seguimos en la brecha dando a la patria lo que podemos darle en cada momento, y firmemente seguros de que, aunque nosotros mismos no hayamos de presenciarlo, un día llegará en el que, para bien de México, se habrán realizado plena y esplendorosamente los anhelos contenidos en el Plan de San Luis Potosí.

Tercera Parte

PROYECCIONES EXTERNAS E INTERNAS DE LA REVOLUCION.—EL MOVIMIENTO ARMADO: COMBATE DE CASAS GRANDES.—DIVERSAS GESTIONES PACIFISTAS.—BATALLA Y TOMA DE CIUDAD JUAREZ.—EL TEXTO AUTENTICO DE LOS CONVENIOS DE CIUDAD JUAREZ

En consecuencia, ello contiene principios SUBSTANTIVOS y deja la reglamentación y legislación ADJETIVA a la voluntad ciudadana, ajustada a las necesidades de la realidad, para después del triunfo principal del movimiento armado. Esta labor adjetiva ha venido y sigue realizándose, a través de las mil vicisitudes de los acontecimientos sucesivos. Pero el Plan de San Luis Potosí (que, por razones obvias, desde San Antonio, Texas, se fechó retroactivamente el 5 de octubre de 1910 en San Luis Potosí) sigue siendo la primera y substancial bandera de la Revolución Mexicana.

Han transcurrido 20 años desde que flameó esa bandera a los vientos de la patria mexicana. De los cinco signatarios directos del Plan de San Luis Potosí han muerto dos y vivimos tres. Los muertos son: el Presidente Madero, asesinado por los pretorianos y los reaccionarios en 1913, y Enrique Bordes Mangel, quien [illegible] seguros de [illegible] de presenciarlo, un día llegará en el que, para bien de México, se habrán realizado plena y esplendorosamente los anhelos contenidos en el Plan de San Luis Potosí.

COMO ENTRO A MEXICO AQUILES SERDAN EN 1910

(1910).—¡Oh, recuerdos, ora tristes, ora inefables de la época del refugio de los maderistas en San Antonio Texas, en 1910! En mi próxima nota he de referirme con pelos y señales, a los principales refugiados de entonces, muchos de los cuales hoy ocupan puestos prominentes, mientras que otros han pagado el inevitable tributo a la Naturaleza, sea por voluntad de la Parca, o por violencia de la Tragedia. E ilustraré mis narraciones con fotografías inéditas, que quizá ni los mismos supervivientes posean ya. Por hoy, sólo quiero hablar de Aquiles Serdán y del modo como entró a México, en vísperas de que estallara el movimiento armado de 1910, disfrazado de acaudalada e interesante viuda.

Desde muy joven Aquiles Serdán tuvo una calva resplandeciente. En él Dálila no hubiera podido desarmar al héroe cortándole los cabellos y haciéndole perder la fuerza de su brazo por ser esclavo de unos ojos bellos.

Conocí la calva de Aquiles Serdán cuando vino a la metrópoli, procedente de Puebla, para participar en la gran Convención de los Partidos Nacional Antirreeleccionista y Nacionalista Democrático, que se celebró en el Tívoli del Elíseo en 1910, y de la cual surgió la candidatura presidencial de Francisco I. Madero. Pero si su calva me era conocida, sólo alcancé a conocer su alma algún tiempo después. Bien es cierto que ya tenía conocimiento de las actividades libertarias de Serdán en Puebla; pero no pude apreciarlas en toda su fuerza, en toda su entereza y en toda su sinceridad, sino cuando el destino nos conectó en confidencias inolvidables.

Era vástago de ilustre familia Aquiles Serdán. La ortografía de su apellido extraña a muchos, y voy a explicar el caso, que conocí de labios del héroe. Originariamente, su apellido principiaba con

una C, era Cerdán y no Serdán. Los Cerdanes tienen viejo arraigo en la tierra española. Pero sucedió que un tío de Aquiles, don Agustín Cerdán, rico hombre de negocios de la época lerdista y de la inicial del porfirismo, empresario de los tranvías de México y otras cosas, tuvo disgustos de familia con el padre de Aquiles, tan hondos, tan enconados al parecer, que el progenitor del mártir de Santa Clara decidió modificar la ortografía de su apellido, como para señalar el definitivo desprendimiento de la otra rama de sus allegados. Por parte materna, tengo entendido que Aquiles era nieto del ilustre general Cástulo Alatriste, de meritoria recordación poblana y aun nacional, por los valiosos servicios que prestara a su Estado y a su patria grande. Educado en las ideas liberales de aquellos tiempos, Aquiles sintió siempre profunda devoción por los hombres de la Reforma y la segunda Independencia. Era natural, pues, que desde temprano se sintiera inclinado hacia el antirreeleccionismo libertario.

Aquiles fue reacio a la asistencia a las aulas, y desde su adolescencia se apartó de las carreras librescas, y a pesar de su prosapia, se consagró a actividades manuales en el ramo de peletería. Así pudo conocer a tiempo y de verdad las justas ansiedades del pueblo. Tuvo constante y directo contacto con los obreros de Puebla. Supo de sus dolores y de sus nunca realizadas esperanzas, conoció sus privaciones y presenció los abusos de que eran víctimas. Muy a menudo los consoló y conminó a la paciencia, con su palabra fraternal y persuasiva; pero cuidando siempre de no destruir en ellos el espíritu de dignidad y de justa protesta, que debería estar enhiesto en un momento dado. De esta guisa, sin quererlo, ni pretenderlo, Aquiles llegó a ser un líder genuino del proletariado poblano, que veía en él un guía y un preceptor comprobadamente desinteresado.

Cuando Madero y los suyos dieron consistencia a la tendencia de liberación cívica que cristalizó en el Antirreeleccionismo, naturalmente Aquiles Serdán fue una de las principales figuras del Partido de su Estado natal y trajo representaciones a la Convención de 1910. En ella le conocí de cerca, e intimamos. Era franco y leal, decía lo que sentía, no tenía vanidades de intelectual y expresaba sus opiniones y doctrinas en estilo sencillísimo, muy parecido al del Apóstol Madero, aunque con mayor fogosidad externa. Cuando la Convención se clausuró, me dijo Aquiles abrazándome:

"—Ahora tengo que trabajar mucho en Puebla. Quién sabe cuándo nos volvamos a ver; pero tenga usted entendido que según toda probabilidad, ello será ya en el campo de la lucha activa..."

Y así fue, en efecto. Ante el fraude electoral de aquel año, Aquiles agitó a los obreros de Puebla, y fue enérgicamente perseguido por el gobierno del general Mucio P. Martínez, quien por virtud del abolengo de Aquiles Serdán agotó previamente todos los medios de persuasión, pero el patriota era indómito y se negó a suspender sus actividades. Tuvo que ocultarse y que salir del territorio poblano primero, y del territorio nacional después. Lo encontré en San Antonio, Texas, en junio o julio de 1910. Yo también, como es sabido, había tenido que expatriarme, por causas si no idénticas, sí análogas y de la misma finalidad.

En San Antonio llevábamos los expatriados, cuyo número fue creciendo día a día, una vida precaria, pues todos carecíamos de recursos y a duras penas soteníamos nuestras existencias. Especialmente desde que llegó Madero a San Antonio, se aumentó el número y se intensificaron las actividades de la colonia revolucionaria. Los emisarios de toda la República iban y venían, llevando noticias y trayendo instrucciones. Entre ellos, encontrábase Carmelita Serdán, la después heroica hermana de Aquiles, quien fue y vino varias veces. La fecha fijada se acercaba... Fue preciso que los designados para encabezar el movimiento en las diversas regiones del país estuvieran en sus sitios, bien provistos de ejemplares del Plan de San Luis. Todos llegaron felizmente a sus destinos; pero el regreso de Aquiles Serdán se hacía singularmente difícil, en razón de ser tan conocido en Puebla y de la tenaz persecución que se le había hecho. Decidimos entonces disfrazarlo de "viuda", con amplia falda negra (por fortuna no existía entonces la falda corta), velo negro de crespón que le cubría el rostro y guantes del mismo color, que disimularan el vello de las muñecas y el tamaño de las manos. Las señoras de los expatriados cosieron la indumentaria. Pero una vez que Aquiles se la probó, comprendimos que el peligro no había desaparecido del todo, a pesar del disfraz, pues las manos, la voz y los pies delataban al varón. Para evitar siquiera a medias una emergencia, era preciso que alguien más acompañase a Aquiles en su peligroso viaje. Además, una "viuda decente" no podía viajar sola. Decidimos que la acompañaran dos sobrinos severamente enlutados, y éstos fueron dos muchachos cajistas de mi *México Nuevo*, uno, Fausto Nieto y Horta el otro.

Ni un momento vacilaron esos bravos muchachos; al contrario, se mostraban satisfechos por la distinción que se les hacía, exponiéndolos a un peligro que al fin los alcanzó trágicamente. ¡Todavía entonces, la Revolución no tenía zurupetos!

El viaje hasta México no tuvo contratiempos, y en esta capital Aquiles tuvo la audacia de sorprender con su visita, en traje de viuda, a varios correligionarios nuestros. Entiendo que para ir a Puebla cambió de disfraz. Y estuvo oportunamente en su punto, tan oportunamente, que sobrevino la tragedia de la calle de Santa Clara, el 18 de noviembre de 1910. ¡Epico episodio, digno de los más heroicos anales!

ACTIVIDADES DE LA "FAMILIA REVOLUCIONARIA" EN LOS ESTADOS UNIDOS

La interesante ciudad del Alamo —San Antonio Texas y antes de Béxar— que fuera en la época colonial centro de misiones evangélicas y que más tarde presenció la lucha de emancipación de los texanos que lograron dominar a las huestes de Santa Anna, se convirtió en 1910 en el foco máximo del movimiento maderista, que se preparaba. Más al oeste, en El Paso, operaba otro núcleo de revolucionarios, bajo la dirección de don Abraham González, prototipo de patriotas ardientes, valerosos y quijotescamente honestos. En la República misma alentaban grupos relativamente organizados, bajo adecuadas direcciones: con Cosío Robelo y Robles Domínguez, en la capital; con don Manuel Bonilla y Heriberto Frías, secundados por José Ferrel, en Sinaloa; con don José María Maytorena, Juan Cabral y Manuel M. Diéguez, en Sonora; con Alfredo Alvarez, León Allaud, Gabriel Gavira, Cándido Aguilar y "el talabartero" Tapia, en Veracruz; con el tabasqueño Pino Suárez y otros esclarecidos peninsulares en las regiones sudorientales; con los Figueroa y José I. Lugo (Zapata no había surgido todavía), en Morelos y Guerrero; con Antonio I. Villarreal, en Nuevo León; con Rafael Cepeda y Fuentes Vargas, en Coahuila y San Luis Potosí; con Luis Moya y Enrique Estrada, en Zacatecas; con el doctor Silva y con Pascual Ortiz Rubio, en Michoacán; con los amigos de Aquiles Serdán, en Puebla; con Ramón Rosales, en Hidalgo... ¡Qué se yó con cuántos más y en cuántos sitios! No quiero extender la lista, temeroso de incurrir en omisiones injustas para la meritísima memoria de los iniciadores de la Revolución, que era entonces pura y no tenía zurupetos. Casi todos los reyistas, decepcionados ante las entonces inexplicables vacilaciones de don Bernardo,

palpitaron de fe maderista por todos los ámbitos de la República. Pero San Antonio Texas fue el foco máximo de la dirección del movimiento, cuando éste inició sus actividades prácticas, pues Madero, convertido de candidato civil en caudillo revolucionario, desde la Ciudad del Alamo desparramaba instrucciones a sus lugartenientes.

Cuando yo llegué a San Antonio, en junio de 1910, la "familia revolucionaria" era todavía muy escasa. Allí estaba establecido don Paulino Martínez, poseedor de una imprenta en la plaza de Santa Rosa, frente al mercado, en la que editaba un periódico, *La Voz de Juárez*, de tendencias libertadoras y profundamente antiporfirista, pues don Paulino había sido de los precursores que de tiempo atrás venían combatiendo a la Dictadura y que aun llegaron a efectuar algunas desdichadas incursiones en territorio nacional, con las armas en la mano. El periódico era ávidamente leído por la población mexicana de la ciudad y de los campos, la que sufragaba gustosa los gastos de la publicación. Además, de su peculio personal Madero había ayudado a don Paulino, de modo que éste tenía por aquel entonces un mediano pasar, y había logrado hacerse propietario de una casita y de un solar. Yo llevaba instrucciones de apersonarme con él, tan luego como llegara a San Antonio, y de ponerme a colaborar en sus lides periodísticas, entretanto se me definían más personales tareas revolucionarias. Llegué a San Antonio con sólo siete dólares en el bolsillo, por manera que dicha colaboración me era indispensable para subsistir. Mi *México Nuevo* lo había dejado en manos de Cosío Robelo y del administrador don José M. Sánchez, con encargo de que atendieran a los gastos de vida de los míos. Don Paulino no tenía más colaborador que el joven nayarita Alfonso Zaragoza, que tanto se distinguió después de la Revolución con la pluma y con las armas y que en 1913 fue fusilado por Victoriano Huerta, en virtud de su fidelidad al maderismo. Don Paulino me dio la bienvenida y durante un par de semanas me ministró un dólar diario por mi colaboración cotidiana, amén de algunas refrescantes tomas de *ice-cream-soda* y de algunas rebanadas de sandía helada para aliviarme el calor sofocante. Allá encontré también a Ernesto Fernández Arteaga, consagrado a negocios particulares, y al coronel don Miguel Albores, antirreeleccionista chiapaneco, muy versado en andanzas bélicas en las Repúblicas centroamericanas, y que ahora venía a ponerse a las órdenes de nuestro inminente movimiento.

Más tarde empezaron a llegar otros muchos refugiados, a quienes les era imposible seguir viviendo en México, especialmente después de la clausura de mi *México Nuevo*, y de las enconadas persecuciones y aprehensiones de septiembre de 1910, época en que el gobierno porfirista se dio ya exacta cuenta de la seriedad del movimiento armado que se preparaba. Fueron llegando sucesivamente Madero y sus hermanos, Roque Estrada, los González Garza, Aquiles Serdán, Enrique Bordes Mangel, Arturo Lazo de la Vega, Francisco J. Múgica, los hermanos Magaña, Sevilla, los hermanos Vázquez Gómez, un simpático grupo de estudiantes revolucionarios encabezados por Juan Andreu Almazán, César López de Lara, muchos en fin... Algunos iban y venían, pues sólo iban a San Antonio en pos de instrucciones definitivas. Allí conocí a don Manuel Bonilla y a don José María Maytorena. Más tarde fue también don Venustiano Carranza, en ocasión y con fines que he de narrar por separado. La existencia de la "familia revolucionaria" en San Antonio, Texas, duró, con alternativas de cantidad y de calidad, desde junio de 1910, hasta abril de 1911.

Todos estábamos perfectamente unidos. Una vez, en el "saloon" de los Cuernos, en Houston Street, hubo un altercado entre Enrique Bordes Mangel y Aquiles Serdán, en que los ánimos se agriaron bastante, pero que yo logré calmar con persuasivas y patrióticas razones. La causa del altercado fue que mientras Serdán consideraba nuestro triunfo inmediato y fácil, Bordes Mangel opinaba de modo distinto y temía que una gran parte de la gente que considerábamos comprometida con nosotros, a la hora del peligro real y de la acción efectiva "se rajaría". Aquiles tenía una fe ciega en nuestros partidarios. Desgraciadamente, algunos hechos vinieron a demostrar más tarde que Bordes Mangel no carecía de razón...

Todos vivíamos modestamente. Yo pude obtener un crédito que me permitió montar una modesta imprenta, en la que se publicaba *México Nuevo* en su tercera época, con Lazo de la Vega al frente. Tenía cuatro cajistas, entre ellos los hermanos José y Fausto Nieto. Mi hijo Juan, niño todavía, desde las cinco de la mañana, en una bicicleta, repartía el periódico por la ciudad, antes de ir a recibir sus clases en el colegio en que lo puse. ¡Días inolvidables aquellos impregnados de nobles espiraciones, de intensa fe y de genuino espíritu de sacrificio! ¡Días cuya recordación me es más grata que la de los sosegados y brillantes que disfruté en las curules de las Cámaras y en los salones diplomáticos de Europa...!

Tres acontecimientos de esa época sobresalen en mis remembranzas: la redacción del Plan de San Luis, que ya he narrado, y estos otros dos:

Hallábame cierta vez afeitándome en una barbería del barrio mexicano. Navaja en ristre el fígaro, que no me conocía, empezó a comentar las noticias que se recibían de México. Era un porfirista rabioso, y trinaba contra los maderistas. "Si yo tuviera a cualquiera de ellos a mi alcance, decía, lo degollaría sin piedad..." Y blandía la navaja. El lector se imaginará mis emociones. Guardé profundo silencio, y no volví más a esa barbería.

El otro recuerdo es el de la fiesta nacional del 15 de septiembre de 1910, día del primer Centenario, la cual se celebró popularmente en el Parque de San Pedro. La muchedumbre pidió que yo hiciera uso de la palabra, y consentí. Nunca tuve igual emoción en la tribuna. Imaginábame al Dictador que a esa hora estaría en el Palacio Nacional, rodeado de las suntuosas embajadas extranjeras, haciendo resonar el bronce sagrado de la campana de Dolores. Y dije a la muchedumbre que esa sería la última vez en que el viejo caudillo del 2 de abril lo hiciera, pues en lo sucesivo lo harían otras manos, libertadoras del pueblo... Y se cumplió mi profecía.

Sería injusto no recordar con gratitud intensa y cariño sincero, a aquella regiomontana doña María, que tenía un modesto restaurante mexicano, y que tantas veces nos dio de comer sin cobrarnos nada. Años después volví a México y yo logré que don Venustiano Carranza le otorgara una pensión. Al regreso de uno de mis viajes a Europa, supe que había muerto. ¡Descanse en paz aquella bienhechora de los patriotas expatriados de 1910!

LOS POSTULADOS INTERNACIONALES DE LA REVOLUCION

Cuando yo llegé a Wáshington, en diciembre de 1910, procedí inmediatamente a redactar un memorándum, que hice llegar tanto al Gobierno de la Casa Blanca como a las Embajadas y Legaciones locales de los gobiernos extranjeros que a la sazón mantenían relaciones de amistad con la República Mexicana. En él explicaba la justificación, índole y finalidades del movimiento armado que acababa de estallar. Ignoro la atención que las Cancillerías hayan prestado a dicho documento.

Pero cuando Francisco I. Madero se hubo internado en territorio nacional y fue reconocido por las fuerzas insurrectas como Presidente Provisional de la República, uno de sus primeros cuidados fue el de enviar una nota formal a los países amigos de México, explicando la insurrección, fijando normas humanitarias al desarrollo de las operaciones bélicas y ofreciendo garantías a las personas e intereses extranjeros vinculados en la República. Esta nota fue recibida por la Agencia Confidencial en Wáshington, a cuyo frente estaba ya el doctor Francisco Vázquez Gómez y de la que yo era secretario, con instrucciones de hacerla llegar a sus destinos; lo cual hicimos, dos semanas después de haberla recibido, pues quisimos aprovechar para ello un momento favorable para la Insurrección.

Más tarde, en el curso de mis funciones diplomáticas, pude saber retrospectivamente que esa nota causó honda impresión en las Cancillerías y fue estudiada y considerada con sumo cuidado, llegándose a la conclusión de que el movimiento mexicano era radicalmente distinto de los muchos "pronunciamientos" militaristas que se han registrado en los anales de la historia latinoamericana. A esta conclusión habían llegado dos cancillerías europeas,

que años más tarde tuvieron la complacencia de poner en mis manos sus expedientes respectivos, para ilustrar mi criterio.

De buena fuente sé también que el Gobierno de la Casa Blanca, a consecuencia de aquella nota, tenía virtualmente resuelto reconocer la beligerancia de los insurrectos maderistas el primero de junio de 1910. Pero el movimiento armado tuvo una rápida terminación con los convenios de Ciudad Juárez y la renuncia y retirada del General Porfirio Díaz, y por eso las cancillerías quedaron ya exoneradas de dar contestación a la nota del Presidente Provisional, Francisco I. Madero.

Esta, que debe ser considerada como el primer documento diplomático de la Revolución, aunque existe en los archivos de muchas cancillerías extranjeras, no existe en el archivo de la nuestra; y por ese motivo, para que sea debidamente recogido y conservado, lo reproduzco a continuación:

"Al margen un sello que dice: "Gobierno Provisional de la República Mexicana".

Excelentísimo Señor:

Tengo el honor de exponer ante V. E. las razones que imperiosamente han obligado al Pueblo Mexicano a tomar las armas para librarse de la tiranía de autoridades anticonstitucionales y restablecer el régimen legal en el Gobierno, y la soberanía popular en la República Mexicana.

Se trata en el presente caso de una INSURRECCION NACIONAL justa y obligada, porque el Pueblo Mexicano agotó vanamente los recursos legales y pacíficos, primero para votar libremente en las elecciones, y después para denunciar y nulificar el escandaloso fraude electoral que se cometió; patriótica, porque no tiene más fin que el de restablecer el régimen constitucional; y, por último, necesaria porque hace muchos años que no se hace justicia a quien la merece: de donde resulta que el Pueblo Mexicano vive sin disfrutar las garantías que le conceden las leyes.

Siendo estas las causas de la insurrección, el Gobierno Provisional espera de los sentimientos de humanidad y de justicia que norman la conducta de todos los pueblos civilizados, obtener la simpatía que han inspirado en todos los tiempos las luchas por la justicia y la libertad.

El Gobierno Provisional de la República dará en su oportunidad y en la debida forma, los pasos conducentes para obtener el justo

reconocimiento de parte del gobierno de V. E.; pero entretanto me permito llamar la atención de V. E. sobre los siguientes puntos y sobre las siguientes seguridades: A.—Los jefes de las fuerzas de la insurrección nacional tienen instrucciones estrictas y precisas de prestar sostenida atención a que, durante la contienda, sean observadas las leyes de la guerra, tanto en lo que ésta se refiere directamente, como en todo lo relativo a la neutralidad y garantías de que debe disfrutar el servicio de la ambulancia o la Cruz Roja de ambos partidos beligerantes así como las personas y propiedades de los extranjeros neutrales.

B.—El Gobierno Provisional de la República reconoce y refrenda todos los tratados internacionales vigentes, celebrados entre México y las potencias extranjeras antes del 30 de noviembre de 1910. Asimismo reconoce y respetará las obligaciones contraídas por el Gobierno de México, con corporaciones o individuos extranjeros, antes del 30 de noviembre de 1910.

C.—Desde el momento en que el Gobierno de una nación lo reconozca oficialmente, el Gobierno Provisional, en nombre de la República Mexicana, responderá por los daños y perjuicios DIRECTOS Y MATERIALES que la guerra ocasione a los ciudadanos o súbditos de aquella nación, en sus personas y en los intereses que tengan en el país. Esta garantía se hará efectiva desde el día en que se reconozca la beligerancia de las fuerzas insurrectas.

D.—En las aduanas marítimas y fronterizas ocupadas por el Gobierno Provisional, no serán reconocidos los documentos expedidos por las oficinas consulares del Gobierno usurpador; y para disminuir las trabas que la guerra pueda ocasionar al comercio, el Gobierno Provisional nombrará oportunamente Cónsules, Vicecónsules o Agentes Consulares en donde sea necesario, y si esto no fuere posible, se nombrarán agentes con instrucciones especiales en las aduanas y puertos que estén bajo la jurisdicción del Gobierno Provisional, para que después de revisar cuidadosamente la documentación respectiva, permitan la entrada de mercancías originarias de los países extranjeros amigos.

E.—El triunfo de la insurrección nacional está asegurado, porque cuenta con el apoyo del Pueblo Mexicano. En consecuencia, todo hace esperar que el estado de guerra será breve en la República Mexicana y que en fecha próxima, de conformidad con el Plan de la Insurrección y en acatamiento de la Constitución Federal, por cuyo restablecimiento se lucha, el Pueblo será convocado a elec-

ciones enteramente libres, a efecto de que quede reimplantado el repetido régimen constitucional.

F.—Aun cuando el Gobierno usurpador ha estado tratando de presentar la insurrección nacional como un movimiento de poca significación y de carácter simplemente depredatorio, los hechos están demostrando con toda evidencia que no es así, y que se trata realmente de una insurrección general en todas las regiones del país. El Gobierno usurpador ha comprobado, además, su absoluta impotencia no ya para sofocar del todo, sino para reprimir siquiera el creciente movimiento popular que apoya decididamente al Gobierno Provisional.

Los extranjeros residentes en las regiones ocupadas por las fuerzas de la insurrección, no han tenido motivo alguno de queja o reclamación contra actos indebidos de los insurrectos, cuyo comportamiento unánimemente califican de humanitario y de respetuoso para la propiedad privada. Los jefes de la insurrección han sabido reprimir con energía todo asomo de abusos que hayan podido intentar algunos individuos, ajenos a la lucha, que quizá pensaron servirse de la anormalidad de las circunstancias para provecho personal ilícito.

Con las precedentes observaciones, tengo el honor de poner en conocimiento de ese ilustre Gobierno, por el digno conducto de V.E., que los intereses del pueblo que representa están y estarán protegidos por el Gobierno Provisional de México, que me honro en presidir, y por todos y cada uno de los jefes militares con mando de fuerzas libertadoras.

Protesto a V.E. las seguridades de mi atenta consideración.

Guadalupe, Distrito de Bravos, Chihuahua, México, a 15 de febrero de 1911.

El C. Presidente Provisional de los Estados Unidos Mexicanos, Jefe de la Insurrección (firmado): Francisco I. Madero.—El C. Secretario General (firmado): Fed. González Garza.—Es copia que certifico.—El Srio. de la Agencia Confidencial (firmado): Juan Sánchez Azcona".

Por la preinserta nota que —lo repito—, impresionó a las cancillerías extranjeras, podrán comprender las generaciones pósteras que la insurrección de 1910 venía debidamente organizada, y que aquellos insurrectos eran algo más que vulgares "robavacas", como les llamaron los abúlicos y miopes aduladores de la dictadura.

ANTECEDENTES DE LA ACCION BELICA DE CASAS GRANDES

Una tarde del mes de noviembre de 1910, en San Antonio de Texas, acompañé a Madero por la ciudad, pues tenía él algunas compras que hacer, y en el camino íbamos hablando de los problemas que nos obsesionaban, ya que el inicio del movimiento armado estaba muy cercano.

Recorrimos Houston Street, donde mi amigo hizo algunas compras menudas, y después desvió nuestros pasos hacia Commerce Street y entró en un taller de zapatería, donde lo saludaron paisanos nuestros con todo afecto y consideración.

—¿Ya están? —preguntó Madero.

—Sí —le contestó el jefe del taller—, pero quiero que usted se las pruebe, por si conviene hormarlas.

Madero se quitó los zapatos y procedió a probarse unas botas amarillas de estilo "Chantilly". De eso se trataba. Eran las botas que se había mandado hacer para acudir al campo de batalla en un futuro muy próximo. Las halló bien, pagó, y dispuso que le fuesen enviadas a su residencia, pero recomendando que todo se hiciera con gran discreción, pues los esbirros, muy numerosos, del Consulado porfirista, nos seguían por todas partes y trataban de averiguar hasta la clase y número de los cigarrillos que fumábamos.

Aunque acostumbrado ya a que me había convertido en revolucionario de acción, eso de las botas me presentó de súbito la visión de la realidad ya muy inmediata, y recuerdo muy bien que ese detalle me preocupó durante algunas horas, pues me puso de manifiesto que lo que hasta entonces sólo habíamos tratado en discusiones y sobre el papel, era ya un hecho a punto de consumarse sobre las

campiñas de la patria, debiendo escribir en ella nuestras aspiraciones y nuestros anhelos, no ya con tinta, sino con sangre de patriotas.

El Plan de San Luis Potosí había fijado el 20 de noviembre para que el pueblo que nos siguiese se levantara en armas, y, como era natural, Madero ansiaba estar en territorio nacional para esa fecha, a efecto de encabezar personalmente el movimiento y de alentar con su presencia, en el campo de operaciones, los arrestos de sus partidarios.

Y como era muy natural también, ansiaba iniciar su personal actividad agresiva en su Estado natal, Coahuila, cruzando el Río Bravo cerca de Piedras Negras, para ocupar esta villa, que entonces se llamaba Ciudad Porfirio Díaz, y establecer en ella el embrión de un gobierno civil. Porque conviene precisar que, desde el primer momento de su insurrección, Madero —como Morelos cien años antes— pensaba que la institución de un gobierno civil debería ser la base de toda la acción insurreccional.

Para el efecto, había comisionado a su tío don Catarino Benavides para que reclutara voluntarios que lo recibieran cerca de Piedras Negras, habiendo proporcionado el armamento indispensable para tal fin. Don Catarino avisó que para la fecha fijada estarían listos de 500 a 800 hombres, y en tal virtud decidió Madero pasar el Bravo acompañado solamente de algunos partidarios de toda su confianza, ya que en territorio nacional había de encontrar un núcleo de partidarios pertrechados, con quienes iniciaría sus operaciones. Yo debería haber sido uno de sus acompañantes, según los planes primitivos; pero la negativa del doctor Vázquez Gómez de encargarse de la Agencia Confidencial en Wáshington, modificó a última hora tales planes, y recibí la orden de trasladarme a la ciudad del Potomac para desempeñar las funciones en principio encomendadas a dicho doctor, y siempre con instrucciones de convencerlo para que las aceptara, según pudo lograrse poco después.

El 20 de noviembre de 1910, Madero estaba al margen del Río Bravo, y envió a unos cuantos de sus acompañantes, entre los cuales se encontraban mis excelentes amigos Arturo Lazo de la Vega (que llegó a ser Brigadier del Ejército y fue fusilado en Pachuca en 1927, bajo la inculpación de rebelión) y el hoy coronel de artillería Octavio Morales, que, pasando la frontera, recibieran los contingentes ofrecidos por don Catarino Benavides, y esperaran la entrada del caudillo a territorio nacional. Llegaron dichos emisarios hasta el Rancho del Indio, sin encontrar gente alguna, y

como a las cinco de la tarde de ese día, don Catarino Benavides se presentó con cuatro hombres, declarando que no le había sido posible reunir más. Pero lo grave del caso fue que cuando los emisarios estaban recibiendo tan contraria noticia, se acercó una fuerte patrulla de rurales de la Federación, que estuvo a punto de capturarlos, habiéndose salvado a duras penas, cuando se echaron al río para atravesarlo a nado, empresa en la que perdieron hasta las polainas de cuero que llevaban puestas. (Narración de Lazo de la Vega al autor.)

Enterado Madero de este fracaso y amenazado con ser aprehendido por las autoridades de Texas, a pedimento de los Consulados porfiristas, hubo de refugiarse en Nueva Orleáns, con nombre supuesto. Allí permaneció durante varias semanas, mientras sus partidarios corrían la voz de que ya se encontraba en territorio mexicano. En Nueva Orleáns, Madero estuvo con Pino Suárez, quien allí había llegado, procedente de Tabasco, donde había encendido ya la tea de la revolución, al igual que en Yucatán. Para todos los que sabíamos dónde se encontraba Madero, hubo la consigna de no referirnos a él sino bajo el seudónimo de "el Doctor". En Nueva Orleáns, Madero trabó amistad con los conspiradores hondureños don Manuel Bonilla (no confundirlo con el ingeniero mexicano que más tarde fue Ministro de Comunicaciones en el Gabinete maderista), don Alberto Membreño y don Fausto Dávila. La conspiración hondureña tuvo el mismo buen éxito que la mexicana y el general Manuel Bonilla fue Presidente de Honduras al mismo tiempo que Madero lo fue de México. Don Alberto Membreño fue después Ministro de Honduras ante el Gobierno de Madero, mientras que nuestro amigo don Ernesto Fernández Arteaga, que fue en aquel entonces el hombre de confianza de Madero en Nueva Orleáns, ocupaba en Honduras el puesto de Ministro de México. De las conversaciones de Madero con Bonilla en Nueva Orleáns, surgió la idea de una posible alianza centroamericana con México, del cual proyecto he de ocuparme en otro capítulo.

Lo que pocos saben, es que, comprendiendo la necesidad de que Madero viniese a territorio nacional para ponerse personalmente al frente de la insurreción, pues ya la prensa oficiosa del porfirismo comentaba irónicamente su ausencia, estuvo decidido que el Caudillo, a bordo de una embarcación que tenía alistada Ernesto Fernández Arteaga, viniese a desembarcar en Veracruz, donde lo esperaban numerosos partidarios, a cuyo frente se encontraba don Alfredo Alvarez y don León Aillaud. Pero era preciso disponer de un buen

piloto conocedor de los accidentes marítimos que caracterizan los litorales veracruzanos, y tal piloto fue pedido a los amigos de Veracruz. Llegó a Nueva Orleáns don Roque González Garza a anunciar a Madero la próxima llegada del piloto, pero cuando éste llegó, ya el Caudillo se había visto precisado a internarse en territorio nacional por Chihuahua, según lo veremos más adelante.

Pudo Madero cruzar la línea divisoria por Chihuahua el 12 de febrero de 1911. Pero antes, entre el 5 y el 7 de ese mismo mes, ya Pascual Orozco, procedente de Ciudad Guerrero, había logrado acercarse a la frontera, teniendo por objetivo de sus operaciones ulteriores, sea Chihuahua, sea Ciudad Juárez, algunos de las poblaciones más importantes del Estado, en fin. Ya se habían registrado combates de importancia entre las fuerzas insurrectas y los federales, habiéndose distinguido, de las primeras, los jefes Pascual Orozco y José de la Luz Blanco (el que en Mal Paso deshizo las columnas del valiente coronel federal Guzmán, quien falleció a consecuencia de heridas recibidas en esa acción de guerra).

Orozco tenía un plan de operaciones más o menos definido. Pero tuvo que interrumpirlo cuando fue llamado a la frontera por el alto mando revolucionario. A este respecto, mi viejo amigo el coronel Octavio Morales, que estaba entonces al lado de Madero, me narra lo siguiente:

"Orozco fue llamado a la frontera con el pretexto de darle armas y municiones, y aunque éste era un hecho real, la verdadera idea del mando revolucionario fue que el Caudillo hiciera su entrada a territorio nacional, por lo que, al mismo tiempo que se pertrechaban las fuerzas, un grupo del futuro Estado Mayor Presidencial pasó la línea y anunció a Orozco que pronto lo haría también el Presidente Provisional, noticia ésta QUE NO AGRADO MUCHO AL GUERRILLERO, quien, tocado ya en su vanidad por las adulaciones de algunos de los suyos, así como de la prensa norteamericana, no era ya el buen Pascual que iniciara el movimiento en Ciudad Guerrero, sino el que más tarde había de encabezar la insubordinación en Ciudad Juárez contra el mismo Presidente Provisional y posteriormente contra el Gobierno legal de la Nación. Tan pronto como Orozco se dio cuenta de que pasaría el señor Madero y de que ya no sería el absoluto, abandonó la línea y se remontó a Ciudad Guerrero, no sin que antes algunos de los descontentos de él, se segregaran de sus fuerzas al darse cuenta de aquella escisión; siendo así como se formó la raquítica columna del Primer Mandatario provisional".

En mi próximo reportazgo seguiré narrando los pormenores de la importante acción de Casas Grandes, la primera de resonancia en la revolución maderista, ya que en ella resultaron heridos, los *dos en el brazo derecho, los jefes de los dos bandos contendientes*, el caudillo Madero y el general García Cuéllar, y en la que también fue gravemente herido y capturado uno de los antirreeleccionistas primitivos y de mayor empuje, el general e ingeniero don Eduardo Hay, uno de nuestros más distinguidos y competentes diplomáticos del régimen emanado de la Revolución.

[illegible] cruzar la línea divisoria por Columbus, el 14 de febrero de 1911. Para entonces [illegible] ya Pascual Orozco, procedente de Ciudad Guerrero, había logrado acercarse a la frontera, teniendo por objetivo de sus operaciones ulteriores, sea Chihuahua, sea Ciudad Juárez, algunas de las poblaciones más importantes del Estado, en fin. Ya se habían registrado combates de importancia entre las fuerzas insurrectas y las federales, habiéndose distinguido, en las primeras, los jefes Pascual Orozco y José de la Luz Blanco (el que en Mal Paso derrotó las columnas del valiente coronel federal Guzmán, quien falleció a consecuencia de heridas recibidas en esa acción de guerra).

Orozco tenía un plan de operaciones más o menos definido. Pero tuvo que interrumpirlo cuando fue llamado a la frontera por el alto mando revolucionario. A este respecto, un viejo amigo, el coronel [illegible], que estaba entonces al lado de Madero, me narra lo siguiente:

"Orozco fue llamado a la frontera con el pretexto de darle armas y municiones (aunque fue éste un hecho real); la verdadera idea del mando revolucionario era que el Caudillo hiciera su entrada a territorio nacional; por lo que, al mismo tiempo que se pertrechaban las fuerzas, [illegible] del futuro Estado Mayor Presidencial pasó la línea y avisó a Orozco que pronto lo haría también el Presidente Provisional, noticia ésta QUE NO AGRADÓ MUCHO AL GUERRILLERO, quien, herido ya en su vanidad por las adulaciones de algunos de los suyos, así como de la prensa norteamericana, no era ya el buen Pascual que iniciara el movimiento en Ciudad Guerrero, sino el que más tarde había de comenzar la insubordinación en Ciudad Juárez contra el mismo Presidente Provisional y posteriormente contra el Gobierno legal de la Nación. Tan pronto como Orozco se dio cuenta de que pasaría el señor Madero y de que ya no sería el absoluto, abandonó la línea y se remontó a Ciudad Guerrero, no sin que antes algunos de los descontentos de él, se segregaran de sus fuerzas al darse cuenta de aquella exclusión; siendo así como se formó la pequeña columna del Primer Mandatario provisional".

LA DERROTA DE LOS MADERISTAS EN CASAS GRANDES

Si Pascual Orozco no se hubiera contrariado tanto por el paso del caudillo Madero a territorio chihuahuense, dando cabida en su sentimiento a bastardos celos que más adelante habrían de convertirse en abierta rebelión, las fuerzas de su mando se hubieran incorporado en su totalidad al Presidente Provisional, y con esos contingentes es seguro que el resultado del combate de Casas Grandes hubiera sido otro del que fue. Eran muy pocos los hombres armados *que directamente acompañaban a Madero y estaban bajo sus inmediatas* órdenes cuando se internó en territorio nacional. Su significación, más que en el número, consistía en la calidad de ellos, pues eran verdaderos patriotas, convencidos libertadores, decididos a vencer o morir. Muchos de ellos se han distinguido altamente, más tarde, en sus respectivas actitudes y actividades. El turbio proceder de Orozco en aquellos momentos fue, quiero repetirlo, la causa determinante de la derrota maderista en Casas Grandes. Esa acción de guerra carece de mayor importancia desde el punto de vista del arte militar, y conforme a la ciencia de la guerra, en que soy lego, acaso sólo merezca el título de escaramuza. Pero hay que tener en cuenta que la acción de Casas Grandes *era la primera en la que* personalmente participaba el jefe supremo de la insurrección nacional y, por consecuencia, su resultado fue clamorosamente aprovechado por la publicidad porfirista, en el afán de quebrantar el ánimo de los insurrectos.

Uno de los hombres de armas que desde los primeros momentos estuvieron siempre al lado de Madero, fue el hoy coronel de artillería don Octavio Morales, oriundo de Oaxaca, muy joven en aquel entonces, y que poseía algunos conocimientos militares, por haber sido algún tiempo alumno del Colegio Militar de Chapultepec. Fue

de los que cruzaron el Bravo cerca de Piedras Negras al iniciarse la revolución, junto con Arturo Lazo de la Vega; habiendo tenido que reintegrarse a territorio norteamericano al no encontrar en el nuestro los contingentes que había prometido tener listos don Catarino Benavides. A este distinguido amigo mío debo la siguiente relación, totalmente inédita, de la acción de Casas Grandes:

"Al cruzar la línea divisoria el C. Presidente Provisional don Francisco I. Madero, después de haber fracasado el proyecto primitivo de iniciar la revolución en el Estado de Coahuila, se segregaron de la fuerza orozquista que asedió a Ciudad Juárez en febrero de 1911, algunos elementos que formaron la raquítica columna del Primer Mandatario, la que lo recibió con los honores que le correspondían. Como el movimiento revolucionario era demasiado débil aún, no tuvimos tiempo que perder y emprendimos la travesía por el desierto para cruzar la vía por Villa Ahumada; aprovechamos el ferrocarril en un pequeño tramo para hacer más rápida nuestra marcha e inutilizamos la vía y los elementos que nos sirvieron, al terminar de hacer uso de ellos.

Después de penosas y obligadas caminatas, llegamos a terreno en que por nuestros informes ya nos considerábamos seguros de persecuciones, a las que temíamos en un principio por nuestro corto número, por encontrarnos aislados en el desierto y por las obligaciones que teníamos de custodiar y conservar la existencia del Jefe del Ejército Libertador; pero una vez en mejores condiciones por lo que al terreno respecta, se nos impuso la necesidad de activar la campaña y de que se sintiera nuestra presencia en el teatro de los hechos. Quizá este deseo, muy acentuado en el señor Madero, fue uno de los orígenes principales del desastre de Casas Grandes.

Encontrándonos en San Buenaventura ("El Valle", como le llaman en la región), tuvimos la primera junta relacionada con las operaciones militares, a fin de resolver sobre si deberíamos marchar a unirnos con Pascual Orozco, que operaba en el rumbo de Ciudad Guerrero, o atacábamos la plaza de Casas Grandes, que había sido desocupada por una fuerte columna al mando del general federal Gordillo Escudero, dejando como guarnición un destacamento relativamente pequeño al mando del general Valdés. Optóse por esto último y se enviaron reconocimientos para recoger los informes de rigor, habiendo sabido de esta manera que en un punto cercano a Janos se encontraba el general Navarro con una fuerza de 800

hombres aproximadamente; con este informe marchamos rumbo a nuestro objetivo.

Era costumbre del señor Madero cambiar impresiones a diario con el Gobernador Provisional del Estado, don Abraham González, y con los miembros de su Estado Mayor, aisladamente; por lo que no me extrañó que una noche me llamara y entre la conversación me pidiera mi parecer sobre el ataque proyectado, haciéndome ver la circunstancia de que Navarro se encontraba a tres o cuatro jornadas, mientras que nosotros sólo a una, de la plaza disputada; y nuestro efectivo ya era igual al de Valdés, o casi, esto es, de 500 hombres. Mi opinión fue contraria a la idea de ataque, teniendo en cuenta la relación de efectivos y la suposición de que si el general Navarro forzaba sus marchas, como era su obligación, llegaría a la plaza quizá cuando estuviéramos más comprometidos; y como de igual idea fueron los señores Aguilar Olmos y García Vigil, según supe por el mismo señor Presidente, se ordenó una expedición para que trajera informes y, según fueran éstos resolver si se daba o no el golpe a Casas Grandes. Pero como el 5 de marzo, ya en las cercanías de nuestro objetivo, se nos incorporó una fuerza de 100 al mando del jefe orozquista Juan Dosal, subió tanto la moral en todos, que ya no se tuvieron en cuenta consideraciones militares y, bajo el entusiasmo se decidió emprender el ataque al día siguiente, con el plan optimista de atacar y tomar Casas Grandes en unas cuantas horas, hacerse de los elementos del enemigo y de nuestros partidarios en la plaza, salir al encuentro de Navarro y derrotarlo también.

A las tres de la mañana del 6 de marzo de 1911 fuimos despertados por el personal de servicio, y tras de tomar cada quien lo que pudo como desayuno, se organizaron tres columnas de ataque en la siguiente forma: la primera, a las órdenes directas del señor Madero, formada por lo que nosotros llamábamos nuestra "artillería", y que consistía en todos los armados con máuser, que deberíamos situarnos en las ruinas de Moctezuma, que eran algunos paredones sobre una pequeña prominencia que domina hasta cierto punto la población y se encuentra a unos 700 u 800 metros de la misma, yendo como ayudantes de esta primera columna Rafael Aguilar Olmos, Manuel García Vigil, yo y uno o dos más que no recuerdo; la segunda, al mando del jefe de la Segunda Zona, coronel José de la Luz Soto, con sus ayudantes; y la tercera al mando del jefe del Estado Mayor, coronel Eduardo Hay, con los jefes Giuseppe Garibaldi y Raúl Madero. La segunda de esas columnas debería

introducirse a la plaza por sorpresa siguiendo la carretera, y la tercera de igual modo por las riberas del río. Aunque ninguna de las dos pudo sorprender al enemigo, sí pudieron hacerse de las primeras casas, sin que hubiera habido carreras de asalto ni fortificaciones especiales hechas por la guarnición.

Pasados algunos minutos de habernos separado los elementos que integrábamos las columnas, se escuchó a orillas de la población el ruido de algunas descargas, y momentos después llegó el coronel Soto, comandante de la segunda fracción, muy disgustado porque había sido víctima de una emboscada y declarando no querer pelear más con los federales, "porque él no consideraba una lucha leal el sistema de emboscadas" (textual). Con él regresaron algunos elementos de su columna y el resto tuvo que internarse en la población, porque al pasar por una casa situada a orillas del camino, fueron atacados por la retaguardia. Respecto a la columna Hay, cumplió mejor su cometido, hasta que los hechos posteriores cambiaron su situación.

(Eduardo Hay y los suyos combatieron en las calles de la ciudad, cuerpo a cuerpo. Hay recibió varias heridas graves, la principal en un ojo, fue hecho prisionero y conducido a Chihuahua, de donde logró fugarse más tarde para reincorporarse al Ejército Libertad, no obstante sus heridas. Cuando en mayo de 1911 pudo llegar a C. Juárez, que estaba ya en nuestro poder, Eduardo Hay estaba virtualmente ciego y fue recibido con devoto entusiasmo por sus compañeros de lucha. Fue necesario que los médicos de El Paso le vaciaran el ojo herido, para evitar que perdiera también el otro. Desde su captura en Casas Grandes hasta su llegada a C. Juárez, Eduardo Hay vivió una verdadera odisea.—J.S.A.)

De acuerdo con nuestra opinión, expresada cuando se nos pidió a Aguilar, a García Vigil y a mí, respecto del ataque a la plaza, la columna García Cuéllar, que hasta entonces creíamos nosotros era de Navarro, forzó sus marchas y apareció ante nuestra vista a eso de las nueve de la mañana. Tan pronto como distinguimos al nuevo enemigo, cuya velocidad de marcha se notaba a simple vista, lo pusimos en conocimiento de nuestro jefe, quien, incrédulo, tomó la opinión de los que lo rodeaban. Algunos opinaron que la columna que llegaba era de Orozco, que venía en nuestra ayuda. No era lógica esta suposición; pero, desconocedores del terreno, esperamos que los hechos nos revelaran el enigma, cuando debimos haber mandado un reconocimiento para salir de dudas.

Nuestra base la teníamos establecida a retaguardia, en un rancho que se llamaba de Anchondo, si mal no recuerdo; nuestro frente lo constituía la población, el flanco izquierdo la Sierra y en el derecho teníamos Nueva Casas Grandes; a donde llegó el coronel federal García Cuéllar y allí tomó los datos necesarios para su ataque. Por consiguiente, para llegar a la plaza disputada, García Cuéllar tenía que cruzar el río, atacando a nuestras fuerzas que lo ocupaban. No podía atacarnos por la retaguardia, porque el movimiento era muy visible, dilatado y fatigoso para una tropa ya quebrantada por la celeridad y longitud de la marcha; y como el flanco izquierdo lo teníamos protegido por la Sierra, se deduce que el ataque que realizó fue el natural, más cuerdo y hasta pudiera decirse, en aquellas condiciones, el único. El ataque fue impetuoso y desconcertante, pero no surtió todos los efectos que de él esperaban los federales, seguramente porque García Cuéllar, al ser herido, no tuvo quién lo secundara en el mando.

(Bravo y caballeroso en lo personal fue siempre el después general García Cuéllar. Después del triunfo maderista, todos los revolucionarios tuvieron satisfacción en estrechar su mano; y en 1913, durante la usurpación huertiana, García Cuéllar tuvo varias atenciones con familias de revolucionarios, que no habían podido salir de la capital.—J.S.A.)

En los momentos de angustia que siguieron al ataque, el señor Madero nos autorizó para buscar cualquier solución que no implicase sacrificio inútil de soldados; pero cuando le propusimos la retirada, con indiscutible valor protestó enérgicamente, diciendo que en aquel lugar deberíamos morir todos, antes que ceder un palmo. Después de hacerle comprender varias razones, siendo la de más peso que la salvación del movimiento libertario dependía de la conservación de su representante genuino, que era él, accedió a que García Vigil marchara a retaguardia, reuniera a los dispersos y con ellos efectuara un contraataque mientras salían los nuestros que se encontraban en la plaza, a los que se envió un correo ordenándole la retirada. Pero cuando esto sucedía, comenzaron a desplomarse los paredones que nos protegían, por efecto de los fuegos de la artillería enemiga, y el señor Madero fue obligado a salir, tomado por los brazos por el jefe de su guardia, Máximo Castillo y otro, siendo en este momento cuando recibió una herida en el brazo derecho. La retirada fue muy desordenada e inmediata, y si las filas insurgentes sufrieron relativamente pocas bajas, se debió a que, gracias a la

simpatía que el pueblo sentía por la causa, los revolucionarios encontraron albergue en los hogares de Casas Grandes.

Para evitar la dispersión de nuestras tropas, el señor Presidente ordenó que Aguilar y Olmos marcharan al puerto del Chocolate a reunir a los dispersos. A García Vigil y a mí se nos ordenó que permaneciéramos en el rancho de Anchondo mientras nos lo permitiera el enemigo, para reunir igualmente a los dispersos y conducirlos a la hacienda de San Diego.

Es creencia muy generalizada y aun propaganda de mala fe, que el señor Madero fue el primero en salvar su persona en esta acción. NO HAY FALSEDAD MAYOR DE LAS QUE SE HAN ASENTADO con motivo de estos hechos, los que ocurrieron así: desde la organización de nuestra columna salimos con dos carros de tracción animal, dedicados, el primero, al Servicio Médico, cerrado, con toldo blanco y una cruz roja en los costados; y el segundo, al transporte del depósito de la columna, que consistía en 500 armas nuevas, su dotación de municiones y algunos centenares de bombas de mano. El primer carro estaba a cargo de un médico norteamericano al servicio de la Insurrección, que al darse cuenta de la presencia de los refuerzos federales subió a él y aun antes de marcarse nuestra derrota ya marchaba rumbo al puerto del Chocolate; y el segundo, en el momento de la retirada, fue tomado por el coronel José de la Luz Soto y, sin ningún otro ocupante, conducido fuera de la acción de las balas enemigas. El Presidente, como digo antes, fue obligado a salir casi por fuerza.

Al pasar revista después del desastre, contábamos con un efectivo de 120 hombres, faltándonos Hay, Garibaldi, Raúl Madero, Roque González Garza (que mucho se había distinguido) y algunos más del Estado Mayor; pero todos ellos, con excepción del primero, se incorporaron en los días subsecuentes.

Comentando los hechos, al día siguiente de la derrota y durante la comida, el caudillo Madero se expresó así: "Diremos lo que Juárez: le han quitado una pluma a nuestro gallo".

Así narra la acción de Casas Grandes mi viejo amigo el coronel Octavio Morales. Posiblemente en los partes federales figuran otros detalles. Pero reuniendo y confrontando todos los datos, es como el historiador futuro dilucidará la exactitud.

LA CASITA DE ADOBE: PRIMER CAPITOLIO REVOLUCIONARIO

Después de la derrota en Casas Grandes, el Estado Mayor maderista se encontró en una disyuntiva: o se internaba hacia el Sur el grupo revolucionario, tratando de pasar a Durango para unirse con otros núcleos de correligionarios que en este Estado empezaban a operar, o se movía hacia el Este, sin alejarse mucho de la línea fronteriza, en el intento de posesionarse de alguna plaza sobre esa línea, tanto con el objeto de que el jefe de la Revolución pudiera tener contacto con el mundo exterior, como con el de procurar una entrada menos aventurada a las municiones y pertrechos que se necesitaban y que iban siendo adquiridos en el país vecino del Norte.

El primer propósito era peligroso porque los federales tenían sobradas fuerzas en el Estado de Chihuahua para poder aniquilar al pequeño grupo de maderistas antes de que alcanzara a reunirse con los compañeros de Durango, de los que en aquellos momentos sólo se tenían muy vagas noticias. Por otra parte, era indispensable que el jefe del movimiento estuviese bien enterado, hasta donde fuera humanamente posible, del desarrollo del mismo en todo el país, a efecto de dar sus instrucciones y graduar su actitud, y esto sólo podía lograrse estando en contacto con la junta revolucionaria de San Antonio y con los representantes en Wáshington, que eran quienes estaban en mejores condiciones de concentrar las noticias de toda la República, porque, a pesar de los peligros que se corrían, constantemente llegaban propios de todas las regiones nacionales trayendo importantes informaciones. Por último, un ataque sobre Ciudad Juárez llegó a ser obsesión en Pascual Orozco, quien desde antes soñara en posesionarse de dicha plaza sin el concurso personal de Madero, lo cual no había podido lograr. Fue grande la insisten-

cia de Orozco para que se intentara la marcha sobre Ciudad Juárez y en ella era secundado por Garibaldi, por don Abraham González y por Roque González Garza. Y así se resolvió, moviéndose el grupo hacia el Sureste, para acercarse a Ciudad Juárez por Bauche.

No hubo combates de consideración en el trayecto, pues ni los federales de Casas Grandes emprendieron persecución ni los de Ciudad Juárez salieron al encuentro. En cambio, el grupo revolucionario iba acrecentándose día a día con contingentes voluntarios de la región, rancheros armados y montados por su propia cuenta, que sentían sinceramente la causa del pueblo.

Ya para principios de abril de 1911, las fuerzas maderistas estaban a la vista de Ciudad Juárez, y establecieron sus campamentos entre los lomeríos que existen hacia el Oeste de dicha ciudad, a tiro de cañón de la plaza. Se creía que Ciudad Juárez poseía grandes fortificaciones y que los federales habían minado sus contornos; en consecuencia, no se aventuró un ataque inmediato, hasta que no se organizaran bien los contingentes y los jefes se pusiesen de acuerdo en el plan por desarrollar.

Francisco I. Madero, que había asumido el carácter de Presidente Provisional de la República, estableció su cuartel general en una modesta casa de adobe, cerca de la margen derecha del Río Bravo y del sitio donde convergen las líneas divisorias entre los Estados norteamericanos de Texas y de Nuevo México, y del Estado mexicano de Chihuahua.

La pobre casita, apenas alzaba metro y medio acaso sobre el nivel del suelo, constaba de tres piezas enladrilladas y con sus muros enjalbegados. Una tosca mesilla, algunas sillas, un catre de campaña y un braserillo formaban todo el mobiliario. Fue esa casita el primer Capitolio de la Revolución, y en ella se discutieron cosas trascendentales para la Nación.

No lejos de esa casucha, que los norteamericanos apellidaron irónicamente "The Gray House", existía un rústico puente colgante sobre el río, que daba acceso a los terrenos de la "Smelter" (fundición de hierro) importante factoría en la que trabajaban centenares de obreros mexicanos. De éstos, muchos pasaron a engrosar las huestes insurgentes, pues acudían a saludar a Madero y después de hablar con él se decidían a quedarse en los campamentos incorporándose al Ejército Libertador y solicitando armas para combatir. Burlando la vigilancia de los centinelas norteamericanos colocados sobre la línea fronteriza, hombres y mujeres mexicanos de El Paso

pasaban armas y municiones para los revolucionarios. Momentos hubo en que aquello tomaba las apariencias de una verdadera romería.

En aquellos momentos, yo había sido llamado de Wáshington, donde me encontraba en delicada comisión, a San Antonio, para oír unas "proposiciones de paz". Pero apenas llegado a la ciudad tejana, me llamó Madero a su cuartel general, al mismo tiempo que llamaba a otros de sus principales consejeros civiles. Fue entonces cuando conocí la histórica casita de adobe y durante veintitantos días permanecí en ella casi todo el tiempo, al lado del Presidente Provisional. Constantemente cambiaba Madero impresiones con nosotros, pero aún no se constituía oficialmente la "Junta Consultiva de la Insurrección Nacional", pues esta junta fue creada por decreto del 7 de mayo, y yo tuve el alto honor de formar parte de ella, según nombramiento que conservo con legítimo orgullo y que es el que más amo entre todos los pergaminos y credenciales que poseo.

Junto a la casita de adobe tuve una de las emociones más hondas de mi vida: cuando a pedimento suyo, entregué al jefe Juan Dozal a mi primogénito hijo Juan, que acababa de cumplir sus quince años y que quiso alistarse como voluntario en el Ejército Libertador. Después de la batalla de Ciudad Juárez, por su comportamiento, Madero lo ascendió a subteniente, pasando al Estado Mayor del Secretario de Guerra, don Venustiano Carranza.

En la casita de adobe, cuando las proposiciones de paz empezaron a dejar de ser vergonzantes y fueron siendo ya del dominio público, se decidió exigir terminantemente la renuncia del general Porfirio Díaz, como base para entablar negociaciones. Esta exigencia fue desde un principio terminante. Como los más o menos oficiosos se tardaran en contestar sobre el particular, Madero me ordenó depositar un telegrama directo al Dictador, sin clave, en el que le decía más o menos: "Para definir mi actitud, deseo conocer los propósitos de usted acerca de su renuncia". No creí que el anciano Presidente Díaz contestara ese mensaje, que implicaba cierta violencia; pero sí contestó a los dos o tres días, diciendo que definiría el punto en el curso del mes.

En la casita de adobe recibió Madero a los delegados oficiosos de Limantour, primero, y al delegado oficial del general Díaz, después. Aquéllos fueron los señores licenciado don Toribio Esquivel Obregón y don Oscar Braniff, y éste el licenciado don Francisco Carvajal. Pero sobre las diversas fases de las "negociaciones" he de

ocuparme en capítulo aparte, porque son dignas de ser bien conocidas y todavía hay mucha bruma en torno de ellas. Pero es un hecho que el retiro del general Díaz fue condición expresa para celebrar un posible armisticio y entablar negociaciones de paz.

De la casita de adobe salió Madero el 7 de mayo de 1911, cuando sus fuerzas empezaron a atacar Ciudad Juárez. No volvió ya a ella, pues a los tres días la plaza fue tomada y el jefe del movimiento pasó, en Ciudad Juárez, ya a ocupar una bella finca cercana, que le fue ofrecida para su alojamiento. Pero en la casita de adobe fue donde se precisó la suerte del movimiento.

Un detalle anecdótico: mientras vivió Madero en la casita de adobe, una mujer de la servidumbre accidental dio a luz un niño, en la misma casita. ¡El rumor corrió, y aun fue acogido por la prensa de ultra-Bravo, de que el niño era hijo del Caudillo!

Yo no volví a ver la casita de adobe sino hasta el mes de enero de 1914, cuando pasé por Ciudad Juárez con rumbo a Europa. Estaba igual a como la conocí en 1911. Don Abraham González, cuando fue Gobernador de Chihuahua, pensó en adquirir la casita de adobe para conservarla como recuerdo histórico. No sé si aún exista, porque era de deleznable construcción. Pero, en todo caso, debería erigirse en ese sitio una columna conmemorativa.

QUIEN HUBIERA SIDO JEFE DEL MOVIMIENTO, EN CASO DE FALTAR MADERO

Solamente los revolucionarios primitivos, confidentes del Caudillo Madero y conocedores del sentir íntimo de sus más allegados consejeros, saben algo de lo que a continuación voy a decir.

Cuando los núcleos revolucionarios supieron de la derrota de Madero en Casas Grandes, en la cual estuvo a punto de ser capturado, comprendieron claramente, quizás por vez primera, todo lo que él significaba en la incipiente Revolución. Su falta hubiera sido fatalmente nociva al incremento y desarrollo del movimiento; no porque éste hubiera podido interrumpirse, ya que tan esparcido estaba en toda la República y con tan indomables bríos había surgido; sino porque se hubiera quebrantado la estrecha cohesión y la uniforme orientación que ya empezaba a tener bajo la dirección de Madero, circunstancias que, como más tarde quedó comprobado por los hechos, habría de procurarle un triunfo más rápido y menos cruento.

Sin duda había en cada región jefes locales de prestigio que ejercían gran influencia entre sus hombres y eran seguidos y obedecidos con fe y disciplina. Pero la autoridad de dichos jefes estaba circunscrita a las regiones en que se habían levantado en armas y a los grupos que directamente estaban bajo sus órdenes; en tanto que la autoridad del jefe supremo de la Revolución alcanzaba a todo el país y todos aquellos estaban efectivamente subordinados a ella, aun los que empezaban a sentir el aguijón de las ambiciones personales, como Pascual Orozco, esto, en cuanto a los combatientes en armas. Mas era también grande la importancia de la influencia de los civiles de la Revolución para el desarrollo y buen éxito de la empresa política, pues ellos, con sus predicaciones y campañas

teóricas eran los que habían levantado el espíritu nacional hasta el punto de capacitarlo para una lucha armada, y cada uno de ellos, en determinadas regiones, tenía constituida su automática jefatura regional, que era reconocida por los mismos jefes en armas y siempre acatada. Todos los civiles prominentes de la Revolución habían proclamado sin discusión la jefatura suprema de Madero, al declararlo Presidente Provisional de la República, a cuyas instrucciones estaban sometidos en definitiva todos sus actos; sin que esto quiera decir que existiera sumisión incondicional, pues los más de entre ellos deliberaban con entera franqueza con el Presidente Provisional, quien en más de una ocasión escuchó sus sugestiones, modificando su parecer primitivo. De aquí que quienes no conocieron a fondo el carácter de Madero lo hayan conceptuado débil y variable. No había tal. Oía razones, invitaba a externarlas, y se dejaba convencer si las hallaba buenas; pero ni uno solo de sus consejeros de entonces, ni de los tiempos subsiguientes, pudo jamás jactarse de poder "dominar" al jefe. Madero sentía gran respeto por sus colaboradores civiles, los estudiaba y aquilataba no solamente en sus capacidades mentales e intelectuales sino también en sus facultades de acción y de laboriosidad, de carácter y de energía, y en sus hábitos y aficiones naturales. Formado su juicio, los aprovechaba en el desempeño de la tarea que juzgaba más adecuada para cada uno, sin odiosas preferencias y siempre generosamente.

En esas condiciones, la falta repentina del Caudillo Madero se habría traducido si no en colapso final, sí en temporal estancamiento y en pasajera pero peligrosa desorientación del movimiento revolucionario.

En nuestros constantes intercambios de ideas sobre los cambiantes e inmediatos problemas que nos iba ofreciendo el desarrollo de la Revolución, militares y civiles comentamos más de una vez el peligro de la desaparición súbita del Caudillo, por muerte o por captura; y hubo quien propusiese influir en su ánimo para alejarlo de los peligros directos de la guerra, y lograr consintiese en confinarse en lugar relativamente seguro, para desde allí seguir dirigiendo el curso del movimiento. Mas aparte de lo difícil que nos parecía obtener tal cosa de Madero, quien no gustaba oír hablar de peligros, había una consideración de mucho peso para no aceptar la sugestión con ligereza. La presencia personal de Madero en el campo de la acción guerrera, al ser conocida por los correligionarios de toda la República, había fortalecido singularmente su entereza,

magüer el descalabro de Casas Grandes, aumentando la fuerza de la Revolución en cantidad y en calidad; y su ausencia repentina del campo de la guerra podía producir efectos deprimentes, porque pudiera interpretársele como una vacilación y hasta como una retirada.

Insensiblemente entonces, fuimos inclinándonos a la idea de sugerir la designación concreta de un substituto previamente reconocido por todos, para un caso fatal: algo así como un Vicepresidente Provisional de la República, en consonancia con las circunstancias en que nos encontrábamos. Pero, ¿quién sería éste?... Sin duda había en el Directorio de la Revolución corazones y cerebros; y algunos de sus miembros poseían entrambas cosas. Recordando la Convención de 1910, que había sido la primera ostentación oficial cívica de la lucha antirreeleccionista y en la que había sido designado candidato a la Vicepresidencia de la República el doctor don Francisco Vázquez Gómez —(quien en los momentos en que deliberábamos aún estaba en Wáshington)— este ciudadano aparecía automáticamente indicado para la eventual substitución; así lo indiqué yo; pero como se sabía que el doctor Vázquez Gómez había repudiado al principio el movimiento armado y se había negado entonces a representar a la Revolución en Wáshington, su precandidatura no obtuvo buena acogida. Además, la mayor parte de los jefes militares aún no lo conocían personalmente, y sabido es que para crear simpatías y confianzas en el terreno de la política, generalmente se requiere el previo contacto personal. Supliqué entonces a los compañeros aplazáramos nuestras observaciones y guardáramos en estricta reserva lo tratado, para evitar torcidas interpretaciones.

Pero yo no perdí el tiempo. Aisladamente traté de reconocer las opiniones de los capacitados para darlas sobre el particular, cuidando, naturalmente, no incluir en mis investigaciones a aquellos en quienes podía presumir la existencia de una aspiración a ser designados ellos mismos. Y tanto entre civiles como entre militares, encontré que imperaba una decidida inclinación en favor de la persona de don Abraham González, a la sazón Gobernador Provisional de Chihuahua, y cuyo celo por la causa se había destacado señaladamente, tanto durante la lucha puramente cívica como en la preparación del movimiento armado. Me asombró el acierto del sentimiento colectivo, porque, efectivamente, dadas las condiciones del momento, ninguno de nosotros estaba mejor acondicionado ni era más digno para el caso, que don Abraham González. De incan-

sable actividad, de gran valor tanto civil como personal, de límpida intención patriótica, de intachable honradez, de manifiesta ecuanimidad y gozando, además, de innegable influjo sobre el ánimo de los esforzados luchadores chihuahuenses, tanto jefes como soldados, era, por añadidura, muy conocido en toda la República por sus actividades antirreeleccionistas. Sin ninguna pretensión de superioridad intelectual, poseía muy claro juicio y conocía prácticamente los sufrimientos y las necesidades del pueblo. Su entusiasmo apostólico casi corría parejas con el del Caudillo. Su apego a la pureza de las prácticas democráticas rayaba en quijotismo, como lo demostró más tarde y como he de narrarlo en su oportunidad. Por otra parte, sus actividades anteriores se habían desplegado paralela y bilateralmente, como ya dije, tanto en la organización teórica del Partido, cuanto en la preparación de la acción directamente revolucionaria; y, para el caso de faltarnos Madero, se necesitaba un substituto así, que fuera reconocido tanto por los civiles, como por los militares.

Con esta impresión y de modo muy íntimo, abordé paulatinamente el asunto con Madero mismo, tratando de reconocer su disposición al respecto. La idea de designar un substituto eventual en principio le pareció buena y pertinente; pero vacilaba ante la forma de hacerlo, temeroso de herir las susceptibilidades de algunos de sus colaboradores, si procedía a una designación personal y directa; y me encomendó la tarea de reconocer discretamente las diversas opiniones y pidiéndome francamente la mía. Díjele que, en parte, eso estaba ya hecho, y le expresé mi aprobación de la tendencia que favorecía la designación de don Abraham González. Sonrió, sin contestarme nada por el momento, agregando que iba a meditar sobre el cómo hacer la designación.

Pasaron los días, y ya a principios de mayo de 1911, los oficiosos "negociadores de paz" llegaron a impresionar a Medero con el temor de que pudieran suscitarse dificultades de orden internacional si se verificaba un fuerte combate tan cerca de la frontera, si él intentaba el ataque sobre Ciudad Juárez, y un momento hubo en que se había decidido emprender la movilización de las fuerzas hacia el Sur, para evitar aquel peligroso evento. Esta marcha estuvo a punto de efectuarse; y entonces, ante el peligro a que Madero iba a entregarse de nuevo en una marcha aventurada y encontrándonos en junta a las puertas de la "Casita de adobe", sin testigos inoportunos en ese momento, abordé de lleno el tema delante de todos los compañeros

presentes y pedí que allí mismo se designase a don Abraham, como el más indicado para el caso. Para muchos fue una sorpresa mi proposición, mas no para todos. No se atrevieron a discutir, algunos aprobaron en voz alta, y entonces Madero hizo suya mi proposición y don Abraham González quedó designado como substituto eventual de Madero en la jefatura suprema de la Revolución. La designación se hizo pública y fue bien recibida por los combatientes. Esto pasaba en los primeros días de aquel mes de mayo, en vísperas casi del ataque que siempre llegó a efectuarse sobre Ciudad Juárez y que dejó a esta importante plaza fronteriza en poder del Ejército Libertador. Después, ya Madero no corrió peligros inmediatos y directos, porque se hizo la paz, con el derrumbamiento de la dictadura.

EL PRIMER INTENTO DEL PORFIRISMO PARA NEGOCIAR LA PAZ

Aunque oficialmente siempre se ocultaron los hechos por parte del Gobierno porfirista, más de una vez, desde principios de 1911, intentó pactar la paz con la Insurrección, ofreciendo ciertas concesiones y halagos a los directores de ella, a quienes, al parecer, consideraba vulgares ambiciosos. También ejerció halagos y amenazas alternantes sobre los cuantiosos intereses de la familia Madero, imaginándose que con ello influiría en el ánimo del caudillo insurrecto, en quien seguramente tratarían de influir sus propios familiares. Pero nada quebrantó la fe indomable ni la decisión inquebrantable de Madero y de quienes le seguían.

El ingeniero don Pascual Ortiz Rubio dice lo siguiente en la página 141 de su libro *La Revolución de 1910*:

"Llevando adelante el general Díaz su política de «en Dios confiando y con el mazo dando», a la vez que ponía en alta fuerza sus batallones, soplaba con ardor por medio del fuelle denominado Limantour, para que los «vergonzantes» llegasen a un acuerdo con los rebeldes, encaminado a que se firmase un armisticio. Así, el once de abril (1911) los telégrafos permitieron (!) tanto al doctor Vázquez Gómez que estaba en Wáshington, como a Rafael Hernández, en El Paso, comunicarse con el campo rebelde de don Francisco I. Madero, en Bustillos, extraoficialmente por supuesto. También se dieron salvoconductos a mensajeros que llevaban los pliegos extraoficiales del armisticio.

"MADERO SE MANTUVO FIRME EN SUS PRIMITIVAS DEMANDAS y no se enterneció demasiado con el cuadro que se quiso, hacer aparecer ante sus ojos."

Lo anterior es rigurosamente exacto. Pero antes de ese intento a que se refiere el hoy Presidente de la República, se había hecho otro, en febrero de aquel mismo año de 1911, cuando el porfirismo envió al puerto tejano de Corpus Christi al acaudalado ibero don Iñigo Noriega, amigo íntimo personal del general Porfirio Díaz, acompañado de don Ernesto Madero y de don Rafael Hernández, tío y primo, respectivamente, del Jefe de la Insurrección, para que conferenciaran privada y clandestinamente con la Junta Revolucionaria, cuya directiva el Gobierno de México suponía seguía radicada en San Antonio. Enterados, empero, los señores Madero (don Ernesto) y Hernández de que el Jefe Madero ya no se encontraba allí y de que sus principales representantes estábamos a la sazón en Wáshington y en Nueva York, invitaron discretamente al doctor don Francisco Vázquez Gómez para conferenciar. Por mucha cautela que se empleó en el asunto, siempre se supo algo de la presencia en los Estados Unidos de enviados oficiosos, y la prensa norteamericana empezó a publicar versiones, según sus respectivas orientaciones, que cada día iban siendo más persistentes y que en cierto modo podrían dañar *a la causa revolucionaria. Por este motivo, en mi calidad de secre*tario de la Agencia Confidencial de la Revolución en Wáshington, me creí obligado a poner punto a toda clase de suposiciones y de falsas interpretaciones, dando a los principales órganos de la prensa de ultra-Bravo esta información, que también fue publicada en el portavoz de la Insurrección, el *México Nuevo* (que ya se publicaba en San Antonio, Texas) con fecha de 5 de abril de 1911, y que puso punto final a los interesados comentos:

"Hacia fines de febrero próximo pasado, econtrándose en Wáshington, en la Agencia Confidencial del Gobierno Provisional de México, el jefe de dicha oficina, doctor don Francisco Vázquez Gómez, recibió un mensaje de don Alfonso Madero, en el que se le invitaba a participar en una CONFERENCIA que debía verificarse en Corpus Christi, y en *la cual los señores licenciado don Rafael Hernández, in*geniero don Ernesto Madero y "un influyente amigo personal del general Díaz", cuyo nombre se callaba, deseaban presentar proposiciones de paz a los representantes acreditados de la Revolución en este país.

Contestó el doctor Vázquez Gómez diciendo que sólo concurriría a la conferencia si los enviados de México traían credenciales en forma y siempre que se diera publicidad a las conferencias, pues la Insurrección Nacional no quiere ni puede tratar nada en secreto.

Díjose entonces al doctor Vázquez Gómez que los enviados no traían credenciales, pero que el amigo influyente del general Díaz traía clave para comunicarse en cualquier momento con su amo. Naturalmente, esa clave no pareció suficiente credencial al doctor Vázquez Gómez, y en consecuencia, se rehusó a concurrir a la conferencia.

Por cuidadosas investigaciones, pudimos comprobar que el "amigo influyente del general Díaz" había sido el súbdito español Iñigo Noriega, quien saliera de México rumbo a la frontera, aparentemente con el objeto de visitar sus ricas propiedades de "La Sauteña".

A la perspicaz prensa americana no se le ocultó que algo se proyectaba en Corpus Christi, y el doctor Vázquez Gómez, consciente de su enorme responsabilidad y sabedor de la absoluta necesidad que existe de no dejar en el misterio ni exponer a torcidos comentarios esa clase de asuntos, en momentos tan delicados para la Revolución, obró con gran cordura, dando a la prensa de Wáshington una sencilla pero precisa relación de los hechos."

Hoy, después de diecinueve años, nada tengo que agregar a la constancia anterior. Don Iñigo era un español muy laborioso e inteligente, que había ayudado al general Díaz en sus épocas de revolucionario y que, por ende, gozaba de sus confianzas y protecciones. Por otra parte, dicho señor tenía relaciones de negocios con los Madero, y poseía la opulenta propiedad de "La Sauteña", en la región fronteriza, por lo que era muy conocido de todos los capitalistas norteños; y como erróneamente se llegó a creer en el conciliábulo porfirista que los capitalistas norteños fomentaban el movimiento, don Porfirio por una parte y Limantour por otra, y entrambos en convergencia de equivocación llegaron a creer que la intervención de don Iñigo, secundado por miembros de la familia Madero, iba a serles favorable en el caso. Como quiera que, según dejo dicho, el doctor Vázquez Gómez se negó con razón a concurrir a la cita, no llegamos a saber cuáles eran las posiciones que los disimulados "embajadores" llevaban; pero todo autoriza para creer que éstas eran en el sentido de satisfacer supuestas ambiciones personales de los principales insurrectos, a efecto de que pusieran punto final a la Insurrección. . ., ¡como si ella no fuera de carácter nacional y sólo dependiera de la voluntad de unos cuantos!

En México también se supo del intento de Corpus Christi, y con mayor razón después de que fueron conocidas mis declaraciones anteriormente reproducidas. Entonces, molesto sin duda por el fracaso, mi viejo amigo de juventud Ernesto Madero (que más tarde

habría de ser Secretario de Hacienda de su sobrino el Presidente *Madero), quien fuera siempre devoto "limantourista", publicó en* periódicos mexicanos la siguiente carta, con fecha 11 de marzo de 1911:

"En varios periódicos de la ciudad de México y en algunos del extranjero, se publicó a fines de febrero último una entrevista tenida en Wáshington con el doctor Francisco Vázquez Gómez, representante que se dice del partido revolucionario mexicano, en la cual manifestó que algunas personas, entre ellas un amigo personal influyente del Sr. general don Porfirio Díaz, deseaban discutir medidas para el restablecimiento de la paz, y que se citaba al señor Vázquez para *concurrir a una conferencia en la ciudad de Corpus Christi.*

Con el deseo de evitar interpretaciones torcidas y para poner estas cosas en su verdadero lugar, cumple a mi deber manifestar públicamente los antecedentes exactos sobre la referida conferencia que en efecto tuvo lugar en Corpus Christi, a fines de febrero, y en la cual tomamos participio solamente el señor licenciado Rafael L. Hernández, mi hermano Evaristo Madero y Hernández y yo mismo por una parte, y el señor Alfonso Madero y mi hermano don Francisco, por la otra. *—(¿Una parte, otra parte?... Claramente queda demostrado que la "conferencia de Corpus Christi" se redujo, a la postre, a una conversación de familia.—J.S.A.)*

Al provocar esa reunión, sólo nos guió un sentimiento de patriotismo, deseando cooperar con nuestro pequeño contingente para procurar que cesen y tengan un fin los graves males que sufre nuestro país con la contienda actual de hermanos contra hermanos, que se ha desarrollado en el Estado de Chihuahua.*—(En esa fecha, ya la contienda había invadido la mitad de los Estados de la República.—J. S. A.)*

Tanto el señor don Alfonso Madero como el señor don Francisco Madero, quien vino de Nueva York expresamente para concurrir a la referida conferencia, manifestaron muy buena disposición para intervenir con los directores de la revolución, a fin de que cesaran las hostilidades y depusieran las armas SOLICITANDO UNA AMNISTIA GENERAL (¡sic!), pero desgraciadamente el doctor Francisco Vázquez Gómez se negó desde Wáshington a discutir con nosotros y "pretendió darnos un carácter que no hemos tenido", procurando a la vez mezclar a otras personalidades muy respetables, enteramente ajenas a estos asuntos.*—(Parece ser que el porfirismo se imaginaba que la revolución era patrimonio de la familia Ma-*

dero. En cuanto a la ingerencia del señor Limantour en el "intento", bien pronto quedó comprobada con su personal intervención en las "pláticas" de Wáshington y en el envío del mismo licenciado don Rafael Hernández y de los señores licenciado don Toribio Esquivel Obregón, don Oscar Braniff al campo insurrecto, sucesos que se verificaron muy poco después.—J. S. A.)

NO ES, PUES EL GOBIERNO DE MEXICO el que ha mandado comisionados a Corpus Christi para tratar de la paz, sino nosotros mismos, que formamos parte de la familia Madero, los que hemos tenido esa pretensión, por no estar de acuerdo la mayoría de todos nosotros en que se siga derramando sangre mexicana sin que haya causa o motivo para ello, pues somos los primeros en reconocer y reconocemos la legalidad de las autoridades constituidas.

Hasta aquí la carta pública de don Ernesto. Fracasado el primer intento, se explica muy fácilmente el interés del Gobierno porfirista en negar su participación en él, porque una vez que hubiera iniciado públicamente negociaciones con los rebeldes, los Estados Unidos hubieran reconocido a éstos la beligerancia, según nosotros teníamos arreglado en Wáshington.

Ya veremos cómo siguió soplando el "fuelle" al que en su libro se refiere el ingeniero Ortiz Rubio.

LAS FRACASADAS CONFERENCIAS LIMANTOURISTAS EN NUEVA YORK

En febrero de 1911, y gracias a la prudente reserva del doctor don Francisco Vázquez Gómez, había fracasado el primer intento porfirista de hacer la paz con los insurgentes, a base de que éstos depusieran las armas y solicitasen una amnistía general. Don Iñigo Noriega se esforzó por disimular su intervención en el asunto y no volvió más a meterse en honduras. Al asunto se le dio oficialmente el cariz de una tentativa frustrada, en la que únicamente habían actuado algunos de los miembros conservadores de la familia Madero.

A principios de marzo de 1911 el señor Limantour regresaba de Europa, en donde, lejos de las influencias de su grupo, había podido recapacitar fríamente sobre la situación nacional, y si ya antes había podido advertir la caducidad del régimen porfirista, después de haberlo observado a distancia parece que venía convencido de su irremediable desmoronamiento. Tengo para mí que, entonces, el señor Limantour tuvo una real ambición, pero no una ambición mezquina y vulgar, sino noble: la de poner a salvo su obra financiera, de la que legítimamente estaba ufano. Por otro lado, existía una vieja amistad de negocios entre los miembros mayores de la familia Madero y el mismo señor Limantour. Cuando el ilustre hacendista desembarcó en Nueva York estaba en el imperial puerto don Francisco Madero (padre), y acudió a saludar a su viejo amigo y cambió con él impresiones.

El bondadoso don Francisco (padre) no podía compartir el sentimiento revolucionario, ni por su edad ni por sus antecedentes. No había impuesto su paternal autoridad sobre el jefe de la Revolución, para tratar de evitar el movimiento, tanto porque reco-

nocía la pureza de intenciones de su hijo, como porque fundadamente temió que éste, dadas su convicción y decisión, hubiese procedido a pesar de todo; pero, ya ante el conflicto latente, hubiera *sacrificado toda su fortuna porque el movimiento cesara cuanto* antes. Bien a bien, nunca se dio cuenta don Francisco de la personalidad de su ilustre hijo ni de los motivos de su arrolladora popularidad. Más tarde, después del triunfo de la causa, don Francisco tuvo que sufrir no pocos sinsabores, antes de llegar a percatarse de que los revolucionarios éramos colaboradores, pero no "servidores" de su hijo, cuando él, ingenuamente, trataba de actuar como "padre del Ejecutivo"...

Cada uno de los dos, el señor Limantour y don Francisco, por razones de origen diverso, pero convergentes en su finalidad, y entrambos igualmente equivocados acerca de la realidad revolucio*naria, creyeron posible concertar* un arreglo; pero también estaba en Nueva York Gustavo A. Madero, como agente financiero del movimiento, y, como revolucionario de verdad y de entereza, aunque muy amante de su padre y muy admirador de Limantour, comprendió la inutilidad de esas pláticas, si no intervenían en ellas elementos genuinamente revolucionarios y extraños a la familia Madero; por lo cual nos llamó de Wáshington al doctor Vázquez Gómez y a mí.

Yo acababa de salir bien librado y de una prolongada prisión con que el apasionamiento enemigo había tratado de entorpecer mis actividades rebeldes, aun a trueque de manchar, de paso, mi honor; y no me encontraba poseedor de la requerida ecuanimidad para tratar con un miembro del Gabinete del general Díaz. En consecuencia, supliqué a Gustavo que se prescindiera de mi presencia, y el doctor Vázquez Gómez marchó solo a Nueva York.

Mucho se ha conjeturado acerca de lo que se trató en aquellas pláticas, tanto más cuanto que en los mismos días fue a Nueva York el Embajador de México en los Estados Unidos, licenciado don Francisco L. de la Barra, y se alojó, a lo que se dice, en el mismo hotel donde vivían los señores Madero.

Sólo el doctor Vázquez Gómez podría dar pormenores exactos de lo que se trató en dichas conferencias, y sin duda lo hará en las *Memorias* que tiene en preparación. Ante los comentarios y díceres que abundaban, yo dí a la prensa este informe, que obtuvo entonces la aprobación del Jefe de la Insurrección y de los demás directores de la misma:

"En ocho o nueve de marzo, don Francisco Madero, padre del *leader* de los insurgentes, tuvo una conferencia en Nueva York con su antiguo amigo don José Ives Limantour, que acababa de regresar de Europa e iba para México. En el curso de la conversación ambos deploraron los actuales acontecimientos de México y trataron de buscar la manera de hacer un mutuo esfuerzo para ver si era posible llegar a un arreglo que pudiera llevar la paz en poco tiempo al país.

Con tal objeto, el señor Madero (padre) arregló juntas, enteramente privadas, entre Limantour, Vázquez Gómez y Gustavo Madero, miembros estos dos de la Directiva revolucionaria.

Nuestros representantes celebraron cuatro entrevistas con Limantour, en presencia de don Francisco Madero (sr.). Tales entrevistas, repito, fueron privadas, y en una de ellas, Limantour recibió de nuestros representantes el mínimum de exigencias de los revolucionarios, las que ofreció presentar al Presidente Díaz y a sus Ministros.

Nuestros representantes consintieron en estar en comunicación sobre el particular con el *leader* de la Revolución, don Francisco I. Madero y procurar obtener de él su opinión "acerca de la aceptación de una conferencia de paz OFICIAL".

Los representantes de la Insurrección mandaron inmediatamente un informe detallado a don Francisco I. Madero, que estaba al frente de las operaciones en Chihuahua. Se le pidió su opinión sobre el asunto y el envío de sus órdenes."

No es probable que en aquellas pláticas los representantes de la Revolución hayan expuesto explícitamente al señor Limantour, entre las condiciones mínimas, la de la renuncia del Presidente Díaz, por más que ya supieran que ésta era condición básica de la Revolución, y de su jefe Madero; pero es seguro que en alguna forma se habló de ella, y tengo motivos para presumir que el hecho no causó asombro al señor Limantour, aunque sí embarazo sobre la manera de exponerlo al Dictador. De esas conferencias arranca la imputación de "traición" que los porfiristas a ultranza han lanzado posteriormente al señor Limantour; pero de esto he de ocuparme en subsecuentes reportazgos.

Cuando Madero, el *leader*, tuvo conocimiento de estas conferencias, temió que sus representantes se extralimitaran en compromisos, y me ordenó que en el *México Nuevo* que se publicaba en San Antonio, Texas, y que era considerado como el portavoz

de la Insurrección, se declarase categóricamente que sólo con él, personalmente, podrían iniciarse negociaciones de paz y que todo convenio con sus representantes debía ser considerado "ad referendum".

A pesar de los rumores circulantes y que fueron acogidos, en diversos tonos, por la prensa norteamericana, el señor Limantour *guardó por algunos días prudente reserva*; pero no ha de haber quedado muy satisfecho de sus gestiones, ya que, al salir para México, hizo publicar en la prensa de los Estados Unidos esta declaración:

"En los *últimos tiempos este Gobierno ha hecho muchos* sacrificios para volver a unir al país. Hemos hecho cuanto ha sido posible, pero sin éxito. Los americanos deben comprender que Francisco I. Madero, el *leader* de la rebelión, es un soñador, un doctrinario en política, un hombre que ha adquirido sus conocimientos de los hombres en los libros y en las bibliotecas; que no está en contacto con el pueblo (¡sic!); sin embargo, muy versado en los clásicos y en antigüedades asirias (¿?). Es un vegetariano, que no quiere comer carne, sustentadora del hombre por miles de años, y como es espiritista, oye las voces que nadie oye y les presta más atención que a las lecciones de la experiencia humana en el difícil arte de gobernar."

Posible es que después de transcurridos veinte años, en su actual retiro de París, el señor Limantour siga teniendo la misma impresión subjetiva acerca de Madero; pero hay un punto sobre el cual su alta inteligencia seguramente lo obligará a rectificar "in corde", sobre el contacto del Apóstol Madero con el pueblo. Los acontecimientos mismos han rectificado la apreciación del señor Limantour. Pero ella es fácilmente explicable, si se tiene en cuenta que el señor Limantour concibió al pueblo mexicano a su modo y vivió muy alejado de él, muy alejado, muy alejado, por la sangre, por la educación, por las costumbres, por el temperamento, por la riqueza...

Fracasó, pues, el intento de Nueva York, como había fracasado el de Corpus Christi. Pero los apuros de la situación porfirista eran grandes. No solamente la fuerza moral de la opinión pública, sino también la creciente fuerza material de los revolucionarios hacían oscilar el carcomido trono de Tuxtepec. En tal virtud, al mismo tiempo que se "echaba más leva" y se reforzaba el ejército federal, se emprenderían nuevos intentos para lograr la paz —"a Dios rogando y con el mazo dando".

Vuelve a aparecer mi viejo amigo el licenciado don Rafael Hernández, reforzado en esta vez por los señores licenciado don Toribio Esquivel Obregón —antiguo antirreeleccionista— y don Oscar Braniff —capitalista de origen norteamericano—, según veremos en próximo capítulo.

Volvió a aparecer el viejo amigo [illegible] don Rafael Hernández, refiriendo un caso en que los señores licenciado don Toribio Esquivel Obregón —amigo antirreeleccionista— y don Oscar Braniff —capitalista de origen norteamericano— [illegible]

A pesar de los rumores circulados [illegible] diversos tonos por la prensa [illegible], el señor Limantour guardó por algunos días prudente reserva; pero no ha de haber quedado muy satisfecho de sus gestiones, ya que, al salir para México, hizo publicar en la prensa de los Estados Unidos esta declaración:

"En los últimos tiempos este Gobierno ha hecho muchos sacrificios para volver a unir al país. Hemos hecho cuanto ha sido posible, pero sin éxito. Los americanos deben comprender que Francisco I. Madero, el director de la rebelión, es un soñador, un doctrinario en política, un hombre que ha adquirido sus conocimientos de los hombres en los libros y en las bibliotecas; que no está en contacto con el pueblo (¡sic!); sin embargo, muy versado en los [illegible] (¿?). Es un visionario, que no [illegible] de hombres [illegible] en [illegible] que las [illegible] y a los [illegible] de la [illegible] en el difícil arte de gobernar."

[illegible] el señor Limantour [illegible] de Madero; pero hay un punto sobre el cual [illegible] "en contacto" con el pueblo. [illegible] el señor Limantour. Pero [illegible] que el señor Limantour [illegible] el pueblo [illegible] y vivió muy alejado de él, muy alejado, muy alejado, por la sangre, por la educación, por las [illegible], por el [illegible], por la [illegible]...

Fracasó, pues, el intento de Nueva York, como había fracasado el de Corpus Christi. Pero los apuros de la situación parecían cada vez más graves. No solamente la fuerza moral de la opinión pública, sino también la creciente fuerza material de los revolucionarios hacían vacilar el [illegible] de Porfirio Díaz. En tal estado, [illegible] que se [illegible] y se reformase el [illegible], se [illegible] nuevos intentos para lograr la paz [illegible] con el [illegible]...

NUEVOS EMISARIOS SEMIESPONTANEOS Y SEMIVERGONZANTES

Desde la derrota de su candidatura en la Convención del Eliseo, el licenciado Toribio Esquivel Obregón, antiguo antirreeleccionista, se había distanciado del Partido, distanciamiento que se hizo completo cuando una parte de los antirreeleccionistas se lanzaron a la lucha armada, mientras otra desconoció el movimiento revolucionario. El señor don Oscar Braniff, hijo segundo del inolvidable Mr. Thomas Braniff, que tan popular fuera en México, donde residió muchos años y amasó una cuantiosa fortuna, había optado por la nacionalidad mexicana y cultivaba estrechas relaciones de amistad con el licenciado Esquivel Obregón, pero sin mezclarse ostensiblemente en la política de aquellos días. Los dos tenían buenos amigos personales en las filas revolucionarias, y entrambos concibieron la idea de desplegar gestiones por su propia cuenta, para conseguir la suspensión de las hostilidades y lograr obtener un arreglo conciliatorio entre los anhelos de la Revolución y el Gobierno de Díaz. El señor Braniff era agricultor y no solamente cultivaba sus tierras por métodos modernos, sino que se interesaba ardientemente en el ya entonces bien delineado problema de la tierra en México, y había escrito varios interesantes estudios sobre agricultura, sobre aguas y otros temas relacionados con el referido problema. Tomada su resolución, se acercaron al Gobierno por conducto del Ministro de Hacienda, señor Limantour, que tan alta preponderancia tenía en el régimen porfirista, le expusieron sus ideas y solicitaron su concurso. Aceptó, en principio, el señor Limantour y los invistió con el carácter de emisarios autorizados, pero sin credencial formal, de negociadores "vergonzantes" (como les ha llamado el ingeniero don Pascual Ortiz Rubio). Como Limantour sabía ya de las gestiones

que, de acuerdo con él, estaban desarrollando en igual sentido el licenciado Rafael L. Hernández, don Salvador Madero y don Francisco Madero (padre), sugirió a los señores Braniff y Esquivel Obregón que fuesen de preferencia a Wáshington, a tratar con el Agente Confidencial de la Revolución, doctor Vázquez Gómez, asegurándoles que en este señor encontrarían largüeza y buena voluntad para pactar, no obstante que, por experiencia propia, acababa de persuadirse de lo contrario, según tengo narrado ya. En esas condiciones salieron para Wáshington, a principios de abril de 1911.

En interesante opúsculo ha expuesto el licenciado Esquivel Obregón la ideología que animaba su acción y la del señor Braniff. La síntesis, es ésta:

"Al ver nosotros que la Revolución había llegado a ser una fuerza bastante poderosa para obligar al Gobierno a reconocer sus principios, aunque combatiera sus procedimientos y atacara sus tropas; al ver que la Revolución, para justificarse ante el país y seguir representando a la opinión pública, tenía que declarar su obra terminada si se le *garantizaba* con hechos positivos que el Gobierno llevaría a la práctica dichos principios, y como una forma *eficaz* de esa garantía se le dejaba *tomar parte activa* en el Gobierno de los Estados y tener voz en el Gabinete y en las Cámaras Legislativas, de modo de hacer *imposible* que se volviera al antiguo orden de cosas; al ver esto, repito, creímos que era indispensable que elementos populares *extraños* a uno y otro partido les marcaran enérgicamente que dadas las condiciones a que se había llegado *era indispensable la común inteligencia para consolidar los triunfos adquiridos y unir sólidamente el pasado con el porvenir de la República*. Creíamos que no era ninguna utopía la consolidación en aquellos momentos de ambas fuerzas, que mutuamente se veían con respeto y que asegurarían en lo futuro la democracia nacional. En cambio, estábamos ciertos de que el problema de nuestras libertades, de la justicia y del bienestar de nuestros conciudadanos, peligraría igualmente si quedaba sola en el campo de la política la Revolución por su triunfo armado, como si quedaba solo el Gobierno tras del aniquilamiento militar de la Revolución".

En pura teoría podría parecer aceptable ese ingenuo proyecto de "repartimiento"; pero en la realidad de entonces era ya impracticable, porque la oferta de reformas era ya tardía y las promesas del régimen oscilante de ningún modo podían constituir una *garan-*

tía para la Insurrección Nacional. Aunque en el Plan de San Luis, que sintetizaba los anhelos de la opinión y que estaba siendo sostenido con las armas en la mano, no llegaron a señalarse medios concretos y detallados para llevar a cabo determinadas reformas, sí se expresaba claramente que se deseaban SUBSTANCIALES Y POSITIVAS. Ahora bien, tratándose de una dictadura personalísima que había durado más de treinta años, única garantía EFICAZ que podía ser ofrecida, era la retirada del Dictador. ¡Y hasta allí nadie se atrevió a proceder, hasta que el Dictador mismo lo hizo con cierta espontaneidad, aunque realmente constreñido por la fuerza irresistible de los acontecimientos!

El doctor Vázquez Gómez y el Embajador De la Barra habían celebrado algunas discretas conferencias acerca de la verdad de la situación, y cuando el último de dichos señores pasó a desempeñar la cartera de Relaciones Exteriores en el Gabinete del general Díaz, conservó correspondencia confidencial con el Agente de la Insurrección, quien naturalmente, más podía esperar de la actuación de todo un Secretario de Relaciones, que de los ambiguos emisarios "vergonzantes", por muy bien intencionados que en lo particular pudiera considerarlos. De modo que les dispensó seca acogida y desde luego les dio a entender que no veía la posibilidad de que esas negociaciones alcanzaran buen éxito alguno. Dice sobre el particular el licenciado Esquivel Obregón:

"Vázquez Gómez había ingresado a la Revolución, según él nos dijo y según pudimos después confirmar, hasta hacía un mes, más o menos, tras de múltiples instancias de Madero y cuando ya la causa había hecho grandes y sólidos progresos, palpables para todos. Su viaje a los Estados Unidos no había obedecido al deseo de ir allá a contribuir al triunfo de la empresa, sino al de escapar a los peligros que temía por haber sido antirreeleccionista, aunque de última hora.

"Contra lo que nosotros esperábamos, por los antecedentes que se nos dieron, la actitud del doctor Vázquez Gómez no sólo fue enteramente radical, sino que, lejos de alentarnos para una obra a todas luces benéfica, se manifestó áspero y desconfiado... Al acabar nuestra primera entrevista, sin resultado alguno, pero proponiéndonos seguir trabajando hasta convencer a aquel señor de que debía vernos con más indulgencia, le SUPLICAMOS TUVIESE LA BONDAD DE GUARDAR ABSOLUTA RESERVA sobre el objeto de nuestra visita, pues, por razones QUE PROVENIAN DE RECO-

MENDACIONES DEL GOBIERNO, *considerábamos que nos sería* más fácil conseguir el éxito si conservábamos la discreción más completa; él ofreció formalmente obsequiar nuestros deseos y nos separamos prometiéndole volver a verle".

En una ciudad como Wáshington, en la que el doctor Vázquez Gómez era ya muy conocido, era pueril pretender tener oculta la presencia de emisarios de México, cualesquiera que fuesen su carácter y categoría. Si bien es cierto que los frecuentes telegramas que se habían cambiado los señores Esquivel Obregón y Braniff y el Ministro Limantour habían sido escritos en clave, no venían en clave los nombres de los respectivos destinatarios ni de los respectivos firmantes. Eso bastaba para que los buenos periodistas hubieran "olido algo". Así fue, que los reporteros acosaron tanto a los emisarios como al Agente Confidencial. El licenciado Esquivel Obregón, *en su opúsculo,* tilda al doctor Vázquez Gómez de inconsecuente y de indiscreto porque tuvo que hacer algunas declaraciones a los periodistas; pero al hacerlo, el distinguido economista olvidó del todo que si él y el señor Braniff tenían empeño en cuidar los intereses del Gobierno, el doctor Vázquez Gómez lo tenía en cuidar los intereses de la Insurrección; y si de capital interés era para aquel Gobierno OCULTAR la iniciación de tratos con los revolucionarios, era de capital interés para la Revolución EXHIBIR que el Gobierno ya quería tratar con ella. No podían comprender los señores Braniff y Esquivel Obregón que ya no era pertinente tratar a escondidas para obtener componendas confidenciales, pues ya sólo era posible tratar de potencia a potencia.

En la segunda entrevista, Vázquez Gómez hizo del conocimiento de los emisarios que algo estaba tratando con el Secretario de Relaciones, señor De la Barra, pero advirtiéndoles que se consideraba obligado a guardar reserva con ellos en cuanto al contenido de tal correspondencia. "Bien claro nos dejaba ver el deseo de que desistiéramos. ...", dice el señor Esquivel Obregón. Y así era en efecto: debieron haber desistido. El mismo señor Limantour se los dijo, cuando conoció los pormenores, enviándoles este mensaje en 21 de abril, cuando ya se habían dirigido a El Paso, a entrevistar a Madero, según veremos más adelante:

"Después de espontáneos y patrióticos esfuerzos de ustedes, tan mal correspondidos por los revolucionarios, nada veo que pueda hacerse por ahora.

Firmado: *Limantour*".

Los emisarios, antes de decidirse a ir a EL PASO, TEXAS, para tratar de pasar al campamento rebelde y hablar personalmente con Madero, habían expuesto ante el doctor Vázquez Gómez un proyecto de proposición a la Revolución para que depusiera las armas, que en substancia consistía en que el Gobierno diera a la Revolución la facultad de nombrar Gobernadores interinos en catorce Estados de la República, algunos ministros en el Gabinete y que hecho esto y asegurada la libertad del voto, los diputados y senadores de esos Estados se separaran de sus respectivas Cámaras, para ser substituidos por otros ciudadanos electos por el pueblo. Oyó esas propuestas Vázquez Gómez, pero exigió a los emisarios que acreditasen su capacidad formal para presentarlas. Naturalmente, no pudieron hacerlo, y pidieron a Limantour siquiera una carta privada para poder presentarse a Madero, al mismo tiempo que solicitaron y obtuvieron del doctor Vázquez Gómez una carta de simple introducción para el Jefe Supremo de la Insurrección, para cuando pudieran verlo en su campamento.

Partieron los emisarios semiespontáneos y semiofíciosos para El Paso, Texas, y hemos de ver lo que allí hicieron y cómo, al fin, también fracasaron.

[illegible]

[illegible] de la [illegible] y el de capital [illegible] Gobierno ACEPTAR la [illegible] de tratar con los revolucionarios, [illegible] que el Gobierno no quería tratar con ella. No podían comprender los señores Braniff y Esquivel Obregón que ya no era pertinente tratar a escondidas [illegible] componendas confidenciales, pues ya sólo era posible tratar de potencia a potencia.

En la segunda entrevista, Vázquez Gómez [illegible] del conocimiento de los emisarios que algo estaba tratando con el Secretario de Relaciones, señor De la Barra, pero advirtiéndoles que se consideraba obligado a guardar reserva con ellos en cuanto al contenido de tal correspondencia. "Bien claro nos dejaba ver el deseo de que dichos [illegible]", dice el señor Esquivel Obregón. Y así nos [illegible] debemos haber [illegible]. El mismo señor Limantour [illegible], cuando conoció los [illegible], [illegible] el 21 de abril, cuando ya se habían dirigido a El Paso, a entrevistar a Madero, según veremos más adelante:

"Después de [illegible] de ustedes, [illegible] correspondencia por los revolucionarios, [illegible] que [illegible] hacerlo por ahora.

[illegible] Limantour".

PLATICAS DE PAZ EN EL CAMPAMENTO REVOLUCIONARIO

Terminaba la primera quincena del mes de abril de 1911, cuando los señores Braniff y Esquivel Obregón, provistos de una carta de introducción del doctor Vázquez Gómez y esperanzados en recibir otra de identificación de su misión, de parte del señor Limantour, se encaminaron desde Wáshington a El Paso, con la mira de apersonarse con el Jefe Supremo de la Insurrección, don Francisco I. Madero, de quien sabían que se acercaba a Ciudad Juárez con el objetivo de asaltar y tomar la plaza, a serle posible.

Claro es que el doctor Vázquez Gómez había informado a Madero de la actitud y de los propósitos de dichos señores, de manera que cuando ellos llegaron a hablar con él, ya supiera él, más o menos, de lo que iban a tratar. En momento poco propicio llegaron, pues aparte de esas informaciones del doctor Vázquez Gómez, ya Madero había dirigido al general Juan J. Navarro, comandante de Ciudad Juárez, la siguiente declaración, con fecha 19 de abril de 1911:

"Una comisión de paz, extraoficialmente, me ha pedido señale los términos bajo los cuales se podría hacer la paz. Repetiré lo dicho ya al doctor Vázquez Gómez: gustoso renunciaré la Presidencia Provisional de la República en bien de la paz; pero sólo que esté seguro de que *se satisfará la voluntad del pueblo;* de otro modo, la revolución continuará, no obstante las negociaciones de paz.

Estoy seguro de que el pueblo todo desea la renuncia del general Díaz y la No-Reelección. Por tal motivo aceptaré como Presidente Provisional a una de las personas del actual Gabinete, para que convoque a elecciones. En caso de que *esta condición* se acepte, deberá entregársenos la plaza de Ciudad Juárez y firmarse un armisticio. Esperaré hasta mañana en la tarde el resultado de las

negociaciones de paz conducidas por el doctor Vázquez Gómez. Si mañana en la noche no ha llegado la respuesta, comenzaré las hostilidades. Firmado: *Francisco I. Madero*".

En la misma fecha, el Jefe de la Insurrección dirigía una comunicación a M. Edwards, Cónsul de los Estados Unidos en Ciudad Juárez, del siguiente tenor:

"Tengo el honor de notificar a usted que dentro de veinticuatro horas, a partir de la medianoche de hoy, abril 19, atacaré Ciudad Juárez. Sírvase tomar cuenta de esta notificación y pasarla a los demás Cónsules y a todos los extranjeros residentes en la plaza, para que tomen las medidas convenientes, para que sufran lo menos posible las naturales consecuencias de un ataque. Sírvase aceptar la expresión de mi respeto y consideración. Sufragio Efectivo. No Reelección. Firmado: *Francisco I. Madero*, Presidente de la República Mexicana y Jefe del Ejército Libertador.—Rancho de Flores, abril 19 de 1911".

Estas comunicaciones fueron enviadas a su destino por conducto del licenciado don Federico González Garza, que era el Agente de la Revolución en El Paso, Texas. Con ansiedad esperaban Madero y los suyos la respuesta, y antes de que ella viniese, el Jefe de la Insurrección recibió un mensaje más del doctor Vázquez Gómez, encareciéndole que demorara por cierto tiempo el ataque a Ciudad Juárez, ya que las "negociaciones de paz" parecían ir por buen camino y podrían producir una solución rápida del conflicto. En efecto, ya en México era pública y notoria la fuerza de la Revolución, que brotaba y se diseminaba por doquiera; el Dictador se daba cuenta de la situación y en público empezó a hablarse sin recato de la necesidad de su renuncia. Con fecha 20 o 21 de abril —no lo recuerdo con exactitud—, el general Juan J. Navarro contestaba al licenciado González Garza, para que lo hiciera del conocimiento de Madero, lo siguiente:

"Señor González Garza.—El Paso, Texas.

En respuesta de su nota fecha de ayer, en la que me pide usted, en nombre del ciudadano Francisco I. Madero, la evacuación de esta plaza, tengo el honor de informarle que me es imposible atender esa demanda, porque no estoy facultado para ello. Significo a usted mi consideración, en nombre de la Libertad y Constitución.—Firmado: *Juan J. Navarro*, general brigadier".

Tales condiciones prevalecían, cuando llegaban a El Paso los "emisarios" señores Esquivel Obregón y Braniff. En El Paso conferenciaron con el licenciado Rafael Hernández, que allí se encontraba, y convinieron unir sus esfuerzos para obtener un arreglo, procurando conferenciar cuanto antes con el Jefe Supremo de la Insurrección. También hablaron con el veterano periodista independiente don Silvestre Terrazas, director del prestigiado *Correo de Chihuahua*, y con don Félix Martínez, de origen mexicano, pero ciudadano de los Estados Unidos, quien editaba en El Paso un diario en español. Todos ellos, desde diferentes puntos de vista y con diferentes matices de apreciación y de intención, esperaban obtener un medio para abreviar la duración de la contienda fratricida. Pero cada grupo obraba por cuerda separada. El señor Terrazas ya había logrado hablar antes con Madero, recientemente, en pleno campo de operaciones.

Informado Madero de la presencia cercana de los emisarios y del deseo de éstos de hablar con él, y acosado, por otra parte, de copiosa correspondencia de variadísimos orígenes en la que se le instaba para evitar la continuación de la lucha dejando protegidos los intereses vitales de la Revolución, una mañana reunió a sus más íntimos amigos y consejeros, tanto civiles como militares, en el lomerío que se extiende hacia el Occidente de Ciudad Juárez y que estaba ocupado por los campamentos de las fuerzas libertadoras. Allí, nos expuso la situación, nos comunicó todos los rumores de carácter político, que habían llegado a su conocimiento, referentes a las vacilaciones del Dictador, manifestándonos que, TAL VEZ, mediante alguna transacción favorable, se podría llegar al triunfo de la causa evitando mayor efusión de sangre; que estaba a punto de recibir a unos emisarios confidenciales, a quienes quería escuchar, pero que, en último caso, sólo trataría seriamente con ENVIADOS OFICIALES DEL GENERAL DIAZ ANTE LA REVOLUCION; pero que, antes, quería conocer la franca opinión de todos nosotros. Habló con reposo y parcamente, y sin la vehemencia y el entusiasmo que caracterizaban sus arengas a las masas o a los soldados libertadores. Se hizo un gran silencio cuando terminó de exponer su consulta; todos meditábamos, hondamente afectados, acerca de la gravedad que entrañaría cualquiera resolución que allí se tomara. De pronto, tomó la palabra el entonces mayor don Roque González Garza y con fervoroso impulso declaró que a su juicio la Revolución debería seguir adelante hasta obtener la retirada del

Dictador, sin dar fe a promesas que podrían ser falaces y que echaran por tierra todos los heroicos esfuerzos que el pueblo estaba desplegando. Como los sentimientos del joven mayor interpretaban los de la mayoría de nosotros, su vehemente exposición fue acogida con gran beneplácito; Madero fijó en él sus ojos soñadores, los paseó después lentamente sobre todos y cada uno de nosotros, y al cabo de un instante una sonrisa luminosa iluminaba su rostro, mientras decía: "Así tendrá que ser..." La suerte de la Dictadura estaba echada.

Madero recibió con afabilidad a los "emisarios" y los escuchó con paciencia. Cuando, por principio de cuentas, le pidieron la concertación de un armisticio para tener tranquilidad de discutir las condiciones de la paz, Madero se mostró terminante y categórico, dando a conocer, desde luego, su invariable punto de vista, en cuanto a la esencia de la situación. Dice el licenciado Esquivel Obregón:

"Madero nos contestó que no consideraba posible implantar ninguno de los principios revolucionarios mientras estuviera al frente del Gobierno el general Díaz, que siempre había engañado al pueblo, y que un armisticio no tendría objeto si no se tenían probabilidades de arreglo, mediante la aceptación de las condiciones fundamentales; que por lo mismo no estaba dispuesto a tal armisticio, si no era en el caso de que el general Díaz ACEPTARA LA BASE DE SU SEPARACION DEL PODER EN PLAZO PRUDENTE. Las palabras de Madero eran recibidas con aplauso por el coro militar que muy estrechamente nos rodeaba y que nos obsequiaba con alusiones poco amistosas".

No tenían, pues, los "emisarios" motivos para esperar un buen éxito de su misión. Sin embargo, en esos días llegó al campamento don Francisco Madero (padre) y habló con su hijo largamente y a solas. Madero siempre trató a su progenitor con filial respeto y esmerada condescendencia; esto, unido a su ardiente deseo de que terminaran las hostilidades, creó en don Francisco (padre) un acendrado optimismo de poder quebrantar la firmeza de su hijo, y así lo comunicó a los "emisarios". Volvieron éstos a sus empeños y, por fin, el 22 de abril, en memorable junta celebrada a un costado de la famosa "Casita de adobe", Madero, SIN VARIAR LAS CONDICIONES BASICAS QUE ANTES HABIA EXTERNADO, convino en aceptar en principio, como fundamentos para ulteriores negociaciones, estas bases que los "emisarios" propusieron y transmitieron telegráficamente al señor Limantour:

Primera: Renuncia de Corral a la Vicepresidencia. (Esto, por razones de todos conocidas, llevaba imbíbita la renuncia del Presidente).

Segunda: Nombramiento de cuatro Ministros, de acuerdo con la Revolución.

Tercera: Libertad de reos políticos sobreseyendo en todas las causas.

Cuarta: Reforma de la ley electoral, para hacer efectivo el voto.

Quinta: Que no se cambie Ministro de Relaciones Exteriores, sino de acuerdo con el Partido Revolucionario. (Esto también significa una indicación tácita sobre la renuncia del Presidente, supuesto que conforme a la ley vigente entonces, el Secretario de Relaciones se haría cargo de la Presidencia interina).

Sexta: Nombramiento por la Revolución de catorce Gobernadores interinos para que convoquen a elecciones.

Séptima: Al ser electos los nuevos Gobernadores, renuncian los diputados y senadores de sus respectivos Estados, y que se convoque a nuevas elecciones.

Octava: Evacuación por las fuerzas federales de los Estados de Sonora, Chihuahua y Coahuila, comprometiéndose la Revolución a tener fuerzas suficientes para conservar el orden y dar garantías, siendo pagadas por la Federación.

Novena: Subscripción nacional para indemnizar a las víctimas de la Revolución.

Décima: Pago de sus haberes a las fuerzas revolucionarias y reconocimiento de algunos grados militares.

Decimoprimera: Al llegar a un arreglo definitivo, el general Díaz y el señor Francisco I. Madero, publicarán cada uno un manifiesto a la Nación, en términos mutuamente honrosos, haciéndole conocer las bases del arreglo celebrado.

Los demás detalles se arreglarán de acuerdo con estas bases".

Como se ve, tales bases son virtualmente las mismas que los "emisarios" habían presentado en Wáshington al doctor Vázquez Gómez, y hay que suponer, por lo tanto, que de antemano eran conocidas y merecieron la aprobación del señor Limantour. Ello no

obstante, el Secretario de Hacienda del general Díaz enviaba al día siguiente esta contestación dilatoria, lo cual sembró una justificada desconfianza en el campamento revolucionario cuando después de recibida por ellos, los "emisarios" ni la mostraron ni explicaron una falta de contestación categórica:

"Braniff, Esquivel Obregón.—El Paso.—(Confidencial).

Recibí su mensaje relativo a bases, pero creemos inútil comenzar discusión por telégrafo, cosa tanto más difícil, cuanto que hay puntos inaceptables que podrían substituirse por otros. Vázquez ha presentado anoche a Embajador proposiciones de armisticio que deben haberse cruzado con nota del Gobierno aprobada en Consejo de Ministros. Para evitar confusiones, no se considerarán proposiciones Vázquez Gómez mientras no se reciba aviso de que la nota ha *sido comunicada a Madero* y *de que éste haya notificado* suspensión de hostilidades a Navarro.

Firmado: *Limantour*".

Pero en la junta del 22, se había convenido en celebrar un armisticio de cinco días, ignorándose por Madero mismo las proposiciones de Vázquez Gómez, a efecto de convenir en la verificación de negociaciones OFICIALES de paz, sobre las bases antes transcritas.

Entretanto, como los "emisarios" tenían entrada franca al campamento revolucionario, lo visitaban con frecuencia, y trataban de trabar amistad con los principales jefes militares de la Insurrección, especialmente el señor Braniff.

COMO ESTALLO EL ATAQUE A CIUDAD JUAREZ

Mucho se ha comentado la forma en que dio comienzo el ataque de las fuerzas insurrectas sobre Ciudad Juárez, y aun ha llegado a afirmarse que constituyó un acto de franca insubordinación contra Madero, quien tenía ordenada una temporal suspensión de hostilidades entretanto se conociera el resultado definitivo de las conferencias pacifistas, ya iniciadas con el licenciado Francisco S. Carbajal, representante oficial del Gobierno del general Porfirio Díaz. Para comprender, juzgar y calificar el suceso, es menester conocer a fondo la situación del momento, el estado de ánimo de las tropas revolucionarias, las privaciones y penurias que éstas sufrían y el incontenible ímpetu de combate que las dominaba; todo esto unido a ciertos incidentes concretos que se produjeron y que, más o menos insignificantes en sí mismos, fueron la gota de agua que hizo derramar el vaso. Y además, hay que aplicar un criterio racional y justo; quiero decir, que no hay que ajustarse a la disciplina y a las leyes de guerra que rigen a los ejércitos regulares, sino tener en cuenta las peculiaridades que caracterizan a una muchedumbre en franca rebelión para reconquistar sus derechos que estima conculcados.

He descrito ya la impaciencia de las tropas insurrectas ante las persistentes dilaciones de las pláticas de paz, así como la poca fe y la gran desconfianza que en su buen éxito tenían. La gran mayoría estimaba, y lo decía en voz alta, que el jefe Madero, con su ingénita bondad, estaba siendo víctima de las artimañas del Gobierno de México, que sólo quería ganar tiempo para poder concentrar más contingentes de combate en la región chihuahuense, para batir fácilmente a los revolucionarios. Por doquiera se hablaba del acercamiento del general Antonio Rábago con fuertes contingentes mili-

tares. Las tropas tenían hambre y estaban molestas. No pensaban sino en combatir. A raíz de pactado el armisticio confidencial del 22 de abril, los señores don Francisco Madero Sr. y don Oscar J. Braniff habían proporcionado de su peculio algunos miles de dólares —que seguramente les fueron reembolsados posteriormente— para adquirir comestibles y algún vestuario para las tropas, habiendo conseguido a la vez que el general Navarro permitiera que esos elementos pasaran por el puente internacional, para ser llevados al campo insurgente y distribuidos allí. De esta tarea fue encargado el coronel revolucionario Alberto Fuentes D., con el carácter de proveedor del Ejército Libertador, y desempeñó cumplidamente su misión. Pero, como era de esperarse, esas provisiones se agotaron rápidamente, antes de que las conferencias de paz tomaran cuerpo apreciable. La precipitación del ataque sobre Ciudad Juárez dependió de las sistemáticas vacilaciones de Chapultepec, y sobre ellas debe recaer la responsabilidad de toda la sangre derramada en aquel combate de tres días, que con toda facilidad podía haberse ahorrado con sólo haber dado facultades discrecionales al comisionado Carbajal y de haberse resignado a reconocer la verdad de la situación, dura pero fatal e inevitable ya.

La disciplina de un conglomerado armado de carácter netamente revolucionario, laxa ya de por sí, tiende a relajarse, cuando se la somete a un período de expectación demasiado prolongado. En un atardecer de principios de mayo el mayor Juan Dosal, hombre entonces de las confianzas de Pascual Orozco Jr., comentaba conmigo la tardanza de las negociaciones y tomándome del brazo, sentenciosamente y con la manifiesta intención de impresionarme para que a mi vez yo impresionara al Presidente Provisional, me dijo:

"*Convénzase usted, don Juan: mientras estemos aquí de ociosos*, nada se conseguirá en favor de la paz, y el enemigo se aprovechará de nuestra ociosidad... Si, en cambio, atacamos y tomamos Ciudad Juárez, la paz se firmará a renglón seguido..."

Confieso que esa opinión de Dosal, que era hombre serio y sincero y que parecía apreciarme altamente, me impresionó sobremanera, porque la conceptué una clara revelación del estado de ánimo de las tropas, especialmente de las del núcleo orozquista. Mientras Pascual Orozco Jr., según ellos mismos lo han afirmado después, externaba a los "emisarios" sentimientos de paz y de conciliación, doliéndose de la "intransigencia" de Madero y de sus consejeros, era él el más impaciente por emprender el ataque sobre Ciudad

Juárez, plaza que ya antes había atacado o tratado de atacar vanamente, por lo que tenía empeñado su amor propio en el éxito favorable de la hazaña. Pero hubiera querido llevarla a cabo sin la presencia de Madero, para que la gloria, el prestigio y sus naturales consecuencias le pertenecieran por entero. Por esto es que, aun ante Madero mismo, simulaba admitir un peligro de complicaciones internacionales si se atacaba Ciudad Juárez y se suscitaban fuertes combates en parajes tan cercanos de la línea divisoria, pues como allí la anchura del río no es mucha, balas perdidas podrían ir a causar estropicios en territorio norteamericano, acarreando posibles conflictos de índole internacional. Este temor, estimulado constantemente por algunos de sus familiares, siempre pesó mucho en el ánimo del Presidente Provisional y fue la causa principal de sus titubeos de acción agresiva. Momento hubo en esos días, como ya lo he dicho otra vez, en que quedó resuelto que el grueso de las fuerzas revolucionarias se internara hacia el sur, al mando directo del jefe Madero, quedando Orozco en la frontera con los elementos que creyera indispensables para evitar una indispensable persecución de parte del enemigo. Este plan, que al fin no se llevó a cabo por circunstancias supervinientes, era muy del agrado de Pascual Orozco Jr.; pero yo tengo la seguridad plena de que, de haberse efectuado, Orozco sin pérdida de tiempo hubiera atacado y quizá tomado la plaza, olvidando del todo aquellas sus opiniones que falsamente había comunicado a los "emisarios".

Por otros motivos, Garibaldi, Villa, José de la Luz Blanco y otros jefes eran de parecer que la plaza se tomaría sin mayores dificultades, no obstante que la suponían en mejores condiciones de defensa de las que en realidad disponía, según más tarde quedó comprobado. Cada vez que en lugar de una contestación categórica que Madero esperaba, se le oponía una nueva dilación por la parte contraria, él se contrariaba mucho y volvía a consultar las opiniones de los jefes que, casi todas, se inclinaban al ataque inmediato. Entre los consultados se encontró el general boero Viljoen, quien por su pericia había conquistado frescos laureles durante la campaña de su pueblo contra los opresores británicos. Viljoen hizo un detenido estudio del problema, sirviéndose del mayor acopio de datos que pudo reunir e inspeccionando personalmente las posiciones ocupadas por los insurgentes, y exclusivamente desde el punto de vista militar, pues a eso se reducía la consulta, opinó también que en aquellos momentos la toma de Ciudad Juárez era relativamente fácil.

El armisticio confidencial terminó el 6 de mayo. El comisionado Carbajal no se encontraba con facultades para contestar a la exigencia de la renuncia del general Díaz, impuesta por la Insurrección y, por consecuencia, las negociaciones quedaron rotas y el licenciado Carbajal se disponía a regresar a la ciudad de México. Una vez más intervinieron los señores Braniff y Esquivel Obregón cerca de Madero y consiguieron que "accediese" a la reanudación de las conferencias oficiales, bajo determinadas condiciones, en el cual caso se pactaría un nuevo armisticio que, en esta ocasión, sí tendría carácter oficial y solemne. El licenciado Carbajal se mostraba bien dispuesto para ello; pero, una vez más, Chapultepec retardó la correspondiente autorización.

Entretanto, también los periodistas extranjeros que iban al campamento en pos de noticias, manifestaban francamente su asombro por la ociosidad de las tropas sitiadoras y su ninguna fe en el buen éxito de las "negociaciones de paz", expresando a quien quería oírlos que ése era el sentir general en los Estados Unidos y en el mundo entero. Naturalmente, esos comentarios enardecían más a los jefes y a los hombres.

Circuló la voz en el campamento de que una soldadera revolucionaria había sido herida por bala federal, cuando llevaba de comer a su "hombre", que estaba en las avanzadas nuestras; que balas federales también habían tiroteado a un oficial nuestro que, con bandera blanca, se había aventurado hasta los puestos más avanzados de los nuestros, para retirarlos de ellos en evitación de un choque espontáneo y prematuro. Cada una de estas noticias caldeaba más y más el alma de los impacientes sitiadores.

Un impulsivo guerrillero, cuyo nombre se ha borrado de mi memoria, que en el campamento era conocido con el mote de "El Chinaco", porque usaba blusa roja como la de los chinacos tradicionales, se adelantó solo hasta la vera de la plaza sitiada, se lio a tiros con los federales y trajo al campamento un "chacó" federal, sin haber sido tocado por las balas enemigas. Para mí, ésta fue la señal del estallido del ataque. Estallido es la palabra exacta; porque ni Madero ni los jefes principales habían dado orden explícita alguna. Por varios puntos, llenos de júbilo, empezaron a avanzar los revolucionarios, sin orden ni concierto. En vano Madero se esforzó por contenerlos. Los mismos oficiales a quien enviaba con la orden de cesar el fuego, obedecían mal de su grado o no eran obedecidos por las tropas, viéndose entonces obligados a participar en el combate. Uno de ellos fue mi hijo Juan.

Esto pasaba a temprana hora del 8 de mayo, pero ya en la noche del 7 había habido algunas escaramuzas aisladas.

Recuerdo que Juan Dosal, el "muy de Orozco", antes de montar a caballo para ir al fuego, me abrazó diciéndome:

"¡Ahora sí tendremos capital provisional de la República!"

[illegible] Carbajal no se [illegible] del [illegible] ción y, por consiguiente, [illegible] [illegible] de Mé-[illegible]

Una vez más intervinieron los señores [illegible] y [illegible] cerca de Madero y consiguieron que "accediese" a la reanudación de las conferencias oficiales, bajo determinadas condiciones, en el cual caso se pactaría un nuevo armisticio que, en esta ocasión, sí tendría carácter oficial y solemne. El licenciado Carbajal se mostraba bien dispuesto para ello; pero, una vez más, Chapultepec retardó la correspondiente aprobación.

Entretanto, también los periodistas extranjeros que andaban campeando en pos de noticias, manifestaban francamente su asombro por la actitud de las tropas sitiadoras y su ninguna fe en el buen éxito de las "negociaciones de paz", expresando a quien quería oírlo que ése era el sentir general en los Estados Unidos y en el mundo entero. Naturalmente, esos comentarios [illegible] más a los jefes y a los hombres.

Corría la voz en el campamento de que una soldadera revolucionaria había sido herida por bala federal cuando llevaba de comer a su "[illegible]", que estaba en las avanzadas; [illegible] que los federales también habían tiroteado a un oficial nuestro que, con bandera blanca, se había acercado hasta los puestos más avanzados de los sitiados, para [illegible] de un cadáver [illegible] y [illegible]. Cada uno de estos sucesos caldeaba más y más el alma de los [illegible].

Un impulsivo guerrillero, cuyo nombre se ha borrado de mi memoria, que en el campamento era conocido con el mote de "El Chinaco", porque [illegible] de los [illegible] tradicionales, se adelantó solo hasta la orilla de la plaza, [illegible] se lió a tiros con los federales y [illegible] "[illegible]" federal, sin haber sido tocado por las balas enemigas. [illegible] fue la señal del [illegible] del ataque [illegible] palabra [illegible] porque ni Madero ni los jefes principales habían dado orden expresa alguna. Por varios puntos, llenos de júbilo, empezaron a avanzar los revolucionarios, sin orden ni concierto. En vano Madero se esforzó por contenerlos. Los mismos oficiales a quienes enviaba con la orden de cesar el fuego, [illegible] ser obedecidos por las tropas, viéndose entonces obligados a participar en el combate. Uno de ellos fue mi hijo Juan.

ATAQUE Y TOMA DE CIUDAD JUAREZ

Mientras el comisionado oficial, licenciado Francisco S. Carbajal, recataba hidalgamente su opinión personal, y como era de su deber, esperaba órdenes e instrucciones de Chapultepec, después de haber informado acerca de la inmediata situación, los señores Braniff y Esquivel Obregón insistían pertinazmente en influir en los acontecimientos, a pesar de que su carácter de emisarios confidenciales les había sido virtualmente retirado. Hallaban en esto un apoyo eficaz de parte de los miembros conservadores de la familia Madero, que en aquella región a la sazón se encontraban; pero debe tenerse por bien entendido que ni el Presidente Provisional, ni la mayoría de sus colaboradores militares, ni la mayoría de sus consejeros y compañeros civiles, se encontraron inclinados a desperdiciar ventajas efectivas de acción que tenían a la vista, a trueque de las hipotéticas que pudieran obtenerse mediante un problemático convenio de paz. Esto lo comprenderá cualquiera que de veras haya sido revolucionario y de veras haya sufrido y luchado por un ideal hondamente sentido. Insisto en afirmar que aquella insistencia de paños calientes, hizo mucho daño a la Revolución, tanto en lo inmediato como en lo mediato, y, por ende, a la pacificación y tranquilidad ulteriores de la República; pero encuento demasiado severa, aunque comprensible dentro de su fervor revolucionario, la afirmación que en la página 174 de su libro *La Revolución de 1910*, publicado en 1919, hace el ingeniero don Pascual Ortiz Rubio, y que dice así:

"El pueblo de México no cesará de maldecir a Oscar Braniff, Rafael Hernández, Toribio Esquivel Obregón y Ernesto Madero, que en abril de 1911 prepararon en Ciudad Juárez el cadalso de don Francisco I. Madero y la hecatombe que aún no concluye."

La encuentro demasido severa y radical, aunque comprensible, porque tengo para mí que aquellos señores no se daban exacta cuenta de las consecuencias de su actitud, pues procedían por frío razonamiento burgués y no por el cálido sentimiento revolucionario, que era entonces la única RAZON positiva; y no podría atribuirles interesados móviles en su proceder. Sí creo firmemente que si no hubiera habido aquellas dilaciones, que más tarde originaron deplorables condescendencias, y se hubiera dejado curso libre al movimiento armado, *con la consistencia y la orientación de entonces* se hubieran evitado muchos sinsabores a la Nación, y que la etapa reconstructiva de la Revolución, a la cual apenas vamos entrando, tendría ya dieciocho años de existencia, con sus naturales y fecundas consecuencias.

Los parciales ataques espontáneos de las tropas revolucionarias sobre Ciudad Juárez, mientras artificialmente se dilataban las negociaciones de paz, sólo fueron repelidos por los federales desde sus trincheras, y con esto hay quien pretenda demostrar que los porfiristas guardaron una actitud meramente pasiva. Pero yo me digo: si una plaza sitiada no se resuelve a romper el sitio, ¿desde dónde puede repeler a sus agresores, si no es desde sus posiciones, esto es, de adentro para afuera?... El bravo coronel Tamborrel, que supo morir abnegadamente, había minado los probables puntos de aproximación de los asaltantes; pues nuestros simpatizadores en la propia plaza sitiada, cortaron los conductos del agua potable. Virtualmente, la plaza estaba en poder de los revolucionarios, cuando los "emisarios" todavía se obstinaban en tratar condiciones de armisticio y de paz. Fue entonces cuando Madero, a pesar de su impuesta paciencia y de su buena voluntad, no pudo menos que ordenar el ataque formal, y lo comunicó en la siguiente carta a los "emisarios", ya que el Lic. Carbajal se mantenía en reserva y reticencia, en espera de órdenes de Chapultepec:

"Campamento del Ejército Libertador, márgenes del Bravo, frente a Ciudad Juárez, a 9 de mayo de 1911.

Señores Oscar Braniff y Lic. Toribio Esquivel Obregón.—El Paso, Texas.

Apreciables amigos:

Contesto su grata 9 del actual, manifestándoles que no tengo ningún motivo para cerrar a ustedes la puerta a nuevas negociaciones, y pueden ustedes venir a verme a mí y a los míos con la misma confianza de siempre.

Me he enterado de su mensaje al señor Limantour. No puedo hacerles observaciones largas, por falta de tiempo. Unicamente les manifestaré que desde el momento en que el señor Lic. Carbajal, al contestar mi carta, en que le dije que estaba conforme en reanudar las negociaciones y en suspender las hostilidades, sólo se refirió al primer punto, me consideré desligado de mi propósito.

El texto del manifiesto del general Díaz no lo he visto sino hoy en la mañana, y no ayer como ustedes suponen.

Lo que recibí ayer en la tarde fueron varios telegramas de México en que me decían que el general Díaz, según su manifiesto, no pensaba retirarse, lo que nos hizo suponer que se trataba de un nuevo ardid para ganar tiempo. En vista de estas circunstancias y de que los nuestros tenían ya posiciones muy importantes dentro de la población, di la orden de ataque, pero hasta que no lo hube avisado al primero de ustedes y al general Navarro.

Por estas razones, es injustificada la pretensión del señor licenciado Carbajal *—(de que los revolucionarios volvieran a sus posiciones anteriores al ataque)—*, pues desde el momento en que no dio su conformidad a la suspensión de hostilidades, me sentía desligado de ese compromiso.

Casi toda la plaza está en nuestras manos y hemos desalojado a los federales de todas sus posiciones.

El doctor Vázquez Gómez, en nombre de mi gobierno, mandó decir a Navarro que si deseaba capitular le concederíamos las condiciones más honrosas. Por mi parte, ratifico esa proposición y pueden ustedes dar parte en ese sentido, pues en los actuales momentos es el único modo de suspender la encarnizada lucha que se lleva en Ciudad Juárez.

Otra observación que quiero hacer a su telegrama al señor Limantour es que la gente que entró en la mañana fue un grupo insignificante, que fue engrosando después de que los federales hicieron fuego sobre la bandera blanca, y que, sobre todo, fue engrosado considerablemente por simpatizadores que se encontraban dentro de Ciudad Juárez. Además, la orden que yo daba a los soldados para que se retiraran era en la inteligencia que sólo estaban debajo del puente, pues de allí era muy fácil retirarlos; pero, desgraciadamente, los informes que me dieron eran inexactos, y se encontraban en muchas casas, lo cual cambiaba diametralmente la situación.

Por tal motivo, es inexacto que algunos de mis jefes me hayan desobedecido, pues no atacaron sino cuando recibieron orden mía, y lo hicieron hoy en la madrugada.

Sin otro particular, soy de ustedes amigo afmo. y atto. S. S.—(Firmado) *Francisco I. Madero.*"

Sobre los episodios combativos de la toma de Juárez, efectuada el 10 de mayo, no seré yo quien dé detalles, porque no soy hombre de armas; pero los obtendré de buena fuente. Yo estuve allí, ciertamente, pero no combatí. Otra era mi tarea, ya que mi conocimiento de las armas se reduce a lo que fue necesario para el periodismo de antaño: a algunas prácticas de tiro de pistola bajo la dirección de mi paternal amigo el general Sóstenes Rocha, y a algunos escarceos de florete y de espada en las salas de mis maestros el Cav. Attilio Calori, en Roma, y Mérignac, en París. Pero, al menos, si no ayudé en la toma de Ciudad Juárez, tampoco estorbé.

En la mañana del 10, entré a la ciudad conquistada, con los demás miembros del Gobierno Provisional, en caravana que presidía el mayor Roque González Garza (quien sí combatió bravamente), empuñando la bandera de la Revolución. Desde aquel momento empezó para mí una tarea civil muy ardua y dura, a la que he de referirme subsecuentemente.

CIUDAD JUAREZ, CAPITAL PROVISIONAL DE LA REPUBLICA

Desde las primeras horas siguientes a la ocupación de Ciudad Juárez por los revolucionarios, la tarea de los elementos civiles de la Revolución fue verdaderamente agobiadora. Esto lo comprendían sólo a medias los elementos netamente militares, y para nada los agentes pacifistas que en el Hotel Sheldon, del otro lado de la línea divisoria, gastaban su saliva en comentar, sin preciso conocimiento de causa, los recientes acontecimientos.

Una vez despachados los asuntos inmediatos más urgentes y aceptando el hecho de que Madero se alojaría en la "Quinta Escobar", inmediata a la ciudad, galantemente ofrecida para el caso por sus propietarios, me expresó sus deseos muy vehementes de tomar un buen baño y de "vestirse nuevamente de civil", lo cual no había podido hacer durante mucho tiempo. Dispuso que se destinara el edificio de la Aduana Fronteriza para el despacho de los asuntos de índole general, mientras que el del Ayuntamiento o Jefatura Política, donde Pascual Orozco Jr. se había instalado para despachar, se reservaba para tratar en él los asuntos íntimos e inmediatos de la Revolución.

La primera preocupación de Madero fue la de constituir, hasta donde las circunstancias lo permitieran, un gobierno civil de lineamientos orgánicos, para significar con ello que el movimiento no era exclusivamente militar ni menos vandálico y que desde el primer momento cuidaba de establecer la ley y el orden.

Instrucciones iguales se habían dado a todos los caudillos regionales en toda la República, por manera que a medida que se posesionaran de las ciudades capitales de Estados establecieran los respectivos gobiernos locales y municipales, con carácter provisio-

nal pero francamente civil. La misión de los jefes militares habría de ser de lucha y de resguardo de las ventajas que la Revolución fuera conquistando, pero no de gobierno. Este quedaba encomendado a los correligionarios civiles, más o menos preparados para el caso. En los casos en que las capitales de los Estados se conservaran en poder de los porfiristas y que los revolucionarios hubieran podido posesionarse de alguna población de cierta importancia de cada Estado, en ella debía establecerse el gobierno provisional del mismo, considerándose dicha población como capital provisional del Estado.

Siguiendo estas disposiciones, al ser ocupada Ciudad Juárez por nuestras fuerzas, la importante ciudad fronteriza se convirtió tanto en capital provisional revolucionaria del Estado de Chihuahua, como en capital provisional de la República. Había sido designado Gobernador de Chihuahua el prestigiado antirreeleccionista don Abraham González, quien eficazmente asesorado por el profesor don Braulio Hernández, como Secretario de Gobierno, había venido instalando autoridades locales en varios pueblos de la sierra ocupados ya por la Revolución, autoridades que impartían garantías no sólo a los nacionales, sino también a los extranjeros, en sus personas y en sus bienes, según lo sabían y reconocían los funcionarios de Wáshington, que acuciosamente observaban el desarrollo de la Revolución hasta en sus menores detalles. Así pues, don Abraham González procedió a nombrar sin pérdida de tiempo las autoridades locales de Ciudad Juárez y a organizar los servicios de orden y de policía, independientemente de la vigilancia genuinamente militar que, naturalmente, quedó a cargo directo de Pascual Orozco, Jr.

Al efecto, se dispuso que los civiles correligionarios prestasen ayuda para esos fines, formando patrullas que constantemente recorrieran la ciudad para impedir eventuales desmanes de parte de los soldados, enardecidos por el triunfo y acosados por las privaciones. Debe señalarse en honor de la verdad que las huestes revolucionarias supieron obedecer y acatar las recomendaciones de sus jefes y que se condujeron con mesura, probidad y compostura, salvo en muy contados casos que inmediatamente fueron contenidos y castigados por los mismos jefes. Yo presté varias veces ese servicio de patrullas civiles, y nunca tuve la menor dificultad ni con particulares ni con militares.

Desde los primeros momentos del tiroteo, una gran parte de la población civil de Ciudad Juárez había cruzado el río Bravo y se

había instalado en El Paso, temerosa de sufrir perjuicios personales. Entre los emigrados en esa forma, se encontraban los empleados de la Aduana Fronteriza, de todas categorías, quienes también habían puesto a salvo las existencias metálicas de la Aduana. Cuando los particulares emigrados supieron que la plaza estaba en poder de la Revolución y que en ella habían cesado todas las hostilidades, empezaron a hacer activas gestiones para regresar a sus hogares y cuidar de sus intereses. Pero Madero, antes de convenir con las autoridades fronterizas norteamericanas acerca de la reanudación del tráfico internacional y de la reapertura de la Aduana, quiso organizar, en embrión siquiera, el gobierno civil provisional de la República, a efecto de que todos sus actos ulteriores tuvieran ya, ante propios y extraños, la formalidad debida. Además, como era muy probable que Chapultepec tratase de reanudar las pláticas de paz después del revés sufrido, era conveniente que tratase ya con un Gobierno y no simplemente con un caudillo en armas.

Se equivocan quienes señalan a Madero como un empírico y como un instintivo. Conocía en teoría las reglas del buen gobierno, era metódico en todos sus procederes, le sobraba carácter para refrenar sus impaciencias y las de los suyos y, en el caso concreto a que vengo refiriéndome, se daba cabal cuenta de la necesidad de proceder sobre bases muy serias, para evitar desconfianza y fricciones internacionales. Muy atinadamente había descrito a Madero el licenciado José Vasconcelos, al hacerse cargo de la Agencia Confidencial de la Revolución en Wáshington, cuando el doctor Vázquez Gómez vino al cuartel general, haciendo a la prensa norteamericana esta declaración: "Yo creo que el pueblo de este país no conoce bien a don Francisco I. Madero. Es un hombre a quien yo denominaría un "idealista práctico". Está convencido de la rectitud de la causa revolucionaria; él sabe que su éxito es la felicidad del pueblo mexicano. Pero no es un soñador. Es un hombre muy práctico; está admirablemente dotado para conducir la Revolución a su fin."

Con tales antecedentes y por las consideraciones antes dichas, era lógico que el primer paso de Madero, al iniciar su gobierno civil, fuera la organización de un "Gabinete" o, cuando menos, de un cuerpo de consejeros y colaboradores, que se repartiesen la atención sobre los ramos de gobierno que, por el momento, era necesario atender. Cuando los recalcitrantes porfiristas tuvieron noticia de la formulación de ese Gabinete de Madero, sonrieron con burla, no obstante los reveses que estaban sufriendo y el incremento

de la Revolución que era ya evidente. Sin embargo, aquel acto de Madero fue, en mi concepto, de gran trascendencia teórica y práctica en el orden político. El Gabinete quedó formado así:

Relaciones Exteriores, doctor Francisco Vázquez Gómez; Hacienda y Crédito Público, don Gustavo A. Madero; Guerra, don Venustiano Carranza; Gobernación, licenciado Federico González Garza; Justicia, licenciado José María Pino Suárez; el nombramiento de Secretario Particular del Presidente Provisional recayó en mí.

Prestadas las protestas de ley y para preparar la iniciación de los acuerdos fronterizos para la reanudación del tráfico internacional y la reapertura de la Aduana de Ciudad Juárez, el doctor Vázquez Gómez hizo estas categóricas y sinceras declaraciones a la prensa de los Estados Unidos:

"Se sabe aquí que el Gobierno mexicano ha clausurado las aduanas fronterizas de Porfirio Díaz, Ojinaga y Agua Prieta. Yo creo que con la intención de evitar dificultades con los Estados Unidos y porque no tiene fuerzas suficientes para defender esas plazas, lo que revela también que ya inicia un movimiento general de retirada. Por consiguiente, toda la zona del Norte prácticamente está en poder de la Revolución.

"Para economizar grandes sacrificios al país, el general Díaz procurará el inmediato arreglo de la paz. Por lo que se demuestra que la Revolución es poderosa y que toda la nación quiere la separación de Díaz y de los hombres que con él han gobernado por muchos años al pueblo mexicano.

"El bienestar del país exige la renuncia del general Díaz y de su círculo de gobierno. Si ellos efectivamente aman a su país, deben retirarse, y si no lo hacen, serán responsables de las consecuencias que sobrevengan.

"La caída de Ciudad Juárez, la plaza mejor defendida por las fuerzas del gobierno, prueba que la Revolución es fuerte y que seguirá fortaleciéndose en lo sucesivo.

"El Gobierno del general Díaz está condenado irremisiblemente a caer, y su inmediata abdicación puede y debe conducir a una paz cierta."

En breves horas se arregló lo necesario con las autoridades norteamericanas para que se reanudara el tráfico internacional, bajo adecuada reglamentación transitoria, y que se reanudaran, asimis-

mo, las transacciones mercantiles usuales entre ambas poblaciones vecinas, El Paso y Ciudad Juárez. Pero el Departamento de Estado de Wáshington declaró que ello no significaba un reconocimiento de beligerancia y que su actitud oficial seguía siendo de neutralidad.

El puente se abrió, pues, y también se abrió la aduana, a cuyo frente puso la Revolución al coronel Alberto Fuentes D. La ciudad presentaba, empero, un aspecto de desolación. Sus edificios, algunos de ellos totalmente destruidos, como la Biblioteca, mostraban huellas lamentables de reciente combate. Muchas casas habían sido horadadas en su interior por los atacantes revolucionarios, quienes por medio de esas horadaciones habían pasado de acera a acera para acercarse a los sitios en que los federales se hacían fuertes. Se había empleado mucha dinamita por medio de bombas de mano, y los destrozos eran visibles por doquiera. Sin embargo, una vez sepultados los muertos y albergados los heridos en los hospitales (de la organización del servicio de sangre revolucionario he de ocuparme en capítulo especial), poco a poco la ciudad volvía a la vida. Abriéronse de nuevo algunos comercios, a los que se concedió amplia licencia para sus operaciones, con la sola restricción de no expender licores hasta nueva orden. Cuadrillas de soldados lavaban las aceras, tintas en sangre. Con anuencia de las autoridades norteamericanas de inmigración y con permiso de sus respectivos jefes, algunos oficiales revolucionarios pasaron a El Paso, Texas, a hacerse de ropa y provisiones. En todas partes eran aclamados por la población americana del lugar, la cual les obsequiaba víveres y golosinas para sus soldados.

Graves atenciones tenía, lo repito, el Gobierno Provisional. Los productos de la Aduana reabierta tardaban en llegar, como era de esperarse; y los escasos recursos de que se disponía tenían que emplearse de toda preferencia en la atención de los heridos. Gustavo A. Madero, en cumplimiento de sus nuevos deberes, hacía esfuerzos inauditos por obtener créditos siquiera para llenar en parte las necesidades de subsistencia de las tropas; pero hasta pasados cuatro o cinco días no fue posible obtener los fondos suficientes para llenar esas necesidades en proporción apreciable.

El nombramiento del Gabinete civil no había sido muy del agrado de Orozco, quien hubiera deseado que los nombramientos recayeran en hombres combatientes, y llamaba "músicos" a los civiles. Esos sentimientos eran fomentados por comentadores extraños a la Revolución, y era de notarse que cada vez que Orozco

regresaba de visitar El Paso, eran mayores y más intensas sus murmuraciones. Se relajaba a la vista su anterior severidad para con sus "*muchachos*" y *se molestaba cuando alguno de nosotros* le hacía observaciones sobre algunas pequeñas faltas que aquéllos cometían.

—¿Qué han de hacer, sino robar —decía—, cuando no les dan *haberes ni provisiones?* . . .

Mientras la ciudad se reanimaba, especialmente merced a la plétora de visitantes norteamericanos que, en automóviles, acudían a saciar su curiosidad, sordamente incubaba la insubordinación *orozquista que había de estallar el 13 de mayo, afortunadamente* con resultado favorable para la Revolución, gracias al valor, al carácter y a la entereza de Madero.

PRIMERAS ACTIVIDADES DE ADMINISTRACION REVOLUCIONARIA

Los que de cerca tratamos a Francisco I. Madero sabemos muy bien que era infatigable para el trabajo. De complexión robusta y sana, de sobriedad espartana y de vida extremadamente austera y ordenada, todas sus facultades físicas y mentales estaban concentradas en el trabajo. Pequeño de cuerpo, cansaba a cualquier andarín profesional que quisiera competir con él en el recorrido a pie, rápido y sostenido, de largas distancias; excelente jinete desde sus mocedades, reventaba caballos y hacía sudar a los más avezados de sus ayudantes que lo acompañaban en sus correrías ecuestres; y de igual modo se sobreponía a sus colaboradores intelectuales, por persistencia y resistencia, por capacidad de abarcamiento de varios temas a la vez, por repentina necesidad de producción mental a cualquiera hora del día o de la noche. ¡Dígolo yo, que bien supe de esas sus cosas!

Así fue que en Ciudad Juárez, cuando inició sus actividades de gobernante civil propiamente dicho, al mismo tiempo que se enteraba en detalle de los pormenores de índole puramente militar, nos agobiaba de trabajo a todos sus colaboradores civiles. Estaba en todo; y si bien escuchaba con atención y benevolencia las sugestiones que cada uno de nosotros le hacía en el ramo que le correspondía, siempre tenía alguna atinada modificación que hacer, siempre algún punto de vista que ampliar, siempre algún radio de acción que extender. Todo lo cual no obstaba para que, cuando no tenía enfrente algún asunto de inminente resolución y cuando había terminado, o creía haber terminado, su tarea normal de la jornada, se solazara con júbilo casi infantil en esparcimientos sociales de buena crianza, entre los cuales el baile era su favorito. Todavía sien-

do Presidente de la República, gustaba de bailar; y la mojigatería andante, alegando precedentes del general Díaz y del señor De la Barra, encontraban indebida y "antiprotocolaria" esa afición, sin parar mientes en que es y siempre ha sido un síntoma de sinceridad y de salubridad física y mental.

En lo material, las primeras actividades materiales de Madero, una vez evacuados los negocios de más inmediata urgencia, fue la de ocuparse personalmente del cuidado de los heridos, muchos de los cuales fueron recogidos directamente por él y por su esposa, para que fueran internados en las casas de salud de que la Revolución podía disponer y que cuidó de organizar de toda preferencia a cualquiera de las demás necesidades que por el momento se imponían.

El servicio Médico de la Revolución se estableció con eficiencia que resulta admirable, dados los escasos recursos de que en aquel momento se disponía. Se aceptó y agradeció la buena voluntad de vecinos de El Paso, para establecer allí un hospital de sangre, pero *por cuenta* y *al cuidado de la Revolución.* Dada la relativa escasez de médicos mexicanos, se contrataron los servicios de algunos facultativos norteamericanos que, con loables sentimientos de humanidad se mostraron propicios a ello.

Desde un principio y de acuerdo con sus procedimientos de organización metodizada, Madero había dispuesto la publicación de un periódico oficial del Gobierno Provisional, del que se imprimieron solamente tres o cuatro números, porque sobrevino el convenio de paz y la consecuente renuncia de Madero como Presidente Provisional. Ese periódico era de pequeño tamaño, constaba de sólo cuatro páginas, y actualmente sus ejemplares son sumamente raros. Llevaba este pie de imprenta: "IMP. HERNANDEZ.—Hernández y Samaniego. Propietarios.—Comercio II.—Ciudad Juárez". Y su título era éste:

PERIODICO OFICIAL

del Gobierno Provisional de los Estados Unidos Mexicanos.
Todas las disposiciones serán obligatorias por el solo hecho de ser publicadas en este periódico.

Responsable: Departamento de Gobernación.

Hay que fijarse en que, modestamente, no se hablaba de SECRETARIA de Gobernación, sino de DEPARTAMENTO, a cuyo

frente estaba el probo y esforzado licenciado don Federico González Garza.

De ese periódico oficial, y para que se vea el orden y la seriedad con que desde un principio procedía el Gobierno Provisional, transcribo los siguientes documentos oficiales, que dan exacta idea de que mientras el viejo y antes poderoso Gobierno porfirista se bamboleaba, el naciente Gobierno de la Revolución, aun en medio de sus dificultades y tribulaciones, se daba exacta cuenta de sus deberes:

"Gobierno del Estado y Jefatura de la 2ª Zona Militar.—El C. Tom Saldo se presentó hoy ante el C. Gobernador Provisional del Estado y Jefe de la Segunda Zona Militar, exhibiendo cheques de cartón con que usted está haciendo pagos por su trabajo a empleados y obreros. El mismo C. Gobernador, en acuerdo de hoy, ha dispuesto se diga a usted que:

Además de estar esta práctica estrictamente prohibida por la Ley, el nuevo Gobierno está dispuesto de una manera enérgica a evitar ese género de monopolios que redundan en gravísimo perjuicio de la clase obrera; y que por lo mismo previene a usted que desde luego haga usted las liquidaciones tanto del señor Saldo como de todos los que tengan en su poder esa clase de "moneda", pagándoles usted con dinero en efectivo; en la inteligencia de que para lo sucesivo si insiste en quebrantar esas disposiciones, se verá en la pena de consignar el caso a las autoridades respectivas para que sea castigado severamente. Lo que comunico a usted para su cumplimiento y demás fines.—Por la Patria.—Sufragio Efectivo. No Reelección.—C. Juárez, mayo 22 de 1911.—El Secretario, Braulio Hernández.—El Oficial Mayor, Salvador Gómez.—Al señor J. B. Chandler, Contratista.—K. 88. F.C.N.O. de México."

El contratista norteamericano obedeció inmediatamente, comprendiendo que ya no disfrutaba de las lenidades porfiristas.

Otro documento oficial:

"Se ha presentado el señor S. H. Veater manifestando que el señor O'Neil, de la Colonia Chihuichupa, se jacta de ser el único concesionario autorizado para sacrificar ganado para el consumo público.

Como usted sabe, el Gobierno Provisional no ha hecho absolutamente tal concesión, pues, en beneficio del pueblo, ESTA DIS-

PUESTO A TERMINAR CON EL ANTIGUO SISTEMA DE MONOPOLIOS *y concesiones indebidas. Por lo tanto, ruego a usted* se sirva practicar una averiguación sobre el particular, poniendo desde luego el consiguiente remedio y dando aviso inmediato del resultado.—Por la Patria.—Sufragio Efectivo. No Reelección. Ciudad Juárez, Chih., mayo 21 de 1911.—El Gobernador Provisional y Jefe de la 2ª Zona Militar: Abraham González.—Secretario: Braulio Hernández.—Al C. Jefe Municipal y Comandante Militar de Casas Grandes, Chihuahua."

Se dio inmediato cumplimiento a la orden, y eso bastó para que cesaran todas las pretensiones de monopolios de cualquiera índole *en toda la región dominada por la Revolución. Automáticamente* se cancelaron las concesiones abusivas preexistentes. Nadie intentó obtenerlas de nuevo, porque bien se sabía que sería inútil toda gestión al respecto.—La Revolución empezaba a cumplir sus promesas hechas al pueblo.

Los documentos que he transcrito —con el fin de que los pósteros se enteren de cómo procedían los revolucionarios en el orden civil y administrativo— provenían del Gobierno del Estado, y podría citar otros muchos análogos. Pero también el Gobierno Provisional de la Federación actuaba eficazmente en el orden administrativo. Se reanudó el servicio postal, con esta explicación y este aviso:

"Departamento de Comunicaciones. *(Este Departamento se agregó a los que primitivamente constituyeron el "Gabinete", y quedó a cargo del ingeniero don Manuel Urquidi.)*

En vista de que la oficina de correos de esta capital provisional *quedó totalmente destruida durante el combate que dejara la ciudad* en poder de las fuerzas libertadoras, hubo de suspenderse el servicio durante algunos días.

Aprovechando los elementos que quedaron utilizables en la Oficina Federal de Telégrafos, el servicio de correos quedó nuevamente organizado con fecha 20 del actual. En la puerta de dicha oficina ha sido colocado el siguiente

AVISO AL PUBLICO

Toda correspondencia que llegue a esta Administración de Correos con dirección exacta, será distribuida a domicilio. Como en la actualidad no existen apartados para correspondencia, los intere-

sados tendrán que concurrir a esta oficina para dar sus nombres y número del apartado, a fin de que les sea entregada.

Horas de despacho: de 8 a.m. a 12 m. y de 3 p.m. a 7 p.m.

Ciudad Juárez, 21 de mayo de 1911."

Poco después se reanudó el servicio telegráfico para toda la República y países extranjeros, sirviéndose para ello la Revolución de las oficinas telegráficas y cablegráficas de El Paso, a las que pagaba las tarifas usuales de transmisión, pero cobrando al público de C. Juárez solamente las cuotas anteriormente establecidas para el uso de las líneas federales. Esto se hizo en vista de que las principales líneas telegráficas para el Sur estaban cortadas. Recuerdo que el joven oficial don Melchor Vela, que prestó a la Revolución valiosos servicios de varios órdenes, fue sumamente útil en la reorganización del servicio telegráfico.

A su vez, el Departamento de Gobernación daba cuenta de sus labores relacionadas con el urgente establecimiento, sosteniendo y cuidando de los hospitales de Sangre, diciendo:

"La presencia en esta población de las brigadas sanitarias que fueron enviadas por la Cruz Blanca Neutral, de reciente creación, y la Cruz Roja Internacional (rama mexicana), y además la concurrencia de otros excelentes elementos médicos, tanto mexicanos como americanos, agrupados bajo la Cruz Nacional, ha sido motivo de satisfacción para el Gobierno Provisional, pues ve satisfechas, en toda su amplitud, las necesidades que entraña tan importante servicio."

Y daba cuenta en seguida de la organización del servicio sanitario general, que quedó así formado: Un Médico Cirujano General, una Junta de Sanidad, un Hospital de la Cruz Nacional, dos de la Cruz Blanca y dos de la Cruz Roja. Para desempeñar el puesto de Cirujano General, fue designado por el Departamento de Gobernación el señor doctor coronel I. J. Bush, quien, además de las labores que en el Hospital Insurgente de El Paso desempeñaba como director, visitaba frecuentemente los otros hospitales, sin distinción de asociaciones.

La Junta de Sanidad quedó constituida por los señores doctores coronel James Wilson, mayor O. N. Nelson, mayor Samuel Navarro y mayor Daniel Rodríguez López. Dichos facultativos estaban autorizados para hacer reconocimientos en las casas, habitaciones y lugares en que se creía pudiera haber focos de infección y en general

para todo aquello que tendiera a evitar la propagación de enfermedades contagiosas.

Ya se ha visto cómo quedó organizado el servicio de los cinco hospitales, a cargo de diversas asociaciones filantrópicas. La Cruz Nacional que se creó desde el principio de los combates por el altruista señor don Baltasar Anaya, instaló, del lado americano, el Hospital de los Insurgentes, fungiendo él mismo como administrador y confiando la dirección al doctor coronel I. J. Bush, quien tenía como ayudante al practicante don José Martínez. Este hospital, perfectamente atendido, fue un modelo en su género y en él se curaron numerosos heridos, tanto revolucionarios como federales.

"La Sociedad Mexicana de la Cruz Blanca Neutral" fue fundada por la señorita Elena Arizmendi y Mejía, quien agotó su abnegación, su actividad y su inteligencia en el cuidado de los heridos. Dicha institución organizó una brigada sanitaria, cuyo jefe fue el doctor don Antonio Márquez, dividida en tres secciones, a cargo, respectivamente, de los doctores don Ignacio Barrios, don Lorenzo Díaz y don Ignacio Fernández de Lara. La sección 1ª tomó el nombre de "expedicionaria", porque estaba destinada a seguir a las tropas en sus ulteriores movimientos hacia el Sur. En ella iban, además de su jefe ya mencionado, los practicantes don Renato Miranda, don Cliserio García, don G. Gracia García y don G. Garza Cossa, con tres señoritas enfermeras.

La sección 2ª se encargó de un hospital de sangre, ubicado en el local que antes se llamó "Hotel Porfirio Díaz", y, con su jefe al frente, prestaron allí sus valiosos servicios los practicantes don Fortunato Macías, don Carlos Colín, don Efrén Valdez, don Fulgencio Casanova y siete señoritas enfermeras. La sección 3ª, bajo la jefatura del egregio doctor don Ignacio Fernández de Lara, ocupó el antiguo "Hospital de Ciudad" para atender en él, de preferencia, a enfermos contagiosos, pues bastantes había de tifo y de erisipela. Fueron practicantes allí los señores don Francisco Laglera, don Ciro Garcés, Jaques y Camargo; y enfermeras las señoritas Antonia Zorrilla, Rebeca A. Guillén y Loreto y Basilisa Vélez.

La "Cruz Roja Internacional" (rama mexicana) envió a Ciudad Juárez la primera sección de su primera brigada, bajo la dirección del doctor don Leopoldo Calvillo y la subdirección del doctor don Manuel Gómez Portugal, acompañados de practicantes y enfermeras en gran número. Su hospital se instaló en el edificio que antes fuera

Jefatura de Armas y dio asistencia constante a un promedio de ochenta heridos.

Se ve que la Revolución maderista fue organizadora desde el primer momento. He querido dar aquí nombres de los principales colaboradores en el ramo de sanidad y de hospitales, porque creo que a los héroes de la ciencia y del altruismo, se les debe recordar con igual afecto que a los próceres de la guerra y de la política.

Jefatura de Armas y dio asistencia constante a un promedio de ochenta heridos.

Se ve que la Revolución maderista fue organizadora desde el primer momento. He querido dar aquí nombres de los principales colaboradores en el ramo de sanidad y de ayudantes, porque creo que a los héroes de la ciencia y del altruismo, se les debe recordar con igual afecto que a los próceres de la guerra y de la política.

el Hospital de los Insurgentes, [illegible] tando y confiando la dirección al doctor coronel I. J. Bush, quien tenía como ayudante al practicante don José Martínez. Este hospital, perfectamente atendido, fue un modelo en su género y en él se curaron numerosos heridos, tanto revolucionarios como federales.

"La Sociedad Mexicana de la Cruz Blanca Neutral" fue fundada por la señorita Elena Arizmendi y Mejía, quien agotó su abnegación, su actividad y su inteligencia en el cuidado de los heridos. Dicha institución organizó una brigada sanitaria, cuyo jefe fue el doctor don Antonio Márquez, dividida en tres secciones, a cargo, respectivamente, de los doctores don Ignacio Barrios, don Lorenzo Díaz y don Ignacio Fernández de Lara. La sección 1ª tomó el nombre de "expedicionaria", porque estaba destinada a seguir a las tropas en sus ulteriores movimientos hacia el Sur. En ella iban, además de su jefe ya mencionado, los practicantes don Benito Miranda, don Cirenio Carola, don G. García García y don G. Garza Cossío, con tres señoritas enfermeras.

La sección 2ª se encargó de un hospital de sangre, ubicado en el local que antes se llamó "Hotel Porfirio Díaz", y, con su jefe al frente, prestaron allí sus valiosos servicios los practicantes don Perfecto Macías, don Carlos Colín, don Efrén Valdez, don Fulgencio Casanova y algunas señoritas enfermeras. La sección 3ª, bajo la jefatura del egregio doctor don Ignacio Fernández de Lara, ocupó el antiguo "Hospital de Ciudad" para atender en él, de preferencia, a enfermos contagiosos, pues bastantes había de tifo y de erisipela. Fueron practicantes allí los señores don Francisco Lavieza, don Ciro Garcés, Ibarra y Camargo, y enfermeras las señoritas Antonia Zorrilla, Rebeca S. Castillo y Lovato y Basilisa Vélez.

La "Cruz Roja Internacional" (rama mexicana) envió a Ciudad Juárez la primera sección de su primera brigada, bajo la dirección del doctor don Leopoldo Calvillo y la subdirección del doctor don Manuel Gómez Portugal, acompañados de practicantes y enfermeras en gran número. Su hospital se instaló en el edificio que antes fuera

COMO FUE EL MOTIN DEL 13 DE MAYO DE 1911, EN CIUDAD JUAREZ

Varias han sido las versiones que sobre los pormenores del motín en Ciudad Juárez se han hecho circular. En muchas de ellas se ha alterado la verdad de lo realmente acontecido. Voy a narrar estrictamente lo que yo presencié.

Muy temprana fue la visita que el general Pascual Orozco Jr. hiciera, la mañana del 13, al Lic. Toribio Esquivel Obregón en el Hotel Sheldon de El Paso y después de la cual el jefe revolucionario volvió a su cuartel para poner en práctica, inmediatamente, el plan de sublevación contra Madero, que acababa de comunicar al letrado pacifista.

Yo me dirigí como de costumbre, poco después de las nueve de la mañana, al edificio de la antigua Jefatura Política, convertida ya en Presidencia Municipal, en donde, por aquellos días, celebraba mi primer acuerdo del día con el Presidente Provisional de la República. Ese día iba yo acompañado de mi hijo Juan, que a la sazón estaba franco de servicio.

Al llegar a la Jefatura nos sorprendió el hecho de encontrar a su puerta gran hacinamiento de gente, en su mayoría soldados revolucionarios armados, lo cual no acontecía habitualmente. Algo pasaba, sin duda alguna, y precipitamos nuestros pasos ávidos de conocer lo que hubiera.

El portal de entrada estaba resguardado por Juan Dosal y sus hombres. Abrímonos paso entre la muchedumbre para llegar a ese lugar, y alguien nos dijo: "Pasa algo grave: el Presidente y el general Orozco tienen una gran disputa".

El mayor Dosal, algo titubeante, nos franqueó la entrada, y al llegar al salón en que, por costumbre verificábamos nuestras juntas,

oímos grandes clamores y vimos con sorpresa que un grupo de hombres se debatía forcejeando desesperadamente: Orozco con el brazo izquierdo tenía enlazado a Madero, mientros que en su diestra mano empuñaba una pistola; Madero exclamaba "*Yo soy el Presidente*" y Orozco rugía "*Pero no sale usted, señor Madero, no sale usted...*" Don Abraham González y Gustavo A. Madero, éste también con pistola en mano, trataba de separar a Madero y Orozco; y así, forcejeando, Madero, completamente inerme, con la fuerza de sus músculos logró llegar hasta la puerta, la traspuso pasando frente a Dosal que permaneció atónito y salió hasta la calle que separa la Jefatura del pequeño parque que en aquella plazoleta se encuentra, siempre asido por Orozco que pretendía impedir su salida. Nadie más que ellos dos pudieron salir. Estaban en la Jefatura todos los miembros del Gabinete (con excepción del doctor Vázquez Gómez y de don Venustiano Carranza, que aún no llegaban) y los principales funcionarios civiles de la nueva administración. Todos nos precipitamos en seguimiento de Madero, pero el mayor Juan Dosal y sus hombres nos interceptaron el paso diciendo: "Nadie sale..." Oímos gritos de las tropas que aclamaban a Pascual Orozco... Previmos un inmediato desenlace funesto...

Pino Suárez, no pudiendo salir, trepó sobre sillas con objeto de alcanzar a romper los cristales ahumados de una ventana, para ver u oir lo que afuera acontecía. Se había hecho un gran silencio, y Madero, desde lo alto de un automóvil que allí estaba, arengaba a las tropas presentes, cuyo número ascendía a más de cien hombres, casi todos de las fuerzas de Orozco.

—Yo soy el Presidente de la República —decía—, yo he invitado a este movimiento libertador y lo he sostenido con mi sinceridad y mi fortuna. Siendo así, yo soy el Jefe de la Revolución, y Orozco no es más que uno de sus generales. Han engañado a Orozco, no le guardo rencor, le ofrezco mi mano de amigo y correligionario y lo invito a proseguir la lucha bajo mi Gobierno...

Tendía la mano a Orozco, que estaba cerca de él, siempre con la pistola preparada. Orozco rehusó su mano. Quiso decir algo, pero no pudo, y sólo hizo ademán de ascender al automóvil, en gesto de aprehender a Madero. Intervinieron otros. Entonces, Madero gritó: "Aquí estoy, matadme si queréis... O conmigo o con Orozco... ¿Quién es el Presidente de la República?..."

El general Garibaldi gritó "¡Viva Madero!" y toda la tropa secundó el grito, que fue repetido muchas veces y durante algunos

minutos. Orozco parecía anonadado. Entretanto, Villa se acercaba al coche y decía conmovido al Presidente Provisional: "Ajusíleme usted, señor Madero, castígueme, castígueme..." Y Madero, que había recobrado su sonrisa habitual: "Qué te he de fusilar, si eres un bravo... Anda, calma a tus muchachos y prepáralos para seguir la lucha...."

Y a Orozco: "General, todo ha pasado... Venga a tratar conmigo serenamente, dígame lo que quiera, y haré todo lo que deba..."

Orozco había guardado la pistola y esta vez sí estrechó la mano de Madero. Volvieron ambos al salón en donde nosotros nos encontrábamos.

—Vamos a ver, general Orozco, dígame con calma lo que desea...

Ya comedido, Orozco expresó que no creía justo que las tropas sufrieran penalidades, mientras los miembros del Gabinete banquetcaban... *(La víspera, los miembros del Gabinete o, mejor dicho, algunos de ellos y varios jefes militares habían sido obsequiados con un banquete en El Paso, por un distinguido club de la localidad)*. Que el Gabinete debería integrarse por combatientes y no por civiles.

Enérgicamente contestó Madero que él sabía muy bien lo que hacía y por qué lo hacía; que la convivialidad de la víspera tenía significación de cordialidad internacional, que beneficiaba a la Revolución; que la penuria de las tropas no era tanta como Orozco la presentaba, desde el momento en que había víveres en los almacenes, y que muy pronto quedaría resuelta la inmediata situación económica, con el funcionamiento de la Aduana; que, por lo demás, en ningún caso estaba dispuesto a someterse a la fuerza bruta.

Despidióse Orozco, al parecer calmado; Madero acordó lo más urgente con nosotros, y en seguida se marchó a poner en salvo al general Navarro, porque, después de la acontecido, era de temerse algún atentado en su contra.

El motín resultó, pues, un triunfo para Madero y un fracaso para Orozco. Inmediatamente se arreglaron las dificultades económicas, porque la actitud de Madero dio crédito y creó confianza en la Revolución, y Gustavo pudo obtener los fondos que se necesitaban. Dice el general Marcelo Caraveo en sus *Memorias*: "La armonía entre los jefes civiles y militares de la Revolución quedó restablecida pronto, cuando miles de pesos, provisionalmente agen-

ciados por el señor Madero, fueron distribuidos entre las fuerzas victoriosas".

Desde aquel momento data el "maderismo" radical de Pancho Villa, *que perduró hasta su muerte, no obstante que estuvo* preso durante la Presidencia Constitucional de Madero. Días después del motín, Villa nos decía a Pino Suárez, a Bonilla y a mí: "Cuando pienso en el mal que quise hacer al señor Madero, *me siento el corazón entre dos piedras*".

Documento histórico, casi desconocido hoy porque circuló entonces en el siguiente Boletín que Madero hizo imprimir la tarde de aquel mismo 13 de mayo de 1911, explicando personalmente los acontecimientos del día:

"Tengo muy poco que decir acerca de los sucesos de esta mañana. Orozco, excitado por la victoria y probablemente debido a la *adulación y malos consejos* de personas interesadas en nuestra desunión, cometió una falta que, afortunadamente no fue de consecuencias.

Se lamentó de que las fuerzas no tenían lo necesario y lo creía debido a la poca eficacia de las personas comisionadas por mí para atender a las tropas, pero la verdad es que en los almacenes del Ejército hay lo necesario, y sólo debe culparse al encargado de proveer a las fuerzas del mando directo de Orozco.

También me reclamó Orozco por las personas que designé para formar mi Gabinete, a lo que contesté que no era él quien debía señalarme tal cosa, que era sólo de mi incumbencia.

Como había un considerable número de soldados en el sitio donde tratamos él y yo de estos asuntos, me pareció conveniente dirigirles la palabra para ponerlos al corriente de lo que ellos ya sospechaban. Todos demostraron su buena disposición a la concordia, y para dar fin al desagradable incidente, Orozco y yo estrechamos nuestras manos y olvidamos todo, pues yo tomé en cuenta que aunque él cometió una falta, la Revolución le debe muchos servicios.

Por consecuencia, no es cierto que yo haya pedido a las personas que hace poco nombré para integrar mi Gabinete, su renuncia, *ni tampoco que alguna de ellas se haya tenido* que trasladar a la ciudad de El Paso, como erróneamente lo han asegurado algunos periódicos; pues dichos miembros del Gabinete siguen desempeñando regularmente sus funciones, y algunos de ellos, que estaban

en sus oficinas en los momentos de la dificultad, nada supieron de lo sucedido.

Este incidente, en sí desagradable, me ha proporcionado la oportunidad de saber que cuento enteramente con la fidelidad de mis soldados, y que los oficiales, desorientados momentáneamente, no han tratado de desobedecer mis órdenes.

Como supe que algunos soldados, mal aconsejados, trataban de infligir alguna ofensa al general Navarro, lo tomé bajo mi custodia, desde un principio, en mi propia casa; pero como no podía estar siempre a su lado, con lo que pasó, concebí temores de que en mi ausencia podría ser molestado. Para evitarlo, lo conduje en persona a un lugar apropiado para que pudiera cruzar el río y refugiarse en el lado americano, en donde continúa siendo mi prisionero de guerra, bajo su palabra de honor.

En honor de Orozco debo decir que él mismo me propuso que podríamos hacerlo de ese modo desde un principio, y el mismo Villa, cuando le comuniqué mi propósito de garantizar la vida de Navarro, me dijo que obrara como yo quisiera, con lo cual quedaría conforme. En consecuencia, no es verdad, como se asegura, que mis oficiales o soldados me hayan exigido la vida del prisionero, pues así como son valientes en el combate, son generosos en la victoria. (Firmado).—*Francisco I. Madero.*"

¡Qué modo tan noble de disculpar y perdonar las faltas de algunos de sus subordinados! En todos los actos de su vida, siempre encontraremos a un mismo Madero, si nos tomamos el trabajo de estudiarlos a fondo.

victoriosos".

[illegible]

Como había un considerable número de soldados en el sitio donde tratamos él y yo de estos asuntos, me pareció conveniente dirigirles la palabra para ponerlos al corriente de lo que ellos se sospechaban. Todos demostraron su buena disposición a la concordia, y para dar fin al desagradable incidente, Orozco y yo estrechamos nuestras manos y olvidamos todo, pues yo tomé en cuenta que aunque él cometió una falta, la Revolución le debe muchos servicios.

Por consiguiente, no es cierto que yo haya pedido a las personas que hace poco nombré para integrar mi Gabinete, la renuncia, ni tampoco que alguno de ellos se haya tenido que trasladar a la ciudad de El Paso, como erróneamente lo han asegurado algunos periódicos; pues dichos miembros del Gabinete siguen desempeñando regularmente sus funciones, y algunos de ellos, que estaban

EL TEXTO AUTENTICO DE LOS CONVENIOS DE CIUDAD JUAREZ

Apenas el licenciado Carbajal tuvo su primer contacto con el jefe de los directores de la Revolución, no ocultó su asombro al encontrar que, como base de todo trato y a pesar de lo aseverado por algunos miembros "neutrales" de la familia Madero, por los "emisarios" confidenciales y por el propio señor Limantour, aquéllos exigían una firme garantía de las renuncias del general Díaz y del señor Corral. Tengo para mí que la desorientación que sufrió el licenciado Carbajal fue muy sincera; pero es inexplicablemente extraño que su gobierno no lo hubiera instruido antes sobre el particular, ya que esa exigencia ni por un momento se había recatado de parte de los revolucionarios, según he dejado ya comprobado con documentos.

Por otra parte, parece que las facultades de que iba investido el licenciado Carbajal, eran por demás limitadas, pues cada vez que se tocaba un punto de trascendencia, tenía que consultarlo a México. Celebró entrevistas con los delegados de la Revolución (*entiendo que fueron las entrevistas, antes* de la toma de Ciudad Juárez) en un sitio intermedio entre la plaza y el campamento rebelde. Pero no se llegaba a ningún arreglo definitivo, y la impaciencia de las tropas crecía hasta tornarse, como he dicho ya varias veces, en incontenible. Ante la actitud indecisa del comisionado gobiernista, crecían las suspicacias, que siempre fueron muchas en los revolucionarios, sobre la buena fe con que trataba al general Díaz. No hay que olvidar que "llovía sobre mojado". Y sucedió lo que tenía que suceder: que a despecho de las negociaciones iniciadas, los revolucionarios atacaron y tomaron Ciudad Juárez.

En esas andanzas, y para poder tratar en definitiva, puse el mensaje directo al general Díaz, de parte de Madero, del que ya he hecho mención en otra parte, preguntándole si estaba resuelto a renunciar y cuándo. Su contestación, que tardó unos dos días, aseguraba que renunciaría antes de finalizar el mes de mayo. Con esto se abreviaba en mucho el camino de la paz, pues esa noticia, a la par que satisfizo a los revolucionarios radicales, que éramos los más, allanó el camino al licenciado Carbajal. Además, la toma de Ciudad Juárez había aumentado considerablemente la fuerza material de la Revolución, al mismo tiempo que afirmaba su fuerza moral, al ser conocida la noticia en todo el país, cosa que tuvimos buen cuidado en procurar sucediera por cuantos medios estuvieron a nuestro alcance. Así fue como el 21 de mayo, a las puertas del edificio de la Aduana Fronteriza, pudo firmarse el famoso Convenio de Ciudad Juárez, cuyo texto, borrado ya de la memoria de la generación pasada y desconocido para la nueva, reproduzco a continuación, tomándolo del "Periódico Oficial del Gobierno Provisional de los Estados Unidos Mexicanos," en Ciudad Juárez, Chihuahua, a 25 de mayo de 1911, tomo 1, número 2:

"DEPARTAMENTO DE GOBERNACION.

"El Presidente Provisional de la República se ha servido comunicarme lo siguiente:

"Con objeto de alcanzar en breve tiempo en toda la República una paz definitiva y mientras el gobierno emanado de la Revolución se va haciendo cargo de los distintos ramos de la Administración Pública, se ha firmado un pacto de cesación de hostilidades en todo el territorio nacional, entre los comisionados de paz que fueron nombrados por este Gobierno Provisional y el comisionado del general Díaz. Dicho pacto es del tenor siguiente:

"En Ciudad Juárez, a los veintiún días del mes de mayo de mil novecientos once, reunidos en el edificio de la Aduana Fronteriza, los señores licenciado don Francisco S. Carbajal, representante del Gobierno del señor general don Porfirio Díaz; doctor don Francisco Vázquez Gómez, don Francisco Madero y licenciado don José María Pino Suárez, como representantes, los tres últimos, de la Revolución, para tratar sobre el modo de hacer cesar las hostilidades en todo el territorio nacional, y considerando:

1º—Que el señor general don Porfirio Díaz HA MANIFESTADO SU RESOLUCION DE RENUNCIAR LA PRESIDENCIA DE LA REPUBLICA ANTES DE QUE TERMINE EL MES EN CURSO;

2º—Que se tienen noticias fidedignas de que el señor don Ramón Corral renunciará igualmente la Vicepresidencia de la República dentro del mismo plazo;

3º—Que por ministerio de ley el señor licenciado don Francisco L. de la Barra, actual Secretario de Relaciones del Gobierno del señor general don Porfirio Díaz, se encargará interinamente del Poder Ejecutivo de la Nación y convocará a elecciones generales dentro de los términos de la Constitución;

4º—Que el nuevo Gobierno estudiará las condiciones de la opinión pública en la actualidad para satisfacerlas en cada Estado dentro del orden constitucional, y acordará lo conducente a las indemnizaciones de los perjuicios causados DIRECTAMENTE por la Revolución.

Las dos partes representadas en esta conferencia, por las anteriores consideraciones, han acordado formalizar el presente

CONVENIO

Unico.—Desde hoy cesarán en todo el territorio de la República las hostilidades que han existido entre las fuerzas del Gobierno del señor general don Porfirio Díaz y las de la Revolución, debiendo éstas ser licenciadas A MEDIDA QUE EN CADA ESTADO SE VAYAN DANDO LOS PASOS NECESARIOS para restablecer y garantizar la tranquilidad y el orden públicos.

Transitorios.—Se procederá desde luego a la reconstrucción o reparación de las vías telegráficas y ferrocarrileras que hoy se encuentran interrumpidas.

El presente Convenio se firma por duplicado.

Firmados: Francisco S. Carbajal, rúbrica.—Francisco Vázquez Gómez, rúbrica.—Francisco Madero, rúbrica.—José María Pino Suárez, rúbrica."

* * *

Como queda patentizado, el famoso Convenio de Paz de Ciudad Juárez fue virtualmente la capitulación del régimen porfirista que había durado más de treinta años. Por ende, significó el triunfo político de la Revolución.

Los errores que la Revolución pudo haber cometido al pactar la paz y no proseguir la lucha hasta no entrar al Palacio Nacional,

no están en el Convenio mismo, sino en la consiguiente reglamentación de procedimientos. Deben fijarse en ello los críticos que sobre el caso han escrito y están escribiendo. En cuanto a dichos errores —que fueron varios y que yo soy el primero en reconocer no obstante mi identificación con Madero— no son materia de reportazgos, sino de sesuda crítica histórica, que reservo para mis *Memorias*. Pero participo que, aun errando, Madero resulta magnánimo y noble, y... no así los otros.

Cuarta Parte

ENTRADA TRIUNFAL DE MADERO A MEXICO.—PROBLEMAS POLITICOS DURANTE EL FATIDICO INTERINATO DE DE LA BARRA.—LA EFIMERA Y AZAROSA PRESIDENCIA DE FRANCISCO I. MADERO.

COMO SALIO DE MEXICO EL GRAL. DIAZ

Aparte de las noticias epistolares, muy detalladas por cierto, que la mayor parte de nosotros habíamos recibido acerca de los acontecimientos que se habían desarrollado en la capital de la República en relación con la renuncia del general Díaz y de don Ramón Corral, desde El Paso fueron uniéndose al convoy del Jefe de la Revolución numerosas personas que acudían desde México para felicitarnos y acompañarnos en el trayecto. Dichas personas nos narraban de viva voz y con alto colorido la actitud amenazadora del pueblo metropolitano para exigir al Dictador que presentase la renuncia, lo cual hizo al fin, compelido por la más apremiante de las necesidades; y cómo ese mismo pueblo airado y amenazador se había entregado a desbordantes regocijos tan luego como supo que ya el general Díaz había abandonado el poder y que éste venía a las manos del Lic. don Francisco L. de la Barra, que tenía la misión de entregarlo a la Revolución. Nos decían que el aspecto de la ciudad de México fue indescriptible; que los grupos populares recorrían las calles dando vivas a Madero y enarbolando retratos suyos; que tomaba por asalto los tranvías y los ocupaba hasta los techos, dando rienda suelta a su regocijo; pero que todo había transcurrido en orden, porque Robles Domínguez, Cosío Robelo y los demás líderes antirreeleccionistas que estaban recluidos en la Penitenciaría y que fueron puestos en libertad cuidaron eficazmente del orden y evitaron cualquier exceso que hubiera redundado en desprestigio de la causa triunfante.

Al zarpar de Veracruz el vapor alemán "Ipiranga", llevando a bordo al general Díaz, el 27 de mayo de 1911, se llevaba a todo un pasado. Es decir, se llevaba la medula de todo un pasado; porque, merced a la generosidad de la Revolución, quedaban en el país gérmenes latentes y aún poderosos del régimen que debió haber

sido totalmente barrido de una vez por todas, con lo cual se hubieran evitado muy dolorosos sucesos ulteriores.

El Lic. don Francisco L. de la Barra iniciaba su interinato presidencial rodeado de la simpatía del pueblo, que aclamaba la renovación individual en el poder, pero que todavía no echaba de ver que las ligas y antecedentes del señor De la Barra le tenían fuertemente atado al régimen caído y lo inclinaban automáticamente a entorpecer las conquistas que la Revolución anhelaba alcanzar.

De la misma manera en que yo cometí el error político de recomendar calurosamente al licenciado Manuel Calero, ante Madero, para que formara parte del nuevo Gabinete, el doctor Vázquez Gómez había cometido el de apoyar la aceptación del señor De la Barra para la Presidencia Interina de la República, que se debió muy principalmente a las gestiones de aquel consejero del Jefe de la Revolución. Los dos nos equivocamos con entera buena fe. Estoy plenamente de acuerdo con esta sintética apreciación del ingeniero don Pascual Ortiz Rubio:

"La aceptación de don Francisco León de la Barra como Presidente Provisional, para preparar la estabilidad del futuro Gobierno, fue el mayor error cometido por los revolucionarios. Santo y bueno que no se hubiera entregado la situación a ninguno de los líderes de la Revolución; pero por la misma razón por la que no se hacía tal entrega, no debió haberse hecho sino en manos de un hombre imparcial, alejado completamente de ambos grupos. La Revolución, al triunfar, se suicidó, permitiendo que un porfirista, clerical por añadidura, presidiera las elecciones y gobernara al país, ávido de libertades.

"De nada servía que el Gabinete porfirista renunciara en masa con su amo, que éste se desterrara, que se hicieran miles de ofrecimientos al pueblo, si quedaba en pie lo más corrompido de la administración porfirista, los diputados, los senadores, los militares, los políticos todos, que apenas pudieron respirar con desahogo, pasado el susto de los primeros momentos, se rieron del candor de los revolucionarios, que se entregaban como corderos, para ser sacrificados en aras de su impericia. No se había escuchado, por parte de los rebeldes, la poderosa voz de Luis Cabrera y sucedería lo profetizado por él."

¡Es cierto: debimos haber aprovechado un poco mejor y prolongado un mucho más, INCRUENTAMENTE, aquel susto de los primeros momentos!

Pero, al iniciar su viaje triunfal hacia la capital de la República, ni el Jefe de la Revolución ni quienes le rodeábamos nos dábamos cuenta de los peligros que iba a correr la consolidación de nuestra victoria. Veníamos contentos y llenos de fe; nos parecía un sueño haber derrocado tan prontamente una dictadura que universalmente había sido considerada como invencible e inexpugnable; y si acaso, algunos de nosotros abrigábamos el temor de que el despecho de los vencidos nos sorprendiese en el camino con un atentado personal. Mas, como sabíamos que todo ese camino estaba bien cubierto por fuerzas revolucionarias que nos irían escoltando en los tramos de su ocupación, no era mayor nuestro desasosiego. Desde que, por Piedras Negras, volvimos a entrar en territorio nacional pacificado o en pacificación, palpamos la inmensa popularidad de Madero.

Como ya he dicho, el Caudillo antirreeleccionista venía con el carácter de Jefe de la Revolución triunfante y del Partido Revolucionario. En su manifiesto al pueblo mexicano, de 26 de mayo, que ponía punto al movimiento armado, Madero había hecho importantes declaraciones, que terminaban con estas palabras:

"Mexicanos: cuando os invité a tomar las armas, dije que seríais invencibles en la guerra y magnánimos en la victoria.

"Habéis cumplido fielmente mi pronóstico, conquistando la admiración de todo el mundo.

"Ahora os recomiendo que así como habéis sabido esgrimir las armas en defensa de vuestros derechos, continuéis con la categoría de guardias nacionales, colocándoos en la honrosa posición de guardar el orden y dar garantías a la sociedad y al nuevo orden de cosas.

"Los que os retiréis a la vida privada, llevaréis la nueva arma que habéis bravamente conquistado: EL VOTO. Usad liberalmente de esta arma poderosa y pronto veréis que, proporcionalmente, es una victoria de más importancia y más duradera que la que obtuvisteis con vuestros rifles en los campos de batalla.

"Retirado a la vida privada en mi calidad de simple ciudadano, seguiré, sin embargo, siendo considerado como el Jefe del Partido Revolucionario y colaboraré con el Gobierno del señor De la Barra, poniendo a sus órdenes mis energías. Comprendo perfectamente que desde que inicié la Revolución sería considerado como jefe genuino del Partido Revolucionario que emanara de ella. Me consagraré por entero a restablecer el orden y la tranquilidad públicos y continuaré vigilando por los intereses del Partido que me otorgó su confianza.

"Ruego a mis conciudadanos que cooperen conmigo y con el actual Gobierno, en perfecta unión, al engrandecimiento y gloria de nuestra patria."

Con sinceridad íntegra, esos eran los sentimientos de Francisco I. Madero cuando, entre ensordecedoras aclamaciones populares, se dirigía a la ciudad de México en los primeros días del mes de junio de 1911 para iniciar, al frente de su Partido, su nueva labor de político y estadista.

EL JEFE DE LA REVOLUCION VIENE A LA METROPOLI

El frustrado motín de Orozco dio fuerza definitiva a la autoridad del Presidente Provisional. Los jefes y las tropas convivieron ya cordialmente con los funcionarios del gobierno civil. Nadie pedía ya las vidas del general Navarro ni de sus oficiales, y el Gabinete, que se consagró de lleno a sus funciones, era respetado por los revolucionarios armados y algunos de sus miembros se hicieron realmente populares y bien queridos entre los soldados. Yo tuve en aquellos días trabajo intenso y extenso, porque de todas partes de la República llegaban comisiones para tratar con el Presidente Provisional, la mayor parte de las cuales eran despachadas por conducto de la Secretaría Particular, así como la numerosa y complicada correspondencia. La Secretaría trabajaba desde tempranas horas de la mañana, hasta bien entrada la noche. Dos o tres horas del día tenía yo que pasarlas en territorio norteamericano, para desempeñar comisiones de Madero y depositar los numerosos mensajes de toda índole que el Presidente Provisional remitía por la vía cablegráfica y acerca de los cuales me tenía ordenado que los entregase personalmente en la oficina de El Paso para tener seguridad absoluta de su efectiva remisión. Mi único descanso consistía en mi diario turno de patrulla por la ciudad, durante el cual tenía que visitar los cuarteles, los mercados, los hospitales, etc., para rendir detalladamente cuenta al Presidente. Nunca tuve en esa tarea la menor dificultad y por doquiera se me recibía con atención y afecto.

Trabé contacto más estrecho con los jefes principales, a quienes antes conocía poco; y fue entonces cuando logré captarme cierta confianza de parte de Pancho Villa, lo cual algo sirvió después al iniciarse en 1913 el movimiento constitucionalista, según veremos a su tiempo. En cuanto a Orozco, aparecía calmado y cumplido, y

guardaba su disgusto para más tarde. Se tenía entendido que Orozco marcharía sobre la ciudad de Chihuahua, al frente de nuestras tropas, en el caso de que fracasaran en definitiva las negociaciones de paz en curso.

Por fin, el 21 de mayo se firmó el Convenio de Paz, que justamente he calificado de "capitulación del porfirismo"; e insisto aquí en mi parecer de que los errores que pueda haber cometido la Revolución, por lenidad, al arreglar la paz, no estribaron en el Convenio mismo, sino en las subsecuentes convenciones reglamentarias del mismo.

Empezamos a recibir numerosas noticias de México y de otros puntos, de familiares, correligionarios y amigos, en las que se nos daba cuenta del incremento de la Revolución en toda la República. Se nos comunicó la actividad revolucionaria del Sur, de Durango, de Sinaloa, de San Luis Potosí y Veracruz, así como la toma de Pachuca por el maderista Gabriel Hernández, que se efectuó el 11 de mayo, un día después de la toma de Ciudad Juárez. Se nos decía que la efervescencia era grande en la metrópoli y que de un momento a otro se esperaba la renuncia del general Díaz, y que le sería arrancada por el pueblo si tardaba en presentarla. En el Congreso mismo, las sesiones tomaban matiz revolucionario, especialmente en la Cámara de Diputados, a pesar de que toda ella estaba integrada por porfiristas.

Al fin, el 25 de mayo recibimos aviso de la renuncia del general Díaz, de la toma de posesión del señor De la Barra y del júbilo que embargaba al pueblo de la capital y de la República entera. Desde ese momento, nuestro triunfo estaba asegurado y Madero se dispuso inmediatamente a renunciar la Presidencia Provisional de la República, lo cual hizo en un sencillo manifiesto en el que, a la vez, exhortaba a los revolucionarios a reconocer y apoyar al gobierno del señor De la Barra, que ofrecía a la Revolución plenas garantías para ver realizados, en breve, sus anhelos básicos, lo cual permitiría al pueblo realizar las reformas político-económico-sociales que eran necesarias, a su progreso y que requerían inevitablemente un desarrollo paulatino.

Al renunciar Madero como Presidente Provisional, automáticamente se disolvió el Gabinete de Ciudad Juárez; pero sus miembros, mediante los arreglos reglamentarios del Convenio de Paz, iban a ocupar inmediatamente importantes puestos en la nueva administración nacional, por lo cual precipitadamente dispusieron su viaje a sus destinos respectivos: don Venustiano Carranza como Goberna-

dor interino de Coahuila; don Manuel Bonilla, de Sinaloa; don José Guadalupe González, de Zacatecas; don José María Maytorena, de Sonora; don José María Pino Suárez, de Yucatán. En algunos Estados de la República, quedaron los antiguos gobernadores, y en otros se retiraron, dejando los gobiernos en manos de maderistas o de neutrales. Conforme a los mismos arreglos, don Ernesto Madero pasaba a encargarse de la Secretaría de Hacienda (ex científico limantourista); don Rafael Hernández, de la Justicia (también ex científico limantourista), uno y otro parientes cercanos del jefe Madero, pero que no habían tomado participio en la Revolución y, antes bien, habían condenado el movimiento armado; a la Secretaría de Instrucción Pública (por haberse significado recientemente en interesantes polémicas educacionales) iba el doctor Francisco Vázquez Gómez (ex reyista) y su hermano don Emilio (antirreeleccionista ex porfirista) a la Secretaría de Gobernación, sumamente importante en aquellos momentos, llevando como Subsecretario al licenciado Federico González Garza (maderista neto). Se convino en que el Gobierno del Distrito Federal se confiaría al ingeniero Alberto García Granados, cuya pluma había hecho, desde antaño, brillante oposición al porfirismo, por lo que sufriera repetidas prisiones.

Quedaba por llenar la Secretaría de Relaciones Exteriores, ya que, según lo convenido, quedaba a discreción del señor De la Barra designar al Secretario de Guerra y la designación había recaído en el general Rascón. Me ofreció Madero la Secretaría de Relaciones Exteriores, en el cual caso yo hubiera sido substituido en su Secretaría Particular por el licenciado Jesús L. González; ante tal oferta, me confesé a mí mismo, y me encontré impreparado para afrontar el desempeño y las responsabilidades de tan delicado puesto: impreparado por deficiencia de conocimientos técnicos e inmaduro por la insignificancia de mi personalidad para inaugurar la política internacional de un nuevo régimen. Así lo manifesté a Madero, franca, firme y categóricamente. Pero yo tuve la culpa de que haya permanecido en el Gabinete el licenciado Manuel Calero, quien así quedó incorporado al maderismo oficial y más tarde fue Secretario de Relaciones.

Durante el tiempo en que el señor De la Barra había estado al frente de la Secretaría de Relaciones Exteriores, había nombrado Subsecretario a mi viejo amigo y camarada el licenciado Bartolomé Carbajal y Rosas, cuya competencia técnica indiscutible lo hacía merecedor de tal puesto y que muy bien podría quedar al frente de

la Secretaría hasta por todo el tiempo del interinato presidencial. Yo tuve positivo interés en que Calero quedase en el Gabinete del señor De la Barra, en cualquiera Secretaría que fuese, por la consideración de sus afinidades con aquel Partido Democrático que habíamos fundado en 1908 y teniendo en cuenta su popularidad personal en la Cámara de Diputados porfirista, cuya subsistencia habíamos tenido la debilidad de aceptar hasta el final de su período legislativo; y pensé que Calero podría ser un excelente y útil "trait d'union" entre dicha Cámara y el Ejecutivo del nuevo régimen, en algún momento delicado. Expuse a Madero todas estas reflexiones, y *él me manifestó fuertes dudas de que Calero estuviese dispuesto* a colaborar con nosotros, señalándome el peligro de una negativa pública, que lesionaría nuestro prestigio. Insistí, y Madero me autorizó a comunicarme con Calero discretamente, haciéndole la consulta como cosa estrictamente mía. Así lo hice por telégrafo y la contestación no se hizo esperar: Calero aceptaba prestar su colaboración con gratitud y entusiasmo. Por eso quedó don Manuel Calero en el Gabinete del Presidente De la Barra y siguió más tarde en el del Presidente Madero.

Disuelto el Gabinete de Ciudad Juárez, naturalmente mi trabajo aumentó, porque yo tuve que despachar todos los asuntos relacionados con el Jefe de la Revolución, que eran muchos y de muy diversa índole. Estaba decidido el viaje de Madero a la ciudad de México, pues era necesaria allí su presencia para afianzar la pacificación. Sería recibido con el carácter de Jefe de la Revolución triunfante y del Partido Revolucionario. Desde luego empezó a cambiar ideas conmigo acerca de la necesaria reorganización del Partido, *que se hacía indispensable desde el momento en que una* gruesa fracción del antiguo Partido Antirreeleccionista había rechazado y condenado el movimiento armado y sólo reconocía a Madero como ex candidato, pero no como caudillo. Desde entonces comprendimos la necesidad de celebrar una nueva Convención, con carácter de plebiscitaria, previamente a la celebración de las futuras elecciones presidenciales.

En Chihuahua quedaba don Abraham González como Gobernador Provisional, quedando Pascual Orozco Jr., con sus fuerzas como Jefe de la Zona Militar, siendo considerados sus contingentes como Auxiliares del Ejército Federal. Conmovedora fue la despedida de Madero, de las tropas insurgentes de Chihuahua. Formadas éstas al mando de sus jefes directos, Madero les dirigió la palabra desde el zócalo de la columna erigida a la memoria gloriosa

del Benemérito de las Américas. Con palabra sencilla y hondamente sentida, les dio las gracias a nombre del pueblo y de la patria y las exhortó a seguir cumpliendo con su deber y a no permitir ya nunca el entronizamiento de nuevas tiranías. Hasta Orozco se mostró conmovido en aquel acto.

El primero de junio hubo otro acto solemne: en compensación del viejo cañoncito que los habitantes de El Paso habían obsequiado a los insurgentes, y que había reventado a los primeros disparos, los revolucionarios decidieron hacer a la ciudad citada, como recuerdo, el obsequio de uno de los cañoncitos improvisadamente fabricados por Garibaldi en Madera y que habían servido en la toma de Ciudad Juárez. Aceptado el obsequio por el alcalde Mr. Kelly, el cañoncito fue escoltado a El Paso por quinientos jinetes revolucionarios, y colocado en el Parque del Ayuntamiento, donde todavía se encuentra. Madero asistió a la ceremonia de la entrega y fue entusiastamente aclamado por la muchedumbre norteamericana, como lo fueron también nuestros jinetes.

Cuando se vencieron las dificultades que los porfiristas de Coahuila intentaron poner para la entrega del gobierno a don Venustiano Carranza —dificultades que como por encanto desaparecieron por virtud de un telegrama drástico que, sin conocimiento de Madero pero con su nombre, enviamos al gobernador saliente Eusebio Calzado y yo— todo estuvo listo para el viaje del Jefe de la Revolución, quien, acompañado de sus familiares, de su Estado Mayor y de algunos amigos y colaboradores, salió en tren especial de la estación de El Paso, Texas, el 2 de junio, para volver a entrar en territorio nacional por Ciudad Porfirio Díaz que espontánea y automáticamente había recobrado en los pueblos su viejo nombre de Piedras Negras.

del Monumento de los Abonados. Con palabra sencilla y dominadora, la emoción, les dio las gracias en nombre del pueblo y de la patria y les exhortó a seguir cumpliendo con su deber, y a los [illegible] ahora en el cumplimiento de nuevas tareas. [illegible] tro conmovedor fue aquel acto.

El primero de junio hubo otro acto solemne: en compensación del vino [illegible] que los habitantes de El Paso habían entregado a los maderistas, y que había [illegible] a los primeros disparos, los revolucionarios decidieron sacar a la ciudad citada, como recuerdo, al ejemplar de uno de los cañoncitos improvisadamente fabricados por [illegible] de Madera y que habían servido en la toma de Ciudad Juárez, regalado al [illegible] por el alcalde Mr. Kelly, el conocido [illegible] de El Paso por quinientos pesos [illegible], y colocado en el Parque del Ayuntamiento, donde todavía se encuentra. Madero asistió a la ceremonia de la entrega y fue entusiastamente aclamado por la muchedumbre norteamericana, como lo fueron también otros jefes.

Cuando se vencieron las dificultades que los porfiristas de Coahuila intentaron poner para la entrega del gobierno a don Venustiano Carranza —dificultades que como has [illegible] por virtud de un telegrama [illegible] que, sin conocimiento de Madero, pasó con su nombre, enviado al gobernador [illegible] Carranza y yo— todo estuvo listo para el viaje del Jefe de la Revolución, quien, acompañado de sus familiares, de su Estado Mayor y de algunos amigos y colaboradores, salió en tren especial de la estación de El Paso, Texas, el 2 de junio, para volver a entrar en territorio nacional por Ciudad Porfirio Díaz que entonces y afortunadamente había recobrado en los pueblos su viejo nombre de Piedras Negras.

EL MEMORABLE 7 DE JUNIO DE 1911

Piedras Negras, la tranquila y apacible población fronteriza, se había vestido de gala para recibir al Jefe de la Revolución. El flamante Gobernador revolucionario del Estado de Coahuila, don Venustiano Carranza, acompañado de gran comitiva, había venido desde Saltillo, para dar la bienvenida a Madero en los momentos solemnes en que, ya no rebelde sino vencedor aclamado, pisara nuevamente territorio nacional.

También el pueblo limítrofe de Eagle Pass, en el lado norteamericano, ostentaba gran animación y revelaba entusiasta regocijo. Bajamos del tren y fuimos saludados por las autoridades municipales yanquis, que ya veían en Madero al futuro Presidente del país vecino. Pie a tierra nos encaminamos al puente internacional, para internarnos en tierra de la patria.

A mitad del puente, erguido y risueño, todo de gris vestido, esperaba el Gobernador Venustiano Carranza. ¡Momento inolvidable y que vuelvo a ver en mi memoria como si apenas hubiera sido ayer! Hondamente emocionados, el Gobernador y el Jefe de la Revolución se estrecharon en fuerte abrazo, mientras el himno nacional rasgaba los aires entre los gritos incesantes de "¡Viva Madero!".

Hoy, cuando rememoro aquella escena, no puedo menos de meditar sobre las extrañas coincidencias que ofrece la vida y que a veces son presagios de cosas futuras. Venustiano Carranza fue la primera autoridad revolucionaria que, hecha la paz, dio la bienvenida en la República al Jefe de la Revolución libertadora. Dos años más tarde, el mismo Gobernador Carranza enarbola la bandera de la Legalidad, para vengar al Presidente sacrificado, y en Piedras Negras recibe las primeras adhesiones del pueblo maderista, que había de acompañarlo en su magna tarea restauradora de la

libertad. Aquel abrazo sobre el puente internacional de Piedras Negras fue un presagio simbólico. Madero y Carranza, pilares de la Revolución. Madero y Carranza abrazados sobre el puente internacional de Piedras Negras, el tres de junio de 1911; Madero y Carranza abrazados hoy en la inmortalidad.

El Estado de Coahuila mostraba singular orgullo de que el Jefe de la Revolución triunfante hubiera visto la luz primera en su territorio. Para los coahuilenses, Madero no sólo era el Libertador, sino también el conterráneo. Se atropellaba el pueblo y se apretujaba para acercarse a su ídolo y tomarlo entre sus brazos, y el "chaparrito" sudoroso y sonriente, con las lágrimas en los ojos, tendía sus brazos también a pobres y ricos, a grandes y chicos, a amigos y a desconocidos. Los gritos de "¡Viva Madero!" se mezclaban a los de "¡Viva Coahuila!" Los mismos gritos volví a oír en Piedras Negras, pero lanzados con sentimiento muy diferente, en 1913.

El entusiasmo popular no tuvo límites cuando llegamos a San Pedro de las Colonias, cuna de Francisco I. Madero, y sede de sus principales negocios agrícolas. Allí lo esperaron aquellos de sus familiares que no se habían adelantado a recibirlo hasta la línea fronteriza; allí estaban sus amigos de la infancia, sus condiscípulos de las primeras letras, sus compañeros de trabajo, sus empleados y sus peones. Entre éstos, Madero siempre fue adorado, porque los trató sin cesar con grandes miramientos, afectos y atenciones, contratastando su proceder con el de la mayor parte de los grandes terratenientes de nuestro país. Varias veces les había condonado sus deudas. Había fundado escuelas para los hijos de sus peones. Atendía personalmente a los enfermos, y por su cuenta enviaba a las clínicas de Saltillo y de Monterrey a aquellos que requerían especiales cuidados médicos. En aquella región, Madero era considerado de tiempo atrás como un benefactor y un maestro, mucho antes de que se ocupara en la política. Y esos sus merecimientos, acrecentados ahora por el de haber derrocado la dictadura y haberse convertido en héroe nacional, colmaban de satisfacción y de orgullo a sus paisanos de San Pedro de las Colonias. A voz en cuello pedían que se detuviera allí siquiera una semana; y de buen grado lo hubiera hecho él, a no ser por el apremio que tenía, en bien de la Revolución, por llegar ya cuanto antes a la capital de la República.

De los carros para tropa agregados al tren, se sucedían las escoltas de las fuerzas revolucionarias comarcanas, que se relevaban casi de estación en estación. Los jefes pasaban a saludar personalmente a Madero, y muchos de ellos eran sus antiguos conocidos,

que temporalmente habían abandonado los instrumentos del trabajo normal, para empuñar el rifle libertario. Madero los acogía con franca cordialidad, y su taquígrafo Elías de los Ríos, no descansaba en la tarea de recibir los apuntes que el Jefe le dictaba, relacionados con los intereses de los partidarios a quienes iba saludando y reconociendo.

Por mi parte, yo había instalado la Secretaría Particular en el Gabinete de uno de los "pullmans", y también mi labor era incesante, pues durante todo el trayecto Madero resolvía y despachaba asuntos de la Revolución, como si se hubiera encontrado en sus oficinas habituales. En cada estación de alguna importancia, el telegrafista me entregaba numerosos mensajes, que era preciso leer, descifrar, acordar y contestar en seguida. Agréguese a esto que en las estaciones en que Madero no podía dirigir la palabra al pueblo que lo aclamaba, por hallarse ocupado en alguna conferencia de urgencia, me correspondía hacerlo a mí en su nombre; por manera que ese ha sido el viaje más fatigoso que he hecho en mi vida por más que han sido muchos.

Como cada población reclamaba el derecho de aclamar y agasajar al Jefe de la Revolución a su paso, el viaje se hizo lentamente y el convoy se detenía en las paradas más tiempo que el normalmente acostumbrado. Para no lastimar a los habitantes de algunas poblaciones que por telégrafo habían saludado ya a Madero, pidiéndole que se detuviera en ellas siquiera por unos minutos, se evitaba que el convoy pasara por ellas ya entrada la noche, y al efecto, se aprovechaban los escapes de vía para detenerse y pernoctar. Por lo demás, el viaje de noche no había resultado imposible, porque, fuera la hora que fuera, en cada estación repercutían las aclamaciones, sonaban y resonaban las músicas, estallaban los cohetes, ensordecían los disparos jubilosos, fulguraban las luminarias y lucía la retórica de los oradores más afamados del lugar. A nadie le era posible, en semejantes condiciones, conciliar el sueño y entregarse al indispensable descanso, y por tal motivo se decidió que el convoy pernoctase sin marcha, en lugares despoblados. Cinco días duró el viaje desde la frontera hasta la ciudad de México.

En Torreón hubo gran recepción. Allí conocí a Emilio Madero, hermano del Jefe de la Revolución, que comandaba las fuerzas revolucionarias de La Laguna. Allí conocí al esforzado J. Agustín Castro, muy barbado entonces, de cuyas proezas teníamos pleno conocimiento los rebeldes del Norte. En Zacatecas y en Aguascalientes, nos recibieron los respectivos gobernadores revolucionarios, que

recientemente estuvieran con nosotros en Ciudad Juárez, J. Guadalupe González y Alberto Fuentes D. En el primero de dichos puntos se efectuó un banquete, al que concurrió el Gobernador porfirista saliente, general Jesús Aréchiga, acompañado de la mayor parte de los ex funcionarios del Estado y de las principales familias de la localidad, que acudían a acatar el triunfo de la Revolución. Al final del banquete, por inesperada indicación de Madero, hube de tomar la palabra. Hasta entonces, todas nuestras peroraciones en el trayecto habían sido de exaltación revolucionaria. Por primera vez, en Zacatecas, hablé yo de concordia nacional, de olvido de agravios y de unión entre todos los mexicanos. Temí incurrir en el desagrado de mis correligionarios radicales; pero no fue así, el entusiasmo se desbordó, se abrazaron porfiristas y maderistas, y aquello tuvo caracteres de una reconciliación. El tema prendió contagio, y en lo sucesivo, en todos los discursos subsecuentes, se habló de unión y concordia.

En Celaya tuvimos grandes emociones. Numerosos maderistas de México habían llegado en varios trenes especiales para recibirnos allí y acompañarnos hasta la metrópoli. Entre ellos, iba una nutrida delegación del Cuartel General Maderista de México, encabezada por el querido amigo Francisco Cosío Robelo, a quien yo no había vuelto a ver desde un año antes, cuando me llevó a Dolores Hidalgo las últimas instrucciones para mi fuga a los Estados Unidos, y que acababa de salir de la Penitenciaría, donde estuvieron recluidos largo tiempo los principales correligionarios de la capital. Iban uniformados, pero de modo muy distinto de los revolucionarios del Norte. Por primera vez tuvimos la emoción de la Revolución "urbanizada". Los uniformes, verdaderos uniformes, eran elegantes, limpios y airosos; el armamento igual y flamante. ¡Excusado es narrar las expansiones a que nos entregamos!

Hubo en Celaya un banquete monstruo, ofrecido por los comerciantes, industriales y hacendados de la rica región guanajuatense. No bajaron de mil las personas que tomaron asiento en las mesas oficiales, bellamente adornadas y extendidas en un parque lujurioso. Madero, al verse entre los suyos, gozaba como un niño.

Otra recepción emotiva fue la de San Juan del Río, cuna de la abnegada y valiente esposa del Jefe de la Revolución. Las aclamaciones no sólo fueron para él, sino también para ella; y muy merecidas, por cierto. No he conocido mujer más dulce, esposa más tierna, dama más virtuosa y modesta, compañera más valerosa y enérgica, que Sarita Pérez de Madero.

Se había calculado nuestra llegada a México para las primeras horas de la mañana del día 7 de junio. ¡7 de junio! Exactamente un año antes, había sido aprehendido Madero en Monterrey, para entorpecerle, por medio del artificial proceso de que ya he hablado, su propaganda cívica. Pero bien pronto comprendimos que llegaríamos con gran retraso y bien entrado ya el mediodía, porque las detenciones del tren en el camino eran frecuentes e inevitables.

En la madrugada de ese día hubo un fuerte temblor de tierra, que para nada sentimos los que veníamos en el tren. El "folklore" recogió el fenómeno sísmico de ese día, en este cantar:

"Unos decían que sí, otros decían que no...
Y cuando llegó Madero, hasta la tierra tembló."

En México, la dirección de la recepción estuvo a cargo del ingeniero Alfredo Robles Domínguez, quien desempeñó brillantemente la tarea. Toda la policía fue retirada y se confió al pueblo mismo la vigilancia del orden. No hubo el menor incidente desagradable y el pueblo dio una elocuente prueba de que empezaba a estar apto para la democracia.

El terremoto matutino había causado pasajero susto a la población. Fue de algunas consecuencias, pues hubo serios derrumbes, entre ellos el de una parte del cuartel de San Cosme, con graves desgracias personales. Pero el entusiasmo ambiente predominó sobre esa impresión y nadie hablaba sino del arribo de Madero.

Desde muy temprano, la ciudad mostró su aspecto de los grandes días de fiesta. Llenáronse las calles y las plazas, todos estaban ávidos de ver pasar el cortejo del Jefe de la Revolución. Desde la estación de la Colonia, por todo el Paseo de la Reforma, calles de San Francisco, 5 de Mayo, Plaza de la Constitución y rúas adyacentes, la multitud se arremolinaba. Las fachadas estaban empavesadas, los balcones y azoteas pletóricos de espectadores, y en los grandes monumentos del Paseo de la Reforma, el de Colón y el de Carlos IV, racimos humanos se prendían, cual no ha vuelto a verse ni se había visto antes. La recepción de Madero es sólo comparable, si comparamos las crónicas, con la entrada del Ejército Trigarante el 27 de septiembre de 1821.

El Jefe de la Revolución, con su esposa y los generales Eduardo Hay y Giussepe Garibaldi, tomó asiento en una calesa "a la Daumont" y, escoltado por otros fieles compañeros de armas, se dirigió, entre

las delirantes ovaciones del pueblo, al Palacio Nacional, donde lo esperaba el Presidente Interino de la República, quien le dio cordial bienvenida. Todo el día siguió siendo de fiesta en la ciudad. Por la noche hubo serenatas en todos los parques. Yo almorcé en Gambrinus con un grupo de amigos, me sacudí el polvo del camino, y a las cinco de la tarde me presenté al Jefe de la Revolución para recibir órdenes. Desde ese mismo día empezamos a trabajar en México. . .

LA CASA NUMERO 99 DEL PASEO DE LA REFORMA

Algunos han olvidado y muchos no han sabido nunca que la casa número 99 del Paseo de la Reforma representa un recuerdo histórico de los principios de la vida política del maderismo, que es como decir de la Revolución convirtiéndose en gobierno.

En la planta baja de esa señorial mansión, que era propiedad del acaudalado fronterizo señor Garza Guerra, muy ligado en amistad con los Madero, se estableció la Secretaría Particular del Jefe de la Revolución, por amable ofrecimiento que para ello hiciera el dueño de la finca y que fue aceptado por don Francisco I. Madero.

A su llegada a la capital, el Caudillo de la Revolución se alojó en la residencia de sus padres, en la calle de Berlín de la Colonia Roma, un bello "chalet" que fue incendiado y destruido por reaccionarios "fifíes" metropolitanos durante la Decena Trágica. Hasta mediados del mes de junio de 1911 (el Caudillo había llegado el día 7) la calle de Berlín vióse pletórica de gente de todas las clases sociales, que acudían a saludarlo. El, siguiendo sus hábitos democráticos, recibía a todo el mundo sin distinción alguna y casi sin turno. Cuando tenía que salir a la calle para el desempeño de alguna diligencia urgente, la gente lo seguía y lo aclamaba con delirio. En aquellos días se hizo una necesidad indeclinable en el pueblo, la de estrechar la mano de Madero. Muchos, muchísimos se la besaban, y no sólo a él, sino también a muchos de los que en el movimiento fuimos figuras secundarias. Recuerdo que yo no podía transitar por las calles de México, sin ir cayendo y pasando de brazos en brazos.

Pero no toda esa gente acudía exclusivamente a saludar al ídolo; muchos iban al arreglo y definición de importantes asuntos de la Revolución y de la iniciada pacificación, o a tratar con el Jefe de

asuntos muy importantes para ellos, atañederos a sus intereses personales que trataban de adaptar al cambio de régimen. El ir y venir era incesante, desde las primeras horas de la mañana hasta las últimas de la noche.

Por ello, Madero se vio constreñido a establecer oficinas de despacho fuera de su domicilio, y aceptó el gracioso ofrecimiento del señor Garza Guerra, de que antes he hecho mención.

En el 99 del Paseo de la Reforma se instalaron, pues, las oficinas del Caudillo, a mano izquierda del soportal de entrada, en la planta baja. El dueño de la casa y su familia se concentraron para vivir en el piso alto. Fui puesto al frente de dichas oficinas, porque al mismo tiempo que conocía a casi todos los revolucionarios y era de ellos conocido, fueran civiles o militares, también conservaba viejas relaciones con los próceres del régimen caído; y si a esto se agrega que yo conocía a fondo los propósitos políticos del Caudillo hasta en sus menores detalles, así como las normas de conducta que en cada caso se proponía seguir, queda bien explicada mi designación, a pesar de mi modesta personalidad intrínseca.

Recibí instrucciones de organizar la Secretaría Particular sobre bases de estricta disciplina y del mayor orden que fueran humanamente posibles en aquellos momentos y circunstancias. Me afané en hacerlo, habiendo tenido que desplegar una laboriosidad abrumadora. En esa tarea fui muy eficaz y hábilmente ayudado por muy queridos amigos de la plena confianza de Madero y mía, como Cosío Robelo, los Robles Domínguez, Manuel Navarro Angulo, Elías de los Ríos, Enrique Bordes Mangel, Arturo Lazo de la Vega, Alfredo Rodríguez, José Quevedo, Enrique García de la Cadena, Eduardo Hay, los González Garza, Jesús Urueta, Joaquín Baranda MacGregor, los telegrafistas Durán y Verdín, y otros más, cuyos nombres por el momento escapan a mi memoria y que desinteresadamente me prestaron su colaboración, por su adhesión al maderismo los más y por personal amistad hacia mí algunos.

La Secretaría ocupaba un departamento compuesto de varias piezas, todas decorosamente amuebladas. Era tanto el trabajo que allí había, que se hizo necesario establecer un puesto telegráfico especial. Por más que el Gabinete del Presidente de la Barra había sido compuesto de pleno acuerdo con Madero y de que éste no cesaba de recomendar a sus partidarios que apoyasen al gobierno interino y con el mismo se entendiesen en todos sus asuntos, muchos re-

volucionarios no querían tratar sino con Madero mismo, por lo que su secretaría asumió proporciones de Ministerio, por la cantidad y la calidad de lo que en ella había que despachar.

Hasta donde fue posible, organicé turnos y horas para las audiencias; pero muy a menudo aquellas gentes rompían mi disciplina, y se colaban de rondón a la sala de recibir del Jefe de la Revolución, sin querer esperar a ser anunciadas. Fue preciso poner una escolta de revolucionarios todavía armados, para guardar el orden entre los revolucionarios solicitantes de audiencias.

Allí, en el número 99 del Paseo de la Reforma, se trataron entonces muchas cosas, que fueron de gran trascendencia en el futuro nacional inmediato y mediato. El Jefe Madero se daba exacta cuenta de su situación y de sus múltiples deberes, que se esforzaba en cumplir con exactitud y acierto ante las dos entidades entre las que se encontraba: el gobierno interino constitucional y la Revolución triunfante. ¡Difíciles y delicados momentos, a fe mía, que requerían de parte del Caudillo muy grandes dotes de clarividencia, de prudencia, de equidad y de patriotismo, y que él supo dominar en justicia y con gallardía! Porque las faltas que entonces se cometieron, no emanaron de él.

Pasados los primeros momentos de estupor, los conservadores volvían a levantar cabeza, y ellos, los mismos que se habían mostrado servilmente sumisos y pasivos durante la derrocada Dictadura, se tornaban exigentes y se reorganizaban activamente para obstruir el nuevo orden de cosas, cual si, una vez que nosotros habíamos roto las cadenas que antes los sujetaban y que por tantos años habían tolerado, se sintiesen poseedores de una personalidad propia, de que anteriormente no habían podido o no habían querido percatarse.

Ya el 5 de junio, es decir, dos días antes de la llegada de Madero a la capital, el licenciado don Jorge Vera Estañol, que formara parte del último, efímero gabinete del general Porfirio Díaz, lanzó a la circulación un folleto con el programa del naciente "Partido Popular Evolucionista", en el que se trataba de congregar a los elementos jóvenes del antiguo grupo llamado "científico". Y en ese folleto, ya se hacían graves cargos al régimen de interinato que estaba apoyado por la Revolución. ¡¡NUEVE días después de haber tomado posesión de su alto cargo el Presidente De la Barra!! El propósito de obstrucción era, pues, evidente y bien premeditado. Los cargos que se hacían a la Revolución y al Interinato em-

pezaban por el señalamiento de que en el Gabinete figurasen dos parientes del Jefe de la Revolución, los señores don Ernesto Madero y don Rafael L. Hernández, y dos de los más connotados líderes civiles de las últimas luchas antirreeleccionistas, los hermanos don Francisco y don Emilio Vázquez Gómez. Y adrede olvidaba el licenciado Vera Estañol que los dos parientes de Madero que figuraban en el nuevo gabinete nunca habían sido revolucionarios, y que su designación había provocado más reparos entre los revolucionarios mismos que entre quienes no lo fueron. Esa designación fue, más que otra cosa, una garantía para el señor Limantour y los suyos, garantía concedida a riesgo de provocar el descontento de las filas genuinamente revolucionarias. Por lo que ve a la designación de los señores Vázquez Gómez, prominentes en la lucha cívica libertaria, no podía ser más lógica. ¿Quería acaso el licenciado Vera Estañol que, en su lugar, Madero hubiese designado a hombres del porfirismo consagrado?... El error de entonces y que en muchas personas subsiste todavía, es el de considerar al gobierno interino del Presidente De la Barra como un régimen de "transacción", siendo así que era un régimen de *transición,* lo cual es cosa muy distinta. La Revolución se sentía y estaba triunfante. Había *concedido, otorgado,* un breve plazo de transición antes de entrar de lleno en el Gobierno, a efecto de evitar convulsiones excesivas por un cambio brusco. Eso significaban los Convenios de Ciudad Juárez, y nada más. He afirmado y demostrado ya que esos Convenios fueron, en realidad, la *capitulación* del porfirismo vencido y no una componenda arbitral y de provechos bilaterales. En lo sucesivo, la nación se gobernaría conforme a las instituciones reformadas; pero, por el momento, era la Revolución a la que correspondía instaurar el nuevo estado de cosas y reformar las instituciones conforme a su criterio. En consecuencia, el otorgado interinato del señor De la Barra tenía que estar lógicamente sometido a la Revolución, en todo y por todo.

Sin embargo de estar impregnado de este criterio evidente y palpable, don Francisco I. Madero se mostró en extremo equitativo durante el Interinato, y su participación en el nuevo gobierno, que estaba lejos de significar una intromisión porque era un derecho natural, se limitó a lo que era indispensable para garantizar los intereses básicos de la misma Revolución. Su torpeza, si la hubo, consistió en haber confiado demasiado en los demás hombres, considerándolos de estructura moral igual que la suya propia. Dos años

escasos después, pagaba esta equivocación con su vida. Su error material, es un enaltecimiento en el orden moral.

Tanta paciencia y benevolencia de Madero, irritaban a sus partidarios más radicales quienes sin cesar ejercían presión sobre él y sobre su Secretaría Particular, demandando la aceleración de la transformación nacional, sin tener en cuenta que estas transformaciones no pueden efectuarse de la noche a la mañana ni a saltos. Por manera que el trabajo del Jefe de la Revolución era enorme y muy delicado en aquellos días en que, en el 99 del Paseo de la Reforma, se trataban y resolvían trascendentales asuntos para el futuro inmediato y mediato de la nación.

[illegible]
y don Rafael L. Hernández, y dos de los más connotados líderes
cívicos de las [illegible]
Francisco Vázquez Gómez [illegible]
concedido Vera Estañol [illegible]
[illegible]
de las filas genuinamente revolucionarias. Por lo que ve a la designación de los señores Vázquez Gómez, prominentes en la lucha cívica libertaria, no podía ser más lógica. ¿Quería acaso el licenciado Vera Estañol que, en su lugar, Madero hubiese designado a hombres del porfirismo consagrado?... El error de entonces y que en muchas personas subsiste todavía, es el de considerar al gobierno interino del Presidente De la Barra como un régimen de "transacción", siendo así que era un régimen de transición, lo cual es cosa muy distinta. La Revolución se sentía y estaba triunfante. Había concedido, otorgado, un breve plazo de transición antes de entrar de lleno en el Gobierno, a efecto de evitar convulsiones excesivas por un cambio brusco. Eso significaban los Convenios de Ciudad Juárez, y nada más. He afirmado y demostrado ya que esos Convenios fueron, en realidad, la capitulación del porfirismo vencido y no una componenda cobarde y de provechos bilaterales. En lo sucesivo, la nación se gobernaría conforme a las instituciones reformadas; pero por el momento, era la Revolución a la que correspondía inaugurar el nuevo estado de cosas y reformar las instituciones conforme a su criterio. En consecuencia, el otorgado interinato del señor De la Barra tenía que estar lógicamente sometido a la Revolución, en todo y por todo.

Sin embargo de estar impregnado de este criterio evidente y palpable, don Francisco I. Madero se mostró en extremo equitativo durante el Interinato, y su participación en el nuevo gobierno, que estaba lejos de significar una intromisión porque era un derecho natural, se limitó a lo que era indispensable para garantizar los intereses básicos de la misma Revolución. Su torpeza, si la hubo, consistió en haber confiado demasiado en los demás hombres, considerándolos de estructura moral igual que la suya propia. Dos años

EL GRAL. BERNARDO REYES Y EL MADERISMO EN 1911

La agonía del reyismo sobrevino a fines de 1909 y a principios de 1910. La popularidad del general Bernardo Reyes había sido grande, tanto en el Ejército como entre muchos civiles, obreros, clase media, estudiantes, profesionistas.

Prolijo sería analizar las causas y la consistencia de aquella popularidad, porque los "reyistas" podían clasificarse en diversos sectores. Mientras algunos eran personalmente adictos a la persona del general Reyes, por convicción o por interés de futuro, otros lo eran por simple contraste ante la absorción de la oligarquía de los llamados "científicos", que amenazaba perpetuarse si el señor Corral llegaba a la Presidencia de la República, en sucesión del general Porfirio Díaz, cuando éste desapareciese. Estos últimos "reyistas" que pudiéramos llamar *pasivos*, sólo veían en el eventual advenimiento del general Reyes, una coyuntura de posible transición que quebrantara la fuerza, considerada entonces inexpugnable, de los llamados "científicos", de quienes era ostensible adversario, creando la posibilidad del surgimiento de una era más propicia para el ejercicio de los derechos cívicos y para la propaganda de una definitiva democracia. Los dotes de buen administrador y buen gobernante que el general Reyes había desplegado en el gobierno del Estado de Nuevo León, habían opacado los recuerdos de ciertas pretéritas violencias pretorianas suyas y ofrecían esperanzas de progreso y mejoramiento cívico en caso de que llegase algún día al poder.

Pero no todos los "reyistas pasivos" pensaban así, pues muchos temían que el general Reyes, una vez en la Presidencia, diese rienda suelta a su temperamento genuinamente militar y continuase en la República la dictadura militarista, con mayor rigidez que el ge-

neral Díaz, por venir de nuevo y estar en la plenitud de la edad; y aún abrigaban la sospecha de que la "espada resplandeciente" de Bernardo Reyes fuera más de temer, llegado el caso, que la ya un tanto abollada y enmohecida "matona" de Porfirio Díaz. Pero se encontraban ante una tremenda disyuntiva: la continuación de un militarismo remozado y menos burdo, con esperanzas de paulatino relajamiento en favor del civilismo, y la consolidación de la oligarquía plutocrática, más robustecida y más absorbente, porque no tropezaría ya con las trabas atemperantes que de vez en vez acertaban a oponerle algunas influencias rezagadas del liberalismo histórico, que todavía alentaban bajo el añoso tronco del soldado de la Carbonera, de Mihuatlán y del 2 de abril. Y optaban por el primer peligro.

Además, el general Reyes contó con excelentes propagandistas. En primer término, con el doctor don Samuel Espinosa de los Monteros y con su propio hijo, el licenciado Rodolfo Reyes, que no descansaban en sus hábiles tareas; el primero, entre las masas populares, obreras y proletarias; el segundo, entre los grupos estudiantiles y entre los jóvenes profesionistas independientes y de talento.

Así las cosas, el reyismo tomó gran incremento en cierta época, al grado de que la mayor parte de los oposicionistas y aun de los simplemente independientes, eran considerados como reyistas, aun cuando muchos de ellos no lo fueran en realidad. Pero éstos, muy poco podían hacer, dado el ambiente en que se encontraban. Asistían a la "pelea" sin preferencia por ninguno de los contrincantes, pero deseando vivamente el debilitamiento de la Dictadura y el cambio radical de la situación, con orientaciones hacia una futura Socialdemocracia. Así surgió el antirreeleccionismo abstracto, que bien pronto se convirtió en maderismo, cuando se percató de que don Francisco I. Madero era una positiva dínamo en materia de acción política, y porque en nuestro país siempre ha sido difícil, ayer como hoy, concebir una bandera sin relacionarla inmediatamente con el hombre que debe empuñarla.

Cuando las circunstancias de la agitación política imponían al general Reyes la necesidad apremiante de definirse y de aceptar su candidatura con las consecuencias que le eran inherentes, don Bernardo vaciló mucho por no desagradar a su amigo el general Díaz, y de ahí data su caída definitiva, porque en la política mexicana la oportunidad sólo suele presentarse a los hombres una vez en su vida. Ante peligros reales o imaginarios, se retiró a meditar a la Sierra de Galeana —lo que le valió el mote de "el atrincherado

de Galeana—, y desde aquel seguro y apartado retiro, manifestó a sus partidarios que suspendiesen todo trabajo en su favor, que rehusaba su candidatura y que seguía incondicionalmente a las órdenes del general Díaz. Consintió, además, en ausentarse del país, aceptando una comisión militar que le confirió el gobierno y a la que no puso más reparo que relativamente a la asignación que se le otorgaba. Pero sin tardanza allanó la dificultad el señor Limantour —*a enemigo que huye, puente de plata*—, y el general Bernardo Reyes se embarcó para París.

Esa actitud desconcertó a sus amigos y partidarios, de los cuales algunos, los más exclusivamente personalistas, se retiraron de toda lucha política, mientras que los demás vinieron a engrosar, con bríos duplicados por la decepción sufrida, las filas maderistas. La oposición, antaño "reyista", se tornó exclusivamente maderista; y como a Madero los "científicos" no le concedían importancia alguna, creyeron haber obtenido un sonado triunfo, sin comprender que AHORA SI se hacía temible la oposición, desde el momento en que había eliminado de su seno a todo factor burocrático o sentimentalmente ligado al régimen existente.

Cuando estalló el movimiento armado de los maderistas, el general Reyes se encontraba desempeñando su comisión en la atractiva e inefable urbe del "Fluctuat nec mergitur", y a fe que grande ha de haber sido su asombro y su coraje, al contemplar el nuevo curso de los acontecimientos. Ofreció su espada con todo y resplandores, al gobierno, y éste consintió en que regresara a la patria. Mucho se dijo en México que el general Reyes venía ex profeso a "aniquilar a la Revolución". Pero llegaba tarde. Mientras cruzaba el proceloso océano, Ciudad Juárez había caído en manos de los insurgentes y las negociaciones de paz habían dado comienzo. El gobierno ordenó al general Reyes que se detuviera en La Habana, temeroso de que con la llegada, inoportuna ya, del renombrado mílite, se entorpecieran los arreglos en cierne. Y a su vez el general Reyes, enterado de la nueva situación, envió una delegación a Ciudad Juárez, ante Madero, encabezada por el señor Covarrubias, connotado reyista de Guadalajara, a quien acompañaban otros caballeros, a asegurar que don Bernardo reconocía los hechos consumados y que no sería elemento de mayor disturbio después de lo acontecido, ni de entorpecimiento de lo que se estaba pactando. Ya antes, había llegado a Ciudad Juárez otro reyista de relieve, el licenciado Heriberto Barrón, que había estado en contacto reciente con el general Reyes, y quien también había asegurado a Madero

que dicho general estaba resuelto a reconocer todo lo consumado y que sólo ansiaba regresar a la patria, para seguir prestándole sus servicios, de acuerdo con el nuevo orden de cosas que se inauguraba. En vista de lo cual Madero, fiel a su idiosincrasia, hizo comunicar al general Reyes que vería con agrado y sin temor alguno su regreso, y lo mismo hizo saber al gobierno de Chapultepec.

El general Reyes se reembarcó en seguida y llegó a la capital el 9 de junio de 1911, en las primeras horas de la mañana, es decir, cuarenta horas después que el Jefe de la Revolución. Madero me comisionó a mí para ir a la estación de Buenavista a dar al divisionario la bienvenida en su nombre. Muy concurridos estaban los andenes, principalmente por militares, algunos de ellos de alta graduación. Entró el convoy de Veracruz, y con gran asombro nuestro, vimos que el divisionario no descendía de él. En esos momentos fui informado de que el general Reyes, por motivos que ignoro aún, había preferido descender en la Villa de Guadalupe, y se había dirigido al domicilio de su hijo don Rodolfo, en la barriada de San Cosme. Allá me dirigí para cumplir con el encargo que me diera el señor Madero.

Frente a la casa de don Rodolfo, de un solo piso, había gran muchedumbre de reyistas y maderistas entremezclados, y el general se hallaba en uno de los balcones, escuchando las arengas de bienvenida que se le dirigían. Cuando yo llegué, la muchedumbre me abrió paso y me aclamó. El licenciado don Rodolfo Reyes se adelantó a recibirme y me condujo cerca de su padre, que no se había movido del balcón. En breves palabras y dirigiéndome sólo a él, le di la bienvenida en nombre del Jefe de la Revolución. Entonces, el general Reyes me tomó largamente entre sus brazos, se hizo un gran silencio, y se oyó la voz estentórea, voz de mando, del divisionario, que, dirigiéndose a la multitud, dijo esta frase que tengo muy grabada en mi memoria:

"Al abrazar a este hombre honrado, abrazo a la Revolución".

Hoy me digo: "¡Ojalá, para el general Reyes, aquel abrazo hubiera sido perdurable!"

* * *

Entre los maderistas de acción, que se habían distinguido en los últimos sucesos, había bastantes que provenían del reyismo, y algunos de ellos eran de relevante significación, como don Venustiano Carranza y el doctor Francisco Vázquez Gómez. Por ello y porque, aunque excesivamente mermadas, todavía existían en el am-

biente simpatías por el general Reyes, ese mismo día, y al darle cuenta del desempeño de mi comisión, Madero me comunicó sus propósitos de incorporar francamente el reyismo en la Revolución, siempre que su líder consintiese en ello lealmente y prestase de buena fe su colaboración que podría resultar muy provechosa.

Al día siguiente, el señor Madero y el general Reyes celebraron en Chapultepec una conferencia con el Presidente De la Barra, y en ella, el Jefe de la Revolución expuso que para el caso de resultar electo Presidente en las elecciones a que se convocaría (lo cual estaba ya fuera de toda duda) reservaría la cartera de Relaciones Exteriores para el licenciado don Francisco L. de la Barra, y la de Guerra y Marina para el general don Bernardo Reyes.

Cuando esto se supo causó gran disgusto entre muchos maderistas. Sin embargo, hubiera sido así, a no ser por subsecuentes sucedidos que narraré muy próximamente.

bierto simpatías por el general Reyes, ese mismo día, y al darle cuenta del desempeño de mi comisión, Madero me comunicó sus propósitos de incorporar francamente el reyismo en la Revolución, siempre que su líder consintiese en ello lealmente y prometiese de buena fe su colaboración que podría resultar muy provechosa.

Al día siguiente, el señor Madero y el general Reyes celebraron en Chapultepec una conferencia con el Presidente De la Barra, y en ella, el Jefe de la Revolución expuso que para el caso de resultar electo Presidente en las elecciones a que se convocaría (lo cual estaba ya fuera de toda duda) reservaría la cartera de Relaciones Exteriores para el licenciado don Francisco L. de la Barra, y la de Guerra y Marina para el general don Bernardo Reyes.

Cuando esto se supo causó gran disgusto entre los maderistas. Sin embargo, [illegible] informado de que el general Reyes había preferido descender en la Villa de Guadalupe, y se había dirigido al domicilio de su hijo don Rodolfo, en la barriada de San Cosme. Allá me dirigí para cumplir con el encargo que me diera el señor Madero.

Frente a la casa de don Rodolfo, de un solo piso, había gran muchedumbre de reyistas y maderistas entremezclados, y el general se exhibía en uno de los balcones, escuchando las aclamaciones de bienvenida que se le dirigían. Cuando yo llegué, la muchedumbre me abrió paso y me aclamó. El licenciado don Rodolfo Reyes se adelantó a recibirme y me condujo cerca de su padre, que no se había movido del balcón. En breves palabras y dirigiéndome sólo a él, le di la bienvenida en nombre del Jefe de la Revolución. Enseguida, el general Reyes me tomó largamente entre sus brazos, se hizo un gran silencio, y se oyó la voz estentórea, voz de mando, del divisionario, que, dirigiéndose a la multitud, dijo esta frase que tengo muy grabada en mi memoria:

"Al abrazar a este hombre honrado, abrazo a la Revolución".

Hoy me digo: "¡Ojalá, para el general Reyes, aquel abrazo hubiera sido perdurable!"

* * *

Entre los maderistas de acción, que se habían distinguido en los últimos sucesos, había bastantes que provenían del reyismo, y algunos de ellos eran de relevante significación, como don Venustiano Carranza y el doctor Francisco Vázquez Gómez. Por ello y porque, aunque sucesivamente mermados, todavía existían en el ga-

TRATA DE RESURGIR EL GENERAL REYES DESPUES DE SU REGRESO

En el Alcázar de Chapultepec —que el Presidente Interino señor De la Barra había escogido como residencia— tuvieron una larga conferencia, el 10 de junio de 1911, el Presidente Interino, el Jefe de la Revolución triunfante y el recién llegado general de división, Bernardo Reyes. Aunque los dos últimos habían ido al Alcázar con acompañantes de su intimidad, ningún extraño asistió a la plática de los tres próceres. Nos quedamos esperando en las antesalas, fumando y charlando —de todo, menos de política—, hasta que la conferencia terminó.

Regresando a la ciudad en automóvil, Madero nos comunicó, con regocijo, que creía haber dado un buen paso en interés de la paz futura y de la consolidación del nuevo régimen por venir, al haber ofrecido, respectivamente, las carteras de Relaciones Exteriores y de Guerra y Marina, a los señores De la Barra y Reyes. Yo inquirí lo que uno y otro hubieran contestado a tal ofrecimiento, y el Jefe de la Revolución tuvo a bien informarme que nada habían dicho en concreto, pero que tenía la impresión de que el ofrecimiento había sido del agrado de los dos. En aquellos días, Madero rebosaba de optimismo en todos los momentos y en todos sus actos.

Debo confesar que la noticia no me cayó en gracia. Pero, a pesar de la confianza y de la intimidad que me ligaban con el Jefe de la Revolución, nunca me atreví a dar mi personal opinión sobre las designaciones que proyectaba, consciente de mi responsabilidad y francamente confiado en el tino que le vi desplegar en muchas de sus decisiones, de las cuales algunas me habían parecido erróneas conforme a mi criterio subjetivo, pero que habían demostrado atingencia en sus resultados. Sólo en Ciudad Juárez insistí en la incor-

poración del licenciado don Manuel Calero, en el Gabinete del Interinato, por las razones que en otro de estos reportazgos he dejado expuestas; pero durante el Interinato De la Barra y durante la Presidencia del señor Madero sólo externé mi opinión en materia de designaciones en los casos en que me fue explícita y claramente pedida.

Como he apuntado ya, del mismo modo que la designación de don Ernesto Madero y de don Rafael L. Hernández, había encontrado reparos entre los antirreeleccionistas radicales, la promesa de carteras de que antes he hecho mención, les desagradó sobremanera. Malquerían, por igual, al "cientificismo" y al "reyismo", y opinaban que en el régimen que iba a iniciarse, sólo debían figurar, en la actuación directa, hombres brotados del seno mismo del movimiento, procurando, naturalmente, que tuviesen capacidad para desempeñar los puestos que se les confiaran, pero cancelando totalmente a los ex porfiristas, cualquiera que fuese su colorido; Gustavo A. Madero hizo grandes reproches a su hermano, por el compromiso que había contraído, siendo ese el primer punto de divergencia en materia política entre los dos hermanos, que me fue dado observar. Pocos fueron, empero, los maderistas que directamente se atrevieron a hacer observaciones al Jefe sobre el particular, habiendo, en cambio, mucha gente, de la asimilada "post victoriam", que lo felicitaba calurosamente por dar ese "paso de unión y de concordia". ¡Lo mismo hubieran hecho si Madero hubiera ofrecido la cartera de Hacienda al señor Limantour! La protesta contra la anunciada alianza con el general Reyes, sólo se manifestó claramente poco después, cuando ya funcionaba el Partido Constitucional Progresista, del que por separado he de ocuparme. En cuanto al prenuncio de la permanencia del señor De la Barra, en el futuro Gabinete, fue recibido entonces con indiferencia, porque no se reconocía a dicho caballero ninguna personalidad política intrínseca, a pesar de que por casualidad ocupaba la Primera Magistratura de la República.

Para los restos del "cientificismo", maltrechos pero extremadamente irritados, el anuncio de la incorporación del general Reyes al régimen naciente, fue una mala nueva, porque traería como consecuencia la adhesión firme de una buena parte del Ejército Federal, que era todavía reyista. Ellos deseaban que Madero iniciara su período gobernando exclusivamente con sus propios y directos partidarios, a quienes, con razón, suponían desorganizados para la acción política y personalmente inexpertos en su mayoría. "Así —pensaban ellos—, el nuevo régimen fracasará muy pronto, nosotros fomenta-

remos su debilitamiento y podremos volver al candelero". Les asustaba pensar que el Ejército pudiera sumarse con sinceridad al nuevo orden de cosas. Y como la designación de Madero para la Presidencia de la República, aparecía puntos menos que asegurada, taimadamente se dieron a sembrar ambiciones presidenciales inmediatas, tanto en el general Reyes, como en el señor De la Barra, al mismo tiempo que un grupo de ellos urdía un atentado contra la vida del jefe de la revolución, que a tiempo descubrimos y evitamos los maderistas, según he de exponer en su oportunidad.

Entre los reyistas personalistas y más allegados individualmente al divisionario, el público ofrecimiento de la futura cartera de Guerra fue interpretado como el reconocimiento de una fuerza, en cuya existencia ellos mismos ya no creían; y antojóseles vislumbrar una excelente oportunidad para rehabilitar a su adalid y reconquistarle toda la popularidad perdida, sin echar de ver que, en aquellos instantes, ninguna popularidad era viable junto a la aplastante de Madero. Y algo que hubieran podido lograr, quizá, a fuerza de discreción y de paciencia, lo perdieron del todo por su acometividad inoportuna y su impaciencia incontenida. El motor principal de esta tendencia de resurgimiento reyista, fue el licenciado don Rodolfo Reyes.

A este letrado, todavía durante el Interinato, le fue ofrecida la Subsecretaría de Justicia, en la que colaboraría con su condiscípulo y amigo personal, el licenciado Rafael L. Hernández, a cuyo cargo estaba esa cartera. No aceptó el licenciado Reyes, y su negativa fue inmediatamente interpretada por los maderistas radicales, como un seguro anuncio de próxima oposición reyista contra el nuevo régimen. Con esta perspectiva, dichos radicales se sintieron íntimamente satisfechos.

Y así fue en efecto: en el general Reyes germinó la esperanza de poder escalar el poder presidencial mediante las elecciones que se preparaban, haciéndose la pueril ilusión de que la revolución popular se había hecho en su provecho y que la sangre vertida mientras él descansaba en París, le serviría de escala para llegar a la ansiada silla, que no se había atrevido a disputar, ante el sufragio público, a su amigo y protector el general Porfirio Díaz, a quien los maderistas habían obligado a retirarse del solio. La sola enunciación de esta quimera revela la existencia de un morbo megalomaniaco, en el divisionario y en sus más cercanos secuaces, que sólo podía ser curado con el fracaso material evidente, completo, palpable, irremediable, absoluto.

Sin embargo, en las primeras semanas del Interinato, el general Reyes y los suyos disimularon sus esperanzas, y el primero recató sus ambiciones ante Madero, presentándosele como amigo y aliado y solicitando su efectiva y eficaz influencia en favor de muchos de sus antiguos partidarios. Madero, en cuanto le era posible, satisfacía los deseos del general.

Pero ya a fines de julio, hallándose Madero en Tehuacán disfrutando de un bien ganado aunque relativo descanso, cuando acabábamos de descubrir y desbaratar el proyectado atentado de los "científicos" y cuando más preocupado se hallaba el jefe de la revolución por la extraña actitud del licenciado Emilio Vázquez Gómez en la Secretaría de Gobernación, obtuvimos noticias fidedignas y detalladas sobre los firmes propósitos de los reyistas de emprender serios trabajos electorales en favor de su jefe, para las venideras elecciones presidenciales.

Con motivo del descubrimiento del complot "científico" y de algunas dificultades que surgían con motivo de las elecciones locales en el Estado de Yucatán, el señor Madero me llamó a su lado, al balneario de Tehuacán, con objeto de estudiar y tomar algunas importantes determinaciones. Tratados aquellos asuntos, nos ocupamos en la consideración detallada de los trabajos electorales que era necesario emprender, para contrarrestar la eventual influencia del reyismo, así como la naciente del Partido Católico, que, sin oponerse a la candidatura de Madero para la Presidencia, decidió acompañarla de la del señor De la Barra para la Vicepresidencia, lo cual no podía ser bien acogido por los maderistas, a pesar de que bien sabían ya que el puesto de Vicepresidente, según todas las probabilidades, iba a ser nominal y su supresión para el futuro estaba ya decidida por los directores de nuestra política.

Ya el 11 de julio, el jefe de la revolución, en público manifiesto, había declarado desaparecido el Partido Antirreeleccionista, que se había bifurcado con motivo del movimiento armado; y lo substituyó por el nuevo Partido emanado de la revolución triunfante, que llevaría el nombre de Partido Constitucional Progresista y sería dirigido por un Comité Central cuyos miembros designó nominal y expresamente el mismo señor Madero. Acordaron también la creación de un gran rotativo cotidiano para sostener los principios de la revolución y defender sus intereses, que llevaría por título *Nueva Era* y cuya dirección se me confiaría a mí, con la valiosa asesoría del licenciado Jesús Urueta como subdirector. Con este pe-

riódico y con el P.C.P., bien organizado y ramificado en toda la República, teníamos lo bastante para contrarrestar los trabajos de nuestros adversarios y para asegurar nuestro triunfo electoral. A mi regreso de Tehuacán traje, además, la aquiescencia del señor Madero para que el Presidente De la Barra indicase al licenciado Emilio Vázquez Gómez la conveniencia de que renunciase a la cartera de Gobernación, dejándole plena libertad para fundarla como quisiese. El propósito o deseo del jefe de la revolución era de que se encargase de dicha cartera, como subsecretario, el licenciado Federico González Garza, entretanto aquél regresaba a la capital y se ponía de acuerdo con De la Barra para designar al titular definitivo. Don Emilio Vázquez Gómez renunció el 2 de agosto y el Presidente Interino nombró inmediatamente en su lugar al ingeniero Alberto García Granados, a la sazón Gobernador del Distrito Federal y partidario exclusivo de De la Barra. Este fue el mayor de los errores del Interinato, por las graves consecuencias que tuvo.

El 11 de agosto, en el Teatro Hidalgo, se inauguró la Convención plebiscitaria del Partido Constitucional Progresista, del que tuve la honra de resultar electo presidente. Durante la celebración de las sesiones de dicha Convención, el 19 de agosto, el general Victoriano Huerta atacó a los zapatistas en el Estado de Morelos, y mucho se dijo que eso le había sido sugerido por su antiguo amigo el general Bernardo Reyes, deseoso de provocar un conflicto que tuviera como resultado el aplazamiento de las elecciones presidenciales. Ese mismo 19 de agosto, el Partido Católico lanzó la candidatura Madero-De la Barra; y el 2 de septiembre, tras dilatadas y enconadas discusiones, pero en perfecto orden y correcta compostura, la Convención del P.C.P. aprobó la fórmula Madero-Pino Suárez como la genuina de la Revolución.

Ante este resultado, los solapados o francos enemigos del nuevo orden de cosas empezaron a propugnar la conveniencia, en su concepto, de aplazar el acto electoral y Madero se creyó obligado a dirigirse a la Cámara haciéndola responsable de las consecuencias que el aplazamiento de las elecciones podría originar. Aunque de origen porfirista todavía, el Congreso apreció la situación en su real gravedad, y no se mostraba favorable al aplazamiento. Los reyistas improvisaron entonces una Convención y festinadamente lanzaron la candidatura presidencial de su jefe; digo "festinadamente", por que ni siquiera tuvieron tiempo de designar candidato a la Vicepresidencia. Pero al mismo tiempo insistieron ante el Congreso, esta vez de manera oficial y explícita, pidiendo el aplazamiento de las elec-

ciones, lo cual equivalía a reconocer su debilidad, ya que el grueso de sus antiguos partidarios, convertidos al maderismo, no habían respondido al llamamiento de que fueron objeto. Trataron de organizar una manifestación pública en honor de su candidato, pero fue disuelta por las agitadas "infanterías" del P.C.P., entre las que figuraba con muchos bríos y con plena fogosidad juvenil Pablo L. Sidar, que años más tarde había de sucumbir trágicamente en gloria de la aviación mexicana. Hubo gritos y pedradas, y el candidato tuvo que refugiarse en la Fotografía Daguerre, al igual que Madero dos años más tarde. El divisionario se quejó airadamente de carecer de garantías.

Convencido el general Reyes del quebranto de su antigua popularidad, así como de su segura derrota en los comicios, declaró el 22 de septiembre que sus partidarios se abstendrían de concurrir a las urnas, y calladamente se marchó a los Estados Unidos. El 25 del mismo mes, el Congreso rechazó el aplazamiento de las elecciones, ratificando que las primarias habrían de celebrarse el primero de octubre.

Como era de preverse, en los comicios triunfó por aplastante mayoría la fórmula Madero-Pino Suárez, y el Congreso hizo la correspondiente declaratoria el 2 de noviembre. ¡Mal augurio, por luctuoso! El 6 de noviembre de 1911 el jefe de la revolución, mediante protesta solemne ante el Congreso de la Unión, se convirtió en el Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos.

En la Secretaría de la Presidencia se sabía muy bien que el general Reyes organizaba en su expatriación un movimiento contra el nuevo Gobierno, y, en verdad, existía el temor de que algunos jefes militares lo siguiesen. Efectivamente, el 6 de diciembre, acompañado de unos cuantos hombres, se internó en territorio mexicano en actitud rebelde; pero sólo lo secundaron el eternamente inquieto general Higinio Aguilar y el de igual grado Melitón Hurtado. El general Victoriano Huerta, de cuya actitud mucho se sospechaba en razón de su adhesión pública y notoria al general Reyes, lejos de secundarlo, condenó públicamente en un banquete la actitud de aquellos dos militares que habían seguido al divisionario tapatío, así como la conducta de éste, subrayando su propia subordinación al Gobierno legalmente constituido. Este rasgo contribuyó mucho a crear la confianza personal que el Presidente Madero tuvo después en el general Huerta, y que le costó la vida.

Poco después del 15 de diciembre, cayó en nuestras manos una circular subversiva en que el licenciado Emilio Vázquez Gómez in-

vitaba a sus amigos a la rebelión armada, pero sin sumarse francamente al general Reyes. En cuanto a éste, bien pronto comprobó la magnitud de su fracaso y se entregó voluntariamente al Presidente Municipal de Lampazos, declarando que estaba decepcionado de sus amigos y convencido de la imposibilidad de derrocar al nuevo Gobierno.

Fue traído a México con toda clase de consideraciones y garantías, e internado en la Prisión de Santiago Tlaltelolco, a disposición de la justicia militar ordinaria. El reyismo estaba bien muerto. En cuanto al divisionario, su destino le reservaba muerte sin brillo a las puertas del Palacio Nacional, en la mañana del comienzo del cuartelazo de 1913.

[illegible] antiguo y contemporáneo de la imposibilidad de [illegible]

[illegible] cuanto el [illegible] nuestro lo conservaba [illegible] los [illegible] del [illegible] en la mañana del [illegible]

[illegible]

EN EL BALNEARIO DE TEHUACAN SE DECIDEN GRAVES ASUNTOS

Las primeras semanas subsiguientes al regreso del señor Madero a la capital de la República con su carácter de Jefe de la triunfante Revolución, fueron, como ya he dicho en otras ocasiones, de intenso trabajo para todos los revolucionarios directores y muy especialmente para el mismo Jefe. Esas tareas, unidas a las fatigas de la reciente campaña militar, habían afectado algo la salud del señor Madero, no obstante su extraordinaria resistencia. Necesitaba algún descanso que le permitiera afrontar las nuevas labores del futuro que, abrumadoras, se le venían encima. Decidió buscar descanso emprendiendo algunas giras por los Estados antes de las elecciones, pero antes, para reponerse, quiso pasar una temporada en el balneario poblano de Tehuacán. Entretanto yo quedaría en México, al frente de la Secretaría Particular, pero en constante comunicación epistolar y telegráfica con el Jefe. Establecimos un servicio diario de "propios" de toda confianza, que traían y llevaban la correspondencia y las consultas. Como en la ciudad de Puebla había habido un zafarrancho entre fuerzas maderistas y las federales del entonces coronel Blanquet, con nuestros escogidos elementos armados organizamos una escolta para el Jefe de la Revolución, pues al efectuar su salida sólo iba acompañado de su esposa, de su taquígrafo Elías de los Ríos, del telegrafista Durán y del capitán Rubén Morales, proveniente del Ejército Federal, pero que desde hacía muchos meses había demostrado activas simpatías por el reyismo primero y por el maderismo después, prestando valiosos servicios, que le habían valido ser deportado en guarnición al Territorio de Quintana Roo, junto con otros oficiales de filiación independiente, alguno de los cuales perdió la vida allá.

Se organizó asimismo un Estado mayor del Jefe de la Revolución, que quedó integrado por el general Ramón F. Iturbe, que había operado brillantemente en Sinaloa y en Durango, llegando más tarde a divisionario en el Ejército Constitucionalista; y por los capitanes Alfonso Zaragoza (asesinado por Rafael Pimienta durante el huertismo, en 1913), Enrique García de la Cadena (fusilado por Villa durante la revolución constitucionalista) y Samuel Vázquez, quien desde Ciudad Juárez había estado al lado del Caudillo. A su bufete civil se agregó don Luis Aguirre Benavides (más tarde secretario particular de don Gustavo A. Madero primero, y del general Francisco Villa, después), quien, en unión de Elías de los Ríos, despachaba la voluminosa correspondencia.

No sólo el deseo de descanso había impulsado al señor Madero a ir a Tehuacán, sino también el de estar menos al alcance de sus numerosos partidarios que ni a sol ni a sombra lo dejaban de acosar con demandas de todo género, muchas de las cuales eran materialmente irrealizables. No le dejaban tiempo alguno para meditar ni para estudiar y definir sus proyectos para el futuro, y creyó que en Tehuacán encontraría el reposo para tales fines requerido. Pero no fue así. Si bien es cierto que halló alguna calma en el quieto balneario, no encontró todo el descanso que buscaba. Los acontecimientos se sucedían unos a otros, y algunos de ellos de tal delicadeza, que yo no me atrevía a encontrarles resolución con las facultades de que el Jefe me había investido y no me atrevía a dar instrucciones a nuestros correligionarios sin consultar previamente con aquél.

Uno de esos delicados asuntos se relacionó con las próximas elecciones locales en el Estado de Yucatán, que presentaban peligroso aspecto para la unidad revolucionaria, porque a la candidatura de Pino Suárez para Gobernador Constitucional, que era la preferida por el Jefe de la Revolución, se oponía vigorosamente la del Lic. Delio Moreno Cantón, de fuerte arraigo y de gran popularidad en el Estado y quien aunque sin haber tomado parte activa en el último movimiento armado, de antaño se había manifestado partidario de la Revolución, en cuyo seno contaba con numerosos amigos personales. Había sido designado Gobernador Interino del importante Estado peninsular el Lic. Jesús L. González, totalmente adicto a Pino Suárez por mediación de Madero, y los pinistas empezaron a desplegar enconada exaltación contra sus adversarios electorales.

Llegó a México el Lic. Moreno Cantón a conferenciar con el Jefe de la Revolución y pedirle garantías, acompañado de mi buen amigo y compañero el licenciado Antonio Mediz Bolio; y tan vívidamente y apoyándose en tan poderosas razones me expusieron el caso, que juzgué indispensable marchar con ellos a Tehuacán sin pérdida de tiempo, y convinimos en salir para allá en la mañana siguiente, previo aviso que sobre el particular yo daría al señor Madero. Pero aún no se despedían de mí aquellos caballeros, cuando recibí un mensaje del Jefe, ordenándome saliera urgentemente para Tehuacán, llevando conmigo a Jesús Urueta y a Arturo Lazo de la Vega. Cambiamos de programa y dispusimos el viaje para esa misma noche.

Al llegar a Tehuacán me apersoné inmediatamente con Madero, a quien encontré visiblemente repuesto en su salud física; pero fue grande mi asombro, cuando me comunicó que acababa de recibir verídicas noticias acerca de que los "científicos" nuevamente intentaban un atentado contra el nuevo orden de cosas, asesinándolo a él, dando un golpe de Estado contra el Presidente Interino y llevando a la Presidencia de la República al veterano general don Jerónimo Treviño, quien personalmente ignoraba cuanto se fraguaba. La confirmación de la noticia la tenía de labios del general boero Viljoen, que había llegado a Tehuacán y que regresaba después de haber dado punto a la aventura magonista de la Baja California. Díjome que, discretamente, había informado ya de la versión al señor De la Barra y al general Treviño, y que había dado algunas instrucciones a determinados jefes del Ejército Libertador, que me comunicó; y que deseaba que yo, con Urueta y con Lazo de la Vega, investigara los pormenores del complot y organizara a los correligionarios civiles para hacerlo fracasar, si en verdad existía seriamente, por los medios de agitación revolucionaria que creyéramos conveniente. En efecto, el complot existió, pero no ya en las proporciones que había tenido el del mes de mayo anterior; y bastaron algunas manifestaciones de nuestros clubes para sembrar el pánico entre los complotistas y disolverlos. Más bien era de temerse algún conflicto provocado por el general Reyes, en connivencia con algunos jefes con mando en el Ejército Federal.

Pocas personas saben algo del fracasado complot de los "científicos" contra Madero en mayo de 1911, cuando se aprestaba a venir a la capital. Una vez descubierto y desbaratado, Madero no le dio importancia mayor. He aquí la sucinta y fiel narración del he-

cho que hace el ingeniero don Pascual Ortiz Rubio en su libro *La Revolución de 1910:*

"El día 28 (mayo de 1911) fue arrestado, en el Paso, Texas, Daniel de Villiers, bajo la acusación de que, pagado por los «científicos», trataba de comprar nuevamente a Orozco y al general boero Viljoen, para que se sublevasen contra Madero y lo asesinasen. En Monterrey se arrestó, en la misma fecha, al americano W. F. Dunn, ligado con De Villiers. *(Este Dunn es el mismo americano que en 1910, como espía expensado por el Ministro Corral, había interceptado correspondencia que Madero enviaba desde la Penitenciaría de Monterrey, y de quien ya he hablado en otra ocasión.—J. S. A.)* Viljoen, que conocía a De Villiers desde el Africa del Sur; oyó la proposición de éste, lo dejó pendiente y fue a comunicar a Madero los nuevos intentos de los «científicos»... Madero recomendó a Viljoen aparentar aceptar, con objeto de descubrir los detalles de la conspiración. Viljoen asistió a una cita que le dieron los enviados de los «científicos» en el Hotel Sheldon, y allí súpo muchos detalles del complot, que tenía como fin asesinar a Madero y hacer que los diputados nombrasen Presidente al «eje diamante de los científicos» el Lic. Rosendo Pineda. Cuando Viljoen exigió el dinero para hacer lo que ellos pedían, recibió un telegrama de México, según declaración de él, fiando a los enviados. Estos también pidieron un plazo a Viljoen, para que uno de ellos fuera por el dinero a México. Ya seguro Madero de las maniobras de los «científicos», gestionó el arresto de Villiers y de Dunn y dio parte a De la Barra para que mandara vigilar a los sospechosos. Y... no volvió a acordarse más del asunto; su desprecio por los canallas acabó por costarle la vida.

"Cuando Pineda se vio descubierto, no tuvo más remedio que huir, no por temor al nuevo Gobierno, cuyo Presidente era de la camada, sino a algunos revolucionarios que hubieran dado buena cuenta del explotador del pueblo y conspirador contra los vencedores de la Dictadura."

Al llegar a México en junio de 1911, Madero había declarado públicamente, entre otras cosas, lo siguiente:

"No creo que el general Reyes sea una amenaza para la tranquilidad del país. Nada hay en lo que el general Reyes ha dicho o hecho que indique que esté inclinado a hacer otra cosa que ayudar al mayor bienestar de la República.

"En cuanto a las intenciones de otros individuos, sí he tenido mucho que pensar, pues hay ciertos miembros del llamado «partido

científico» que han conspirado y conspiran contra nuestros triunfos. Pero se procurará estar alerta e intentaré que se haga la luz en esas tinieblas.

"En mi esfuerzo para hacer que México haga de la honradez una devoción en todos los ramos de sus actividades, espero resuelta ayuda de la prensa, que confío hará a un lado todo interés de partido."

El Apóstol sufrió una gran equivocación con respecto al general Reyes. En cuanto a los "científicos", siguieron conspirando en diversas formas; pero, huérfanos de Limantour y de Pineda, ya no pudieron hacer gran cosa y pronto se desbandaron o se acogieron al nuevo régimen de la égida de la Secretaría de Hacienda, que regenteó don Ernesto Madero. Pero su prensa sí hostilizó sistemática y terriblemente al régimen incipiente, y sobre ella tienen que recaer las responsabilidades de muchos lamentables acontecimientos que tuvimos que presenciar y que vinieron preparando el criminal golpe de Estado de 1913. Sólo *El Tiempo,* diario católico de don Victoriano Agüeros, guardó una impecable ecuanimidad; no así *El País,* diario también católico de don Trinidad Sánchez Santos, que habiendo sido en un principio simpatizador de la Revolución, tornó bridas cuando el Presidente Madero se rehusó a otorgarle ciertos apoyos pecuniarios que de él se solicitaron.

De la conferencia en Tehuacán sobre el conflicto electoral yucateco, sólo logramos que el Jefe de la Revolución instruyese a sus lugartenientes en Yucatán que se concedieran garantías a los partidarios del Lic. Delio Moreno Cantón; pero esas indicaciones no fueron puntualmente obedecidas y la designación de Pino Suárez como Gobernador Constitucional del Estado fue considerada fraudulenta por una gran parte de los yucatecos.

Otros muchos asuntos de trascendencia se trataron en el balneario de Tehuacán, mientras fue huésped de él el Jefe de la Revolución triunfante. Madero tuvo siempre grandes simpatías por ese balneario, cuyas aguas salutíferas consumía en su mesa; y precisamente en los aledaños de la Decena Trágica proyectaba pasar una nueva temporada en aquel balneario de su predilección.

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible] una gran parte de los [illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

EL PARTIDO CONSTITUCIONAL PROGRESISTA Y "NUEVA ERA"

El 11 de julio de 1911, el Jefe de la Revolución publicó un manifiesto que creaba la nueva agrupación política genuinamente representativa del movimiento triunfante, manifiesto que con profusión circuló por toda la República y cuyos primeros párrafos eran éstos:

"La revolución alteró el orden de continuidad del Partido Antireeleccionista, por cuyo motivo en los actuales momentos ninguna agrupación política puede pretender legítimamente ser reconocida como Centro Directivo. Habiéndome reservado la Jefatura del Partido emanado de la Revolución, al hacer la renuncia de Presidente Provisional de la República, me parece conveniente reorganizar el antiguo Partido Antirreeleccionista sobre bases nuevas.

"Desde luego, como las candidaturas mía y del Sr. don Francisco Vázquez Gómez han sido lanzadas por numerosos clubes de la República, deseo, por lo que a mí respecta, retirarme de la política activa, delegando mis facultades en un Comité Central, integrado por las siguientes personas:

"Juan Sánchez Azcona, Gustavo A. Madero, Lic. José Vasconcelos, Lic. Luis Cabrera, Ing. Alfredo Robles Domínguez, Lic. Roque Estrada, Manuel M. Alegre, Enrique Bordes Mangel, ingeniero Eduardo Hay, Lic. Jesús González, Lic. Adrián Aguirre Benavides, Dr. Ignacio Fernández de Lara, Pedro Galicia Rodríguez, Eusebio Calzado, Lic. Jesús Urueta, Dr. Francisco Martínez Baca, Lic. Nicolás Meléndez, Lic. Jesús Flores Magón, Heriberto Frías, Rafael Martínez, Lic. Miguel Díaz Lombardo y Roque González Garza. (Hay que fijarse en que ninguna de esas personas desempeñaba cargo alguno en el Gobierno del Interinato.—J. S. A.)

"Como ya los principios sostenidos por el Partido Antirreeleccionista han triunfado en la conciencia nacional, y muy pronto estarán consignados en la Constitución, no tiene ya razón de ser la antigua denominación del Partido, por cuyo motivo propongo que la nueva agrupación se llame PARTIDO CONSTITUCIONAL PROGRESISTA."

Según me explicó detalladamente, al proponer tal denominación Madero trataba de significar que la nueva política del Partido emanado de la Revolución estaría totalmente ajustada a la Constitución, pero reformando ésta, por los medios legales, progresiva y progresistamente, con atención a las necesidades y conveniencias populares, hasta lograr las mayores garantías y las más amplias libertades para todos y cada uno de los grupos sociales, con absoluto respeto de sus respectivos derechos e intereses legítimos y exigiéndoles el estricto cumplimiento de sus correlativos deberes respectivos. Es decir, que el pensamiento de Madero, en materia política era esencialmente socialdemocrático.

Señaló en el manifiesto que el principal papel que debería desempeñar el Comité por él nombrado en fideicomiso sería el de reorganizar el antiguo Partido Antirreeleccionista bajo la nueva denominación; vigilar la completa realización de los principios sostenidos por el Partido Antirreeleccionista y la Revolución, y preparar la lucha electoral, tomando parte en las cuestiones locales, pero muy especialmente en las elecciones generales. Pedía el agrupamiento de todos sus partidarios bajo la nueva bandera organizada, y terminaba con esta exhortación que hoy todavía debería grabarse en el frontispicio del templo ideal en que debe oficiar la Revolución reconstructora:

"Conciudadanos: La lucha sostenida entre el pueblo y sus antiguos opresores ha tenido un glorioso desenlace. El pueblo ha reconquistado su soberanía, los ciudadanos el pleno ejercicio de sus derechos; *pero no olvidéis que si no los ejercitáis con constancia y patriotismo, podéis perder el fruto de la victoria.*

"Por tal motivo, nunca me cansaré de recomendaros que *sigáis luchando sin descanso*, siendo nuestros nuevos campos de batalla las urnas electorales, y nuestra arma más poderosa el voto".

El Comité Central del Partido Constitucional Progresista se instaló en seguida en la Avenida Juárez número 75, quedando automáticamente clausurada la Secretaría Particular del Jefe de la Revolución.

La designación del Comité Central fue motivo de no pocos enfriamientos. Algunos correligionarios que se creían con derecho propio de integrar el grupo director del Partido se sintieron lastimados porque Madero no los incluyera en el Directorio y empezaron a distanciarse de él. Siempre hemos observado en México este fenómeno en los llamados partidos políticos, cuando se han designado las mesas directivas. La avidez de preponderancia personal, así sea puramente nominal y de apariencia, a menudo ha sido el móvil determinante de las actitudes de políticos inexpertos, siendo así que en política positiva la paciencia orientada del que sabe esperar y acierta a esfumarse en la penumbra, suele ser una poderosa virtud de éxito cuando quien la emplea posee una real personalidad propia. También hubo entre los designados quienes sólo manifestaron aquiescencia pasiva, pero sin querer prestar su concurso efectivo, intimidados por una incertidumbre del futuro que, a decir verdad, era ya extemporánea ante la situación palpable. Pero los convencidos trabajamos con ahínco y obtuvimos mucho fruto.

Nos distribuimos el trabajo según capacidades y aptitudes y según también nuestras respectivas situaciones personales en lo económico, en lo político y en lo social. Cada uno procuró encontrar su sector adecuado para que su labor rindiese un máximo de eficacia, pero siempre con una sola y armónica finalidad. Nuestras juntas eran interesantísimas y en ellas estudiábamos con íntegra franqueza todos los problemas del momento, para resolverlos en previsión de los problemas futuros. Clasificamos y distribuimos entre nosotros y entre los amigos que nos secundaban diversas fases y diversos métodos de la propaganda; nos ramificamos sólidamente en toda la República, creando por doquiera, hasta en los pueblos más modestos, agrupaciones filiales, dirigidas por personas de efectivo prestigio local; y organizamos en todo el país frecuentes manifestaciones públicas, tanto para hacer patente nuestra fuerza atrayendo a ella la confianza pública, como para mantener vivo el sentimiento revolucionario que muy bien podría entibiarse por la tendenciosa "neutralidad" del Interinato. Por vez primera, la República se dio cuenta de lo que puede llegar a ser un partido militante de convicciones y de principios, con organización y disciplina.

Naturalmente, los adversarios achacaban al Partido Constitucional Progresista toda suerte de desmanes y de abusos, y el bilioso y veleidoso diario de don Trinidad Sánchez Santos, cuyo talento y acometividad siempre he admirado, bautizó a nuestra agrupación con

el mote de "La Porra", queriendo traer a recuerdo las improvisadas organizaciones de esbirros mercenarios de los tiempos de Fernando VII.

Pero, magüer recriminaciones y calumnias sin cuento, el Partido Constitucional Progresista fue grandemente popular. Por sus esfuerzos se verificó la brillante Convención en el Teatro Hidalgo, de la que surgió la fórmula electoral que habría de triunfar por aplastante mayoría del sufragio nacional: Madero-Pino Suárez, acto cívico, aquella Convención, que constituye una memorable columna miliar en el azaroso camino de la democracia mexicana, y del que he de ocuparme por separado en el curso de esos reportazgos retrospectivos.

El mismo Partido Constitucional Progresista llevó, en 1912, a una mayoría maderista a la XXVI Legislatura Federal, orgullo de nuestros anales parlamentarios; pero como la mayor parte de los directores del Partido pasamos al Parlamento o a altos cargos de la administración ejecutiva, la agrupación fue descuidada, sufrió un grave colapso y la cuartelada de 1913 la sorprendió desorganizada y casi disuelta; ¡que de no haber sido así, otro hubiera sido el curso de los acontecimientos!

Ignoro el paradero de los archivos del Partido Constitucional Progresista, que deben contener datos importantes para la historia. Don Manuel María Alegre, en vísperas de su sentida muerte, andaba muy empeñado en encontrarlos, suponiéndolos en poder de un señor Icaza, que había ejercido funciones administrativas en el Partido; pero hasta hoy, que yo sepa, la búsqueda ha sido infructuosa.

* * *

El complemento lógico de la acción del Partido de la Revolución tenía que ser un diario, un gran diario que neutralizara las maquinaciones de la prensa entonces existente, casi en su totalidad adicta a las tibiezas y ambigüedades del Gobierno Interino y, por ende, enemiga solapada de Madero y de la Revolución. Fue fundado, en agosto de 1911, el diario *Nueva Era,* bajo la dirección mía y la subdirección de Jesús Urueta, fungiendo como jefe de la redacción Arturo Lazo de la Vega y contando con el concurso de excelentes plumas, tanto combativas, como filosóficas, como artísticas y como informativas.

Si para la fundación y sostenimiento de *México Nuevo* habíamos tenido que luchar tan dura y denodadamente los independientes

desde fines de 1908 hasta mediados de 1910 en que fue clausurado y confiscado el periódico por la Dictadura, no sucedió lo propio cuando creamos *Nueva Era*. ¡Claro, las cosas habían cambiado! La subscripción abierta para reunir el capital social de la empresa se llenó en brevísimo tiempo y sin tropiezos. Numerosos hombres de recursos vieron allí una buena oportunidad para congraciarse con el maderismo y nos ofrecieron su concurso pecuniario, al grado de haber podido cubrir por triplicado el capital requerido para la empresa; pero, previsor y prudente, Gustavo Madero sólo quiso aceptar ese concurso previa cuidadosa selección y únicamente en proporción tal, que en cualquier momento pudiéramos tener el "control" del negocio.

Se pidieron urgentemente a los Estados Unidos los mejores elementos que pudimos haber y, entretanto llegaban los principales, adquirimos los que en México estaban disponibles, para poder empezar nuestra labor desde luego. Nos instalamos en la calle de las Damas, no lejos de donde había estado *El Imparcial*.

Tuvo muy buen éxito el nuevo diario, porque el público revolucionario se percató bien pronto de su virilidad e independencia. No eran nuestros propósitos los de atacar por sistema al Gobierno del señor De la Barra; pero sí los de señalarle sin embozo ni reserva los errores que estaba cometiendo y que, a más de constituir una deslealtad para la Revolución que lo había llevado al poder y tolerado en él, eran gérmenes de seguros conflictos y de probables perturbaciones para el porvenir, como en efecto lo fueron en grado máximo.

Tuvimos que atacar sin piedad al reyismo personalista que intentaba renacer y tuvimos que exigir, hasta lograrlo, el retiro de algunos rezagados "científicos" que habían quedado incrustados en la administración, especialmente en la municipal.

Por lo que al Gobierno toca, tuvimos que atacar al señor García Granados, Secretario de Gobernación, por sus imprudentes actos y sus declaraciones más imprudentes aún y hasta provocativas contra los elementos genuinamente revolucionarios; y al propio Presidente señor De la Barra, porque dejándose influenciar por el mismo García Granados, tendía a convertir su Interinato, de explícito período de transicción que tenía que ser en epiceno régimen preñado de indecisiones y de incertidumbres, sembrador consciente y culpable de obstáculos para el surgimiento de la "nueva era" de gobernación positivamente revolucionaria.

En una ocasión, el señor De la Barra se quejó con Madero por algún artículo publicado en *Nueva Era*, y mi gran amigo, ausente a la sazón, me dirigió por telégrafo una suave reprimenda. Yo la publiqué íntegra, y respetuosamente comentada; y mi comentario resultó para el señor De la Barra un remedio peor que la enfermedad.

Yo dirigí *Nueva Era* mientras fuera periódico independiente, al servicio sólo de los intereses de la Revolución; pero tan luego como Madero asumió la Presidencia de la República, me retiré de la dirección, pues comprendí que desde aquel momento *Nueva Era* tenía que convertirse forzosamente en periódico netamente gobiernista y sumiso, y yo no he tenido nunca facultades para periodista ministerial. Poco después, también se retiró Urueta, para concentrar sus actividades en el Parlamento. Pasaron por la dirección de *Nueva Era* los licenciados don Querido Moheno —que había de tornarse antimaderista— y don Serapio Rendón —mártir de las nefandas venganzas huertistas—. A últimas fechas, cuando el cuartelazo, y de modo incidental, el periódico estuvo en manos de don Manuel Bauche Alcalde.

Los voceadores anunciaban el diario gritando: *La Nueva Era*, y esto dio lugar a que los malquerientes la llamaran *La Huevera;* y con este apodo empezó a compartir con *Ojo Parado* la odiosidad de los reaccionarios.

Durante la Decena Trágica fue incendiado el edificio de *Nueva Era*, que se había instalado en la calle de Balderas. Los incendiarios fueron los mismos "fifíes" metropolitanos que incendiaron la casa residencia de los padres del Presidente Madero. Cuando vieron que el fuego no alcanzaba a destruir la magnífica y flamante rotativa, buscaron petardos de dinamita y de los que se emplean en las minas, y en vandálica y bochornosa exaltación volaron la valiosa maquinaria.

En el incendio perdí importantes papeles y queridos objetos míos, que había dejado depositados en el edificio del que fuera diario de mi dirección. Entre ellos, el histórico estandarte de *México Nuevo* y un soberbio retrato autografiado de mi gran maestro Emilio Zola.

EL CASO DE LOS HERMANOS VAZQUEZ GOMEZ EN 1911

He señalado ya que al estallar el movimiento armado en 1910, hubo muchos antirreeleccionistas, algunos de ellos bastante connotados, que lo condenaron resueltamente, categóricamente, no sólo en los juicios verbales que externaban, sino también en documentos explícitos que dieron a la publicidad.

Esos disidentes se dividían en dos grupos: unos asumían esa actitud por temor de sufrir persecuciones y molestias de parte de un Gobierno al que consideraban materialmente indestructible, pero simpatizando en el fondo con la actitud decidida de los revolucionarios activos y anhelando fervientemente su difícil triunfo; otros repudiaban sinceramente la acción armada considerándola más nociva y peligrosa en sus consecuencias que la Dictadura misma y pretendían que ésta fuera derrocada por medio de actos exclusivamente cívicos. La actitud de los primeros era explicable y disculpable, porque, en verdad, era entonces temible la férula brutalmente punitiva de un régimen que sólo podía ya sostenerse por la fuerza de las bayonetas y por el terror de las mazmorras y de los paredones de ejecución. De esos ciudadanos momentáneamente atemorizados, muchos pasaban a la Revolución activa tan luego como les iba siendo posible hacerlo sin riesgo de ser atrapados y aniquilados en sus primeros pasos y fueron bastantes los que, aparentando una actitud quieta y pacifista, prestaron a la Revolución valiosos servicios de orden moral. En cuanto a los segundos, pecaron de ingenuos por pertenecer a esa casta de hombres que por doquier pulula en todos los tiempos y que sigue la extraña norma de pretender abrir las ostras por medio de la persuasión.

Desde el momento en que el general Díaz presentó su renuncia, todos ellos aplaudieron el movimiento armado y lo encontraron jus-

tificado en vista de su resultado. Raros fueron los que no se proclamaron ardientes antirreleeccionistas, o por mejor precisar, fervorosos maderistas. Hasta hubo numerosos conversos que hasta a últimas fechas militaran en bandos gobiernistas y que tuvieron el valor civil de hacer pública su sincera conversión, que no era hija de avideces ni de anhelos de medro, dentro del nuevo régimen, sino de leal convencimiento. Bástame citar de entre ellos tres nombres, que han figurado después brillantemente en los anales de la Revolución: los licenciados Serapio Rendón, Francisco Escudero y Luis Manuel Rojas.

Para los directores conscientes del Partido Constitucional Progresista, en quienes Madero depositaba toda su confianza, era, empero, ardua y delicada tarea la de escoger las capacidades para la acción política y la de aquilatar la sinceridad y la firmeza de las actitudes partidaristas. Excelentes elementos que se habían distinguido sobremanera en la lucha armada, no podían ser directa y personalmente aprovechados en la subsiguiente lucha de reorganización política, porque carecían de preparación y de idoneidad para ello. La aceptación de aportaciones de aluvión se hacía peligrosa en los momentos de la implantación de un nuevo régimen. Teníamos que escudriñarnos y estudiarnos a nosotros mismos y que estudiar a los demás.

Si ya la designación del personal integrante del Comité Central del Partido había suscitado muchas discusiones entre los correligionarios, con mayor razón habría de haberlas al tratarse de las designaciones hechas por aquel Comité Central, y era necesario, en consecuencia, que tales designaciones, de cualquiera categoría y de cualquiera trascendencia que fuesen, tendieran a afirmar la confianza de los correligionarios en las orientaciones y propósitos de aquel Comité, que habrían de ser rigurosamente revolucionarios, pero dentro de las consideraciones de tiempo y de lugar que convenían a la política que se tenía trazada el jefe del Partido.

En el manifiesto que creó el Partido, Madero había recordado la fórmula Madero-Vázquez Gómez, que había resultado triunfante en la Convención de 1910. Acerca del mantenimiento de la candidatura presidencial de Madero, no había ni podía haber discusión alguna. Sin la próxima exaltación de Madero al solio presidencial, la Revolución quedaría muerta y esterilizados quedarían todos los heroicos esfuerzos desplegados por el pueblo. Más aún: el porfirismo sin don Porfirio no podría renacer y a don Porfirio no se le

permitiría regresar; por manera que apuntaba la roja perspectiva de una indefinida prolongación de la guerra civil en la que se disputarían el poder ambiciosos pero segundones.

No sucedía lo mismo con respecto a la candidatura vicepresidencial del Dr. Vázquez Gómez. Su vacilante actitud al estallar el movimiento armado, unida a sus pretéritas y manifiestas ligas con el general Reyes, en momentos en que éste empezaba a hostilizar a la Revolución, le habían enajenado al doctor Vázquez Gómez las simpatías de una gran porción de los maderistas, que sabían muy bien que el distinguido galeno se sentía muy más capacitado que "Panchito" para llevar las riendas de la nación y que la conciencia de tal superioridad indudablemente lo conduciría a desarrollar una política propia dentro del nuevo Gobierno, con peligro para la firmeza de éste y con inevitable escisión en el Partido de la Revolución. Y se estimó medida conveniente de alta política precipitar y definir esa escisión desde luego, antes de que sus consecuencias pudiesen ser más nocivas. Por eso se resolvió celebrar una nueva Convención antes del acto electoral, desconociéndose la fórmula de la Convención de 1910, que había sido adoptada para las elecciones de aquel año, pero que carecía de fuerza para actos ulteriores. No era la tendencia de la mayoría del nuevo Partido sacar a flote la candidatura vicepresidencial de Pino Suárez, sino la de evitar, si posible fuera, la confirmación de la de Vázquez Gómez. Se procuraría el triunfo de Iglesias Calderón, de Robles Domínguez, de González Garza o de cualquier otro que ofreciera garantías de no hacer política propia y de estar identificado con Madero, reconociendo sin reservas su autoridad material, moral y mental.

Es un error muy generalizado, que conviene destruir en aras de la verdad histórica, el de que el distanciamiento político entre Madero y los hermanos Vázquez Gómez provino de la "imposición" de Pino Suárez. La verdad es que el distanciamiento previo entre Madero y los hermanos Vázquez Gómez, originado por actitudes de éstos, fue la causa de la designación incidental de Pino Suárez.

Quiero hacer constar aquí que Madero se resistió muchísimo a que se tratara de modificar la primitiva fórmula electoral y que muy contra su voluntad hubo de someterse a la exigencia imperiosa de la mayoría de su Partido. Se sentía ligado moralmente al Dr. Vázquez Gómez, no obstante que este caballero había condenado categóricamente, en un principio, el movimiento armado y de modo terminante se había rehusado a colaborar en él, no siendo sino hasta

que aquel movimiento había cobrado ya irresistible desarrollo cuando accedió a prestar su concurso.

Tuvo Madero en muy alto concepto a los hermanos Vázquez Gómez, señaladamente a don Francisco, cuyo talento y penetración admiraba muy de veras. Desde los comienzos de mi campaña periodística, en 1908 y 1909, Madero me instaba de palabra y por escrito a que hiciese yo resaltar lo más que pudiese la personalidad del doctor Vázquez Gómez, pues preveía en él muy relevante significación para el futuro. Y todavía en vísperas de la Convención de 1911 se esforzó Madero en evitar el distanciamiento, para lo cual celebramos interesantes juntas con los principales partidarios, entonces, del doctor Vázquez Gómez, entre los que se destacaban los licenciados Luis Cabrera, el formidable "Blas Urrea", y Aquiles Elorduy, el inteligente y cultísimo antirreeleccionista.

Al Lic. Emilio Vázquez Gómez (que siempre firmó Emilio Vázquez a secas) túvole Madero mucho afecto y en un principio lo trató más estrecha y frecuentemente que a su hermano el doctor, porque don Emilio era, como Madero, antirreeleccionista ortodoxo, mientras que las actividades de don Francisco empezaron y se mantuvieron en el reyismo. Esta divergencia de actitudes de los dos hermanos produjo la versión pública de que se hallaban distanciados entre sí y de que habían interrumpido su contacto familiar; pero a mí me consta que no fue así y que nunca los dos hermanos quebrantaron su trato fraternal.

Las doctrinas y teorías políticas de don Emilio fueron extremadamente simplistas. Vivía poseído de una intensa filantropía y ardía en caridad hacia los desvalidos. Este sentimiento le llevó hasta a quebrantar sus temperamentales tendencias a conservar el orden social establecido y hacerlo aparecer como un ácrata, casi tan ácrata como su predilecto secretario particular, don Vicente F. Aldana, que acostumbraba hacer predicaciones comunistas.

Puesto don Emilio Vázquez Gómez, por la Revolución triunfante, en la Secretaría de Gobernación del Interinato, su misión fue trascendental, pues era él oficialmente el órgano de contacto entre el Gobierno y los revolucionarios en armas, y la autoridad suprema encargada de irlos dasarmando conforme a lo estipulado en los Convenios de Ciudad Juárez. Muchos revolucionarios improvisados engañaron a don Emilio, cobrando licenciamientos que no merecían. Muchos miles de pesos salieron de las oficinas de Goberna-

ción; pero hay que decirlo en voz muy alta, ni un polvillo de oro o de plata quedó en las manos del Ministro.

Un curioso caso se dio en don Emilio Vázquez: el hombre que nunca quiso tomar parte en el movimiento armado, una vez en el poder quiso mantener indefinidamente la revolución armada, oponiéndose a licenciamientos que parecían convenientes y aun necesarios, dejando armamentos en poder de fuerzas aparentemente licenciadas y preparando seguros movimientos para el futuro.

Cuando fue público y notorio el distanciamiento entre Madero y el doctor Vázquez Gómez, después de la declaratoria de la Convención a principios de septiembre de 1911, uno y otro explicaron a sus respectivos partidarios y al público las causas que tuvieron para obrar como obraron, en sendos documentos que he de recordar alguna vez.

Júzguese como se juzgue y dando a cada quien su parte de razón y, acaso, su parte de censura, no se puede desconocer que los hermanos Francisco y Emilio Vázquez Gómez son figuras principales y resaltantes de la Revolución Mexicana.

[illegible] y se mantu-
vieron en el [illegible]. Esta divergencia de actitudes de los dos her-
manos parecía [illegible] de que se hallaban distanciados
entre sí y de que habían interrumpido su contacto familiar; pero a
mí me consta que no fue así y que nunca los dos hermanos quebran-
taron su trato fraternal.

Las doctrinas y teorías políticas de don Emilio fueron extrema-
damente simplistas. Vivía poseído de una intensa filantropía y ardía
en caridad hacia los desvalidos. Este sentimiento lo llevó hasta a
quebrantar sus temperamentales tendencias a conservar el orden
social establecido y hacerle aparecer como un ácrata, casi tan ácrata
como su predilecto secretario particular, don Vicente F. Aldana,
que acostumbraba hacer predicaciones comunistas.

Puesto don Emilio Vázquez Gómez, por la Revolución triunfan-
te, en la Secretaría de Gobernación del Interinato, su misión fue
trascendental, pues era él oficialmente el órgano de contacto entre
el Gobierno y los revolucionarios en armas, y la autoridad supre-
ma encargada de ellos determinando conforme a lo estipulado en los
Convenios de Ciudad Juárez. Muchos revolucionarios improvisados
engañaron a don Emilio, tomando licenciamientos que no mere-
cían. Muchos miles de pesos salieron de las oficinas de Goberna-

EL 6 DE NOVIEMBRE DE 1911 HUBO UN PRESIDENTE ELECTO

1911. Fue en la mañana del 4 de noviembre cuando pude tener mi última plática íntima con Madero, concediendo un paréntesis a nuestras hondas preocupaciones políticas y sin los inevitables escollos, que, magüer nuestra vieja y fraternal amistad, tendría que interponer entre nosotros la alta investidura de que la voluntad del pueblo lo revestía. Si no me es infiel mi memoria, habíamos estado a dar un cordial abrazo a nuestro excelente amigo don Carlos B. Zetina con motivo de su onomástico y, cumplido este deber, quiso Madero pasar una hora alejado del intenso trajín que nos asediaba y ordenó al conductor del coche que nos llevara más allá de Chapultepec, a algún sitio discreto en donde pudiera caminar con gusto, a la luz del gran sol y aspirando el aire libre de la campiña.

—¿Te acuerdas de nuestras largas caminatas en el Parque de Versalles y en el Bosque de Boulogne?

—¿Y tú, de las que emprendíamos desde la Magdalena, por los grandes bulevares, hasta la Rue de l'Echiquier para ver a tu familia en el Hotel du Pavillon?

—Por cierto que tú hacías muchas estaciones en el camino para tragar los picheles de tu endiablada cerveza de Munich. . .

—En lo que tú me acompañabas con chartreuse amarilla. . . ¡No sé cómo tus intestinos no se convirtieron en barras de azúcar!

—¡Ni yo, cómo tú no has llegado a ser idéntico al tonel de Heidelberg!

—Es que llevo tiempo de substituir la cerveza con otros líquidos de consumo menos voluminoso. . .

—"Mutatis mutandis". . . Pero en cuanto al tabaco, sigues igual. . .

—No, porque el tabaco mexicano es mejor que el que fumábamos en París. ¿Te acuerdas cuando "culoteabas" boquillas de ámbar y espuma?

—Esos eran otros tiempos para mí. El tiempo corre y el hombre se transforma. Todo el secreto está en transformarse en ascensión. Yo trato de lograrlo...

—Y lo logras... ¡Como que pasado mañana serás nada menos que Presidente de la República! Ya sólo me quedan algunas horas de poder tutearte...

—¡Sólo eso faltaba!

Y una risa franca e incontenible, como si de algo cómicamente inaudito se tratara, acompañó a estas palabras... Fue, quizá, la última vez que aquellos antiguos muchachos nos hablamos como muchachos. Más tarde, nuestras cotidianas conferencias entrañaron casi siempre la apreciación inmediata de serios problemas sucesivos para la patria.

Conforme al decreto del Congreso de la Unión, el C. Francisco I. Madero debería otorgar la protesta de ley el 6 de noviembre de 1911, para desempeñar el cargo de Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, para el que había sido electo por abrumadora mayoría de votos, en los comicios más limpios y legales que hasta nuestros días ha presenciado México.

Con ese acto solemne, se realizaba, por fin, el ensueño de renovación de los mexicanos. Larga, porfiada y abnegada había sido la etapa preparatoria, pero la intensa lucha directa sólo había durado dos años escasos y la definitiva lucha armada apenas seis meses. El que parecía inconmovible porfirismo, se había derrumbado de golpe, para asombro del mundo entero. El venerable Porfirio Díaz —venerable por su haber positivo en sostenido servicio de la patria, principalmente como soldado de la República y de la Reforma— había despertado súbitamente del criminal sopor en que lo habían sumido sus aduladores y, al sentirse abandonado del pueblo, como gobernante patriarcal y severo, y abandonado de sus paniaguados, como fuente exhausta por sequía, recogió sus laureles y fue con ellos a recibir homenajes de consolación a la vieja Europa. Se devolvía al pueblo la soberanía de que era legítimo dueño, y en uso de ella el pueblo se dio el mandatario en quien cifraba su confianza, su afecto y sus esperanzas. Este hombre fue Francisco I. Madero, el prodigioso encauzador de los nuevos anhelos nacionales.

El interinato había sido el fracaso de una buena intención de ponderación revolucionaria. Si los directores de la Insurrección Nacional de 1910, con especialidad su jefe Madero, admitimos el interinato como un puente de *transición* que evitara bruscas convulsiones aun a los mismos enemigos, el interinato no supo comprender nuestra generosidad y defraudó nuestros nobles propósitos tratando de convertirse en una realidad de *transacción*. De aquí la tremenda lucha sorda que se desarrolló entre los bastidores de la política mexicana desde junio hasta octubre de 1911, cinco fatídicos meses que bastaron para entorpecer trascendentalmente la eficacia del movimiento renovador y para dejar sembrada mala semilla, como la remunerada traición de Pascual Orozco, la artificiosa rebeldía de Emiliano Zapata, la zarzuelesca sublevación de Félix Díaz en Veracruz, la tragicómica incursión del general Bernardo Reyes, la traición y el crimen del usurpador Victoriano Huerta... ¡El "Ipiranga" se había llevado lo único respetable del porfirismo y nos había dejado todo lo malo, lo corrompido y lo hipócrita! Todavía hay "beocios" que atribuyen al surgimiento de Madero todos los males que ha sufrido la patria durante veintitantos años de lucha por la renormalización de su vida pública; pero es porque esos miopes de la observación, del raciocinio y de la lógica no echan de ver que los defraudadores fundamentales de la obra redentora de Madero fueron el interinato pérfido de 1911 y la usurpación criminal de 1913. Sin aquél, ésta no hubiera sobrevenido, y sin ésta, la Revolución tendría hoy un sentido lato y preciso...

Esos cinco meses, de junio a octubre de 1911, habían sido de infinita zozobra para los verdaderos revolucionarios. Hasta en la estrechez de la familia oficial de la Presidencia, subsistieron posteriormente divisiones de tendencias, que nunca rebasaron los límites de una perfecta cortesía, pero cuya existencia era innegable. Tuvimos "derecha" e "izquierda", no confesadas ante el gran público, pero muy palpable para los iniciados.

En los últimos días de octubre, como había acontecido en Ciudad Juárez cuando se designaron las personas que habrían de integrar el Gabinete del interinato, surgieron las discusiones en el seno íntimo del Directorio de la pasada insurrección, acerca de la formación del próximo Gabinete, que en esta vez lo sería ya de un gobierno francamente "nuestro". El Presidente electo se sentía agobiado por las sugestiones de sus amigos y partidarios, así como de

aquellos que en el cambio de régimen sólo querían ver un cambio de personas. No fue débil Madero, ni ante unos ni ante otros. Nunca fue débil por sugestiones de los demás: pudo haberse equivocado muchas veces, a juicio de unos o de otros, pero siempre por convicciones y sentimientos personales, nunca por influencia ajena. Insistió conmigo, por segunda vez, para que colaborara con él en una cartera; pero, lo mismo que en Ciudad Juárez, por segunda vez le expuse muy sinceramente que no me consideraba capacitado para el caso. Le expuse que, de cualquiera manera estaba decidido a dejar la dirección de *Nueva Era*, porque como era estrictamente lógico que este diario se convirtiese en oficioso, yo no me sentía apto para ser un buen periodista ministerial, y que si deseaba aprovechar mi dedicación a su vera, me proponía como su secretario particular, creyendo poderle ser útil en este puesto. No preví entonces lo arduo que habría de resultarme el desempeño de tal cargo, pues en la práctica la secretaría particular llegó a ser la Secretaría de la Revolución, ya que todo el elemento genuinamente revolucionario me confiaba a mí sus observaciones y aspiraciones para conocimiento del Presidente, con mayor confianza que a cualquiera de los Secretarios de Estado.

Cuando Madero dio a conocer la selección definitiva de su primer gabinete, ella no satisfizo a muchos; pero holgaba ya todo comentario y había que aceptar lo dispuesto. Así llegó el memorable 6 de noviembre de 1911... El día 5 el Presidente electo había recibido la copia del discurso que el señor De la Barra pronunciaría al hacer entrega del poder, y Madero había redactado la breve contestación. Recuerdo que ya a hora avanzada de la noche, me llamó para cambiar ideas sobre el vocativo que habría de usar en dicha contestación y convenimos en que fuera el de "Ilustre Ciudadano".

Aquella mañana del 6, al vestirme para asistir a las ceremonias, volví a experimentar la extraña sensación de sonambulismo que había sentido un año antes, en San Antonio, Texas, cuando terminamos de redactar el Plan de San Luis. Sólo que, entonces, en la sensación predominaba la incertidumbre, y ahora se trataba de un hecho real y consumado. Pero me parecía un sueño. No lo era, sin embargo: nuestro jefe Madero fue a la Cámara gallardamente escoltado por las principales figuras del Ejército Libertador y su protesta presidencial resonó en el recinto de las leyes, ante un Congreso de extracción netamente porfirista. Más tarde, en el Salón de Embajadores

del Palacio Nacional, el señor De la Barra entregaba la Presidencia y Madero ponía sobre su pecho generoso la augusta banda tricolor, a los acordes inefables de nuestro canto patrio. ¡El 6 de noviembre de 1911 tuvo México un Presidente Constitucional, libre y legalmente elegido por el pueblo!

COMO TRABAJABA EL SEÑOR MADERO EN LA PRESIDENCIA

El primer acuerdo que firmó el Presidente Madero después de haber rendido la protesta constitucional ante el Congreso de la Unión y de haber recibido el Gobierno, en el Salón de Embajadores del Palacio Nacional, de manos del Presidente Interino saliente, Lic. don Francisco León de la Barra, a la hora meridiana del lunes 6 de noviembre de 1911, fue el que disponía mi nombramiento como Secretario Privado de la Presidencia, a efecto de que pudiese yo, desde luego, asumir mis funciones, de las que el nuevo Presidente necesitaba desde el primer momento.

En seguida me fue extendido el nombramiento correspondiente, todavía por el saliente Subsecretario de Gobernación, y pasé a recibir las oficinas de la Secretaría Particular, ubicadas en el ala izquierda, entresuelo, del mismo Palacio Nacional. Hízome la entrega mi viejo y muy querido amigo y compañero en letras Lic. don Antonio de la Peña y Reyes, que había venido desempeñando el mismo puesto cerca del Presidente De la Barra. Supliqué a todos los empleados de la Secretaría que no presentasen las renuncias de uso, sino que permanecieran en sus puestos hasta conocer las disposiciones que al respecto se sirviera dictar el Presidente Madero; pero asegurándoles que aquellos que, por naturales razones del cambio de régimen y de la índole especial de la oficina en que trabajaban, hubieran de abandonarla, tendrían decoroso y preferente acomodo en la nueva administración. Casi todos los empleados de la Secretaría Particular, así como los miembros de la servidumbre, eran las mismas personas que servían esos puestos desde la época del general Porfirio Díaz.

La secretaría particular de un alto funcionario, y más la de un

[illegible]

cesos y sentimientos personales, me habló conmigo, por segunda vez, para que colaborara con él en una cartera; pero, lo mismo que en Ciudad Juárez, por segunda vez le expuse muy sinceramente que no me consideraba capacitado para el caso. Le expuse que, de cualquier manera estaba decidido a dejar la dirección de *Nueva Era*, porque como era estrictamente lógico que este diario se convirtiera en oficioso, yo no me sentía apto para ser un buen periodista ministerial, y que si deseaba aprovechar mi dedicación a su causa, me propusiera como su secretario particular, creyendo poderle ser útil en este puesto. No preví entonces la acción que habría de desarrollar en el desempeño de tal cargo, pues en la práctica la secretaría particular llegó a ser la Secretaría de la Revolución, ya que todo el elemento genuinamente revolucionario me confiaba a mí sus observaciones y sugestiones para conocimiento del Presidente, con mayor confianza que a cualquiera de los Secretarios de Estado.

Cuando Madero dio a conocer la selección definitiva de su primer gabinete, ella no satisfizo a muchos; pero felizmente ya todo comenzaba y había que aceptar la disposición. Así llegó el memorable 6 de noviembre de 1911. . . El día 5 el Presidente electo había recibido la copia del discurso que el señor De la Barra pronunciaría al hacer entrega del poder, y Madero había redactado la breve contestación. Recuerdo que ya a hora avanzada de la noche, me llamó para cambiar ideas sobre el vocativo que habría de usar en dicha contestación y convenimos en que fuera el de "Ilustre Ciudadano".

Aquella mañana del 6, al vestirme para asistir a las ceremonias, volví a experimentar la extraña sensación de sonambulismo que había sentido un año antes, en San Antonio, Texas, cuando acabábamos de redactar el Plan de San Luis. Sólo que, entonces, en la sensación predominaba lo inconsiderado, y ahora se trataba de un hecho real y consumado. Pero me parecía un sueño. No lo era, sin embargo: nuestro jefe Madero fue a la Cámara gallardamente escoltado por las principales figuras del Ejército Libertador y su protesta presidencial resonó en el recinto de las leyes, ante un Congreso de extracción netamente porfirista. Más tarde, en el Salón de Embajadores

COMO TRABAJABA EL SEÑOR MADERO EN LA PRESIDENCIA

El primer acuerdo que firmó el Presidente Madero después de haber rendido la protesta constitucional ante el Congreso de la Unión y de haber recibido el Gobierno, en el Salón de Embajadores del Palacio Nacional, de manos del Presidente Interino saliente, Lic. don Francisco León de la Barra, a la hora meridiana del lunes 6 de noviembre de 1911, fue el que disponía mi nombramiento como Secretario Privado de la Presidencia; a efecto de que pudiese yo, desde luego, asumir mis funciones, de las que el nuevo Presidente necesitaba desde el primer momento.

En seguida me fue extendido el nombramiento correspondiente, todavía por el saliente Subsecretario de Gobernación, y pasé a recibir las oficinas de la Secretaría Particular, ubicadas en el ala izquierda, entresuelo, del mismo Palacio Nacional. Hízome la entrega mi viejo y muy querido amigo y compañero en letras Lic. don Antonio de la Peña y Reyes, que había venido desempeñando el mismo puesto cerca del Presidente De la Barra. Supliqué a todos los empleados de la Secretaría que no presentaran las renuncias de uso, sino que permanecieran en sus puestos hasta conocer las disposiciones que al respecto se sirviera dictar el Presidente Madero; pero asegurándoles que aquellos que, por naturales razones del cambio de régimen y de la índole especial de la oficina en que trabajaban, hubieran de abandonarla, tendrían decoroso y provechoso acomodo en la nueva administración. Casi todos los empleados de la Secretaría Particular, así como los miembros de la servidumbre, eran las mismas personas que servían esos puestos desde la época del general Porfirio Díaz.

La secretaría particular de un alto funcionario, y más la de un

Jefe de Estado, se distingue de las demás dependencias oficiales en el hecho de que es eminentemente "personal", y no admite, en consecuencia, la conservación íntegra de sus componentes, ni éstos pueden estar amparados por un escalafón preciso y concreto. Los encargos en una secretaría particular son, más que empleos en propiedad, comisiones confidenciales que se confían u otorgan en vista de circunstancias intrínsecas de los con ellas honrados y favorecidos. La secretaría particular, al compás de las categorías de sus empleados, no es sino la prolongación de la persona del alto funcionario a quien sirve.

Recuerdo a este respecto un incidente curioso. Existían hilos telefónicos directos del Palacio Nacional (Secretaría Particular) a Chapultepec y a cada una de las Secretarías de Estado, a efecto de poder comunicarse sin tardanza y en cualquier momento. Más tarde tendimos nuevos hilos directos a los domicilios particulares de los Secretarios de Gabinete y al domicilio particular mío, para eventuales comunicaciones reservadas fuera de las horas de oficina. En cierta ocasión, el Presidente me ordenó comunicara con urgencia algún asunto delicado al Ministro don Manuel Calero, y pedí que éste fuera personalmente a la bocina. No agradó esta exigencia al licenciado Calero, quien vio en ella una falta de respeto a su alta categoría, y me hizo contestar que le diera el recado por conducto del empleado que hablaba, pues él estaba muy ocupado y no quería tomar la bocina.

Ante mi insistencia, acudió al fin, pero haciéndome reproches con visible mal humor, a los que yo debo haber contestado de igual guisa, pues el Presidente, que escribía en la misma estancia, se levantó de su asiento, vino al teléfono a ocupar mi puesto y sólo dijo:
—Señor licenciado, cuando Sánchez Azcona hable desde la Presidencia, no es él quien habla, sino yo; y le va a transmitir mis órdenes.

No se repitió más ese caso.

Aunque por largo tiempo había desempeñado la secretaría del Jefe de la Revolución y estaba familiarizado con sus labores, bien pronto comprendí que la Secretaría Particular de la Presidencia era cosa algo distinta, y hube de aplicarme en mi adaptación a mis nuevas funciones. El trabajo se presentaba arduo y complicado, señaladamente en aquellos tiempos en que la Secretaría Particular, además de sus atribuciones y tareas normales, tenía las de una especie de Ministerio de la Revolución, porque a ella acudían para

arreglar sus asuntos todos los revolucionarios, civiles y militares, y había que atender cumplidamente a todos.

Poco a poco fue siendo cambiado el personal de la Secretaría, pero dando adecuado acomodo a sus antiguos empleados en otras dependencias de la administración. A alguno de ellos aún lo conservamos hasta el trágico final de nuestro régimen, porque nos era muy útil en las cosas de rutina.

Tan luego como quedó organizado el nuevo Gabinete, Madero, ordenado siempre, trazó su programa de trabajo; programa que exigía fuese cumplido al pie de la letra, pero que fue sufriendo modificaciones en vista de la experiencia y de los acontecimientos.

Dispuso tener acuerdo con cada uno de los ministros, cada tercer día, por la mañana, fijándoles los correspondientes turnos de días de la semana; excepción hecha de los ministros de Guerra y de Hacienda, con quienes acordaba diariamente.

Durante las primeras semanas de su Presidencia, Madero acudía a temprana hora al Palacio Nacional y en él despachaba; más tarde, los acuerdos ministeriales se verificaban en Chapultepec, pero conservando la costumbre de que tanto el semanario Consejo de Ministros como las audiencias para el público se celebrasen en el Palacio Nacional.

Esos Consejos de Ministros eran por demás interesantes. No creo que hayan tenido semejanza con los escasos que antes se celebraran, en tiempos del general Díaz. Figúraseme que éstos han de haber sido reuniones para recibir órdenes colectivas, sin derecho a discusión; pero los Consejos de Ministros en la época maderista sí eran asambleas de estudio y de discusión, en los que consultaba y se escuchaba la voz de cada uno de los miembros del Gabinete. Yo asistía a la mayor parte de esos Consejos, con fines puramente informativos, así como también asistía el gran taquígrafo Elías de los Ríos, para tomar los apuntes necesarios. Elías, lápiz en ristre y carnet en mano, tomaba asiento a espaldas, casi, del Presidente; yo tenía carpeta en la mesa del Consejo.

Más de una vez se suscitaron en esos Consejos debates acalorados. Para el observador, ofrecían ocasiones de hacer importantes estudios psicológicos de los hombres que constituían el Ejecutivo Federal. Allí se echaban de ver las distintas tendencias y se adivinaban los incipientes distanciamientos en fermento. Allí se patentizó, cada vez con mayor claridad, la pugna entre Pino Suárez y Calero. Prescindiendo de las diferencias de carácter político doctri-

nario que separaban a los dos hombres públicos que he citado, desde los primeros Consejos de Ministros el licenciado se manifestaba contrariado por el tono de superioridad que acostumbraba asumir el Lic. Calero en aquellas reuniones, el cual contrastaba mucho con la humildad y la modestia del Presidente de la República. Recuerdo que en cierta ocasión, cuando el también humilde Secretario de Gobernación, don Abraham González, acabó de hacer una exposición sobre algún tema en estudio, antes de que el Presidente hablase, el licenciado Calero dio un fuerte puñetazo sobre la mesa y con burlona carcajada exclamó: "¡Qué disparate!..." Todos quedamos perplejos y el Presidente hubo de llamar al orden al impulsivo señor Calero.

En algunas ocasiones, eran invitadas a concurrir al Consejo de Ministros algunas personalidades ajenas al Gabinete, para que expusiesen opiniones técnicas y resolviesen consultas de la misma índole. El Presidente las escuchaba con atención suma.

Cierta vez llegó a Palacio el excelente don Francisco Madero Sr. en los momentos en que se celebraba Consejo de Ministros, y los ayudantes no se atrevieron a vedarle la entrada al Salón del Consejo, a cuya puerta el padre del Presidente se había dirigido familiarmente. Púsose en pie el Presidente y, apartándose a un ángulo del salón, atendió a su progenitor en el asunto que allí lo llevaba; pero, terminado éste, don Francisco senior permaneció en la estancia hasta que terminó el Consejo. A partir de esa vez, eran frecuentes las visitas de don Francisco Sr. a la hora de los Consejos, hasta que un día, en que se trataban cosas delicadas de alta política, el Secretario Flores Magón recordó la existencia del protocolo, preguntando sutilmente de qué cartera estaba encargado don Francisco Sr.

La labor cotidiana del Presidente Madero estaba estrictamente reglamentada. Madrugador por vieja costumbre, después del baño y del frugal desayuno hacía un breve paseo matinal, a caballo o a pie. Era un gran andarín, al mismo tiempo que un gran jinete. En sus paseos ecuestres acompañábanlo generalmente dos ayudantes y, a las vegadas, algún amigo personal extraño a la política. En sus paseos a pie, igualmente lo acompañaban dos ayudantes y alguna persona citada expresamente al efecto, para tratar durante el paseo asuntos particulares. Con mucha frecuencia era su acompañante en esas caminatas su gran amigo y hermano en creencias don Alfredo Alvarez, Intendente del Palacio Nacional y, más tarde, Diputado al

Congreso de la Unión en la XXVI Legislatura. En estos casos, sé que sus conversaciones giraban generalmente en torno de temas espiritualistas o de problemas locales en algunos Estados que el señor Alvarez conocía muy bien.

Al dar las ocho, yo ya lo esperaba en el piso alto de Chapultepec, con mi cartera de acuerdos, preparada desde la víspera y repleta de papeles. Lo primero que hacía, era firmar la correspondencia que requería su firma personal. Yo tenía instrucciones de darle cuenta únicamente de aquellos asuntos que, a mi juicio, necesitaran una resolución precisa y concreta de su parte; pues respecto de los otros, estaba yo autorizado para resolverlos y contestarlos yo mismo, de acuerdo con el modo de sentir y de pensar del Presidente, que me eran bien conocidos. En los casos en que esas contestaciones ameritaran un acuerdo presidencial expreso a alguna de las Secretarías de Estado, yo llevaba éste ya hecho, para que el Presidente lo firmara y lo reservara en su cartera para el acuerdo respectivo o bien lo enviase a la Secretaría correspondiente mediante los ciclistas de la Presidencia. A renglón seguido, dábale cuenta de los asuntos pendientes cuyo giro no me atrevía a imprimir por mí mismo, y tomaba nota, al margen de los documentos, de la resolución que me dictaba; terminado lo cual, charlábamos de cosas íntimas y de familia, cual lo hiciéramos en París en nuestras épocas estudiantiles, hasta que llegaba el Secretario de Guerra para celebrar el acuerdo de su ramo, despidiéndome yo para regresar a mis tareas de Palacio. Algunas veces volvía a llamarme a Chapultepec durante la mañana, para hacerme encargos o darme órdenes de carácter extraordinario; y ocasión hubo en que, deseoso de despachar pronto, me llamase a su vera a las tres o cuatro de la mañana, Si había tema para ello, volvía yo a acuerdo al caer la tarde; si no, preparaba la cartera para el siguiente día, llevándola a mi domicilio al cerrar las oficinas, entre ocho y nueve de la noche.

Para el curioso, era motivo de regocijada extrañeza mi trato con el Presidente. A pesar de mi ilimitada intimidad con él, yo siempre le guardé un profundo respeto y di a su alta investidura todo el acatamiento externo que era de rigor. La primera vez que, delante de extraños, hube de oficiar con él a raíz de su toma de posesión, le di el tratamiento de "señor Presidente" y no me atrevía a tutearle. Pero él me miró con asombro y riendo jubilosamente exclamó: "¡Eso no, el tuteo no te lo dispensaré jamás!" Y desde entonces era frecuente oírme decir en público: "Escúchame, señor Presiden-

te... Pasa por aquí, señor Presidente... Con tu permiso, señor Presidente..."

Al filo de la una, terminadas sus labores de la mañana, pasaba al comedor, en unión de su señora esposa, de algún amigo o familiar y del ayudante en turno de guardia. Tomaba alimentos simples, legumbres cocidas o fritas en aceite, frutas, agua clara. Cuando yo los acompañaba a la mesa, la bondad de Sarita me proporcionaba siempre un trozo de carne o de pollo y un poco de vino.

Por la tarde, recibía a personas previamente citadas, cuando no era día de audiencia pública, o examinaba y estudiaba los complicados problemas que se presentaban a su Gobierno, para estar bien al tanto de ellos en el momento de acordar con el respectivo Secretario de Estado.

Las audiencias públicas se celebraban dos veces por semana en el Palacio Nacional, duraban desde las cuatro de la tarde hasta las nueve de la noche, y eran de dos clases: individuales y semicolectivas. Las primeras eran para tratar asuntos de cierto interés, y se concedían a las personas que previamente las solicitaban y que eran oportunamente citadas. Sus nombres figuraban en una lista, que yo ponía en manos del Presidente antes de empezar la audiencia, con anotación, en cuanto me era posible saberlo, del asunto o deseo que se le iba a someter. Las semicolectivas se efectuaban en el salón amarillo, y en ellas, era el Presidente el que entraba a la estancia cuando los solicitantes ya estaban reunidos, e iba tratando separadamente y de pie el asunto de cada uno de ellos, acompañado de Elías de los Ríos, quien tomaba los apuntes y hacía las anotaciones del caso.

En la noche, cuando no había trabajo extraordinario, visitaba a sus padres y demás familiares o recibía sus visitas, leía en unión de su esposa o escuchaba la música que hacían algunos de sus familiares.

Tal era la vida sencilla y diáfana de Francisco I. Madero, Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos desde el 6 de noviembre de 1911 hasta el 22 de febrero de 1913.

LA SUPUESTA "CONSPIRACION DE GOBERNADORES" CONTRA MADERO

En reportazgos de esta índole, es sumamente difícil guardar la relativa cronología que en mi concepto fuera de desearse, porque observaciones fortuitas obligan a quebrantarla; y si el repórter retrospectivo quisiera atender a todas ellas, carecería de tiempo y de espacio para hacerlo. Pero todo vendrá en tiempo oportuno para el lector que tenga un poco de paciencia y de criterio. Sin embargo, hay *cosas que conviene poner en su lugar inmediatamente*.

Sobrados motivos tengo para conocer el revolucionarismo ortodoxo del doctor Rafael Cepeda, que fue Gobernador maderista —¡y muy maderista!— de San Luis Potosí, y conozco en detalle su actuación, y ante ella me inclino y me descubro. Si algunos revolucionarios (y conste que no les niego la calificación) se mostraron descontentos por la actuación de algunos de los Gobernadores netamente maderista, fue por alguna de estas dos cosas: o porque, desconocedores de la técnica política, estaban impacientes por el cumplimiento integral e inmediato de las promesas de la Revolución, o porque con triste error creyeron que la Revolución iba a sostener los antiguos cacicazgos regionales, sin destruirlos, y solamente pasándolos de unas manos a otras...

Sigo, pues, teniendo plena fe en las comunicaciones del doctor Cepeda, sobre cosas que no vi ni en las cuales intervine; pues de las otras, me limitaré a dar mis impresiones y mis recuerdos personales y directos. No tengo yo la culpa de que el Destino me haya hecho intervenir en tantas cosas interesantes de nuestra vida nacional. Yo narro honestamente, según mi leal saber y entender, y los pósteros aquilatarán; pues, como dijo el otro, "no todos los archivos judiciales se han quemado completamente".

Y porque tengo muy fundados y bien cimentados motivos para creer en la honradez sin tacha y en el medular revolucionarismo del doctor Cepeda, pongo a continuación su versión sobre la histórica cacería de la Ciénaga del Toro confidencialmente dedicada a mí y sobre la cual han circulado tantas interpretaciones, que a falta de precisión, pueden dar lugar a muy equivocadas suposiciones.

He logrado que el doctor Cepeda me comunicara lo que sigue:

"Siendo Gobernador Constitucional del Estado de San Luis Potosí, a fines de diciembre de 1912, tuve conocimiento de que en San Antonio, Tex., había una junta felicista conspirando muy activamente contra el Gobierno Constitucional de nuestra República y que estaba en connivencia con otra junta que había en la ciudad de México; que el movimiento para desconocer al gobierno se verificaría durante el mes de marzo de 1913; que ya tenían resuelto y organizado el plan para asesinar al Presidente; que habían nombrado delegados que se acercaran a los Gobernadores de los Estados ofreciéndoles doscientos mil pesos a cada uno porque apoyaran la conspiración, y que si no lo hacían serían sacrificados; que al primero que sacrificarían era al de Coahuila, don Venustiano Carranza, porque no había aceptado el ofrecimiento y que pondrían en su lugar al licenciado Manuel Garza Aldape; que el delegado que habían nombrado para que me hablara a mí, los había desengañado diciéndoles que ni lo intentara, porque era inútil; que contaban con la mayoría del Ejército Federal; que los jefes de la conspiración eran los generales Félix Díaz y Bernardo Reyes; en fin, que todo era una cosa resuelta y que la llevarían a cabo con toda seguridad y éxito. No fue poca la sorpresa que recibí al escuchar tan trágico informe de labios de un amigo serio y formal, de toda mi confianza y ajeno a la política. En el acto lo invité para que me acompañara a la C. de México para poner esto en conocimiento del señor Madero, a la vez llamé a un mi compadre que era también de toda mi confianza y me confirmó todo y me ofreció hacerlo en presencia del Presidente. Pronto salimos para México los tres y ya en presencia del Señor Madero le pusimos en conocimiento con el mayor número de detalles, todo lo anterior; él lo escuchó con atención y nos contestó poco más o menos: «No tengan ustedes cuidado, no hacen nada y si lo intentan irán al fracaso, porque no cuentan con el pueblo; pero de todos modos tomaremos precauciones».

"Me invitó para que al día siguiente fuera a almorzar con él para tratar el asunto con detenimiento; después del almuerzo, le amplié el informe con las impresiones que había recogido entre el público desde mi llegada a la capital, que venían a confirmar la existencia de la conspiración, la que se desarrollaba casi públicamente; a la vez le informé que los Gobernadores Carranza, Maytorena y Alberto Fuentes D., estaban muy disgustados porque el Gobierno Federal les había suspendido el subsidio que les daba para el sostenimiento de fuerzas en sus Estados, precisamente en el momento más crítico para la estabilidad del Gobierno, y que ellos veían la situación tan grave como yo la veía, y estaban desanimados porque el Gobierno no tomaba ninguna medida para evitar el desastre que se aproximaba. Me contestó poco más o menos: «que él no le daba importancia al asunto, que irán al fracaso, pero, agregó, tomaremos algunas precauciones y estaremos prevenidos; voy a tomar el acuerdo desde luego para que sigan recibiendo el subsidio de la Federación todos los Gobernadores a quienes se les ha quitado, para que organicen bien sus fuerzas y estén preparados. Vea usted a los que estén aquí todavía y póngase de acuerdo para que si desgraciadamente muero yo, ustedes sostengan la bandera de la Revolución. Tengan en cuenta que el pueblo está con mi Gobierno». Llamó al Secretario de Guerra y le dio el acuerdo para que las fuerzas locales de los Estados siguieran dependiendo de los Gobernadores y que ordenara que mis fuerzas, que eran cuatro cuerpos de Carabineros del Potosí, el Batallón de Obreros Voluntarios del Potosí, el Batallón de Obreros Integridad Nacional, y el Batallón Lanceros del Estado de Hidalgo, y que estaban de guarnición en distintas partes de la República se reconcentraran en San Luis Potosí y volvieran a quedar a mis órdenes. Este acuerdo no le agradó mucho al Secretario de Guerra, general García Peña; aunque dijo que sería cumplido y nunca se llevó a cabo. Me despedí quedando citado para el día siguiente a la misma hora; al volver a la cita le informé que había tenido una larga conferencia con don Venustiano, que le había agradado mucho su disposición, que me había ofrecido conferenciar con los gobernadores para invitarlos a que se reunieran en Coahuila con el pretexto de una cacería, para ponernos de acuerdo en la forma que deberíamos proceder para estar prevenidos y que oportunamente se le comunicaría el resultado. Al señor Madero le pareció buena la idea y me dijo: «ya se puede ir usted tranquilo y con fe en que la Revolución no podrá ser vencida», y me despedí de él.

"Unos días después, acompañado del doctor Antonio F. Alonso, del doctor Francisco Martínez, del profesor Jesús Villaseñor, del licenciado Enrique O'Farrill, del joven Juan Barragán y del mayor Eulalio Gutiérrez, llegaba yo a Saltillo a concurrir a la cacería citada. Don Venustiano me informó que ya estaba en comunicación con Maytorena y con otros gobernadores y que todos estaban de acuerdo en prepararse para respaldar al Gobierno del señor Madero en caso ofrecido y que como veían que los acontecimientos se precipitaban, que no podían concurrir a la cacería y él mandaría en su lugar al licenciado Eliseo Arredondo para que me acompañara y acordáramos lo conveniente. En el transcurso del paseo, convinimos el licenciado Arredondo y yo, en hacer un llamamiento individual a los principales elementos amigos de todo el Municipio de Arteaga, Coah., y a los principales del de Galeana, N. L., para ponerlos al tanto de la situación general del país e invitarlos a que estuvieran prevenidos para en caso ofrecido sostener al Gobierno de la Revolución por medio de las armas; y acordamos que al tener conocimiento del desarrollo del cuartelazo en la Ciudadela de México, contra el Presidente Madero, en el acto tomaríamos el mando de las fuerzas con que contáramos, en defensa del Gobierno, y si como se decía los rebeldes atacaban a don Venustiano en Saltillo, vendría yo en su auxilio y si me atacaban a mí en San Luis, él vendría; y que tanto los elementos de él como los míos, serían enterados de que al estallar el movimiento se deberían poner en contacto y a las órdenes de cualquiera de nosotros o de cualquier jefe leal que estuviera más cercano. Además, me informó el licenciado Arredondo, que don Venustiano ya estaba en comunicación por medio de propios con el Gobernador de Sonora, señor José María Maytorena; con el Gobernador de Chihuahua, don Abraham González y con otros más. Visitamos los principales pueblos de la sierra y regresamos a Saltillo, donde don Venustiano me ratificó los acuerdos tomados y nos ofreció un banquete en el Hotel Universal, al que concurrieron, además de mis acompañantes de San Luis, el entonces capitán Jacinto Treviño, Adolfo Huerta Vargas, Serapio Aguirre, Jesús Dávila Sánchez, Francisco Cos, Guadalupe Dávila, Abraham Cepeda, Eulalio y Luis Gutiérrez, Mariano Flores y otros más, casi todos militares revolucionarios de 1910; y a la hora de los postres don Venustiano pronunció un brindis dando a conocer la gravedad de la situación para el Gobierno revolucionario y ofreciendo que los Gobiernos y el Pueblo de los Estados de San Luis Potosí y Coahuila sabrían castigar a la reacción que trataba de apo-

derarse del Gobierno para restaurar el antiguo régimen, etc. Este brindis lo publicó la prensa de Monterrey. En seguida regresamos a San Luis unos días antes de la Decena Trágica, que nos sorprendió antes de organizarnos.

"México, agosto de 1930.—*Dr. R. Cepeda.*"

* * *

Esta narración de la cacería de la Ciénaga del Toro sobre la cual, repito, han circulado tantos rumores entre los bastidores de la política, es lo primero que se sabe de fijo sobre el particular. Yo acepto su verdad sin restricciones; y llegado el momento, la confronté con documentos muy interesantes que están a mi alcance. Pero el genuino maderismo del doctor Rafael Cepeda, a mi juicio está fuera de toda duda.

Eulalio Gutiérrez, llegaba yo a Saltillo [illegible] citada. Don Venustiano me informó que se estaba en comunicación con Maytorena y con otros gobernadores y que todos estaban de acuerdo en prepararse para [illegible] al Gobierno del señor Madero en caso [illegible] que los [illegible] [illegible] Coahuila, y a los principales [illegible] tanto de la situación general del país e invitarlos y que estuvieran preparados para en caso necesario sostener al Gobierno de la Revolución por medio de las armas; y acordamos que al tener conocimiento del desarrollo del cuartelazo en la Ciudadela de México, contra el Presidente Madero, en el acto tomaríamos el mando de las fuerzas con que contábamos en defensa del Gobierno, y si esto se hacía [illegible] atacarían a don Venustiano en Saltillo, confiado ya en su auxilio y si me atacaban a mí en San Luis, él vendría y que todos los elementos de él como los míos, estaban enterados de que al estallar el movimiento se deberían poner en contacto y a las órdenes de cualquiera de nosotros, y de cualquier jefe leal que estuviera a la cabeza. Además, me informó el licenciado Arredondo, que don Venustiano se estaba en comunicación por medio de propios con el Gobernador de Sonora, señor José María Maytorena; con el Gobernador de Chihuahua, don Abraham González y con otros más. Visitamos los principales pueblos de la sierra y regresamos a Saltillo, donde don Venustiano me ratificó los acuerdos tomados y me ofreció un banquete en el Hotel Universal, al que concurrieron, además de mis acompañantes de San Luis, el entonces capitán Jacinto Treviño, Adolfo Huerta Vargas, Serapio Aguirre, Jesús Dávila Sánchez, Francisco Coss, Guadalupe Dávila, Abraham Cepeda, Eulalio y Luis Gutiérrez, Mariano Flores y otros más, casi todos militares revolucionarios de 1910; y a la hora de los postres don Venustiano pronunció un brindis dando a conocer la gravedad de la situación para el Gobierno revolucionario y afirmando que los Gobiernos y el Pueblo de los Estados de San Luis Potosí y Coahuila sabrían castigar a la reacción que trataba de apo-

Quinta Parte

LA TRAICION, EL CRIMEN Y LA INMORTALIDAD DEL APOSTOL

COMO OBTUVO EL GENERALATO VICTORIANO HUERTA

En mi sentir, la causa verdadera de los constantes sacudimientos que ha sufrido el país en los últimos dieciocho años, después de que el movimiento maderista había abierto con su triunfo una nueva era de evolución, de justicia, de renovación y de esperanza, fueron la acción y la actitud condenadas ya en definitiva por la historia, de un hombre: Victoriano Huerta.

Esa personalidad ha de proyectarse sombríamente, con inevitable frecuencia, en estas páginas reporteriles; y, en consecuencia, es interesante ir conociendo, lo más que sea posible, las características de dicha personalidad de conciencia pavorosa.

Siempre fue el mismo: ambicioso, ladino y falto de escrúpulos, desde las aulas gloriosas del Colegio de Chapultepec hasta los artesonados salones de su Presidencia sangrienta usurpada, y de la cual fue arrancado venturosamente por la ira popular que ardía en las banderas del constitucionalismo.

Abro hoy un paréntesis en los relatos que voy haciendo de la iniciación del maderismo, que fue la de esta Revolución que todavía no concluye, para transcribir a mis lectores una comunicación interesante, que me ha sido hecha por mi viejo correligionario el señor don José R. Portillo, quien tiene datos copiosos para poder escribir un delicioso libro: *Memorias de un Telegrafista*, y debería decidirse a hacerlo.

Me comunica el señor Portillo:

"México, D. F., a 13 de junio de 1930.

"Hoy hace 27 años se desarrolló un pequeño hecho de armas en San Antonio Muyil, del ahora Territorio de Quintana Roo, lugar perdido en la espesa yungla maya y donde los indios rebeldes

habían establecido la Ciudad Sagrada o Capital de su territorio, después de haberles sido arrebatada por las armas la antigua Chan Santa Cruz, el 5 de mayo de 1901, cuando entró victorioso el general Ignacio A. Bravo.

"El hecho de armas fue pequeño tomando en cuenta su valor material; pero de alta significación militar y política, pues habiendo caído en nuestro poder casi todos los generales, como Patricio Sun, León Pat, May y otros notables jefes mayas, vino como resultado la pacificación casi automática del Territorio ahorrándose muchas vidas y fuertes gastos.

"Fui uno de los pocos oficiales que estudiaron profundamente las costumbres mayas, llegando a dominar casi el bello idioma de Nachi Cocom, y ese conocimiento me hizo concebir el plan que dio al traste con la revolución indígena.

"Sabía que el 13 de junio, día de San Antonio, Patrón de la Ciudad Sagrada, se reunían en ella los principales jefes, quienes celebrarían sus ritos entre místicos y profanos y terminarían la comida con fuertes libaciones de «balché», especie de cerveza india obtenida de la fermentación de la corteza del árbol de igual nombre y la cual produce una embriaguez desconcertante. También sabía que a sus *bomberos* (centinelas colocados en todas las entradas, encaramados en los más altos árboles a guisa de atalaya y provistos de bombas de pólvora que hacen detonar al observar la presencia de cualquier peligro) les llevan en las solemnidades una comida especial y abundante «balché», de tal suerte que calculé que al atardecer era seguro que, descuidando su misión, se embriagaran concienzudamente atenidos a que ese día el «Nohoch Yum» (el Gran Dios) velaría por ellos.

"Mi plan consistía en atacar San Antonio Muyil esa tarde después de capturar a los bomberos, para evitar la señal y sorprender a los congregados, obligándolos a combatir en forma.

"El que relata, era en esa época teniente telegrafista del campamento de Xcan, lugar cercano a Muyil, y expuesto el plan a los entusiastas oficiales oaxaqueños Ortiz Bolán, Ortiz Lozano y Pérez, lo aprobaron desde luego y se formaron tres pequeñas columnas a las órdenes de cada uno de las citados con unos 30 soldados juchitecos cada columna. Jefe: el mayor F. Matus.

"El éxito fue brillante. Después de un ataque rudo que desconcertó al enemigo, por lo inesperado, cayeron en nuestro poder todos los generales y jefes indios, inclusive el Gran Justicia de Yotzonot, terror de los prisioneros que caían en sus manos.

"Se llevaron los presos a Xcan y grandes fueron nuestras cavilaciones después del triunfo al considerar que las falanges rebeldes, fuertes aún en miles de hombres, nos atacarían desde luego para recuperar a sus jefes.

"Se llevó a cabo un Consejo de Guerra, opinando algunos oficiales que la salvación sería una fusilata general, excepto un preso que sería libertado para que informara a los suyos de la inutilidad de un contraataque. Me opuse a tal determinación, triunfando al fin mis razonamientos, escapando de la muerte aquellos infelices que posteriormente fueron enviados a varias poblaciones para civilizarlos.

"Por las dudas se tomaron toda clase de precauciones en nuestras posesiones. La noche y primeras horas del día siguiente se pasaron sin novedad. Al mediodía, el centinela del camino de Puerto Morelos dio la voz de alarma, averiguándose que se aproximaba numerosa gente. ¡A las armas! Largo y solemne momento en espera del ataque. Avanzaron unos hombres izando bandera blanca. «¡No se dejen engañar, gritó Matus, son indios disfrazados!» A poco rato sonó claro y preciso un toque de corneta pidiendo parlamento. Dudamos aún que fueran amigos y después de algunos cambios de toques, nos cercioramos que eran fuerzas del Gobierno.

"Se iniciaron las pláticas y supimos que era el 3er. Batallón al mando del coronel Victoriano Huerta, que había desembarcado en Puerto Morelos y cuyo acontecimiento ignorábamos por la interrupción de la línea telegráfica con dicho punto, y que llevaba instrucciones de iniciar sus trabajos de ayuda en la campaña, con la apertura de un camino que uniera Xcan o Chemax con Chan Santa Cruz (ya para entonces Santa Cruz de Bravo).

"Nos llenó de alegría el inesperado refuerzo, tanto como el gusto de ver compañeros recién venidos de la metrópoli.

"Avanzó el Batallón y salimos a saludar al Coronel Huerta y demás jefes y oficiales. Por mera cortesía militar le dimos parte de nuestra reciente hazaña; nos escuchó con profundo interés, felicitando a todos calurosamente. A partir de ese momento lo vimos muy huraño, sin imaginarnos lo que elaboraba en su cerebro.

"Ya en el campamento, nos preguntó Huerta si habíamos rendido los partes respectivos, y como nuestra contestación fue negativa, le mostramos los borradores de ellos que estuve encargado de redactar para transmitir personalmente esa noche. Nos indicó: que, estando en la plaza, a él correspondía tal honor y habría margen para que,

salvando nuestra modestia, puntualizara la gran significación militar y política del hecho de armas. Encantados aceptamos el ofrecimiento y el resto de la noche se la pasó con un oficial redactando largos telegramas en clave que yo mismo transmití.

"Al día siguiente y con tremenda sorpresa recibí las contestaciones del Ministro de la Guerra, general Reyes, felicitando a Huerta y notificándole que ya pedía su ascenso a General Brigadier; que ya dictaba órdenes para relevar del servicio de campaña a su batallón, tan pronto como terminara el camino o brecha a Santa Cruz; que también se ascendían a los Jefes y Oficiales que recomendaba y, pasado poco tiempo también recibieron la condecoración respectiva.

"Hasta entonces comprendimos la «tanteada»: ¡Se había declarado autor y ejecutor del plan y hecho de armas que dio pronto fin a la tremenda campaña maya!

"Huerta nos recogió los prisioneros, llevándolos para Valladolid, y a poco tiempo vimos confirmados los ofrecimientos ministeriales a beneficio del zángano.

"Corrimos respetuosas protestas ante el general Bravo y desenmascaramos al hipócrita; pero ya todo estaba consumado.

"Para dorar la píldora, se nos ascendió también al grado inmediato y también se nos otorgó la Cruz de la Campaña contra los mayas; pero, Huerta se exhibió desde entonces ante nuestra conciencia como el futuro chacal que tan justamente anatematizaría la Historia.

"*José R. Portillo*".

* * *

Como se ve, ya de antaño, Victoriano Huerta usurpaba laureles, grados y merecimientos. Engañaba a sus superiores para medrar y encumbrarse. No tenía escrúpulos en obrar dolosamente, con tal de satisfacer sus ansias de ascenso material. De ascenso espiritual o moral, no las tuvo nunca.

El relato que he transcrito es muy interesante, porque viene a comprobar, ante el análisis de la ética y de la psicología, que el coronel Victoriano Huerta era en 1903 el mismo ser inmoral que fue el General Huerta en 1913.

¡Cuán triste es que Madero no lo hubiera sabido ni haya tenido quién con pruebas fehacientes se lo demostrara!

CUANDO HENRY LANE WILSON SE DECIA AMIGO DE MADERO...

La malquerencia del Embajador Henry Lane Wilson contra el Presidente Madero no se manifestó sino después de mediado el año de 1912, cuando se convenció de que no podría influir en el nuevo Gobierno en la proporción que hubiera deseado, y cuando le fueron rehusadas ciertas ventajas que por conductos privados solicitara. Pero en los primeros tiempos de la Presidencia de Madero, el Embajador trató de conquistar la confianza y la amistad de éste, por cuantos medios estaban a su alcance, llegando a ostentar un interés muy grande en favor del nuevo régimen. Trataba de hacer méritos para ganarse apoyos y recompensas del Presidente. Pero como estábamos bien enterados de algunas expresiones poco favorables que había vertido en conversaciones íntimas con otros diplomáticos extranjeros, siempre estuvimos "en guardia", como vulgarmente se dice, y siempre acogimos con suma reserva los halagos de Henry Lane Wilson.

No solamente abusaba de su prerrogativa de Embajador, de poder presentarse en la Presidencia a cualquiera hora y sin necesidad de previo aviso, prerrogativa que en todas partes es nominal, pues los embajadores acostumbran pedir audiencia cuando tienen que tratar algún asunto personalmente con el Jefe del Estado; sino que aprovechaba las relaciones sociales de Mrs. Wilson con la familia Madero para hacerse presente al Presidente constantemente y aun fuera de la esfera oficial.

El Presidente Madero era sumamente franco y abierto en sus relaciones y afectos personales y no acertaba a fingir inclinaciones cuando verdaderamente no las sentía; en cambio, solía excederse en sus manifestaciones de confianza y de afecto hacia aquellas

personas a quienes espontáneamente estimaba y de cuya lealtad estaba seguro; pero desde que fue Presidente, cuidó de no incurrir en indebidas familiaridades, sintiendo y comprendiendo perfectamente la alta dignidad de su alto puesto y no permitiendo que nadie en su rededor se olvidase por un solo momento que era él el Presidente de la República.

Yo advertí, desde un principio, que el Embajador Henry Lane Wilson no le era personalmente simpático, al propio tiempo que me parecían falsas y fingidas las zalamerías del Embajador para el Presidente. Por otra parte, Madero era un austero, un abstemio cabal, un puritano y un anacoreta; y México entero sabía que Mr. Henry Lane Wilson era todo lo contrario y que algunas veces se olvidaba de que era el Embajador de los Estados Unidos. Esta diferencia de temperamento hubiera bastado por sí sola para que existiese una infranqueable barrera entre el Presidente y el Embajador. Había entre ellos una recíproca repulsión fisiopsíquica.

Por razones contrarias, el Presidente Madero sentía predilecciones por otros jefes de misión diplomática extranjeros que estaban acreditados ante su Gobierno; y aunque en lo oficial a todos los trataba por igual, en lo social y en lo personal esas preferencias no podían ocultarse del todo, como sucede en todas partes y con todos los Jefes de Estado. Hasta donde yo pude observar, el chileno y el portugués gozaban por entonces de esas preferencias. Más tarde, túvolas todas el cubano Manuel Márquez Sterling, pero, ¡ay!, por muy breve tiempo, pues acababa de acreditarse cuando sobrevinieron la traición y el crimen... También fue muy grato a Madero don Bernardo de Cólogan y Cólogan, el Ministro de España, que tan débil y atolondrado había de mostrarse durante la Decena Trágica, que era en lo social un tipo perfecto del caballero español.

Siendo, como entonces era, Henry Lane Wilson el único Embajador acreditado en México por derecho propio era también el decano del Cuerpo Diplomático, y mucho le escocía advertir que el Presidente Madero otorgase privilegios, en el orden personal e íntimo, a otros jefes de misión de inferior jerarquía protocolar que la de él mismo.

Alguna vez hasta llegó a externarlo verbalmente ante mí mismo, pero sin efecto alguno, supuesto que, como ya he dicho, tales preferencias eran afectivas e individualísimas y nada tenían que ver con el Protocolo, que siempre fue rigurosamente observado.

Poco a poco, Henry Lane Wilson fue retirándose de Chapultepec

aunque sus cartas al Presidente eran frecuentes y en ellas, algunas veces, fue osado a tocar puntos que estaban totalmente fuera de su incumbencia, como en cierta ocasión en que hacía indicaciones sobre un asunto judicial, lo cual puso fuera de sí al Presidente, quien, como era su costumbre en tales casos, me ordenó que contestase yo por su acuerdo que el Ejecutivo mexicano no intervenía en asuntos del Poder Judicial y que le extrañaban las pretensiones del Embajador. Comprendió Mr. Wilson el error por él cometido, y pocos días después encontrándose casualmente conmigo, un jueves por la tarde (día de recepción social de la señora de Madero), al tomar juntos el elevador de Chapultepec, me rogó explicase yo en lo particular al Presidente que si había obrado así, se debía a que de igual modo había acostumbrado hacerlo en tiempos del general Porfirio Díaz, sin que se le hubiera llamado la atención sobre el particular y habiendo obtenido en diversas ocasiones ventajas para algunos de sus connacionales procesados. Yo le hice ver muy cortésmente que los tiempos habían cambiado...

A la Presidencia de la República llegaban con frecuencia fidedignas informaciones referentes a expresiones malévolas del Embajador Wilson, externadas en diversos sitios y referentes al Presidente de la República y a algunos altos funcionarios del Gobierno. Tan frecuentes eran estas informaciones, que Madero llegó a inclinarse a hacer a Washington una discreta indicación, pidiendo cambio de Embajador, por no ser ya grato en México Mr. Henry Lane Wilson. Pero, teniendo en cuenta que el Presidente Taft estaba en vísperas de terminar su período presidencial y que era uso establecido entonces el de que con cada cambio de huésped en la Casa Blanca hubiera también cambio de titulares en las embajadas y legaciones de los Estados Unidos, creyó prudente esperar a que el retiro de H. L. Wilson se verificara natural y automáticamente.

Sin embargo, ya en las postrimerías del Gobierno de Taft, cuando don Pedro Lascuráin, Secretario mexicano de Relaciones Exteriores, fue a Washington en misión especial, para mejor asegurar el retiro de H. L. Wilson, recibió el encargo de advertir discretamente al Presidente electo Mr. Woodrow Wilson que Mr. Henry Lane Wilson no era ya grato al Presidente mexicano, quien esperaba fuese substituido por otro diplomático. Cuando Lane Wilson, en enero y febrero de 1913, se mostró francamente enemigo del Presidente Madero y de su régimen, sabía ya que su retiro había sido pedido a Washington.

Pero, repito, en los comienzos del Gobierno de Madero el Embajador Wilson había tratado de ganarse a todo trance y con fines de aseguramiento personal la buena voluntad del nuevo Presidente de México, fingiendo empeño en la consolidación del nuevo estado de cosas.

Durante los cinco meses que duró el Interinato del señor De la Barra, acontecieron en México muchas cosas, parte de las cuales he venido narrando ya en anteriores reportazgos retrospectivos; y se habían formado dos focos decididos a enfrentarse contra Madero desde los primeros días de su período, tratando de quebrantar su popularidad y preparando paralelamente acciones armadas. Los respectivos jefes eran el general Bernardo Reyes y el Lic. Emilio Vázquez. El primero de ellos preparaba sus cosas en la frontera norteamericana; el segundo, principalmente, en nuestros Estados surianos y en el ánimo de algunos antiguos jefes revolucionarios que se mostraban descontentos por la concesión, que había hecho Madero, de un período de transición política. Naturalmente, el Gobierno maderista estaba al tanto de casi todos los actos de los descontentos, a quienes procuraba tener bien vigilados, pero sin extremar medidas de represión contra ellos, mientras no fuese absolutamente necesario. De tal suerte, los conspiradores tenían oportunidad de incubar sus planes.

El Embajador Wilson quiso hacerse grato al Presidente Madero y con fecha 28 de noviembre de 1911 (veintidós días después de la toma de posesión de aquél) le dirigió la siguiente carta personal y confidencial, que original conservo en mis archivos y que doy a la publicidad por ser ya un documento de definido carácter histórico:

"Embassy of the United States of America. México, noviembre 28 de 1911. A su Excelencia Francisco I. Madero, Presidente de los Estados Unidos Mexicanos.

"Mi querido señor Presidente:

"Tengo el honor de acompañar a usted, para su información personal, la copia de una comunicación que acabo de recibir de un ciudadano americano residente en Texas, quien es bien conocido de esta Embajada y que generalmente está bien informado de las condiciones que prevalecen a lo largo de la frontera, tanto en Texas como en el Norte de México, y quien, a juzgar por la comunicación a que me he referido, aparece bien colocado en relación con los movimien-

tos reyista y gomizta. Confío en que encontrará usted de algún valor la información proporcionada por mí.

"Créame usted, mi querido señor Presidente, con seguridades de alta estima y consideración personales, suyo muy sincero (firmado), *Henry Lane Wilson.*

"Con el anexo indicado."

La anterior carta fue contestada con agradecimiento, pero sin mayor comentario, con fecha 30 de noviembre de 1911.

[illegible] señor Wilson había tomado [illegible] estado de cosas.

Durante los cinco meses que duró el Gobierno interino de la Barra, acontecieron en México [illegible] habían formado dos focos dedicados a conspirar contra Madero desde los primeros días de su período, tratando de quebrantar su popularidad y preparando persistentemente acciones armadas. Los respectivos jefes eran el general Bernardo Reyes y el Lic. Emilio Vázquez. El primero de ellos [illegible] en la frontera norteamericana; el segundo, principalmente, en [illegible] y en el ánimo de algunos antiguos jefes revolucionarios que se mostraban descontentos por la concesión que había hecho Madero, de un período de transición pacífica. Naturalmente, el Gobierno maderista estaba al tanto de casi todos los actos de los descontentos, a quienes procuraba tener bien vigilados, pero sin extremar medidas de represión contra ellos, mientras no fuese absolutamente necesaria. De tal suerte, los conspiradores tenían oportunidad de preparar sus planes.

El Embajador Wilson quiso hacerse grato al Presidente Madero y con fecha 23 de noviembre de 1911 (veintidós días después de la toma de posesión de aquél) le dirigió la siguiente carta personal y confidencial, cuyo original conservo en mis archivos y que doy a la publicidad por ser ya un documento de definido carácter histórico:

"Embassy of the United States of America, México, noviembre 23 de 1911. A su Excelencia Francisco I. Madero, Presidente de los Estados Unidos Mexicanos.

"Mi querido señor Presidente:

"Tengo el honor de acompañar a usted, para su información personal, la copia de una comunicación que acabo de recibir de un ciudadano americano residente en Texas, quien es bien conocido de esta Embajada y que generalmente está bien informado de las condiciones que prevalecen a lo largo de la frontera, tanto en Texas como en el Norte de México, y quien, a juzgar por la comunicación a que me he referido, aparece bien colocado en relación con los movimien-

GUSTAVO A. MADERO, PARARRAYOS DE TODAS LAS DIATRIBAS

Sin espada, sin péñola, sin señalamiento singular en la tribuna, pero de un dinamismo alerta y fecundo, de una acción incesante y decidida, de una gran firmeza de carácter, fue Gustavo A. Madero una de las más enhiestas y significativas personalidades de la Revolución de 1910. Esas cualidades costáronle la vida, después de haber sido el pararrayos de todas las diatribas y de todas las injurias de los recién vencidos enemigos del régimen libertario, que rugían de ira. Nunca estará completa la historia de la Revolución, mientras no se haya comprendido cabalmente la recia personalidad y la noble psicología de Gustavo A. Madero.

Comparativamente con la que me ligó al Presidente Mártir, su hermano, mi gran amistad con Gustavo fue de más corta duración, porque cuando de las aulas alemanas acudí a las de Francia y en ellas conocí al que más tarde había de ser nuestro Presidente y a varios de sus tíos, ya Gustavo había regresado a México, a laborar tenazmente en la vida, como todos los Maderos. Guardaban de él sus condiscípulos gratísima memoria y constantemente lo traían a su recuerdo. Pintábanlo como un mozo jovial, alegre, generoso y travieso, muy amante de deportes y de correrías. Era de naturaleza hercúlea. Un día, jugando a la pelota con Ernesto Fernández Arteaga, recibió un fuerte golpe en el ojo derecho, que fue necesario extraerle a la postre, substituyéndolo con una bien acabada pieza de cristal. De aquí el odioso mote de "Ojo Parado" con que más tarde le obsequiara impíamente el periodista católico don Trinidad Sánchez Santos, cuando no encontró en el régimen maderista el ilimitado apoyo que había soñado para sus empresas.

De actividad innata, Gustavo, a su regreso a México, se dedicó

a los negocios industriales y agrícolas, no solamente en su Estado natal, sino también en Jalisco y en otras entidades de la República. En 1910 regenteaba un buen establecimiento del ramo de papelería e imprenta en la ciudad de Monterrey.

Allí lo conocí, en junio del año glorioso, cuando acababa de ser aprehendido y encerrado en la Penitenciaría su ilustre hermano. Gustavo estaba indignadísimo, pero guardaba una admirable sangre fría, y fue el primero que me dijo: —No tenemos más camino que ir a la Revolución...

En dos horas de conferencia comprendí toda la energía y la decisión que había en aquel hombre, nacido para organizar y para dirigir. De mi conferencia salí con la certidumbre de que, para el caso de tener que ir a las armas, los antirreeleccionistas contábamos en nuestro seno con un carácter de magna fuerza y de incansable acción. Y así fue en efecto.

Cuando, para escapar de la persecución porfiriana, hube de ocultarme en Dolores Hidalgo, primero, y de marchar disfrazado al Norte, después, recibí instrucciones detalladas de Gustavo, por conducto de nuestro gran amigo, el hoy general de división Francisco Cosío Robelo. Bien pronto nos alcanzó Gustavo en los Estados Unidos, después de haberse librado a duras penas de la ergástula, en la que por sospechas de conspiración le tuvieron por algunos días. Una vez en los Estados Unidos, Gustavo Madero, aún antes de que su hermano cruzara la frontera, escapado a su vez de la Penitenciaría y de la muerte, inició activos trabajos para reunir los caudales indispensables para la organización y la iniciación del movimiento, trabajando a base de realización de bienes personales y de exposición de su crédito, también personalísimo. Hízolo con buen éxito en Nueva York, y él fue, seguramente, quien allegó los mayores elementos para la denodada empresa. El manejó los fondos del movimiento, cuyo costo total no pasó de setecientos mil pesos, que fueron reembolsados por la Nación a quienes los habían proporcionado, con aprobación del Congreso y previa presentación, por Gustavo, de detallada y documentada cuenta, que debe existir en la Secretaría de Hacienda o en la Tesorería de la Federación, y que debería darse a la publicidad como interesantísimo documento histórico que es.

Cuando se incorporó al Ejército Libertador cerca de Ciudad Juárez, abandonó en los demás, las preocupaciones políticas y se consagró a ser el proveedor del Ejército, haciendo titánicos esfuerzos por proporcionarle medios de subsistencia y de combate. Orozco lo

miraba con malos ojos, pero se captó las más francas simpatías de parte de Villa y de los demás jefes. Cuando el motín del 13 de febrero, la energía y la acción de Gustavo Madero contribuyeron en señaladísima proporción para evitar un desenlace trágico y suicida de la Revolución.

Instalado el nuevo régimen, Gustavo Madero no quiso aceptar puesto alguno en la administración; pero en 1912 se vio obligado a ocupar una curul en la Cámara de Diputados de la XXVI Legislatura, a cuya integración revolucionaria contribuyó grandemente desde la vicepresidencia del Partido Constitucional Progresista (el que fue apodado "la Porra" por el mismo implacable don Trinidad Sánchez Santos).

En torno de Gustavo Madero giraban todos los revolucionarios que tildaban al Presidente Madero de ser demasiado complaciente y benévolo con elementos del viejo régimen, quienes, por razón de amistad personal, aprovechaban la influencia de don Ernesto Madero y del licenciado Rafael Hernández, parientes del Presidente y miembros de su Gabinete. Y aquí cabe señalar cómo no hubo nepotismo en el gobierno maderista, ya que, si bien parientes del Presidente ocuparon puestos de relieve e imprimieron a su gobierno cierto tinte de moderación, otros parientes suyos, íntimamente allegados a él por la sangre, con su hermano Gustavo a la cabeza, representaron la tendencia radical y absoluta de la Revolución. Esto lo sabían bien los enemigos y por eso lanzaban sobre Gustavo sus más envenenados dardos. Por eso también, Gustavo fue el ídolo de los revolucionarios radicales. El Presidente por su parte, supo equilibrar siempre ambas tendencias, dentro de un alto espíritu de conciencia y de responsabilidad. Tanto hostilizaron a Gustavo ciertos grupos, que él, decepcionado y herido, ya se había resignado a aceptar, poco antes de la Decena Trágica, el cargo de Embajador Extraordinario en el Japón, con el cual se alejaba de las actividades políticas en México...

Cierta vez, Gustavo me había dicho: "Si el régimen llega a verse en peligro por las complacencias de Francisco, no será él, sino yo, a quien más odien los enemigos, y el primer sacrificado seré yo." Así sucedió. Gustavo conocía a los hombres y no se dejaba conquistar por falsas apariencias de adhesión y de amistad. Así lo define el ingeniero Pascual Ortiz Rubio en su libro *La Revolución de 1910* (pág. 125): "¡Qué bien conocía don Gustavo a los hombres y qué penetrado estaba de la sana idea revolucionaria! Esto le fue labrando poco a poco su martirio."

Cuando al iniciarse el cuartelazo de 1913 la mal aconsejada Escuela de Aspirantes ocupó el Palacio Nacional, Gustavo Madero se presentó allí para ver lo que ocurría y fue detenido por los infidentes. Quizá lo hubieran fusilado si no se presenta con tanta oportunidad el Comandante de la Plaza, el ejemplar divisionario don Lauro Villar, quien impuso su autoridad sobre los sublevados y los desarmó, libertando a Gustavo y a sus acompañantes. Ocupada la Ciudadela por los cuarteleros y juzgando en peligro al Gobierno, hubo quien propusiera a Gustavo que saliera para el Norte. Estuvo listo el tren, pero Gustavo no quiso abandonar a su hermano en aquel trance delicado, no obstante que en los últimos tiempos había tenido con él serias diferencias de carácter político.

Victoriano Huerta nos había anunciado, para la tarde del 18 de febrero, un ataque decisivo sobre la Ciudadela, con plena seguridad de triunfo. En tal estado de confianza se hallaba el Presidente Madero cuando fue traicionado y aprehendido por Huerta y Blanquet.

En la mañana de aquel día fatídico nos aventuramos a salir de Palacio, para recorrer a pie algunas calles, Gustavo Madero, Cosío Robelo y yo, y pasamos a desayunar al Hotel del Bazar. Fue el último desayuno de Gustavo. Estaba alegre y decidor, porque sabía que en el Consejo de Ministros que iba a celebrarse en aquellos momentos, se acordaría la dimisión en masa del Gabinete, para constituir uno nuevo, al anunciarse la toma de la Ciudadela: "El nuevo Gabinete se formará con gente «nuestra», decía Gustavo, porque Francisco ya se convenció de esta necesidad, después de lo que ha pasado." Y añadió: "Al mediodía tengo invitado a Huerta a almorzar en «Gambrinus», y de allí se marchará a organizar el ataque."

Huerta acudió al convite. Según me han narrado testigos presenciales, el jefe de las armas estaba nervioso, pero fingía jovialidad y confianza. Al ofrecer los aperitivos, Gustavo le preguntó: "¿Qué va usted a tomar, general?"... Y Huerta le contestó: "La Ciudadela, don Gustavo." Era ya muy pasado el mediodía y Huerta iba con mucha frecuencia al teléfono, mientras se servía el almuerzo. De repente, dijo a Gustavo que había olvidado su pistola y que tenía que salir a dar una orden rápida, pero que no quería ir desarmado, por lo que le suplicaba le prestara su revólver. Así lo hizo Gustavo y Huerta salió. A poco se escuchó gran alharaca en la calle y penetró al salón, donde los comensales esperaban a Huerta, un cuñado de éste al mando de un pelotón de Guardias de Chapultepec, quienes

intimaron a Gustavo se diese por preso, diciéndole al propio tiempo que ya lo estaba su hermano el Presidente...

Lo condujeron a Palacio, sin permitir que se comunicara con su hermano; y al entrar la noche, lo llevaron en un automóvil particular a la Ciudadela, para entregarlo a sus verdugos. "Fifíes" pertenecientes a familias muy connotadas del viejo régimen conducían el coche y resguardaban al prisionero, sobre quien lanzaban todo género de injurias...

¿Cómo estuvo la tragedia de la Ciudadela?... Deben vivir aún algunos de los testigos presenciales, y bueno sería conocer el relato de algunos de ellos. Quiénes dicen que fue Cecilio Ocón quien hizo el primer disparo; quiénes que fue un cadete u oficial de la Escuela de Aspirantes. Es el caso que aquellos bárbaros le sacaron a su víctima el ojo sano, y cuando Gustavo, ciego y adolorido, corría en las tinieblas, lo acribillaron a balazos y lo mutilaron inicuamente. Fue a caer muerto a los pies de la estatua del Gran Morelos...

intimaron a Gustavo se tiene por preso, diciéndole al propio tiempo que ya lo estaba su hermano el Presidente.

Lo condujeron a [illegible], sin permitir que se comunicara con su hermano; y al cerrar la noche, lo llevaron en un automóvil para trasladarlo a la Ciudadela, para entregarlo, a sus enemigos. [illegible] a [illegible] muy [illegible] del viejo régimen [illegible] el coche, y [illegible] al paisanaje, sobre quien lanzaban todo género de injurias.

¿Cómo estuvo la tragedia de la Ciudadela?... Deben vivir aún algunos de los testigos presenciales, y bueno sería conocer el relato de algunos de ellos. Quienes dicen que fue Cecilio Ocón quien hizo el primer disparo; quienes que fue un cadete u oficial de la Escuela de Aspirantes. Es el caso que aquellos bárbaros le sacaron a su víctima el ojo sano, y estando Gustavo, ciego y adolorido, corría en las tinieblas, lo acribillaron a balazos y lo mutilaron infamemente. Fue a caer muerto a los pies de la estatua del Gran Morelos.

GUSTAVO A. MADERO Y ADOLFO BASSO

La reciente publicación de ciertas cartas aclaratorias que detallan los asesinatos de Gustavo A. Madero y de Adolfo Bassó, cometidos en la Ciudadela la fatídica noche del 18 de febrero de 1913, ha avivado el inextinguible recuerdo que de tan buenos amigos guardo. He vuelto a recorrer, con honda tristeza, múltiples episodios de tiempos pasados, y muchos pormenores de la administración maderista, que han resurgido en mi memoria con precisión súbita, me inclinan a creer que la narración recientemente publicada está ajustada a la verdad.

De ella se desprende, en resumen, que una vez decidida la traición y celebrado el ominoso pacto de la Embajada, quedó tácita o explícitamente convenido que Bassó y Gustavo Madero, o cuando menos este último, fuesen ofrecidos en holocausto al felicismo, como prenda de la unión que se celebraba para llevar a término la "patriótica" (¡!) empresa para la que el traidor imploró la bendición de Dios, en el Salón de Embajadores, al estrechar a Félix Díaz, entre sus engañadores brazos.

¿Fue pedido Gustavo o espontáneamente ofrecido?... ¡Quién sabe! Cualquiera de las dos hipótesis es admisible, una con origen de baja venganza y la otra con mira de oportuno halago; pero una u otra, conduciendo al mismo y único resultado, al asesinato, ostentan todas las agravantes del más repugnante de los crímenes premeditados.

Rememorando casos y cosas, yo me explico el odio profundo que Félix Díaz debió tener a Gustavo. Para nadie fue un secreto que cuando Díaz fracasó en Veracruz y fue hecho prisionero, el grupo parlamentario que encabezaba Gustavo Madero desplegó grande actividad por convencer al Presidente de que, previo juicio suma-

rio, se aplicase la última pena al que había corrompido a una fracción del ejército nacional para arrojarla contra los poderes constitucionales. El Presidente vaciló, como siempre que se trataba de aplicar la pena de muerte que tan profundamente repugnaba a su alma de Apóstol; no quería ni opinar siquiera, temereso de que su opinión fuese interpretada como una orden, y esperaba secretamente que los vericuetos del procedimiento legal le ofreciesen una coyuntura con que disimular su debilidad de santo. A las damas conservadoras que, llorosas y compungidas, fueron a pedirle que dejase vivir al guapo sobrino de Don Porfirio, perdonándole la inocente calaverada, el Presidente Madero sólo contestó que no era él, sino la Ley a quien correspondía decidir sobre el particular, y con las mismas palabras contestó a los diputados que, para seguridad de las instituciones, acudieron a pedirle la cabeza del prisionero de Veracruz. En el seno del gabinete presidencial, las opiniones estuvieron divididas en este caso, como lo estuvieron siempre durante los quince meses del gobierno maderista. Ante la persuasiva y contagiosa bondad de Madero, los consejeros radicales atenuaban la energía de sus consejos, y de esto se aprovechaban los que no eran radicales. Sólo Gustavo, con su natural confianza y su explicable influjo de consanguíneo —de que muy pocas veces pudo usar—, insistió en señalar la necesidad existente de obrar con suma rapidez y energía y él, que nunca fue muy ducho en el uso de la palabra y que siempre dio preferencia al actuar sobre el hablar, tuvo en aquella ocasión una elocuencia cálida y profética, al señalar las consecuencias que en su sentir tendría la debilidad del gobierno. Yo presencié la conferencia, y como en ese momento no se encontraba presente ninguno de los elementos por sistema atemperantes, y como las palabras de Gustavo rebosaban sinceridad y fuego y sus razonamientos aparecían innegablemente basados en la realidad, el Presidente mostróse impresionado y, a altas horas de la noche otoñal, se mandó aprestar un tren especial que condujese a Veracruz al pundonoroso edecán Gustavo Garmendia —muerto heroicamente un año después— con recomendaciones al Presidente del Consejo de Guerra, general don Joaquín Beltrán, de que se acelerase la instrucción y se aplicase todo el rigor de la ley. Pero fue demasiado tarde, porque la alta justicia, integrada en su mayoría por hombres del viejo régimen, había amparado al reo y cuando Garmendia llegó, la notificación del amparo se encontraba ya sobre el escritorio del inflexible Presidente del Consejo. Este recuerdo ha de haber aleteado en la mente del aletargado rebelde de la Ciudadela, cuando el general

Mondragón le avisó que Gustavo estaba en su poder; y el ex inspector de la policía ordenó lacónicamente: Fusílenlo...

Mas no lo fusilaron. La impaciencia de la venganza y el deseo de adular a toda costa eran máximos, y no dejaban tiempo a que se formara el cuadro. Gustavo fue personalmente agredido por un paisano y acribillado a tiros. No podría afirmarlo, pero personas que tienen motivos para saberlo me han asegurado repetidas veces que ese paisano fue Cecilio Ocón, el hoy inseparable de Félix Díaz en sus incesantes conatos de nuevas rebeliones. ¡Cecilio Ocón, que meses antes nos asediara por semanas y semanas, a Gustavo y a mí, para proponernos, entre protestas de adhesión y de amistad, fabulosos negocios que siempre fueron rechazados!...

¿Pero Bassó?... ¿Por qué tan irrefrenable e inmediata inquina contra este hombre que no figuraba en la política y que simplemente desempeñaba el empleo de Intendente de Palacio?... A mi juicio se debió a una inocente vanidad de él mismo: en la mañana del domingo 10 de febrero, se hallaba Bassó al lado del Comandante de la Plaza, general Lauro Villar, cuando este incorruptible soldado de la República, orgullo genuino del ejército nacional, se negó a entregar el puesto a los rebeldes que encabezaba el general Bernardo Reyes, y mandó abrir fuego sobre ellos, desde la puerta central de Palacio. Ahora bien, la conseja surgió de que fue Bassó quien manejara la ametralladora que dio muerte al general Reyes. El hecho no fue cierto, pero la versión persistió y acabó por ser creída por el propio interesado. Durante la Decena Trágica, oí que alguien narraba la supuesta hazaña al general Victoriano Huerta; Bassó estaba allí y no la desmintió. Esa debilidad pueril le marcó con el sello de víctima preferente, pero supo borrarla con la incomparable fortaleza con que murió, de pie y con los ojos fijos en la Osa Mayor, deseando sólo que todos supieran que a los sesenta y tres años moría con la serenidad de un paladín medieval, despreciando a sus verdugos y vitoreando a su Presidente.

El usurpador entregaba al felicismo a Gustavo Madero y a Adolfo Bassó. Se reservaba para sí al Presidente, al Vicepresidente y a los otros...

Adolfo Bassó era campechano de origen y campechano de carácter, pero metropolitano, genuinamente metropolitano por sus costumbres y sus elegancias. Viejo marino, desde mozo conoció a mi padre, su paisano, y tuteábase con él. Navegó en barcos de vela de mi abuelo, allá en los principios de su carrera marina. Cuando,

por instancia del comodoro Rodríguez Malpica, jefe del Estado Mayor Presidencial, entró Bassó a formar parte de la familia oficial del Presidente Madero, yo le consideraba desde hacía ya tiempo como de mi propia familia. Y así le quise.

Un detalle interesante que conocí de labios de persona a él tiernamente allegada y que fueme narrado a bordo de "La Champagne", en travesía de la Habana a Saint-Nazaire, en abril de 1913: Cuando fue aprehendido el Presidente Madero, Adolfo Bassó pudo salir de Palacio y llegar a su residencia, desde donde pudo haberse salvado a la vista del sesgo que tomaban los acontecimientos. Pero en la mañana de ese día había recibido, creo que de manos del Subsecretario de Hacienda, unos tres mil pesos para gastos extraordinarios de mesa de los muchos militares que, por las necesidades del anormal servicio de esos días, tenían que comer en Palacio. No pareció correcto a Bassó desaparecer con esos dineros y acudió a devolverlos, y entonces fue aprehendido...

Hay casos que nos recuerdan el vulgarísimo proloquio: Nadie escapa a su destino.

EL FUSILAMIENTO DEL GENERAL GREGORIO RUIZ

El tomo segundo del libro *De mi vida. Memorias políticas,* escrito en Europa por el licenciado don Rodolfo Reyes, ofrece muchos puntos de interés para los observadores de nuestra historia contemporánea. Cualesquiera que sean las impresiones que cause en ellos y las objeciones de que pueda ser objeto, alega datos de positiva importancia, referentes a los sucesos que se desarrollaron en México en 1913 y en 1914. Desde luego, con las rectificaciones o ratificaciones que se le hagan, contribuirá al esclarecimiento de verdades que es preciso conocer para bien definir acontecimientos que están todavía frescos y que, andando el tiempo, quedarían en la penumbra, como han quedado tantos otros de nuestra historia pasada. ¡Ojalá muchos de los que han intervenido en tales acontecimientos tuvieran el valor civil de externar sus puntos de vista y sus apreciaciones, en vida! Porque, del mismo modo que los contemporáneos no deben atestiguar con muertos —que no pueden ya ser llamados a careo—, tampoco deben ser escritas "memorias" para ser publicadas "post mortem", cuando sus autores ya no puedan ser llamados a careo...

Una de las revelaciones que se desprenden del libro que cito, es la de que cuando se pensó, por los momentáneamente triunfantes de la Ciudadela y de la Traición, en buscar causas para un enjuiciamiento "legal" del Presidente Madero, el punto de partida iba a ser el fusilamiento del diputado y general don Gregorio Ruiz, efectuado en el jardín de Palacio, en las horas meridianas del 10 de febrero de 1913. Algo puedo decir sobre esto, ya que en aquellos momentos yo estaba allí.

Afirmo de una manera terminante y categórica, que el responsable del fusilamiento festinado del general Ruiz —que, por otra

parte, hubiera sido inevitable dentro de la ley— fue el Comandante Militar de la Plaza, en estado de guerra, general de división Victoriano Huerta. Y voy a decir cómo y por qué.

Tuve con el general Ruiz vieja relación amistosa de carácter social, desde que los dos éramos vecinos de la entonces villa de Tacubaya. Me era personalmente simpático y sus conversaciones, acerca de sus campañas contra la Intervención y el Imperio, y en la lucha por el Plan de Tuxtepec, me eran muy agradables e instructivas. Jamás hablé con él de cosas políticas de actualidad; y nada supe de sus actividades militares durante el movimiento maderista. En las elecciones para la XXVI Legislatura, el general Ruiz obtuvo una credencial de diputado al Congreso Federal y como ofrecía algunas probabilidades de ser objetada por razones políticas en las sesiones del Colegio Electoral, del que fui presidente, el general Ruiz se acercó a mí, para declararme bajo su fe de caballero y de soldado, que acataba el nuevo régimen en todo y por todo, y que deseaba vivamente disipar las dudas que pudieran existir acerca de su actitud y de sus sentimientos en política. Entró a formar parte de la Legislatura y en ella siguió siendo más soldado que político, pues nuca tomó parte en los debates y casi siempre votó en sentido gobiernista. Cuando arreciaron los embates del "cuadrilátero" y de los felicistas, después de la intentona de rebelión de Félix Díaz en Veracruz y del general Reyes en el Norte, empezaron a circular sordos rumores de posibles infidencias, el general Ruiz se acercó nuevamente a mí, para prevenirme que temía verse complicado en esos rumores, por su amistad personal con los generales Reyes y Díaz, asegurándome que, a pesar de dicha amistad personal que no negaba, él había sido y era totalmente ajeno a los manejos de dichos señores, cuyos procederes deploraba. Yo estaba entonces fuera del Congreso, pues había obtenido licencia para separarme de mi curul, a efecto de consagrarme debida y exclusivamente a mis arduas tareas de secretario del Presidente. Di cuenta al Primer Magistrado de las manifestaciones del general Ruiz, y el señor Madero expresó su agradecimiento por ellas, diciéndome que ojalá todos los diputados que no provenían del maderismo tuviesen la misma franqueza y la misma lealtad que el general Ruiz.

Cuando estalló el motín de febrero, iniciador de la Decena Trágica, el diputado y general don Gregorio Ruiz, vestido de uniforme, asistió a la liberación del general Bernardo Reyes y, a la cabeza de la "columna" de éste, se presentó en la puerta central del Palacio

Nacional, pidiendo la rendición. Como era natural, fue inmediatamente aprehendido por las fuerzas leales. Momentos después, apareció la "columna" y se abrió el fuego, terrible y nutrido, que costó la vida del general Reyes y victimó a algunos centenares de inocentes, en su mayoría niños papeleros, mujeres y vendedores ambulantes, que acudían a tomar los tranvías para dirigirse a la Villa de Guadalupe, pues era domingo. Cuando al fin pudimos llegar a Palacio el Presidente y sus acompañantes, se nos informó que el general Ruiz había sido fusilado, junto con otros infidentes, por orden del general Lauro Villar, comandante de la Plaza, quien a su vez se encontraba seriamente herido. (No fue herido el general Villar por un vidrio roto, como algunos han afirmado, sino por una bala que le destrozó horriblemente la clavícula. Entró en fiebre, y en sus delirios daba órdenes militares y recomendaba sin cesar que se cuidase de la vida del Presidente y del Vicepresidente, que estos altos funcionarios no anduviesen juntos, pues entre los dos representaban la legalidad. Levemente herido en la frente, por la ruptura de un vidrio, lo había sido el general García Peña, secretario de la Guerra).

Con honda tristeza contemplamos los cadáveres del general Reyes y del coronel Morelos, y en seguida subimos a las oficinas de la Presidencia para disponer lo conducente. En el trayecto a Palacio, el Presidente Madero había designado Comandante Militar al general Victoriano Huerta, en substitución del general Villar, de cuya inhabilitación acababa de tener noticia.

Despachó el Presidente asuntos de inmediata urgencia, conmigo, con algunos Ministros y con el Gobernador del Distrito. En eso, llegó el general Huerta, ya de uniforme, después de haber inspeccionado los cuarteles y dictado algunas órdenes militares, según nos expuso, agregando que tenía urgencia de celebrar con el Presidente una detenida conferencia. Entonces, el Presidente Madero pasó con él al Salón del Consejo, dándome la consigna de no dejar pasar a nadie absolutamente, hasta que terminara la conferencia, y de recibir y atender a los Ministros y generales francos que iban llegando a ofrecer sus servicios.

Como una hora había durado ya la conferencia, cuando se me acercó uno de los ayudantes del general Huerta, que venía de la Comandancia Militar, exponiéndome que le urgía hablar inmediatamente con su jefe. Le comuniqué la consigna que tenía recibida, y entonces me manifestó, angustiado, "que en esos momentos iba

a cumplirse la orden de fusilamiento del general Gregorio Ruiz, pero que éste suplicaba se le concediese todavía el tiempo suficiente para que viniese un notario, para legalizar un codicilo que deseaba agregar a su testamento, referente a unos huérfanos".

No obstante lo severo de la consigna, me pareció humano quebrantarla, aun a riesgo de caer en el desagrado del Presidente; y sin vacilar más, alcé las cortinas y abrí la puerta que nos separaba del lugar de la conferencia, y entré resueltamente. El Presidente Madero hallábase de pie, apoyando un muslo sobre el borde de la gran mesa de acuerdos. De pie también, enfrente de él, estaba Huerta. Me miró el Presidente con extrañeza primero y con impaciente interrogación después, pues comprendió al punto que algo serio me llevaba a su presencia, hasta el punto de haberme hecho quebrantar la consigna. Rápidamente expliqué el caso, causando gran asombro en Madero, quien suponía ya muerto al general Ruiz. E iba a hablarme, cuando Huerta, exaltada y nerviosamente, le atajó la palabra, diciendo: "Estas son cosas militares, señor Presidente, que me corresponden a mí..."

Salió del aposento, mirando la hora en su reloj, y a grandes pasos se dirigió a los corredores, hablando acaloradamente al ayudante. Pude escuchar que le decía: "¡Qué notario ni qué ocho cuartos!... ¡Cuidado con la pintura!... Basta con que atestigüen dos cabos o dos soldados..."

Lo siguieron algunas personas que estaban en la antecámara, entre ellas el licenciado don Jesús Urueta, quien me llamaba diciéndome: "Vamos a ver qué va a hacer este bárbaro..."

Pero yo volví al lado del Presidente, quien ya hablaba con algunas personas que habían aprovechado el incidente para entrar. A poco regresó Huerta, diciendo: "No hay más novedad, ya arreglé todo...", e invitando al Presidente hacia el extremo opuesto del Salón, para continuar su conferencia. Supliqué a los presentes que salieran, y volví a cerrar la puerta.

Minutos después, regresó el licenciado Urueta y me dijo: "Ya fusilaron a Ruiz... Murió como todo un hombre... Aquí está una de las balas..." Y puso en mis manos una bala, que aún guardo en mi poder y que voy a hacer llegar a los deudos del general Ruiz, por conducto adecuado.

Empeño todo mi honor en la exactitud de este relato. Se ha corrido la versión de que Madero quiso presenciar desde un balcón

el fusilamiento de Ruiz y que éste, al divisarlo, le gritó: "Venga a ver cómo muere un hombre". ¡Mentira, purísima mentira!

Mucho medité más tarde por qué Huerta, soldado y compañero del general Ruiz, había demostrado tanta impaciencia y festinación en el fusilamiento de éste. Por mucho tiempo no acerté a explicármelo satisfactoriamente, hasta que obtuve, años más tarde, una confidencia del coronel Celso E. Acosta, mi amigo de juventud e íntimo partidario del general Félix Díaz. Según Acosta, el general Huerta tenía pleno y oportuno conocimiento del movimiento que se estaba fraguando y estaba complicado en él, de completo acuerdo con sus organizadores. Pero se cuidó siempre de asistir a las juntas que ellos celebraban y se servía, como intermediario de confianza, del general Gregorio Ruiz. La connivencia de Huerta con el movimiento me ha sido recientemente confirmada por el doctor don Samuel Espinosa de los Monteros, uno de los principales organizadores de él, agregándome que Huerta les había mandado decir que "estaba de acuerdo y que secundaría la acción, pero que no hicieran nada antes del momento que él les indicara, y que si algo intentaban hacer antes, los denunciaría al Gobierno".

En la mañana del 10 de febrero y en relación con lo acontecido y con la conferencia que estaba celebrando con el Presidente, Victoriano Huerta tenía que considerar el movimiento rebelde como fracasado, ya que conocía la fuerza del Gobierno y observaba la entereza personal del Presidente y de los suyos; y en consecuencia, vio la posibilidad de convertirse en el salvador de las instituciones, siempre y cuando el Gobierno le diese toda confianza; y para esto era necesaria la desaparición del general Ruiz, quien indudablemente hubiera señalado su doblez e infidencia... La explicación es clara.

Claro es que desde el punto de vista de una estricta teoría legal, el Presidente de la República tenía responsabilidad de cuanto aconteciera en Palacio por virtud de órdenes de sus subordinados; pero se trataba de una responsabilidad muy relativa, señaladamente en vista de las circunstancias del momento, que de hecho era de guerra, y tratándose de actos de la exclusiva competencia militar, directa e inmediatamente vinculada al Comandante Militar de la Plaza. En cuanto al fuero legislativo de que por ley disfrutaba el general Ruiz, era infantil conservárselo en buen derecho al militar en rebeldía, cogido in fraganti y en el momento en que corrían grave e inminente peligro las instituciones nacionales. Muy deplorable fue

la festinada muerte del general Ruiz, pero es preciso convenir en que fue consecuencia lógica de su proceder. En cuanto al enjuiciamiento de Madero, basado principalmente en aquel acto, a nadie se oculta que hubiera resultado en extremo deleznable.

18 DE FEBRERO DE 1913

¡Fue el día de la traición!

La víspera, el Presidente Madero había presenciado, desde un balcón de Palacio, la breve revista que, en la explanada frontera del "Zocalo" pasó el Comandante Militar Victoriano Huerta a las fuerzas del general Aureliano Blanquet, que de Toluca habían llegado *a reforzar los contingentes que habrían de dar el asalto definitivo a* la Ciudadela. Yo estaba junto al Presidente, solos los dos en el último balcón de la esquina Sureste del Palacio Nacional. Pie a tierra, los generales Huerta y Blanquet recorrieron el frente de las fuerzas de infantería, extendidos frente al Palacio, y terminado su recorrido, Huerta dio un fuerte apretón de manos a Blanquet, como para felicitarlo por la buena condición de sus tropas. La caballería que el *último había traído —formada por fuerzas rurales que provenían* del Ejército Libertador maderista, en su mayor parte— ocupaba la calle de Meleros, con rumbo hacia el Volador.

Madero tenía mucha confianza en Blanquet. Recuerdo que cuando las tropas de éste, después de la breve revista, entraron en el Palacio Nacional, como guarnición del mismo mientras se efectuaba el asalto a la Ciudadela, el Presidente me dijo sonriendo: "¡Ahora sí está seguro Palacio con las fuerzas de Blanquet!"

Al séquito civil del Presidente extrañaba sobremanera la tardanza de los militares en asaltar definitivamente la Ciudadela, pero el general Huerta y algunos de sus oficiales más allegados nos explicaban quién sabe qué precauciones que era menester perfeccionar para mejor asegurar el buen éxito del ataque; pero, de un modo o de otro, parecía decidido que el asalto se realizaría en el transcurso del día 18. En la noche del 17 el Presidente Madero tuvo largas conferencias con Huerta, primero, y más tarde con algunos de nos-

otros en quienes había depositado su mayor confianza; y como consecuencia del cambio de ideas con estos últimos, convino en que, para "redondear" políticamente la toma de la Ciudadela que se preveía como segura para el día siguiente, estaba indicada una modificación casi total del Gabinete Presidencial, con la cual se daría efectiva satisfacción a las demandas del grupo parlamentario de los "renovadores", que habían sido recientemente expuestas al Presidente en el Castillo de Chapultepec.

El propósito presidencial quedó en que, a reserva de revalidar posteriormente la confianza suprema a tal o cual miembro del Gabinete en funciones, los ministros se retiraran en masa, incluyendo al de Instrucción Pública —que era nada menos que el Vicepresidente Constitucional de la República— a efecto de dar ingreso, en algunos casos, a personalidades de más definida y precisa filiación revolucionaria (¡tal como entonces se entendía el "revolucionarismo"!), y en otros para eliminar elementos que la voz íntima de los allegados al gobierno conceptuaba como dudosos... Aquella noche del 17, al retirarnos a un relativo descanso a altas horas, el asunto inmediato estaba así decidido. El Presidente Madero, excepcionalmente, parecía muy fatigado por las arduas e incesantes faenas del día, y por tal motivo lo convencimos de que debería proporcionarse un reposo completo, durmiendo algunas horas en lecho cómodo y no semivestido como lo había hecho durante aquellos últimos días, ya que al siguiente teníamos seguridad de ver favorablemente resueltos nuestros problemas inmediatos...

Madero se acostó en el catre que desde los tiempos del general Díaz existía en el gabinetillo azul de "toilette", aledaño al despacho particular del Presidente y al Salón del Consejo. Nosotros —recuerdo a Jesús Urueta y a Adolfo Bassó— bajamos a la Intendencia de Palacio, en la que habíamos pernoctado durante todos aquellos aciagos días, cuando un breve reposo nos era lícito.

En las primeras horas del día 18, de aquel día del que tanto esperábamos, fui despertado por algún amigo íntimo que tenía franca entrada en Palacio y cuya identidad no halla mi memoria en este momento, quien me manifestó que allí estaba, con urgencia de hablarme, mi buen amigo Alfredo Robles Domínguez cuyo latente distanciamiento de Madero y de todos nosotros tanto había yo lamentado. Salí a recibirlo sin pérdida de tiempo y Alfredo, con cordial y efusivo olvido de nuestro distanciamiento, me expresó que era perentoriamente urgente que hablara sin dilación con el Presidente.

—¿De qué se trata? —interrogué, vacilando en despertar a Madero que apenas llevaba dos horas de descansar.

—Lléveme con él —dijo Robles Domínguez—, no hay que perder un minuto, porque de un momento a otro va a ser traicionado. Pronto sabrá usted de lo que se trata.

Conociendo, como conocía la seriedad y la caballerosidad de Robles Domínguez no titubeé en llevarlo al aposento presidencial. Y ya en el trayecto me dijo que, por no me acuerdo qué circunstancia, estaba perfectamente enterado de que Victoriano Huerta y Félix Díaz se habían entendido y que en ese día, en vez del esperado "ataque definitivo" a la Ciudadela, el Comandante Militar traicionaría al Presidente de la República que le había otorgado toda su confianza.

No tuve tiempo de reflexionar sobre este prenuncio, pues ya nos hallábamos en la presencia del Presidente Madero. Se saludaron, sin alusión a la reciente discordia. Y Robles Domínguez habló, habló, habló, informando precipitadamente. "No hay un minuto que perder", repetía. Pero Madero, sereno y sonriente primero, tornóse súbitamente severo y a Robles Domínguez, exaltado, y a mí, sorprendido y atónito, nos dijo poco más o menos:

—Ustedes son culpables de mucho de lo que pueda pasar, por sus exageradas suspicacias. Yo no puedo desconfiar del general Huerta, y hoy mismo quedarán sometidos los rebeldes de la Ciudadela...

Tengo presente la dolorosa mirada de Robles Domínguez, quien murmuró apenas: "He creído cumplir con mi deber de viejo correligionario", y se retiró sin despedirse. Yo seguía asombrado por la revelación. Pero Madero procedía a revestirse y seguía delineando sus proyectos inmediatos, basados todos en la inminente "toma de la Ciudadela"...

Me dio órdenes de detalle que fui a cumplir, muy preocupado por cierto, pero al mismo tiempo muy contagiado del optimismo del Presidente.

Horas más tarde se realizaba la traición horrenda. La aprehensión, "en nombre del Ejército y con autorización del Senado", no la verificó Huerta, sino Blanquet, quien trastabillaba como si su cerebro hubiera absorbido todos los vapores del cognac que Huerta había trasegado a su estómago. Huerta no se presentó en Palacio sino hasta que por teléfono le informaron que su maquinación había tenido éxito. Estaba en el restaurante "Gambrinus", trasegando más

cognac. Entonces seguro del éxito de su felonía, entregó a su invitante, Gustavo Madero, a la despiadada y cobarde furia de los "fifíes" aristocráticos que lo llevaron al sacrificio.

La infamia se consumó el 18 de febrero de 1913, el Día de la Traición.

Pero somos muchos los que todavía creemos en la justicia inmanente. . .

22 DE FEBRERO DE 1913

Hace veintiún años...

Hallábame prisionero y virtualmente incomunicado en el salón de banderas del Cuartel de San José en Puebla y acababa de salvarme en unión de Chucho Urueta (de manera que puedo llamar providencial y que he narrado ya en otra ocasión) de un fusilamiento perentorio de orden superior, que nos tenía recetado la "Secretaría de Guerra" de la naciente Usurpación ...La víspera, Urueta había sido conducido a la capital y su suerte me tenía más que preocupado, pues me encontraba profundamente conmovido por el reciente asesinato de mi entrañable y fraternal amigo Gustavo A. Madero y de mi viejo y valeroso Adolfo Bassó. ¿Habrían asesinado también al "divino embaucador", el gran orador del Arte y artífice del Verbo?... ¿Por qué, entonces, a mí todavía no me asesinaban?

A primera hora de la mañana, un cabo dragón me entró el desayuno con que manos amigas me favorecían cotidianamente, y yo deshacía la portavianda cuando se presentó el coronel del Regimiento, don José María Camacho, que tan bondadosamente se condujera conmigo en recuerdo de ancestrales ligas de amistad, y me dijo nerviosamente:

—"No, Juanito, vaya a desayunar con los suyos... Tengo orden de ponerlo en libertad para que acuda a ocupar su curul, pues la Cámara de Diputados reclama su presencia. Está usted absolutamente libre, pero me atrevo a darle el consejo de que no tarde en marchar a México y presentarse en la Cámara. De no ser así..." Hizo un gesto vago con la mano.

Recogí mis menesteres íntimos y los guardé en el pequeño baúl que tenía por todo equipaje, abracé al coronel en despedida para

agradecerle sus finezas y quise decirle algo; pero él me atajó, diciéndome:

—"No me pregunte ni me confíe nada. Yo nada quiero decirle, y tampoco quiero saber nada de sus propósitos... Vaya usted con Dios, pero le recomiendo de nuevo, váyase directamente a México".

Seguido de un soldado que me fue proporcionado para que cargara mi baúl, me eché a la calle. Me parecía un sueño hallarme libre y sin custodios después de las zozobras sufridas. Por fin, llegué a encontrarme entre mi gente, pero noté con extrañeza que mi inesperada libertad no les causaba el agrado que yo había supuesto, y antes bien me acogieron con mal disimulada reticencia. ¿Qué era eso?... Me sentí rodeado de una nube de siniestro misterio. Por fin habló alguien con voz entrecortada:

—"¡Han matado al Presidente y al Vicepresidente! Lo hemos sabido por el telégrafo, pero no hay detalles..."

Sentí un golpe de mazo en el cerebro y un cruel estrujamiento en el corazón. Al mediodía llegaron los diarios de la capital y en ellos venía la "versión oficial" de lo acontecido.

—¡Mentira —grité—, todo esto es un embuste vil!... ¡Los han asesinado fríamente! ¡Malditos!

* * *

No es verdad que Francisco I. Madero haya acometido su magna empresa con inconsciencia de visionario. Que una incógnita fuerza superior lo haya empujado a ella, es posible; pero él previó todas las dificultades y todo el alcance de lo que iba a hacer. Esto está demostrado en sus cartas íntimas, escritas desde tres y cuatro años antes del inicio de la Revolución y tal epistolario es más detallado y más preciso a medida que se acerca el momento de poner manos a la obra serenamente proyectada. Pero sus confidencias a los demás fueron sabiamente graduadas y paulatinas.

Supo siempre, asimismo, que la realización de su obra implicaba el sacrificio de su vida en un momento dado. Nunca olvidó la profunda sentencia de Miguel Hidalgo, el anciano padre de la patria, que dijo que "los iniciadores de las grandes redenciones perecen en ellas".

Cuéntame Raúl Madero que, en vísperas de cruzar la frontera para ponerse al frente de las populares fuerzas insurrectas, el Apóstol paseaba con él en un parque de los Estados Unidos, creo que en

Nueva Orleáns. Callaba y pensaba. De pronto detuvo sus pasos y clavando su mirada en la de Raúl, le dijo con solemnidad:

—"Raúl: tú y Julio sois los únicos de mis hermanos listos para acompañarme en la directa lucha armada. Las circunstancias me obligan a esperar un poco, pero quiero que uno de mi sangre esté desde luego entre los que combaten. ¿Estás pronto al sacrificio?... Si sucumbes, piensa que es por una causa muy noble y que indudablemente te seguiré en el sacrificio, lo cual tendrá que ser inevitablemente en el momento marcado por mi destino..."

Y Raúl Madero cruzó desde luego la frontera y entró en combate.

Trataba el Apóstol de persuadir a su señor padre de la nobleza de la causa a la que iba a consagrarse y de disipar ciertos temores de inmediatos daños materiales, que su progenitor abrigaba, y el 8 de enero de 1909 le escribía:

"...pues el general Díaz no recurriría a esos medios tan mezquinos. Si él se indigna sería contra mí, y contra mí sólo dirigiría sus golpes de modo que sean certeros sin que aparezca su mano. A mí me preocupa eso bien poco, pues creo que sirviendo a mi partido en las actuales condiciones, cumplo con un deber sagrado, obro de acuerdo con el Plan Divino que quiere la rápida evolución de todos los seres y siendo guiado por un móvil tan elevado, no vacilo en exponer mi propia tranquilidad, mi fortuna, mi libertad y aun mi vida. Para mí, que creo firmemente en la inmortalidad del alma, la muerte no existe; para mí que tengo gustos tan sencillos, la fortuna no me hace falta; para mí, que he llegado a identificar mi vida con una causa noble y elevada, no existe otra tranquilidad que la de la conciencia y sólo la obtengo cumpliendo con mi deber. Tú no te has llegado a penetrar de la trascendencia de la obra que voy a emprender..."

Así hablaba el maestro, y hasta el final ajustó sus actos a sus palabras.

* * *

¡Huerta y Blanquet! ¡Figuras opacas en nuestra historia, sin su tremenda traición! ¡También ellos tuvieron su destino trazado y alcanzaron triste muerte, pero no de sacrificio altruista, sino de inmanente y fatal punición!

En el rico archivo, apenas hojeado, que guarda mi dilecto amigo Alfredo Alvarez, he encontrado una carta estupenda dirigida al

Apóstol, de puño y letra de su madre, doña Mercedes González de Madero, en el mes de agosto de 1911, a raíz de los cruentos sucesos de la Plaza de Toros de Puebla y en vísperas de que el correligionario suriano, Emiliano Zapata, se declarara en abierta rebelión. Las cuatro caras de esa carta, cubiertas por la señoril escritura de doña Mercedes, han agitado las fibras más recónditas de mi filosofía. En dicha misiva, sencilla y tierna, la madre, atribulada por las preocupaciones que asediaban a su hijo, ya victorioso y próximo a ascender al solio presidencial, le dice que SIENTE que la actitud de Zapata no es espontánea y que lo cree inducido a ella por maquiavélicas maniobras de los enemigos de la Revolución, aconsejando a su hijo que se entienda directamente con el caudillo del Sur, PREVIO RETIRO DEL GENERAL HUERTA Y DE SUS FUERZAS FEDERALES, pues está segura de que así quedará aclarado todo mal entendimiento por considerar a Zapata como un sincero revolucionario; y rememorando los recientes sucesos de Puebla culpa de ellos al coronel Blanquet, sugiriendo al Apóstol que cuando sea Presidente PROCURE TENER ALEJADOS DE SU PERSONA AL GENERAL HUERTA Y AL CORONEL BLANQUET, pues presiente en ellos peligros para él...

En aquellos momentos pudo haber quienes tuvieran desconfianza en conjunto, del antiguo ejército porfirista. Mas, ¿por qué, concretamente, del general Huerta y del coronel Blanquet?... En aquel entonces, Madero tenía precisamente muy altos conceptos de la bravura y de la competencia militar de Huerta y Blanquet. En cuanto a deslealtad, su noble temperamento no le permitía sospecharla en nadie.

¿Será verdad que el corazón de las madres posee el desconcertante secreto de la premonición, cuando se trata del destino de sus hijos?

* * *

A Huerta lo conocí y traté, desde antes de la Revolución, en la Dulcería del Aguila de Oro, a la que solía concurrir diariamente, al mediodía, y me fue presentado por el coronel Roselló, testigo que había sido de las matanzas en Veracruz en 1879. Me entretenía mucho con el relato de sus campañas y aventuras de soldado. Más tarde, durante el gobierno maderista, acudía con frecuencia a la Secretaría de la Presidencia para asuntos personales, y se hacía lenguas sobre la magnanimidad y la hidalguía del Presidente. Posteriormente he sabido que estaba perfectamente al corriente de la

conjuración reyista-felicista y que estuvo comprometido en ella; pero no acudía personalmente a las famosas "juntas", pues se hacía representar en ellas por el general Gregorio Ruiz. Esta fue la causa por la que en el primer día de la Decena Trágica y en momentos en que juzgó que el gobierno era indefectiblemente dueño de la situación, festinó personalmente el fusilamiento del desdichado general Ruiz, pues él, Huerta, acababa de ser nombrado comandante militar de la plaza y temió una delación de parte del referido general Ruiz.

El 16 de febrero, dos días antes de su traición, en su despacho de la comandancia, nos dijo a Jesús Urueta y a mí: "Yo bien sé que algunos desconfían de mí y me andan predisponiendo con el señor Presidente; pero aseguro a ustedes que el que quiera tocarle un cabello a nuestro chaparrito, tendrá que pasar primero sobre el cadáver de Huerta".

Después de su traición y de su crimen, nunca volví a verlo en México, pues en marzo de 1913 marché a incorporarme al movimiento constitucionalista. Pero en 1914, siendo yo representante confidencial del Primer Jefe en Europa, presencié en Santander el desembarque de Huerta y de sus secuaces. Sólo día y medio permanecieron en el citado puerto y llegó a circular moneda mexicana de oro, hasta en los cafés de la población...

Meses después, lo vi en Barcelona, único lugar en que le permitió residir el gobierno español. Su automóvil se cruzó con el de punto que me llevaba por la subida del Tibidabo. También nuestras miradas se cruzaron, y la mía no debe haber sido muy benevolente... En México me hubiera costado la vida; pero estábamos en España.

Blanquet me fue presentado por el Presidente Madero en el salón de acuerdos del Palacio Nacional, el día mismo en que lo ascendió al generalato, y haciendo elogios de su carrera militar. Nunca tuvimos contacto estrecho, pero sí de absoluta cortesía recíproca. Durante la Decena Trágica, por encargo del Presidente, fui a saludar a Blanquet, que con sus fuerzas venía de Toluca, por San Cosme, frente al cementerio británico en donde se había detenido. Al día siguiente y antes de haberse presentado al Presidente, Blanquet solicitó hablar conmigo, por conducto del asesor de su brigada, el licenciado Manuel Vidaurrázaga que fue de mi personal amistad. Acudí a su llamado, y en breves palabras me expresó que creía un error de Madero el haber consentido su presencia en Mé-

xico, porque Toluca estaba amenazada por los zapatistas y que si, aun dejando en México las fuerzas rurales auxiliares que lo acompañaban, se le permitía regresar a la capital del Estado de México, con sólo su 29 Batallón se comprometía a defender la plaza; que él, estando en servicio, no podía hacer la insinuación, pero que la hiciera yo privadamente... ¡Nunca he alcanzado a explicarme con claridad este extraño paso de Blanquet! Pero la verdad histórica me obliga a consignarlo aquí. Cumplí sus deseos, pero el Presidente se negó a acatarlos, diciéndome que precisamente deseaba que Blanquet se encargase del resguardo de Palacio... La tarde del 17 de febrero, desde un balcón de la Presidencia, el Presidente Madero y yo presenciamos que Huerta pasaba revista a las fuerzas de Blanquet, tendidas frente a Palacio. Terminado el acto, los dos hombres, en frente de las tropas, se estrecharon la mano. Y Blanquet pasó a hacerse cargo de la residencia oficial del Presidente. Madero sonrió satisfecho, y jamás olvidaré que me dijo:

—"Ahora sí estamos seguros..."

¡Y cuán seguros: horas después se efectuaba la traición y Blanquet aprehendía al Presidente!

* * *

En el momento de aprehender al Presidente, cerca del cubo del zaguán de la puerta de honor de Palacio, Blanquet, que blandía una pistola pavonada y se tambaleaba, PERO NO DE ALCOHOL, dio un grito estentóreo de ¡Viva la República!

¿Qué podía significar tal grito en aquellos momentos? Mucho he cavilado sobre el particular cada vez que recuerdo aquel episodio, que llevo grabado en la memoria hasta en sus detalles más nimios; y creo haber dado, al fin, con una explicación de estricta psicología. Nadie daba ese grito entonces, porque no venía al caso inmediato. Si acaso, los traidores gritaban ¡Viva Huerta! o ¡Viva Blanquet! y nosotros ¡Viva Madero! o ¡Viva el Presidente! Sólo Blanquet gritó, en automatismo visible, ¡Viva la República!...

En aquel momento Blanquet, estaba emocionado y alterado, más alterado y emocionado que Madero mismo, quien guardaba toda su sangre fría, que apenas se turbó con una enérgica imprecación indignada. Blanquet, soldado en las filas republicanas en 1867, fue uno de los componentes del cuadro que fusiló al infortunado Archiduque Maximiliano. También en aquel trágico instante se gritó ¡Viva la República! y este grito fue entonces perfectamente ló-

gico. Pero las grandes emociones, sobre todo aquellas que se tienen en los años mozos, se estereotipan en el sentimiento para toda la vida en todos sus detalles, y se reproducen inconscientemente en eventuales momentos de sacudimiento análogo. En 1867, Blanquet vibró con la emoción de haber ejecutado un acto de justicia por mandato de una causa noble; en 1913, Blanquet vibró asimismo, pero esta vez por el precipitado remordimiento de la traición que ejecutaba. El choque psíquico ha de haber sido el mismo y, en incapacidad de discernimiento, en mera retrovolición recordatoria y mecánica, el grito —expresión externa del sentimiento— también fue el mismo ¡Viva la República!...

* * *

Sí, es verdad, la República es inmortal... Nuestra República Mexicana es inmortal, porque si no lo fuera ya habría sucumbido. al embate de tantas vicisitudes. La sangre de sus mártires la fecunda y tonifica; la execración a sus traidores la robustece para resistir nuevos embates en el porvenir. El luto se torna gloria, y donde un día, con las lágrimas del pueblo, se deslizaron tristes acordes de marchas fúnebres, resuenan otro día, entre el júbilo del pueblo, las fanfarrias del triunfo, dominadas por la áurea trompeta de la Justicia Popular.

Los crímenes políticos nunca han sido moralmente infecundos. Son siempre detestables y nefandos, abominables y vitandos... pero nunca estériles, por la honda enseñanza filosófica que dejan tras de sí. En la práctica inmediata sí son estériles, porque es posible asesinar a los hombres, pero no lo es asesinar a las ideas. El tronchamiento material de una vida, acrece la inmortal espiritualidad dispersa y, oportunamente, la condensa en hechos redentores, cuando no constituya un acto de justicia inmanente.

En México —hasta hace pocos años— los crímenes políticos se han ejecutado de arriba para abajo, desde el poder brutal sobre el individuo inerme. Vicente Guerrero, Francisco I. Madero... el huertismo con sus innumerables víctimas... y otras hecatombes más... ¡Cuánta sangre salpica las páginas de nuestra historia contemporánea! Pero no será estéril, no podría ser estéril...

cito. Pero las grandes emociones, sobre todo aquellas que se tienen en los años mozos, se estereotipan en el sentimiento para toda la vida en todos sus detalles, y se reproducen inconscientemente en eventuales momentos de sacudimiento análogo. En 1867, Blanquet vibró con la emoción de haber ejecutado un acto de justicia por mandato de una causa noble; en 1913, Blanquet vibró asimismo, pero esta vez por el precipitado cumplimiento de la traición que ejecutaba. El choque psíquico ha de haber sido el mismo y, en la ausencia de discernimiento, en mera reproducción recordatoria y mecánica, el grito —expresión externa del sentimiento— también fue el mismo: ¡Viva la República!...

Sí, en verdad, la República es inmortal. . . Nuestra República Mexicana es inmortal, porque si no lo fuera ya habría sucumbido al embate de tantas veleidades. La sangre de sus mártires la fecunda y tonifica; la execración a sus traidores la robustece para resistir nuevos embates en el porvenir. El luto se torna gloria, y donde un día, con las lágrimas del pueblo, se desliza el triste acorde de marchas fúnebres, resuenan otro día, entre el júbilo del pueblo, las fanfarrias del triunfo, dominadas por la clara trompeta de la Justicia Popular.

Los crímenes políticos nunca han sido suficientemente juzgados. Son siempre deleznables y nefandos, abominables y vitandos, pero nunca cabales, por la honda significación filosófica que dejan tras de sí. En la práctica inmediata sí son cabales, porque es posible [illegible] a los hombres, pero no [illegible] a las ideas. El monumento material de una vida, acaso la inmortal esperanza [illegible] y, oportunamente, la condena en nuestra [illegible] cuando no [illegible] de justicia [illegible].

En México —hasta hace poco acaso— los crímenes políticos se han ejecutado de arriba para abajo, desde el poder [illegible] el [illegible] Vicente Guerrero, Francisco I. Madero. . ., el [illegible] con sus innumerables víctimas. . ., y otros bastantes más. . . ¿Cuándo [illegible] de nuestra historia contemporánea [illegible]

MADERO, NUCLEO DE UNION REVOLUCIONARIA

Por todo lo que he dejado expuesto en estas páginas y por otras razones más que no creo necesario invocar por el momento, es Francisco I. Madero la figura simbólica y genuinamente representativa de la revolución de 1910, que todavía estamos viviendo en su etapa reconstructiva, bajo el gobierno del Presidente Ortiz Rubio; movimiento que marcará en los anales de nuestra historia el advenimiento de una renovación trascendental que sin duda alguna perdurará en los tiempos y dejará una huella de redención, de mejoramiento y de progreso, cualesquiera que sean los destinos reservados a nuestra patria.

Así como fue Madero el propulsor central de la acción protestatíva y reivindicadora de los derechos populares, así también su memoria debe ser el lazo de unión que ligue y una a todos los hombre de sincero sentir democrático, conforme a las tendencias puras de la Revolución que se inició en 1910, cualesquiera que sean las facciones en que sucesivamente hayan figurado, ya que todas esas facciones de extracción revolucionaria, sin exceptuar a ninguna de ellas, reconocen en Madero al jefe de antaño y al diáfano y honrado guía de la renovación nacional.

Madero es ya un símbolo indiscutible de uno de los períodos más decisivos de nuestra historia nacional, como lo son de otros Hidalgo y Juárez; y nunca esos nombres esclarecidos podrán ser borrados del cuadro de honor de la Representación Nacional ni del corazón de los mexicanos, cualesquiera que sean las peripecias que en el futuro haya de sufrir nuestra nación.

Interrumpo mis observaciones a los artículos de don Enrique Flores Magón en homenaje al aniversario que conmemoramos en este día. Hace hoy dieciocho años que la ciudad de México, después

de diez días de angustias indecibles, fue conmovida por la tremenda noticia: "El Presidente Madero y el Vicepresidente Pino Suárez sucumbieron anoche por culpa de sus partidarios", se leía a grandes letras en la primera página de *El Imparcial*... Esa era la versión oficial, torpemente fraguada; en realidad —y desde el primer momento lo comprendieron todos— los altos mandatarios habían sido asesinados por los esbirros de Victoriano Huerta, porque aun cuando habían renunciado a la fuerza de sus respectivos cargos, sus vidas significaban un peligro para la Usurpación, ya que a los ojos de todos y en la conciencia universal aquellos funcionarios, electos por el pueblo, seguían encarnando la legalidad.

Lo curioso del caso es que los encargados de urdir la torpe versión oficial se precipitaron en sus encargos, por modo que los periódicos metropolitanos tuvieron en su poder el falso relato, con todos sus detalles, antes de que los asesinatos se hubieran realizado efectivamente. Esto se puede comprobar muy fácilmente. ¿Qué pasó, entonces?... ¿Tardanza de los asesinos o festinación de los rábulas encargados de "taparle el ojo al macho"?... Averígüelo Vargas, aunque hay muchos indicios de lo primero, pues según las investigaciones retrospectivas que emprendimos más tarde los maderistas, parece que los asesinos habían pensado perpetrar su crimen no a la vera de la Penitenciaría misma, sino en el trayecto del Palacio Nacional, al Presidio, para lo cual habría de presentarse el mazateco Cecilio Ocón al frente de una banda de forajidos que, fingiéndose maderistas, asaltaran el convoy con visos de querer rescatar a los presos y atronaran los aires con una tremenda "balacera" al viento, como resultado de la cual habían de quedar muertos precisamente Madero y Pino Suárez. Pero Ocón y sus forajidos no se presentaron a tiempo, sino hasta después de que Cárdenas y Pimienta habían cumplido su nefanda misión en los aledaños de la Penitenciaría, limitándose a balacear los automóviles ya vacíos para dejar algunas huellas del supuesto asalto.

Muchas son las versiones que han circulado acerca del oprobioso crimen, a cual más diversas y fantásticas. Muy socorrida es la de que los supremos funcionarios fueron victimados en el Palacio Nacional y que sus cadáveres fueron conducidos después a la Penitenciaría. Pero esta versión es absolutamente inexacta; más de una vez me narró el general Felipe Angeles, a la sazón también prisionero en Palacio, que él vio subir a Madero, vivo y por su propio pie, al automóvil que lo conducía al suplicio final. En mi sentir, la narra-

ción más completa de aquel gran crimen consta en la recopilación hecha por el licenciado Calixto Maldonado R., en el libro *Los asesinatos de los señores Madero y Pino Suárez*, publicado en 1922.

La responsabilidad moral, en diversos grados, de aquellos asesinatos, está profusamente compartida por los que en tal momento rodeaban a Victoriano Huerta y siguieron o vinieron después a su lado. Porque, aun en la piadosa suposición de que ignoraban lo que Huerta tenía decidido con respecto a los legítimos magistrados supremos de la República y de que sólo tuvieran conocimiento del crimen después de consumado, es un hecho que carecieron de entereza y de decencia para apartarse del asesino, si es que no querían pasar a la historia como cómplices de él; y, por lo que toca a los que después se le unieron, habría que recordarles el inmortal concepto de José Martí que justamente afirma que el que sirve a un bribón está a punto de serlo también.

Pero ha quedado plenamente esclarecido el punto que se refiere a los asesinos materiales de los señores Madero y Pino Suárez. Cáusame gran extrañeza y he de perseverar en el esclarecimiento de este misterio para mí, el hecho de que durante el gobierno de don Venustiano Carranza se haya suspendido la investigación judicial que sobre el particular se había incoado en el año de 1914, así como el de que el entonces Primer Jefe no haya procurado la extradición del asesino material de Madero, Francisco Cárdenas, después de que éste había hecho plena confesión en Guatemala, en donde se encontraba preso, y en vista de que el Presidente Estrada Cabrera había externado su disposición de entregarlo sin debate, en cuanto se le pidiera. Este es un punto borroso de la historia diplomática de la Revolución, que debieran esclarecer quienes en él tuvieron alguna intervención; porque, sin que sea lícito sospechar, ni remotamente, un interés personal del señor Carranza en la evitación de que el asesino material además de confeso resultase convicto y debidamente castigado, sí cabe temer que, por un desbordamiento de benevolencia, el Primer Jefe haya querido salvar de graves compromisos a amigos suyos de épocas anteriores.

En efecto, Francisco Cárdenas, mayor de Rurales en 1913 y ascendido a coronel por Victoriano Huerta y por Aureliano Blanquet después de su proditorio crimen, hizo una amplia confesión en la Penitenciaría de Guatemala, ante el general Letona, edecán de Estrada Cabrera, y en presencia del representante de una República sudamericana y de don Ernesto Fernández Arteaga, en aquel enton-

ces agente confidencial del villismo en Guatemala y otros países de Centroamérica en los que anteriormente había representado con carácter oficial al gobierno del Presidente Madero. Ignoro a punto fijo los motivos que la administración de Estrada Cabrera haya tenido para "apretar" a Cárdenas, pero como Victoriano Huerta acababa de ser detenido en los Estados Unidos por órdenes de Wáshington, es el caso que el general Letona se presentó intempestivamente en la Penitenciaría de Guatemala, en compañía de las personas que ya dejo mencionadas, y haciendo llamar a su presencia al preso Cárdenas, le dijo imperativamente:

"Tu amo, Huerta, está preso en los Estados Unidos y ha confesado todo lo concerniente al asesinato del Presidente Madero. Yo lo sé todo. Vas a narrar en seguida cómo estuvo «eso», y a la menor mentira que digas te mando matar a palos. . ." (Narración verbal de don Ernesto Fernández Arteaga).

Y como Cárdenas sabía muy bien que tal amenaza no era vana, pues en aquel tiempo todos los días se propinaban en la Penitenciaría de Guatemala palizas mortales, se apresuró a desembuchar toda la verdad, que fue recogida taquigráficamente. Yo tuve alguna vez en mi poder una copia de esas declaraciones, pero la extravié o traspapelé en una de mis tantas idas y venidas. No desespero, sin embargo, de obtener su reposición, pues el original debe existir sea en los archivos de la Penitenciaría de Guatemala, o bien en poder de la familia del finado general Letona.

En sus declaraciones narra Cárdenas, punto por punto, la preparación y la ejecución del crimen. Dice que recibió la orden directamente de Blanquet, pero que exigió que le fuese ratificada por Huerta, cosa que obtuvo. Inculpa a otras personas, de que lo amenazaron para el caso de que "la cosa no saliera bien", y afirma que él no obró por inquina personal, sino obedeciendo únicamente órdenes superiores que no pudo eludir. Cuando el Presidente Estrada Cabrera conoció las declaraciones de Cárdenas, manifestó a don Ernesto Arteaga, representante de Villa, que, sin que ello significara "reconocimiento" de parte de su gobierno, pues se proponía permanecer neutral durante la contienda doméstica de los revolucionarios mexicanos, estaba dispuesto a entregar a Cárdenas a cualquiera de las facciones que oficiosamente solicitara su extradición. "Se los entregaré al instante y bien amarrado", dijo. Fernández Arteaga se apresuró a comunicar el hecho, junto con una copia autorizada de las declaraciones rendidas por Cárdenas, al licenciado

Miguel Díaz Lombardo, que manejaba los asuntos exteriores del villismo; pero no pudo solicitarse la extradición por esta parte, en virtud de que el villismo no controlaba ningún puerto de mar por el que pudiera recibir al extraditado, teniendo éste que pasar por territorio norteamericano, en donde indudablemente sería amparado por un "habeas corpus". A la sazón representaba al carrancismo constitucionalista en Centroamérica el licenciado Luis Manuel Rojas, e ignoro si serían de su conocimiento tanto las declaraciones de Cárdenas como la disposición de Estrada Cabrera para entregarlo y si informó de ello a su gobierno, así como las instrucciones que en tal caso recibiera sobre el particular. El hecho es que tampoco por parte de Carranza fue pedida la extradición de Cárdenas.

De las declaraciones de Cárdenas, el licenciado Díaz Lombardo hizo publicar UNA PARTE en la prensa de los Estados Unidos, que es la que se conoce y ha sido reproducida en México; pero allí, la declaración está trunca y también ignoro por qué motivos no se publicaría íntegra.

A la caída de Victoriano Huerta, Francisco Cárdenas, ya con el grado de coronel, cruzó la frontera meridional de nuestro país y se internó en Guatemala, fingiéndose traficante en ganado mular, así como corredor de acciones de minas. Por sospechoso, fue encarcelado por el gobierno de Estrada Cabrera, pero a poco obtuvo su libertad bajo caución, que otorgó un jugador mexicano, quedando en observación y con la precisa condición de no moverse de la ciudad de Guatemala. Pero Cárdenas temió nuevos líos y subrepticiamente salió de la ciudad y trató de pasar a otro país; mas súpolo Estrada Cabrera y, muy irritado, lo mandó perseguir y aprehender en la frontera de El Salvador, recluyéndolo nuevamente en la Penitenciaría de Guatemala. Fue entonces cuando se le arrancaron sus declaraciones. Cárdenas no salió ya de allí, en donde estuvo cuatro años más o menos, sino mediante la revolución que dio al traste con el gobierno de Estrada Cabrera y libertó a todos los presos. Breve tiempo después murió Cárdenas, siendo la versión oficial la de que se suicidó. El compañero "Rip-Rip" ha narrado que él vio el suicidio de Cárdenas, quien se disparó un tiro en la boca, sentado sobre la banca de un parque público de Guatemala. Dice "Rip-Rip" que Cárdenas, moribundo ya y sólo por señas, contestó afirmativamente a su pregunta de si él había sido el asesino material del Presidente Madero. Con esto, Cárdenas no expresó nada nuevo. Lo que a mí me tiene intrigado en el particular, es el hecho de que, al decir de

personas fidedignas, en la constancia autopsial del cadáver de Cárdenas se hace constar que se le apreciaron en la cavidad craneana DOS heridas de bala, que entrambas interesaron la masa encefálica y *de las cuales, cualquiera, tuvo que producir una muerte segura* e inmediata. De ser exacto este dato el caso resultaría francamente misterioso...

En cuanto al asesinato material del Vicepresidente Pino Suárez, la voz pública lo ha atribuido siempre al entonces cabo de rurales y más tarde general brigadier Rafael Pimienta, de quien se dice que en los días huertianos también asesinó, o cuando menos entregó para que fuera asesinado, a su antiguo jefe el valiente ideólogo y esforzado revolucionario del maderismo, Alfonso F. Zaragoza.

En 1920, por gestiones del licenciado Calixto Maldonado R., Pimienta fue sometido a proceso, un extraño proceso que dicho *letrado ha analizado en su citado libro, no obstante que de la mayoría* de las declaraciones testimoniales se desprendía su culpabilidad.

Pimienta tomó parte en la revuelta delahuertista contra el Gobierno, en 1923-1924, y fue batido, capturado y fusilado por órdenes del general de división Miguel M. Acosta.

Tanto Cárdenas como Pimienta expresan en sus respectivas declaraciones, que habían sido maderistas, por el hecho de haber prestado servicio de milicia rural bajo la Presidencia de Madero. Pero su conducta prueba que ese su "maderismo" fue siempre de conveniencia y jamás de lealtad y de convicción, pues de otra suerte no habrían podido hacer lo que hicieron.

A tal respecto dice muy atinadamente el licenciado Maldonado R.:

"No debemos dejar inadvertidamente callada nuestra protesta contra las afirmaciones de Pimienta, que asegura ser revolucionario y haber sido maderista; los maderistas nunca asesinamos, nunca cubrimos con el cendal del silencio el crimen; siempre fuimos discípulos del Apóstol y hasta hoy consagramos un sagrado recuerdo para los hombres que murieron en aras de un ideal noble, levantado y sincero; ninguno de los maderistas de verdad pudo recibir órdenes y acatarlas, de Blanquet, para asesinar a Madero y Pino Suárez; Cárdenas y Pimienta pudieron fingirse maderistas para traicionar a Madero y a los maderistas, pero no es verdad, miente quien tal diga, que los acusados hubiesen sido leales maderistas; tan que no lo fueron es que se escogió precisamente a los seudo maderistas para atacar a los gobernantes más representativos de nuestro país".

....

Dieciocho años van transcurridos desde el día del gran crimen, que conmovió a la República de uno a otro extremo. Muchos sucesos dolorosos se han sucedido después, y apenas vamos saliendo del doloroso ciclo en que nos arrojaron las cobardes balas asesinas de Cárdenas y de Pimienta, apuntadas por Victoriano Huerta y por Blanquet. Pero la Patria y la Historia conceden ya lo suyo a cada quien.

¡Gloria y amor para los Mártires Redentores; execración y anatema para los Traidores Asesinos!

Dieciocho años van transcurridos desde el día del gran crimen, que conmovió a la República de uno a otro extremo. Muchos sucesos dolorosos se han sucedido después, y apenas vamos saliendo del largo ciclo en que nos arrojaron las cobardes balas asesinas de Cárdenas y de Pimienta, apuntadas por Victoriano Huerta y por Blanquet. Pero la Patria y la Historia conceden ya lo suyo a cada quien.

¡Gloria y amor para los Mártires Redentores! ¡execración y cadalso para los Traidores Criminales!

INDICE

Primera Parte

Madero, el hombre.—Ideario e iniciación de la lucha cívica

Segunda Parte

La campaña electoral de Madero.—Su aprehensión en Monterrey y su prisión en San Luis.—El artificioso proceso del candidato.—El Plan de San Luis

TERCERA PARTE

Proyecciones externas e internas de la Revolución.—El movimiento armado.—Combate de Casas Grandes.—Diversas gestiones pacifistas.—Batalla y toma de Ciudad Juárez.—El texto auténtico de los convenios de Ciudad Juárez

Cuarta Parte

Entrada triunfal de Madero a México.—Problemas políticos durante el fatídico interinato de De la Barra.—La efímera y azarosa presidencia de Francisco I. Madero

Quinta Parte

La traición, el crimen y la inmortalidad del Apóstol